



Benemérita Universidad Autónoma de Puebla

Facultad de Filosofía y Letras

Literatura desde el exilio. Memorias, historia y narración en

*Recuerdos de un emigrado* de Salvador Quevedo y Zubieta

Abril, 2024

Tesis presentada para obtener el grado de Doctorado en Literatura Hispanoamericana

Presenta: Miguel Ángel Hernández Rascón

Director y asesor de tesis: Dr. Israel León O'Farril

## Índice

Introducción	4
Planteamiento del problema	7
Justificación	8
Objetivos	9
Hipótesis	10
Metodología	11
Capítulo 1. Metodología y marco conceptual	
1.1. Literatura Periférica: un prolegómeno a Iuri Lotman	12
1.1.1. El <i>Continuum</i> enunciativo de Iuri Lotman	15
1.1.2. La Semiosfera: un acercamiento	22
1.1.3. Reinhart Koselleck, el <i>Bildung</i> y la <i>Historia de los conceptos</i>	27
Capítulo 2. Contexto social, ideológico y político de México en el siglo XIX	
2.1. Lectura del liberalismo y conservadurismo en la actualidad	31
2.1.1. El conservadurismo y la tradición criolla novohispana	40
2.1.2. El imaginario del Segundo Imperio	45
2.2. Aportes críticos y teóricos sobre literatura mexicana	50
2.2.1. El eterno problema de lo clásico	58
2.2.2. La tradición dieciochesca mexicana	69
Capítulo 3. Obra y vida de Salvador Quevedo y Zubieta	
3.1. La literatura alrededor de Salvador Quevedo y Zubieta	85
3.1.1. Otro autor exiliado: José Manuel Hidalgo Esnaurrizar	101
3.1.2. El caso de Francisco Bulnes	114
3.2. Salvador Quevedo y Zubieta: vida, obra y exilio	119
3.2.1. Análisis completo de sus principales obras	129
3.2.1a. El periodismo	131
3.2.1b. Textos Históricos	131

3.2.1c. Textos autobiográficos y autorreferenciales	132
3.2.1d. Narrativa	132
3.2.2. Quevedo y Zubieta, el periodista y la prensa de su tiempo	133
3.2.3. El discurso “histórico” alrededor de Manuel González	143
3.2.4. Las biografías del General Porfirio Díaz	153
3.2.4a. La fecha de su natalicio y el origen familiar del General Porfirio Díaz en palabras de Salvador Quevedo y Zubieta	154
3.2.4b. Los altibajos de Porfirio Díaz en su carrera militar	159
3.2.4c. La fuga de Porfirio Díaz tras su captura en Puebla.	160
3.2.5 Libros de memorias: Literatura autobiográfica de Salvador Quevedo y Zubieta	165
3.2.5a. <i>Recuerdos de un emigrado</i> y su papel en la política exterior mexicana	170
3.2.5b. <i>Un año en Londres</i> . La crónica de un hispano en el extranjero	175
3.2.6. La Narrativa de Quevedo y Zubieta	181
3.2.6a. La influencia francesa: <i>Récits Mexicains</i> y <i>L’Etudiant</i>	188
3.2.6b. El naturalismo en <i>L’Etudiant</i> . <i>Notes d’un carabin</i>	200
3.2.6c. <i>La Camada</i> y el “Caso Arroyo”	205
3.2.6d. <i>En Tierra de Sangre y Broma</i> : La Decena trágica y el fin de la <i>Belle Époque</i> en México.	211
Capítulo 4. Análisis estilístico de <i>Recuerdos de un emigrado</i>	
4.1. <i>Recuerdos de un emigrado</i> . Estilística, identidad y semiosfera	219
4.2. Conclusiones	244
Bibliohemerografía	250

## **Introducción**

La literatura del siglo XIX en México ha sido objeto de un escrutinio exhaustivo por parte de académicos e investigadores, quienes han dedicado innumerables esfuerzos a desentrañar sus complejidades y a entender su influencia en la conformación de la identidad nacional. Sin embargo, en el vasto panorama de la literatura mexicana del siglo XIX, la figura de Salvador Quevedo y Zubieta emerge como un enigma apenas explorado. A pesar de su potencial relevancia para el estudio de este período crucial en la historia cultural de México, su obra ha sido prácticamente olvidada y apenas ha sido objeto de análisis en el ámbito académico. La falta de atención hacia Quevedo y Zubieta se ve agravada por la escasez de referencias y la dificultad para acceder a los textos originales. Esta situación ha dejado sus escritos en un estado de virtual inaccesibilidad, impidiendo así cualquier intento significativo de estudio y análisis crítico.

El presente trabajo es un acercamiento formal a la obra de Salvador Quevedo y Zubieta ya que ésta ha sido relegada de la historia literaria mexicana, no por carecer de méritos sino por un sin fin de circunstancias políticas y sociales que pusieron a este médico y abogado jalisciense muy al margen, en esa periferia literaria que se gestó fuera de la capital mexicana durante las tumultuosas décadas del siglo XIX. Si bien a lo largo de los últimos veinte años ha surgido un interés de los estudios históricos y literarios, para “rescatar” o de “sacar del olvido” a diversas figuras del panorama de las letras nacionales decimonónicas, ciertamente han sido esfuerzos que terminan sin cohesionar todos los cabos sueltos que existen en este tenor. Y es que las publicaciones alienadas al poder político, entre 1870 y 1900, y que llegaron intactas al siglo XX después de diferentes escenarios socioculturales y políticos, se adueñaron de todos los espacios y no permitieron a las publicaciones no alienadas al poder político germinar y florecer, quedando éstas siempre en la marginalidad. No obstante, es singular reconocer que dicho estado de marginación, permitió que todas estas obras, publicadas siempre de manera independiente o con patrocinios misteriosos, desarrollaran “otra voz nacional”, en otros espacios y con características estilísticas diversas.

Eso no significa que dichas periferias literarias, que partían casi siempre desde la disidencia política de la época, no tuvieran los signos de la mexicanidad, por el contrario. Lo que sí tenían eran otros puntos de enunciación y otras visiones sobre lo que era ser mexicano. Salvador Quevedo y Zubieta, como muchos autores de Jalisco, perteneció a una generación que estuvo siempre desafiando a las cúpulas intelectuales de la República Restaurada y que

supo hacer de bisagra en los escenarios porfiristas. Esta generación, que surge y se apaga entre el crisol del Segundo Imperio y la Revolución Mexicana, ha sido malentendida como una generación de conservadores y reaccionarios retrógrados, y ya desde esas pugnas de posguerra entre liberales y conservadores, que parece que nunca tuvieron final, fueron desdeñados por no pertenecer a las afiliaciones liberales del poder. Nada más alejado de la realidad, ya que estos escritores, historiadores y pensadores también fueron liberales a su modo. Ciertamente, y como se explora exhaustivamente en este trabajo, fue la forma de entender y aplicar el “liberalismo” a lo largo de esas últimas décadas del siglo lo que puso a unos u otros en diferentes espectros. Y es que Salvador Quevedo y Zubieta está lejos de ser una continuación del pensamiento de Lucas Alamán o de ser un monárquico intransigente como Miguel Miramón; aunque no por ello su escritura y sus temáticas fueron ajenas a ciertos rasgos de simpatía hacia esas ideas románticas imperialistas. Siempre ambiguo e intrincado en su escritura, al jalisciense pareció no molestarle mucho la luz aurática de Agustín de Iturbide o de Maximiliano I, a quienes crítica y ensalza al mismo tiempo. Lo mismo hizo con Juárez y Díaz, a quienes muestra la misma ambigüedad discursiva, no dejando claro a qué lado se afiliaba realmente. Si bien, Salvador Quevedo y Zubieta fue un liberal, fue uno muy moderado que bien podía coquetear con otras formas de pensamiento. Hombre de mundo, viajó por Europa y se codeó con ciertas cúpulas intelectuales, lo que le permitió tener un pensamiento pragmático. Defensor de la soberanía mexicana en el extranjero, fue tan beligerante con los extranjeros como con los nacionales, lo cual deja entrever que nunca fue un entreguista ni un lamebotas. Un personaje que tuvo enorme relevancia en su tiempo pero que, inexplicablemente, pasó al olvido con mucha facilidad, a pesar de su significativa contribución al acervo literario mexicano, pues ha sido objeto de un injusto descuido. Sus obras, casi inéditas en la actualidad, apenas han sido exploradas, lo que ha limitado considerablemente nuestra comprensión de su legado literario y su impacto en la sociedad de su tiempo.

Una de las dificultades añadidas para abordar la obra de Quevedo y Zubieta radica en la escasez de referencias y la dificultad para acceder a los textos originales, (algunos fueron reimpresos hasta el año 2021), por lo que esta investigación también fue una indagación de archivo. La importancia de rescatar la obra de Quevedo y Zubieta radica no solo en llenar este vacío en la investigación literaria mexicana, sino también en su potencial para desafiar y replantear los discursos establecidos sobre este período histórico. Al explorar sus escritos, podemos arrojar luz sobre aspectos poco conocidos de la sociedad, la cultura y la política del

siglo XIX en México, ofreciendo así nuevas perspectivas que enriquezcan nuestra comprensión de esta época.

Esta tesis se propone, por lo tanto, como un intento de recuperar y analizar críticamente la obra literaria de Salvador Quevedo y Zubieta, al examinar sus textos con detenimiento. Se espera no solo resaltar la importancia de este autor casi olvidado, sino también contribuir a una visión más completa y matizada de la literatura mexicana del siglo XIX, desafiando los lugares comunes y los tópicos simplificados que han predominado en la historiografía literaria del país.

Miguel Ángel Hernández Rascón

## Planteamiento del problema

La tesis *Literatura desde el exilio. Memorias, historia y narración en Recuerdos de un emigrado de Salvador Quevedo y Zubieta* se centra en la elucidación de las siguientes interrogantes:

- 1.- Partiendo de la idea de que el conservadurismo en México tenía raíces en el virreinato, y por ende en el barroco y el clasicismo, ¿cuáles son las características esenciales del estilo literario en *Recuerdos de un emigrado*?
- 2.- ¿Cómo aborda el autor las memorias históricas y cómo se manifiesta la escritura autorreferencial?
- 3.- ¿Cómo se desarrolla la forma, tono y estilo de Salvador Quevedo y Zubieta desde su posicionamiento ideológico?
- 4.- ¿Cuál es la importancia de *Recuerdos de un emigrado* para la literatura mexicana?

De la respuesta a estos cuestionamientos se desprenden nuevas preguntas.

- a) ¿Es posible dar cuenta de ciertos rasgos que resulten diferentes respecto al estilo de Salvador Quevedo y Zubieta y sus contemporáneos, y, por el contrario, hay también similitudes y paralelismos que refieran un carácter mexicano en la literatura?
- b) ¿Qué puede traducirse de la descripción de estos rasgos y su intencionalidad?
- c) ¿Cuáles son los significantes afectivos en el estilo académico y clásico de Quevedo y Zubieta, respecto a la independencia idiomática de la mayoría de sus contemporáneos?
- d) ¿Cuáles son los procedimientos retórico-estilísticos empleados en la construcción de *Recuerdos de un emigrado*?
- e) ¿Existe una relación entre la ideología política y el contexto diatópico-diacrónico del autor y el estilo de su obra, partiendo de sus cualidades exógenas?
- f) ¿Qué aporta, con la perspectiva del tiempo, esta obra?, ¿actualmente sirve para comprender la complejidad en la Historia y literatura mexicana?

## Justificación

La obra de Salvador Quevedo y Zubieta ha sido poco investigada en México a pesar de la importancia que tuvo durante finales del siglo XIX, en especial durante el porfiriato. Sus novelas, de excelente manufactura, fueron antesala de la crónica-novela de la Revolución como apunta Emmanuel Carballo (2001), no obstante, se vieron ensombrecidas por diferentes avatares en el panorama de las letras nacionales de finales del siglo XIX e inicios del XX. Quevedo y Zubieta, no sólo fue escritor, fue un médico y abogado prolífico y parte del cuerpo diplomático en Santander, España, como cónsul (igual que otros escritores como Manuel Payno) y a partir de 1908 en Saint Nazaire, Francia. Todo el trabajo más prominente de Salvador Quevedo y Zubieta se publicó fuera de México y es de una riqueza enorme, ya que su estilo, a pesar de ser muy académico o “clásico”, mantiene un fuerte carácter mexicano que apela a las tradiciones desde otro punto de articulación. Junto a José Manuel Hidalgo y Esnaurrizar es uno de los prosistas mexicanos que, por sus afinidades políticas o sus constantes enfrentamientos con las cúpulas del poder, quedó en el olvido.

Salvador Quevedo y Zubieta ha sido investigado y mencionado en textos relacionados con el periodismo y por su trabajo como cronista, pero, sobre todo, como precursor en México en la Psicología Social. Su trabajo como científico social sostiene que la cultura de México es el resultado de la mezcla entre un producto cultural propio y una novedad en el horizonte académico donde convergen prensa, literatura, caricatura política, tribuna, como parte de un todo social. Sin embargo, los estudios son escasos, y se limitan a pocos autores especializados, la mayoría oriundos del estado de Jalisco. Su obra más importante, *Recuerdos de un emigrado*, que nunca fue publicada en México, pero que, gracias a su innovadora fusión de géneros, entre los que destacan y sobresalen las memorias y la crónica, pudo consolidar una visión muy personal de México desde el exilio, lo cual resultó verdaderamente original. Sin embargo, la profundización en dicho texto y el análisis de la relación vida-obra del autor hace evidente que, ya desde 1883, año de su publicación, fuera un texto lleno de vaguedades, sesgos y atribuciones personales que rayaban en la ficción, siendo más un artefacto literario que uno histórico, que es lo que pretendía ser. Por tal motivo, la lecturas y estudios alrededor de *Recuerdos de un emigrado*, tanto en España como en México, fueran, en casi todos los casos, imprecisas.

El presente trabajo, además de establecer un análisis estilístico sobre la obra de Quevedo y Zubieta, de marcados aires “clasicistas” que existen fuera de las normas comunes de la literatura mexicana de finales del siglo XIX, tiene como objetivo dos cosas:



- Fundamentar la relación del discurso histórico respecto del discurso literario. Dadas las circunstancias en las que se desenvuelve la vida del autor y la opacidad de muchas referencias, su vida y su obra, respecto al contexto, revelarían y aclararían algunos aspectos opacos, en el sentido histórico-literario, de México a finales del siglo XIX.
- Establecer la relación del discurso político y el discurso literario para comprender la relación entre la literatura y los posicionamientos ideológicos del siglo XIX.
- Corregir, esclarecer y rectificar errores e imprecisiones que se han vertido en diferentes textos que abordan la vida y obra del autor y proponer nuevas lecturas para revalorizar su obra en el contexto de su época.

Por último, la presente investigación, pretende rescatar *Recuerdos de un emigrado*, y muchas obras más de Salvador Quevedo y Zubieta, para un entendimiento amplio de las periferias literarias de finales del siglo XIX en México.

## **Objetivos**

El objetivo general de la tesis *Literatura desde el exilio. Memorias, historia y narración en Recuerdos de un emigrado de Salvador Quevedo y Zubieta* es reflexionar en torno al discurso literario autorreferencial, que no sólo tiene alcances estéticos y poéticos, sino que tiene alcances históricos. Las memorias y las crónicas, en especial del siglo XIX en México, representan no sólo obras de interés diacrónico, sino que forman parte de un eslabón para comprender el mundo por medio de la estética literaria, que es una forma de comprensión más profunda de la realidad.

### Objetivos específicos

- Analizar y descifrar la estructura de la obra y el estilo del autor.
- Interpretar la relación entre el discurso poético y el histórico.
- Considerar los alcances historiográficos de *Recuerdos de un emigrado* como documento.
- Establecer cómo la ideología política posiciona e influye en la estética literaria.
- Recuperar y rescatar *Recuerdos de un emigrado*, y otras muchas obras de Salvador Quevedo y Zubieta, como obras nacionales de importancia para las letras mexicanas.

## Hipótesis

Ya que el interés de la presente investigación tiene diversas aristas, es necesario explicar la relación entre los diversos temas que se abordan respecto del problema literario. Hay tres ejes principales que se han planteado en la presente investigación:

- El discurso autorreferencial y ficcional en relación con el discurso histórico (crónica) que se encuentran presentes en *Recuerdos de un emigrado*.
- La relación directa que existe entre el discurso político ideológico (conservadurismo-liberalismo), respecto al discurso literario, su estética y estilo, en *Recuerdos de un emigrado* de Salvador Quevedo y Zubieta.
- El estilo y el tono en la prosa de Salvador Quevedo y Zubieta en contrapunto con los autores contemporáneos y el impacto de su obra.
- La opacidad en el tratamiento histórico-literario del autor y su obra.

De acuerdo a esto surgen las siguientes preguntas: ¿Cuál fue el desarrollo de las periferias literarias como Jalisco en relación con la hegemonía de la capital? ¿Existe un tono o estilo conservador en la narrativa mexicana, recargado en el academicismo, que desapareció en el siglo XIX, a pesar de su importancia y de contar con autores destacados? ¿En qué modo influyó el posicionamiento ideológico y político de los autores en el desarrollo estilístico de la literatura mexicana? ¿Desde el discurso autobiográfico de Salvador Quevedo y Zubieta se puede establecer un discurso de verdad que haga contrapeso a los discursos oficiales? El presente trabajo propone que una revaloración de *Recuerdos de un emigrado* no sólo es posible contrastar la literatura de los autores decimonónicos mexicanos respecto de los que escribieron desde el exilio u otras periferias como Quevedo y Zubieta. Sin duda la revisión profunda de este texto sirve para recuperar una voz histórica que no se tomó en cuenta en su tiempo, pero que sirve para explicar mucho de la literatura mexicana de finales del siglo XIX y su desarrollo en décadas posteriores. Además de que el estudio del discurso autorreferencial, respecto a lo “verdad histórica” y el tono en la prosa, dejan ver nuevos panoramas de investigación en el campo de la relación entre ficción y hermenéutica histórica en la construcción del discurso nacional.

## Metodología

Esta tesis se basa en los estudios de Iuri Lotman respecto de la semiosfera y los conceptos límite y frontera para comprender y explicar las diferentes estructuras sígnicas que dieron forma no solo a las manifestaciones culturales y artísticas de la segunda mitad del siglo XIX, sino de cómo estas se articularon para la construcción ideológica-histórica en diferentes periferias ajenas al desenvolvimiento de la capital mexicana. Además del concepto de semiosfera, se indaga sobre la conceptualización histórica de diversos valores lingüísticos y semánticos alrededor de los discursos históricos y literarios partiendo del *bildung* que propone Reinhart Koselleck.

Se necesita establecer, también, las zonas limítrofes entre liberales y conservadores, respecto a su discurso histórico y la influencia política de sus posicionamientos, que sin duda marcaron los estilos de los escritores mexicanos del siglo XIX, y obviamente tuvo repercusiones para el desarrollo de la literatura en el siglo XX, que estuvo definida, en un inicio, por la Novela de la Revolución. Para ello se hace una exhaustiva investigación de autores en contrapeso de los discursos oficialistas. Importante recalcar que la base y el fundamento de la tesis es descubrir el tono y el estilo de Salvador Quevedo y Zubieta como escritor de su tiempo, las características de su estilo y los factores contextuales que las propiciaron.

Como el principal problema de esta investigación es de carácter literario, se toma la estilística como método de análisis epistemológico en *Recuerdos de un emigrado*. El objetivo principal es desentrañar, sobre todo, el estilo del autor y el tono de su prosa. Para este análisis se usará *Poesía española* de Dámaso Alonso y su método estilístico de *estructura externa* y *estructura interna*.

## **Capítulo 1. Metodología y marco conceptual**

### **1.1. Literatura Periférica: un prolegómeno a Lotman**

Hablar de literatura mexicana hegemónica es hablar, casi siempre, de lugares comunes, de periodos delimitados muy estrictamente por fechas, movimientos y publicaciones, pero, sobre todo, es hablar de un listado de nombres ilustres que han sido grabados en piedra para construir el monumento de la Literatura Universal. Hablar de disidencias y periferias literarias es hablar de autores, obras y movimientos al margen de esta hegemonía. El caso de la Literatura Mexicana del siglo XIX parece no ser distinto a otros paradigmas internacionales hegemónicos. Esta visión hegemónica/decimonónica no es errada de ninguna manera, al contrario, ya que se basa en la crítica especializada que toma en cuenta la evolución de las letras como un proceso no solo estético sino como el triunfo político e ideológico a lo largo de esta construcción y que dan como resultado lo que llamamos voz nacional y cómo se conoce y reconoce actualmente. Después de todo, son dichos triunfos los que marcaron el devenir histórico y cultural de México y conformaron sus tradiciones y paradigmas artísticos. Esta literatura hegemónica mexicana, que impera en todos los estudios, antologías y un sinnúmero de textos que pueblan las bibliotecas y repositorios es el resultado de una muy intrincada serie de hechos y construcciones (ideológicas, éticas y estéticas, pero también por entelequias e imaginarios) que subyacen en un centro cuyos límites, muy bien definidos, excluyen (evidentemente o no) las periferias que lo circundan. En el caso específico de México, como entidad territorial, dicho centro (no sólo geográfico sino cultural, signico, simbólico y artístico) se concentra en la capital del país, dibuja y desdibuja las fronteras del canon en la literatura mexicana. Si bien esto no es, de ninguna forma, negativo, lo cierto es que hace poco visible el trabajo de las esferas culturales y artísticas periféricas del territorio y que obedecen a otras lógicas y formas de ver y comprender el mundo. Y es que no puede hablarse de una única cultura mexicana homogénea y articulada, por el contrario, se trata de un abanico multicultural heterogéneo y arbitrario que cambia según las latitudes y los diversos contextos de todo el ancho territorio, a pesar de que esté ceñido a los valores culturales imperantes por dichos centros hegemónicos. Esta investigación propone una revisión a las visiones periféricas en la literatura nacional y más que empobrecer la discusión y el diálogo alrededor de ésta, por el contrario, suma nuevas perspectivas para comprender mejor la evolución de las letras sin el sesgo de una sola perspectiva unívoca.

En el presente capítulo se exploran los conceptos de Iuri Lotman alrededor de la memoria, la tradición y el *continuum* enunciativo desde la semiótica de la cultura, para comprender la Literatura Nacional, específicamente entre los años 1870-1900, como parte de una semiosfera compleja con diversos centros y periferias que estuvieron inmersos en intercambios dialógicos no sólo entre sí mismas, sino con otras semiosferas culturales con las que compartieron valores estéticos y que se tradujeron de formas muy variopintas. De esta manera se puede entender el papel de un escritor como Salvador Quevedo y Zubieta, autor marginal y disidente en muchos sentidos para redescubrir el valor de su obra, tanto en México como en el extranjero. Él y muchos otros escritores e intelectuales que se mencionan a lo largo de este trabajo convergen en varios tipos de periferias culturales y artísticas que se opusieron y coincidieron al centro hegemónico que se materializó durante el siglo XIX en la capital del país. Porque no solo se debe hablar de oposiciones sino también de coincidencias, ya que existieron diferentes valores lingüísticos, tradiciones estéticas e ideológicos que conformaron un *continuum* enunciativo que permeó, de forma muy uniforme, desde el centro hacia los diferentes perímetros culturales. Uniforme, mas no homogéneo. Cada epicentro cultural y artístico de México, si bien mantuvo cierta uniformidad superficial, en sus estructuras significantes profundas hubo muchas diferencias.

Vamos por partes; las dos periferias (una periferia material y otra abstracta) que competen a este trabajo giran en torno al Estado de Jalisco, como oposición de la Ciudad de México, durante todo el siglo XIX, una frontera material dentro del territorio. La otra periferia existió de manera diatópica a través del exilio de algunos escritores que desarrollaron diversas heteroglosias y herramientas discursivas por el contacto con la literatura extranjera, especialmente francesa y española: una frontera inmaterial y estilística. Entre estos escritores se encuentran Manuel Puga y Acal, Refugio Barragán Toscano, y Salvador Quevedo y Zubieta (este último, tema central de la presente investigación), quienes enunciaron desde otros puntos estilísticos la voz nacional.

El Estado de Jalisco es parte fundamental, sígnica y simbólicamente, de la cultura mexicana y resulta imposible concebir ésta sin los interminables imaginarios que emanan de la entidad occidental que colinda con el Océano Pacífico. De hecho, podría decirse que la mayoría de los lugares comunes que perviven en íconos, clichés o estereotipos de “lo mexicano”, no pueden entenderse sin los imaginarios estéticos jaliscienses. Sin embargo, lo cierto es que Jalisco representa un elemento periférico y heterogéneo respecto de la capital mexicana, en el sentido artístico y cultural, obedeciendo sus propias reglas y lógicas desde que era la Nueva

Galicia. Guadalajara, la capital del Estado, fue una ciudad de enormes divisiones sociales y cromatismo étnicos a lo largo de los siglos. Durante la Guerra de Reforma, Guadalajara de hecho fue un bastión conservador y fue el epicentro estratégico del Gral. Miguel Miramón. La capital de Jalisco se convirtió, durante la Restauración, en un centro cultural y artístico que mantuvo una identidad propia y que se sostuvo apegada a las tradiciones que heredaron del virreinato y que estaban presentes a través de sus universidades, bibliotecas, periódicos y revistas literarias. Si bien, muchos de los más grandes escritores de la segunda mitad del siglo XIX mexicano fueron jaliscienses, lo cierto es que fueron aquellos que se desplazaron a la capital y compartieron los ideales del liberalismo juarista y republicano, lo que les ayudó enormemente a posicionarse dentro de las élites culturales del altiplano central. Otros, por el contrario, permanecieron en Jalisco perpetuando su “tradicción literaria” que resultaba enormemente “conservadora” para las altas esferas relacionadas con el poder, sobre todo durante la etapa de la República Restaurada y, posteriormente, el gobierno dictatorial de Porfirio Díaz (un periodo un tanto ambiguo en cuanto a las diferencias entre liberalismo y conservadurismo). En este sentido, Jalisco, como epicentro cultural periférico, desarrolló movimientos literarios de forma paralela e independiente de los movimientos de la capital. Dichos movimientos estaban vinculados a las élites de poder, las universidades y los periódicos que estaban en oposición con el gobierno central. Salvador Quevedo y Zubieta perteneció a una generación de escritores que siempre estuvo al margen de las cúpulas capitalinas, pero no por ello estuvo lejos de éstas o de otras esferas políticas de oposición (sobre todo en contra del Gral. Manuel González o a favor de Ramón Corona, quien se opuso a Díaz desde el extranjero); al contrario, siempre se nutrió de éstas para desarrollar su pluma de manera estratégica, ya fuera desde el ataque directo a través de su periódico *El Lunes*, contra figuras como Ignacio Manuel Altamirano o Manuel Gutiérrez Nájera, por medio de sus textos de corte histórico y político o desde sus novelas donde desarrollaba diversas tesis de Psicología Social<sup>1</sup>.

Ahora bien, pasando del hecho que Jalisco es un epicentro cultural periférico de suma importancia durante el siglo XIX, lo cierto es que tuvo un dinamismo a la par de otros epicentros culturales como lo fue Puebla, Oaxaca, Veracruz, Michoacán, Guanajuato o Yucatán, y dicho dinamismo contribuyó a cierto grado de homogeneidad respecto de una cultura mexicana general que estaba en vías de construcción. A fin de cuentas, todos estos focos culturales periféricos pertenecen a una misma nación, identidad compartida y a una misma

---

<sup>1</sup> La mayoría de los textos sobre Salvador Quevedo y Zubieta están relacionados con la incursión de la Psicología Social en México. Sin embargo, no hay razón para tratar ese campo de estudio y el enfoque de esta investigación es completamente histórico y literario.

visión de colectividad con fundamentos muy profundos desde los siglos virreinales y obviamente con el México Independiente. Si bien eran diferentes en muchos sentidos, “marchaban” en la misma dirección. No obstante, esa otra literatura, la que se desarrolló en la periferia extranjera y que se desplegaba desde la migración o el exilio, cuando por diversas circunstancias (políticas o no), escritores, pensadores, políticos y artistas mexicanos ejercieron su praxis, nutriendo su estilo con otras lenguas y formas de pensamiento fue muy diferente y de hecho marcó ciertos hitos y lugares comunes que resultan poco conocidos, pero que sirvieron en el extranjero como referentes de la cultura nacional. Salvador Quevedo y Zubieta, fue un escritor que perteneció siempre, desde este punto de vista, al margen de los estilos hegemónicos de su época y desarrolló otra literatura, una literatura periférica respecto de las letras de su tiempo.

Ahora bien, para comprender los postulados de Iuri Lotman en relación con el tema de la presente tesis, es necesario hacer un recorrido por su aparato conceptual a modo de que ese engranaje metodológico proporcione herramientas para analizar de manera acuciosa los fenómenos literarios que competen a esta investigación.

### **1.1.1. El *Continuum* enunciativo de Iuri Lotman**

Lotman utilizaba el término *continuum* para describir la relación dinámica y fluida entre diferentes elementos en la cultura y la comunicación. Argumentaba que la cultura y la comunicación no pueden entenderse como sistemas estáticos o compartimentos estancos, sino como procesos dinámicos y continuos en el tiempo. El *continuum* representa la idea de que las diferentes unidades culturales, como los signos, los textos y los símbolos, están en constante interacción y cambio. Lotman también relacionaba el *continuum* con la noción de semiosis, que se refiere al proceso de creación de significado a través de signos y símbolos.

En primer lugar, hay que entender que las culturas (y por ende las corrientes artísticas) están compuestas por una serie de diálogos complejos que están en constante intercambio con otras culturas. Este mecanismo dialógico se caracteriza por una serie de rasgos constitutivos (reciprocidad, mutualidad, carácter discreto) que se comparten e intercambian entre los diferentes epicentros culturales y artísticos, y que se describen como un *continuum* del espacio semiótico (estrechamente ligado a la lengua y la literatura). Este *continuum* no es exclusivo del arte y, por el contrario, pone en dinamismo a la ciencia, la sociedad y la lengua por medio de dos procesos: los procesos dinámicos explosivos (sincrónicos) y los dinámicos graduales (diacrónicos) (Lotman, 1996, *La Semiosfera I*, p. 28). Lotman describe lo explosivo como algo

impredecible (como el arribo de una corriente artística transgresora o el descubrimiento científico innovador) mientras que lo gradual va de la mano de los procesos sociales más complejos (como el intercambio sincrético, las hibridaciones o las atrofas)<sup>2</sup>. Lo cierto es que la vinculación de las artes y la ciencia, resultan de enorme interés para Lotman, quien las acerca a partir de lo impredecible, articulando los dos o más tipos de creatividad que pueden resultar dispares pero que convergen en sus estructuras más profundas (como puede ser la relación de la pintura con la química, la música con la física y la literatura con las ciencias sociales). Lotman propone un entramado de transdisciplinarietà y epistemologías disímiles donde el *continuum* cognitivo ponga en diálogo a las ciencias naturales, las ciencias sociales, las ciencias exactas, las ciencias artísticas. Después de todo, el conocimiento no permanece aislado y separado, sino que se nutre de sus pares y sus contrapartes (porque incluso la interpelación y el conflicto proporcionan una clase de intercambio de información). Esto lleva a la conclusión de que la cultura y sus lenguajes (arte, ciencia, sociedad) no actúan aisladamente, sino que lo hacen en espacios de relación dinámica (explosiva o gradual) y que la semiosis resultante ocurre bajo las más variadas formas y se configuran como un “continuum semiótico, completamente ocupado por formaciones semióticas de diversos tipos y que se hallan en diversos niveles de organización” (Lotman, 1996, *La Semiosfera I*, p. 22). De esta forma, Lotman concibe el espacio semiótico como *semiosfera*, término que guarda una enorme relación con el concepto *biósfera* de las ciencias naturales. Más adelante se va a explicar este concepto de semiosfera en mayor profundidad, por el momento es necesario comprender, con base en el *continuum* enunciativo que comparten, la relación que existe entre los centros respecto de las periferias, para establecer las coincidencias y desacuerdos, en la conformación de las diferentes semiosferas que componen un entramado cultural.

Partamos del hecho que el principal *continuum* está presente, por supuesto, en la lengua. Las estructuras lingüísticas y poéticas, las tradiciones escritas y orales, los mitos y las leyendas que se comparten y se propagan a través de los siglos crean esta red de significados y significantes que envuelven a los sujetos y crean su memoria, tanto individual como colectiva. En el caso de América y Europa resulta extremadamente obvio que las relaciones dialógicas se

---

<sup>2</sup> Podemos señalar algo extraordinariamente análogo en el cambio de estados de la cultura. Los periodos estáticos de la cultura se forman a cuenta del equilibrio de transacción entre las tendencias estructurales de orientación opuesta. Sin embargo, en determinados momentos se produce una dinamización. Una de las tendencias se inhibe, y la otra se hipertrofia recíprocamente. Una de las tendencias, que podemos comparar con el trabajo dextrorhemisférico de la conciencia individual, está marcada por un elevado vínculo con la realidad extratextual, su semiosis está vuelta hacia la semántica, y su función básica es la interpretación de contenido de los modelos semióticos que se guardan en la memoria de la cultura dada. (Lotman, *Semiosfera I*, p. 28)



materializan por medio de la lengua<sup>3</sup>. Desde la lengua surge la tradición y la memoria que se hereda del Viejo Mundo al Nuevo Mundo, a pesar de que se trate de fenómenos sincréticos. En este caso, Europa como centro, mantiene como periferia a América, que bebe de sus fuentes, pero al mismo tiempo traduce esos códigos, para adaptarlos a las lógicas propias, que resultan ajenas para esos otros, y viceversa. Lotman afirma que

el mecanismo de la traducción no coincidente [*neadekvatnogo*], convencionalmente equivalente, sirve a la creación de nuevos textos, es decir, es un mecanismo de pensamiento creador. La no coincidencia del lenguaje en el que A1 codifica el mensaje y aquel con cuya ayuda A2 realiza la descodificación —lo cual es una condición inevitable de toda comunicación real—, puede ser examinada a la luz de dos modelos ideales. El primero tendrá por objetivo la circulación, en una colectividad dada, de los mensajes ya existentes. Desde esta posición será ideal la identidad entre los códigos C1 y C2, y todas las diferencias entre ellos serán tratadas como un ruido dañino. El segundo tiene por objetivo la elaboración de nuevos mensajes en el proceso de la comunicación. Desde este punto de vista, la diferencia entre los códigos será un mecanismo útil y funcionante. Sin embargo, este mecanismo, por su naturaleza, se basa en paradojas estructurales. (Lotman, 1996, *La Semiosfera I*, p. 45)

Los textos que llegaron a América (A2) desde Europa (A1), ya fuera por medio de la imposición o el intercambio, fueron traducidos por estos agentes culturales (criollos en su mayoría, aunque existen excepciones impresionantes), que si bien “focalizaron” (Adorno, 1988) el mundo europeo, no homogeneizaron sus signos en su centro, por el contrario, crearon a partir de la traducción una heterogeneidad a pesar del estrecho contacto (C1-C2). A esto Lotman se refiere como “búsqueda de lo propio; (...) búsqueda de lo ajeno” (p. 41). Centro y periferia, donde se establecen fronteras y límites concretos entre los agentes, que siguen en contacto a través del *continuum*.

Además, toda cultura es semióticamente no-homogénea, y el constante intercambio de textos se realiza no sólo dentro de cierta estructura semiótica, sino también entre estructuras diversas por su naturaleza. Todo este sistema de intercambio de textos puede ser definido en sentido amplio como un diálogo entre generadores de textos diversamente organizados, pero que se hallan en contacto. (Lotman, 1996, p. 30)

---

<sup>3</sup> En este sentido se habla de la relación entre la América Criolla y Europa. Si bien el papel de las lenguas indígenas va a ser de resistencia, ganando su lugar en la cultura por méritos propios, lo cierto es que al menos durante los siglos de virreinato y durante el siglo XIX, se privilegian las lenguas europeas que acaecieron tras la conquista.

Como resultado de tal intercambio, que a su vez va creando nuevas lógicas, se crea una estructura única que cada parte asume como un “todo-centro” y cada “todo” funciona también como parte periférica. Y esta estructura se mantiene abierta por los dos lados a una interacción dialógica ininterrumpida que convierte sus nudos estructurales en modelos independientes con características propias (estéticas y ontológicas).

Tal estructura se forma en dos variantes. Por una parte, estamos ante colectividades humanas reales, en las cuales cada unidad separada tiene la tendencia a convenirse en un mundo personal independiente e irreplicable y al mismo tiempo se inserta en una jerarquía de niveles más altos, formando en cada uno de ellos una persona sociosemiótica grupal, que, a su vez, entra como parte en unidades más complejas. (Lotman, 1996, p. 46)

Si tomamos en cuenta que la formación de sentido no puede darse en un sistema estático, entonces no pueden existir los significados ni los signos absolutos y perennes, sino que estos están siempre atravesados por visiones particulares y colectivas que los traducen y dan sentidos diferentes. De esto se deriva que el acto de la conciencia creadora sea siempre un acto de comunicación, es decir, de intercambio, pero teniendo en cuenta que el mensaje que es enviado no va a ser recibido como se espera, mucho menos va a regresar sin sufrir alteraciones. Si bien se habla de una conciencia creadora, ésta sólo es posible por medio del intercambio, el movimiento y el dinamismo, nunca desde el estatismo.

La conciencia creadora puede ser definida, a esta luz, como aquel acto de intercambio informacional en el curso del cual el mensaje inicial se transforma en un mensaje nuevo. La conciencia creadora es imposible en las condiciones de un sistema completamente aislado, uniestructural (desprovisto de una reserva de intercambio interno) y estático. (Lotman, 1996, p. 47)

Para Lotman existe un proceso constante en el que cada nuevo paso del desarrollo cultural “incrementa, y no agota, el valor informacional de la cultura y, por consiguiente, incrementa, y no aminora, la indefinición interna de ésta, el repertorio de posibilidades que en el curso de la realización de la misma quedan irrealizadas” (Lotman, 1996, p. 49), es decir que el intercambio entre agentes y sujetos, ya sea de culturas ajenas o, dentro de la misma cultura, pertenecientes al centro o la periferia culturales, siempre crearán lazos sémicos que entrelazan

e incrementen dicho desarrollo cultural. Obviamente, dichas relaciones se manifiestan y hacen visibles a partir de la creación artística y la literatura.

Ahora bien, la relación del *continuum* con la memoria y la tradición es muy estrecha. Veamos, la actividad del hombre como *homo sapiens* ha estado estrechamente ligada a modelos y clasificaciones de los diversos y variados vínculos sociales, religiosos, políticos, de parentesco y de espacio. Esta división de “propio” y “ajeno” resulta de la traducción de los múltiples vínculos que establecen los agentes y sujetos culturales que están en dinamismo. Lotman considera que “la división del espacio en «culto» e «inculto» (caótico), espacio de los vivos y espacio de los muertos, sagrado y profano, espacio sin peligro y espacio que esconde una amenaza, y la idea de que a cada espacio le corresponden sus habitantes —dioses, hombres, una fuerza maligna o sus sinónimos culturales—, son una característica inalienable de la cultura” (Lotman, 1996, p. 57). Entonces, si hay un propio y un ajeno, un culto e inculto, sagrado o pagano, o cualquier otra distinción o clasificación que determine un espacio concreto y material, entonces resulta obvio que existe una línea limítrofe entre ambos conceptos y esta se designa como “frontera”. Cada cual que está en sendos lados de la frontera se convierte en un “otro”. Más adelante se ha de profundizar en este concepto<sup>4</sup>.

Por otro lado, muchos de los historiadores del lenguaje y la cultura tienen una controversia que implica el suponer que no es el lenguaje el que precede al texto, sino el texto el que precede al lenguaje. También puede pensarse que no hay nada antes de la lengua y que ésta precede a todo. Lo cierto es que esa perorata sobre las culturas arcaicas, donde la arqueología pone objetos o textos para reconstruir un código desconocido, resultan tema para otra disertación. Lo que importa en esta discusión es comprender la relación que existe entre el texto y la lengua como una unidad indivisible y altamente significativa que pone en dinamismo a los sujetos que están ceñidos a éstas y que comparten y traducen los códigos, ya sea de manera sistemática o arbitraria. La función del texto está ligada a la memoria de la cultura que lo produce, eso sí es mucho más acertado. Los textos constituyen programas mnemotécnicos reducidos, pero que pueden extender sus alcances o simplemente desaparecer. Lotman dice que los textos que tienen la capacidad de llegar hasta nosotros del oscuro pasado cultural, para reconstruir capas enteras de cultura y restaurar el recuerdo, quedan encumbrados por medio de toda la historia de la cultura y el arte.

No sólo metafóricamente podríamos comparar los textos con las semillas de las plantas, capaces de conservar y reproducir el recuerdo de estructuras precedentes. En este sentido, los textos

---

<sup>4</sup> Sobre todo, para comprender la diferencia entre la “alteridad” de Bajtín y la “otredad” de Lotman.

tienden a la simbolización y se convierten en símbolos integrales. Los símbolos adquieren una gran autonomía de su contexto cultural y funcionan no sólo en el corte sincrónico de la cultura, sino también en las verticales diacrónicas de ésta (cfr. la importancia de la simbología antigua y cristiana para todos los cortes de la cultura europea). En este caso, el símbolo separado actúa como un texto aislado que se traslada libremente en el campo cronológico de la cultura y que cada vez se correlaciona de una manera compleja con los cortes sincrónicos de ésta. (Lotman, 1996, p. 61)

Si partimos desde la semiótica lotmaniana, la cultura es una inteligencia colectiva y una memoria colectiva, y funciona como un complejo mecanismo que va más allá del individuo, aunque depende de éste para la transmisión de ciertos textos y la elaboración de otros nuevos que paulatinamente se sumarán, como se indicó anteriormente, a la memoria (cada corriente de arte obedece este principio).

En este sentido, el espacio de la cultura puede ser definido como un espacio de cierta memoria común, esto es, un espacio dentro de cuyos límites algunos textos comunes pueden conservarse y ser actualizados. La actualización de éstos se realiza dentro de los límites de alguna invariante de sentido que permite decir que en el contexto de la nueva época el texto conserva, con toda la variancia de las interpretaciones, la cualidad de ser idéntico a sí mismo. Así pues, la memoria común para el espacio de una cultura dada es asegurada, en primer lugar, por la presencia de algunos textos constantes y, en segundo lugar, o por la unidad de los códigos, o por su invariancia, o por el carácter ininterrumpido y regular de su transformación. (Lotman, 1996, p. 109)

La memoria, no es más que la conservación de textos: “memoria informativa y una memoria creativa (creadora)” (p. 109). No obstante, estos tipos de memoria tienen una sola dimensión temporal que está subordinada a la ley de la cronología, por lo que puede desaparecer y conservarse sin que exista un mecanismo que garantice o evite ninguna de las dos. Un texto puede sobrevivir o desaparecer por mera cuestión de azar y no precisamente por méritos estéticos o históricos. Por eso es que la memoria, al depender del tiempo, se desarrolla en su misma dirección y está concertada con ese cauce.

Empero, Lotman sugiere que la memoria cultural se puede oponer al tiempo por medio de sus valores pancrónicos. De cierta forma, el pasado, lo pretérito, está presente y es inmanente a todos los individuos que no pertenecen a él, pero con el que conviven y dialogan (y que traducen para generar nuevos códigos) como algo que sí está, que sí existe. “Desde el punto de

vista de la memoria como mecanismo que trabaja con todo su grueso, el pretérito no ha pasado. Por eso, en el estudio de la literatura, el historicismo, en la forma en que lo creó primeramente la teoría hegeliana de la cultura, y después la teoría positivista del progreso, es realmente antihistórico, ya que hace caso omiso del papel activo de la memoria en la generación de nuevos textos” (Lotman, 1996, p. 110). A estas nociones de memoria está ligado el concepto que Lotman tiene de tradición.

La tradición por su parte, según Lotman, está vinculada al símbolo como un mediador en las esferas de la semiosis, “pero también entre la realidad semiótica y la extrasemiótica. Es, en igual medida, un mediador entre la sincronía del texto y la memoria de la cultura. Su papel es el de un condensador semiótico” (Lotman, 1996, p. 108). Al considerar el símbolo como un elemento del pasado que conecta todos los valores sígnicos en el presente, es en éste que se recargan todos los valores de una obra de arte. Así, por ejemplo, el símbolo de la cruz pertenece a la tradición cristiana en diferentes épocas y sirve de eje para diferentes tradiciones culturales y artísticas, literarias y pictóricas, incluso entre ortodoxias y heterodoxias, como puede ser el catolicismo y el protestantismo (en el que el símbolo de la cruz puede parecer opuesto): “Toda obra innovadora está construida con elementos tradicionales. Si el texto no mantiene el recuerdo de la estructura tradicional deja de percibirse su carácter innovador” (Lotman, 1973, p. 35). En ese sentido, la retórica, que es una de las estructuras más tradicionales del lenguaje (que proviene de la antigüedad y que se reinventa en cada lengua moderna), y guarda, para Lotman, una enorme carga simbólica que se reestructura y resignifica con cada forma de pensamiento a través del tiempo. En este sentido, en el artículo “La retórica”, Lotman (1996) sostiene que no solo los textos occidentales pueden ser estudiados desde una perspectiva retórica, sino que toda la cultura, y ésta puede ser comprendida retórica y simbólicamente. La retórica se comprende como una máxima de la tradición clásica y su simbología va a estar presente a lo largo de los siglos. La cultura, la memoria, la tradición y los símbolos que la atraviesan recurren al pasado, pero no para adherirse de manera forzada, sino para dialogar, en el estricto sentido bajtiano, con estos a través de nuevas expresiones y creaciones. En este sentido, los aspectos temporales tienden a tener periferias, sólo que éstas están en el pasado como parte de la memoria y la tradición (materializada en el símbolo) y el futuro (materializado en los ideales y las innovaciones).

La cultura como parte de la historia de la humanidad, por una parte, y del hábitat de los hombres, por otra, se halla en constantes contactos con el mundo situado fuera de ella y experimenta la influencia de éste. Esta influencia determina la dinámica y los tiempos de sus cambios. Sin

embargo, si no hablamos de los casos de aniquilación física de la misma, la influencia externa se realiza a través de la mediación de tales o cuales mecanismos inmanentes de la cultura. Esos mecanismos actúan como el dispositivo que, al recibir en la entrada impulsos provenientes de la realidad extracultural exterior, entrega en la salida textos que, a su vez, pueden llegar a su entrada. (Lotman, 1996, p. 36)

Se entiende entonces que lo que conforma al *continuum* que refiere Lotman está constituido por una serie de conceptos complejos que forman parte de una totalidad más intrincada que es la semiosfera.

### **1.1.2. La semiosfera: un acercamiento**

La obra de Lotman es muy amplia y sus estudios, ensayos y artículos alrededor de la semiótica de la cultura son muy variados, sin embargo, su trabajo más destacable y completo, del que se desprende la mayoría de su pensamiento crítico, es sin duda el que gira alrededor del concepto de *semiosfera*. La semiosfera es el *continuum* (que entrelaza el lenguaje de la ciencia con el del arte) que por analogía es paralelo al concepto de biosfera introducido por V. I. Vernadski (Lotman, 1996). La *biosfera*, en primer lugar, es un sistema cerrado compuesto por seres vivientes simples y complejos que interactúan de maneras específicas, en medios específicos, presentes en el resto de las geosferas terrestres (atmósfera, litósfera e hidrósfera) y que interactúan entre sí y con el medio que los rodea. Existen muchos tipos de biosfera y de hecho cada biosfera tiene condiciones y seres aptos para vivir en ella; cada biosfera actúa como un centro que contiene lo “propio” y lo que está fuera de ella es una periferia con condiciones visiblemente diferentes y con organismos vivos complejos “ajenos”. Estas condiciones crean otro nuevo centro y otra periferia, por lo tanto, son otra biosfera. Así como los biomas acuáticos, forestales y la pradera pueden converger en espacios territoriales relativamente cercanos, lo cierto es que son muy distintos unos de otros, y sus alcances tienen límites y fronteras muy bien definidos. Una selva no puede extenderse más de lo que lo permiten las condiciones geográficas, tampoco una playa o un desierto. Y si bien sus agentes, es decir, los seres vivos propios de la biosfera, pueden desplazarse por medio de migraciones animales, polinización, esparcimiento de esporas, etcétera, provocando así un intercambio entre estos sistemas cerrados, lo cierto es que dichos cambios tienden a dos caminos: desaparecer o impactar (explosiva o gradualmente), pero nunca permanecer inalterados.

Para Lotman, la semiosfera cultural actúa de la misma forma que la biosfera biológica, sólo que en los niveles semióticos en lugar de los biomáticos. Cada cultura reacciona, como se

ha explicado anteriormente, como un centro en el que convergen la memoria, la tradición, los símbolos y la lengua de la misma forma en que una biosfera se agrupan los seres diferentes vivos, los fenómenos atmosféricos, el suelo, niveles de agua y la temperatura. El *continuum* enunciativo sería, entonces, como un río o lluvia que atraviesa diversas biosferas pero que en cada una va formando diversas alteraciones. Con esta analogía lo que intenta Lotman es desentrañar los diversos fenómenos que acompañan la evolución de las culturas, sus límites y fronteras y las expresiones artísticas de éstas por medio del intercambio que tienen entre sí con otros epicentros en un desarrollo acelerado (pues los desarrollos graduales requieren muchos siglos).

Además, la cultura que vive el periodo de llamaradas, a menudo se convierte, de periferia del área cultural, en centro de ésta y ella misma transmite activamente textos a los cráteres en extinción de los anteriores centros de los procesos formadores de textos. En este sentido, las culturas cuya memoria se satura en lo fundamental con textos creados por ellas mismas, la mayoría de las veces se caracterizan por un desarrollo gradual y retardado; en cambio, las culturas cuya memoria deviene periódicamente objeto de una saturación masiva con textos elaborados en otra tradición, tienden a un «desarrollo acelerado»<sup>5</sup>. (Lotman, 1996, p. 111)

Las culturas (o centros y periferias) que intercambian información constantemente, y que se traducen unas a otras, lo hacen de manera explosiva y acelerada. Si bien hay un dinamismo gradual, este es de poco interés para el presente trabajo, ya que pertenece a la diacronía de la lengua, el sincretismo y la hibridación (procesos mucho más complejos). En este sentido, se trata del intercambio de información que se presenta por medio de las obras de arte y los movimientos artísticos que pertenecen a un mismo siglo y cuyos cambios son generacionales o se presentan a lo largo de unas pocas décadas. La literatura, por ejemplo, permite rastrear este intercambio de ideas de una manera fluida ya que el texto artístico se mueve de maneras muy claras entre culturas y sociedades. Lo cierto es que el texto artístico está cargado de información, de valores sgnicos y simbólicos, que fácilmente entran en contacto con diferentes tipos de agentes y sujetos, que los asimilan y traducen de maneras muy particulares, obedeciendo, claro está, a sus propias ideas, lógicas, memoria individual y colectiva, tradiciones, etcétera. El objeto de estudio del científico literario es la literatura artística y generalmente se centra en la estilística, la poética, la retórica, la historia, la lingüística, la filosofía o cualquier otra disciplina humanística. Esta tesis resulta tan obvia que el propio

---

<sup>5</sup> Según la terminología de G. D. Gáchev.

concepto de literatura artística parece ya un lugar común lleno de repeticiones incuestionables e indiscutibles. “Sin embargo, tan pronto traspasamos los límites de las ideas a las que estamos acostumbrados y de la cultura en cuyas entrañas hemos sido educados, la cantidad de casos discutibles empieza a aumentar amenazadoramente” (Lotman, 1996, p. 112). Lo cierto es que la literatura conduce a más literatura, como una excavación conduce a más y más hallazgos arqueológicos; eso provoca que surjan diversos textos desconocidos de entre el millar de obras ya revisadas a sobremanera. Y es que las obras ya revisadas, si bien no pueden agotar su caudal de información y traducción, lo cierto es que no explican por sí solas todos los fenómenos alrededor de ellas. Lotman comprende que las “obras maestras”, en su tiempo, entraron en diálogo con otros textos menos conocidos y que los autores, como sujetos discursivos y agentes dentro de una semiosfera intercambiaron forzosamente información con “otros”, ya fueran “ajenos” o “propios”. Incluso pensar que no son otra cosa que meras traducciones de ideas extranjeras que se suscitaron en un viaje. Un intercambio de tradiciones y memorias colectivas, un acto dialógico con otro siglo, una heteroglosia entre dos lenguas, etcétera.

¿De dónde salen? ¿Por qué en las ediciones científicoliterarias nos tropezamos constantemente con títulos del tipo de «Un monumento desconocido de la poesía medieval» u «Otro escritor olvidado del siglo XVIII»? Cada cultura define su paradigma de qué se debe recordar (esto es, conservar) y qué se ha de olvidar. Esto último es borrado de la memoria de la colectividad y «es como si dejara de existir». Pero cambia el tiempo, el sistema de códigos culturales, y cambia el paradigma de memoria-olvido. Lo que se declaraba verdaderamente existente puede resultar «como si inexistente» y que ha de ser olvidado, y lo que no existió puede volverse existente y significativo. En la época prerrenacentista hallaban estatuas antiguas, pero las tiraban y las destruían, no las conservaban. La pintura de iconos medieval rusa era conocida, desde luego, tanto en el siglo XVIII como en el siglo XIX. Pero sólo en el siglo XX entró como alto arte y valor cultural en la conciencia de la cultura posterior a Pedro el Grande. (Lotman, 1996, p.111)

Lo que resulta interesante es la incertidumbre de saber qué es lo que va a permanecer en la memoria y lo que no. Al parecer es una situación meramente azarosa y no obedece más que al largo pasar de los siglos. Si consideramos la literatura y la poética universal como una determinada suma de textos que están delimitados por ciertos valores (estéticos, éticos, políticos), entonces, ante todo, habremos de notar que en el sistema general de la cultura estos textos constituyen solamente una parte, y no son para nada el todo. De hecho, su existencia quizá se deba a razones que no tengan nada que ver con su valor artístico. Sin embargo, en cierto punto, “la existencia de textos artísticos supone la simultánea existencia de textos no



artísticos, y que la colectividad que se sirve de ellos sabe hacer diferencia entre ellos” (Lotman, 1996, p. 112). Incluso, Lotman señala que

Más complejo es el caso que se presenta cuando en la memoria de la cultura se introducen textos que distan mucho por su estructura de la organización inmanente de la misma, textos para cuyo desciframiento la tradición interna no tiene códigos adecuados. Casos así son la irrupción masiva de las traducciones de textos cristianos en la cultura de la Rusia de los siglos XI-XII o de textos de Europa occidental en la cultura rusa posterior a Pedro el Grande. (Lotman, 1996, p. 111)

Y es que para Lotman, que ejemplifica siempre con la literatura rusa y las tradiciones artísticas de su nación, con respecto de Europa Occidental, se hace evidente que las diferencias entre semiosferas, que pertenecen a un “mismo continente”<sup>6</sup>, son enormes. Partiendo de la literatura rusa, hace notar las diferencias entre las diversas concepciones de romanticismo, clasicismo y barroco que existen en las diferentes latitudes europeas y que, a su vez, dista mucho de las tradiciones rusas, que se ven muy ajenas y que traducen las corrientes literarias de los países dominantes según sus propias lógicas. Lotman entiende que Pushkin, como poeta, no pretende hacer romanticismo con *Evgine Onegin*, o al menos no el romanticismo que suponían los franceses desde el pensamiento revolucionario, los ingleses desde el pensamiento burgués o los españoles desde el pensamiento católico. Para Lotman, saber diferenciar los conceptos entre diferentes esferas culturales es fundamental para comprender los “préstamos”. “Aquí sería posible mencionar la concepción del péndulo elaborada por D. Chizhevski —de la oscilación de los estilos en el arte entre dos arquetipos: el clásico y el barrocoromántico. Las antítesis de «clasicismo» y «romanticismo» en la terminología de Zhirmunski, y de «clasicismo» y «manierismo» en la de Curtius” (Lotman, 1996, p. 38). Lotman propone que las diferentes definiciones entre tal o cual época y estilo, por ejemplo, entre el alemán Rüdiger Safranski o el inglés Eduard Curtius depende de muy diferentes ópticas que no van a ir en concordancia con sus connacionales rusos, sin embargo, estas variadas conceptualizaciones y acercamientos pueden ser consideradas como un modelo dialógico de la cultura, en el cual “los períodos de relativa estabilidad con un equilibrio mutuo y, por consiguiente, tendencias opuestas mutuamente inhibidas son relevados por períodos de desestabilización e impetuoso desarrollo. Safranski (2012), por ejemplo, aclara que, desde la visión alemana, el “Romanticismo, entre

---

<sup>6</sup> Se habla en este sentido de la unidad Latina e Hispánica que se comparte en el continente y que puede diferir de la cultura anglosajona en el mismo.

otras muchas cosas, es también una continuación de la religión con medios estéticos, por lo que lo imaginario ha alcanzado con él una altura sin precedentes. El Romanticismo triunfa sobre el principio de realidad. Es bueno para la poesía y malo para la política, en el caso de que se extravíe en lo político. Ahí comienzan los problemas que nos plantea lo romántico” (Safranski, 2012, p. 159). El romanticismo alemán, se basó, en este sentido, en el *Sturm und Drang*, que provenía del propio espíritu nacional alemán de varios siglos atrás. Sin embargo, en el caso francés, las nociones que rodearon lo romántico se establecieron desde los principios de la Revolución Francesa y los conceptos de libertad con base en la articulación revolucionaria. Cuando Safranski habla de las disertaciones de Herder sobre el tema, aclara que en el estricto sentido alemán: “El humanismo no está frente a la naturaleza, sino que en lo referente al hombre es la verdadera realización de su naturaleza [*Sturm und Drang*]. (...) No concibe ningún sueño de una prehistoria paradisiaca a la que sea deseable retornar. Todo instante, toda época contiene sus propios desafíos y una verdad que es necesario captar y configurar “ (Safranski, 2012, p. 25). Herder se encontró en una profunda debacle respecto de las ideas de Rousseau, por ejemplo.

La historia tampoco es, como piensan los materialistas franceses, un «aproximado más o menos», confiado al azar y al mecanismo sin alma. Por el contrario, tiene sentido, aunque no esté ordenada a un fin que podamos comprender de antemano. La realización de la humanidad es una especie de experimento del mundo, un proceso abierto cuyo transcurso depende de los hombres, aunque en el trasfondo actúe una intención de la naturaleza. (Safranski, 2012, p. 25)

Por otro lado, el romanticismo inglés y posteriormente el romanticismo español acuñaron su propio sistema de signos para acoplar a sus lógicas y sistemas de ideas, sin dejar de ser sistemas dialógicos. “En los periodos de estabilización el intercambio dialógico de textos se efectúa dentro de un mismo corte sincrónico de la cultura y ese mismo corte sincrónico es un cuadro asimétrico de la conjunción de subestructuras semióticas” (Lotman, 1996, p. 39). Continúa más adelante:

todas las escuelas que se sucedieron —la «escuela de los préstamos», la histórico-cultural, la estadal-marriana y otras— dedicaron sus esfuerzos siempre a la misma cuestión: a la explicación de las coincidencias de nombres, motivos, *sujets* e imágenes en las obras de literaturas, mitologías y tradiciones de poesía popular distantes cultural e históricamente. Este mismo problema sigue estando en el centro de las investigaciones actuales. Podemos considerar

como el resultado de una búsqueda de más de siglo y medio la concepción que recibió su más precisa expresión en los trabajos de y. M. Zhirmunski y N. I. Konrad. (Lotman, 1996, p.40)

Y es que suele ser una tendencia, crear puentes y paralelismos que permitan comprender otra cultura a partir del conocimiento de la propia. “Cuando N. I. Konrad habla de la cultura caballeresca japonesa o del Renacimiento chino, se refiere a que los estudios históricos/universales del desarrollo cultural generan en las áreas culturales más alejadas fenómenos tipológicamente parecidos” (Lotman, 1996, p. 40). Estos ejemplos no hacen más que visibilizar y evidenciar el profundo intercambio dialógico que existe entre las diferentes culturas y epicentros culturales para comprender lo que está fuera de sus fronteras semióticas. Esta discusión, se abordará más adelante, cuando se ponga bajo la lupa los diversos movimientos literarios europeos y americanos, como semiosferas separadas. Por el momento resulta muy importante comprender el porqué del cambio en la constitución y significado de conceptos tan concretos como “literatura”, “clasicismo”, “romanticismo”, “modernismo”; “liberalismo”, “conservadurismo”, etcétera, a través del tiempo y su resignificación actual respecto del siglo XIX. Para esto es necesario tener un acercamiento a Reinhart Koselleck, por medio de su obra *Historia de los conceptos*. Koselleck, parte de los conceptos como signos mutables a través del tiempo y cada significado y significantes tiene valencias distintas en diferentes contextos y épocas, lo que los dota de una multifuncionalidad semántica en la Historia, y en ese sentido completa el trabajo de Lotman. Si bien Lotman establece las fronteras del espacio, Koselleck delimita las fronteras del tiempo.

### **1.1.3. Koselleck, el *Bildung* y la *Historia de los conceptos***

Para Koselleck, el lenguaje representa, en los hombres, lo único que posiblemente puede representar la realidad y su complejidad. La realidad como estructura cambiante y altamente diversa produce de manera permanente cambios lingüísticos que el hombre, en cada espacio y tiempo, considera como percepción del mundo. El pasado histórico no es el mismo para los diversos sujetos, contextos y sociedades así que tampoco los patrimonios lingüísticos, sobre todo porque estos patrimonios lingüísticos enuncian desde el pasado (lo que Lotman articula memoria y tradición, según se ha visto). La intención básica de la *Begriffsgeschichte*<sup>7</sup> para Koselleck subyace en averiguar las nociones conceptuales del pasado, contenidas en las evidencias lingüísticas, articuladas principalmente en la semántica. En primer lugar, hay que

---

<sup>7</sup> Historia Conceptual o Historia de los conceptos.

entender que todos los conceptos, y sus fuentes, se pueden leer, mínimamente, en un doble sentido, como el lenguaje articulado que se expresa a sí mismo y como algo que está fuera de éste.

Precisamente por esta doble posibilidad que existe en la lengua, para dotar de significados múltiples a un concepto, la *Begriffsgeschichte* ocupa para Koselleck un lugar entre la historia de la realidad y la historia de la lengua. Pero ¿qué es exactamente la *Begriffsgeschichte* o Historia de los Conceptos? Alejandro Cheirif Wolosky lo explica así:

En primer lugar, se trata de una herramienta metodológica que permite a los historiadores delimitar aquello que pertenece, o no, a su campo de investigación. A primera vista parece evidente que la *Begriffsgeschichte* no se ocupa de lo social sino del lenguaje. Por eso Koselleck sugiere que “la historia de los conceptos es una tarea estrictamente historiográfica: se ocupa de la historia de la formación de conceptos, de su utilización y de sus cambios”. Su objeto de estudio es en ese sentido el discurso y no, como en el caso de la *Sozialgeschichte*<sup>8</sup>, los acontecimientos del pasado en sí mismos. Para la *Sozialgeschichte* el discurso es un medio para descifrar los hechos del pasado. Para la *Begriffsgeschichte* el discurso es el objeto de estudio como tal. Sin embargo, la distinción lenguaje/sociedad puede ser una formulación engañosa. La relación entre el lenguaje y lo social es tan estrecha que toda distinción no puede hacerse sino de manera arbitraria y metodológicamente a posteriori: el lenguaje y lo social no están por lo tanto separados el uno del otro. (...) En la historia conceptual la palabra y el concepto, aunque vinculados el uno con el otro, son dos entidades diferentes con características claramente diferenciables”. (Chierif, 2014, p. 87)

Cuando Chierif dice “a posteriori”, se refiere a que las palabras y los conceptos, y sus significados no pueden estudiarse excepto de manera diacrónica. Coincide con Lotman en el sentido de que lo pretérito es importante para comprender la cultura y sus contenidos.

Koselleck establece que las palabras mantienen un rasgo de significado-significante casi estático, que se materializa en las enciclopedias y los diccionarios, no obstante, los conceptos, que son más profundos que las palabras y por lo tanto más cercanos a los procesos de semiosis, son altamente cambiantes, toman préstamos, se traducen y reinterpretan en la cultura (y en las semiosferas). Los conceptos tienen mayor impacto en la Historia que las palabras, a pesar de que ésta se constituye lingüísticamente. “Siempre hay una diferencia entre la historia en acto y la articulación lingüística que la hace posible. Ningún acto lingüístico es

---

<sup>8</sup> Historia Social.

la acción misma que ayuda a preparar, provocar y ejecutarse. Sin embargo, hay que admitir que a menudo una palabra tiene consecuencias innegables” (Koselleck, 2012, p. 14). Pues bien, ambas, la Historia Social y la Historia Conceptual se caracterizan por presuponer teóricamente, aunque de distinto modo, esa relación.

Desde la perspectiva sociohistórica se investiga la relación entre los acontecimientos sincrónicos y las estructuras diacrónicas. Y es una relación análoga la que se da entre el discurso hablado sincrónico y el lenguaje ya existente, diacrónico, que ejerce una influencia constante sobre el primero, la que se tematiza desde un enfoque histórico-conceptual. Puede que todo lo que suceda sea único y nuevo, pero no hasta el punto de no haber requerido determinadas condiciones sociales previas a largo plazo que hiciesen posible ese acontecimiento único. Puede que se acuñe un concepto nuevo que plasme en palabras, experiencias o expectativas antes inexistentes. Pero no puede ser tan nuevo como para no estar ya virtualmente presente en el lenguaje dado y no recibir su sentido del contexto lingüístico del que es heredero. Por tanto, ambos enfoques de investigación incluyen en la interacción entre discurso y acción, en la que los acontecimientos tienen lugar, la dimensión diacrónica —definida de forma distinta—, sin la cual la historia no es posible ni puede comprenderse. Una serie de ejemplos servirá para explicarlo:

El matrimonio es una institución que, a pesar de sus implicaciones biológicas prelingüísticas, constituye un fenómeno cultural con numerosas variantes a lo largo de la historia de la humanidad. Dado que se trata de una forma de socialización entre dos o más personas de distinto o también del mismo sexo, el matrimonio es uno de los temas genuinos de la investigación sociohistórica. Al mismo tiempo es obvio que solo puede hablarse sobre el matrimonio desde un enfoque sociohistórico cuando existen fuentes escritas que nos informan sobre ello, sobre cómo los distintos tipos de matrimonio se han plasmado en un concepto. Pueden elaborarse dos enfoques metodológicos como modelos simplificados. Uno se centra primordialmente en los acontecimientos, en las acciones plasmadas en el discurso, el texto y el acto; el otro se centra principalmente en las condiciones previas de carácter diacrónico y en sus transformaciones a largo plazo. Busca, por tanto, estructuras sociales y sus equivalentes lingüísticos (Koselleck, 2012, p. 20)

El matrimonio como concepto puede variar entre épocas y lugares, y aunque exista una sola definición enciclopédica, y hasta cierto punto histórica; el concepto como tal cambia mucho en la realidad, de hecho, no puede ceñirse a una sola definición y está complejizado por la interacción entre sujetos culturales y sus dinámicas. Lo mismo pasa con los términos,

“democracia”, “revolución”, “arte”, “literatura”, “romanticismo”, etcétera. Estos conceptos tienen una definición desde la palabra, pero lo cierto es que cada epicentro cultural los asume conceptualmente de manera muy diferente. Asimismo, el concepto “revolución”, que está emparentado con la *stasi* griega, la guerra armada entre iguales a favor del cambio, es muy distinto en la Edad Media, en la Ilustración o el siglo XIX; y solo estamos hablando de Europa occidental. Revolución o Contrarrevolución puede conceptualizarse de manera muy compleja en diferentes latitudes y contextos. Lo mismo sucede con “romanticismo”, “clásico” o “literatura”. Si bien podemos asignar un significado a cada palabra, lo cierto es que ese significado no podría cubrir todas las acepciones que en la realidad se ciñen a los conceptos.

*Bildung*, palabra alemana que no tiene traducción y que puede designar educación-cultura-arte, al igual que la semiosfera, trata de describir los fenómenos específicos de cada sociedad delimitada por fronteras lingüísticas, históricas y sociales. Cada epicentro humano posee un *bildung* particular que codifica cada uno de los conceptos de manera muy particular.

*Bildung* no es instrucción [*Ausbildung*] ni presunción [*Einbildung*]. A este respecto el uso conceptual contemporáneo establece límites claros. La cultura no se reduce a sus prerequisites institucionales: ser solo el resultado de la instrucción; ni tampoco se desvanece en términos psicológicos o desde la crítica ideológica: ser solo la presunción de personas supuestamente cultas. Desde el punto de vista del uso lingüístico, el concepto de *Bildung* presenta una resistencia característica. Quien simplifica *Bildung* hasta dejarla en instrucción la desenmascara como presunción se presenta a sí mismo desde esa perspectiva crítica como una persona culta. Evidentemente, al concepto de *Bildung* le es inherente una tensión productiva que consiste en su capacidad de estabilizarse una y otra vez mediante su utilización autocrítica. No puede explicarse de otro modo su uso constante a lo largo de doscientos años y su continua recuperación a través de múltiples fricciones. (Koselleck, 2012, p. 49)

Si bien Koselleck parte de la realidad alemana, al igual que Lotman lo hace con la rusa, coincide en la naturaleza dialógica y mutable de la mecánica cultural y el nulo estatismo de las maneras en que se comprende la realidad. En este sentido *bildung* y *semiofera*, comparten un fin disruptivo, el primero en las ciencias históricas y el segundo en las semióticas. En los siguientes capítulos estos marcos conceptuales y teóricos servirán para poder explicar el devenir del arte y la literatura mexicana y comprender la obra de Salvador Quevedo y Zubieta en su tiempo.

## Capítulo 2. Contexto social, ideológico y político del siglo XIX

### 2.1. Lectura del liberalismo y conservadurismo en la actualidad

En el capítulo anterior se han explicado los conceptos de semiosfera y *bildung* como formas de estudiar los sistemas de signos inmersos en culturas determinadas, límites, fronteras, epicentros, etcétera (en el caso de la semiosfera) y de los conceptos, respecto de su valor semántico a través del tiempo y como fenómeno de la Historia (en el caso del *bildung*). En el presente capítulo van a tratar de articularse estos postulados teóricos respecto de los fenómenos propios, en cuestiones históricas, políticas y literarias que corresponden al periodo mexicano que abarca entre 1870 y 1900. El territorio mexicano, como una unidad cultural, es una semiosfera que atravesó por un sin fin de transformaciones, traducciones e hibridaciones a través del tiempo. Más que una cultura sincrética, es una cultura híbrida, en el sentido lotmaniano<sup>9</sup>. No es necesario mencionar que los quinientos años entre la llegada de los europeos a América ocasionó una serie de *traducciones* y *apropiaciones*, tal y como se mencionaron en el capítulo anterior, respecto del marco teórico que nos compete. Es obvio. Lo que es necesario es condensar estos conceptos y aplicarlos al periodo concreto que compete de la caída del Segundo Imperio hasta la llegada del nuevo siglo en el ocaso del porfiriato.

El territorio mexicano es una semiosfera multidiscursiva con diversas fronteras y epicentros. Sin duda, el epicentro más importante es el de la capital y con base en sus dinámicas, con los otros epicentros culturales, es como se establecen las relaciones dialógicas entre los diferentes signos y lógicas culturales. La capital, la Ciudad de México, es a su vez, el filtro por el cual las voces exógenas se traducen y paulatinamente son apropiadas; sobre todo en los periodos que comprenden del siglo XVII al XIX.

---

<sup>9</sup> Lotman desarrolló el concepto de hibridación cultural (*Semiosfera I*, 1996) como una forma de comprender cómo las culturas se entrelazan y se influyen mutuamente en un mundo cada vez más globalizado. Se enumeran las características principales del concepto.

1.- Interacción de sistemas culturales: Lotman argumentaba que las culturas no existen de forma aislada, sino que interactúan constantemente entre sí. Estas interacciones culturales pueden ser directas o indirectas y pueden ocurrir a través de la comunicación, la migración, el comercio y otras formas de intercambio humano.

2.- Hibridación como proceso dinámico: Lotman veía la hibridación como un proceso dinámico en el que los elementos culturales de diferentes sistemas se mezclan y fusionan para crear nuevas formas culturales híbridas. Estas formas híbridas pueden incluir lenguaje, símbolos, prácticas culturales, valores y más.

3.- Resistencia y adaptación: En el proceso de hibridación, algunas culturas pueden resistir la influencia de otras, mientras que otras pueden adaptarse y absorber elementos de diferentes culturas. Lotman destacaba que esta dinámica de resistencia y adaptación es esencial para la evolución y la diversidad cultural.

4.- Lenguaje y signos: Lotman también enfatizaba la importancia del lenguaje y los signos en la hibridación cultural. Los signos culturales, como los símbolos y los códigos, son fundamentales para la comunicación y la creación de significado, y pueden ser objeto de hibridación y reinterpretación en contextos culturales diferentes.

5.- Cambio y continuidad: La hibridación cultural puede dar lugar a cambios significativos en una cultura, pero también puede preservar elementos culturales tradicionales. Lotman argumentaba que la hibridación es un proceso que implica tanto la innovación como la continuidad cultural.

La capital mexicana fue la cuna y el centro de poder del triunfo republicano. Partiendo de este hecho podemos comprender que todo lo que se aleje de este epicentro tiende a crear fronteras y límites, de la misma forma que lo hace la biosfera de un país o territorio determinado. Asimismo, cada epicentro, con sus respectivas fronteras y dinámicas de intercambio y traducción sígnica creó una conceptualización muy variopinta de los conceptos relacionados con arte, cultura y tradición. Es decir, que la forma en que se conceptualizó el liberalismo en cada uno de los epicentros que conformaron la semiosfera cultural mexicana de ese periodo fue por completo heterogénea. Erika Pani explica que hubo una “amplia y heterogénea corriente del liberalismo decimonónico, al margen de que se identificaran a sí mismos o entre sí con etiquetas particulares, como conservadores o liberales, reaccionarios o radicales, republicanos, imperialistas o "científicos" (Pani, 2001, p. 28). Definir el liberalismo mexicano resulta complejo, porque tal y como se explicó, la ideología política, como tal, fue también una traducción y adaptación que se hizo del liberalismo económico gestado en Inglaterra durante el siglo XVIII. Relacionado también con la Revolución Francesa y con las ideas estadounidenses de la Independencia y de la Unión, el liberalismo mexicano fue una completa hibridación política. Koselleck señala que la conceptualización de diversas ideologías liberales parte de la relación histórica que se tiene, o no, con la Revolución Francesa (Koselleck, 2012). El conservadurismo fue otra manera de liberalismo, pero con otros horizontes conceptuales e hizo lo propio con respecto de las repúblicas monárquicas modernas. Lo "conservador" y lo elitista de su liberalismo “tenía como uno de sus objetivos centrales el de acomodar el dominio de las oligarquías a las premisas revolucionarias del nuevo contexto”. (Pani, 2001, p. 38). Ambas corrientes pertenecían, inadvertidamente, a una lógica común. Como señala Charles A Hale (2009) o William Fowler (1999), tanto el conservadurismo como el liberalismo y sus revoluciones, tuvieron fronteras muy desdibujadas y llegaban a confundirse, no dejando claro, en muchos sentidos, qué era lo que promulgaban y qué era por lo que peleaban (sin contar que podían cambiar de bando a conveniencia, como fue el caso del general Manuel González). Pani asegura que para el conservadurismo “la política se había convertido en una lucha descarada, ininterrumpida y desgastante por el poder, que corrompía las buenas costumbres, trastocaba las funciones del hombre público e impedía que se mantuvieran el orden y la tranquilidad. Los políticos no eran ya funcionarios, servidores públicos, sino representantes de facciones, enfrascados en una lucha gobernada (...) por leyes infernales". (Pani, 2001, p. 44). Entendían que el liberalismo era un grupo de "sobrios jurisconsultos, nada populacheros, [que] se acomodaban mal a una lucha política electoral en la que se movían logias masónicas, destacamentos de oficiales y redes clientelares”. (Pani,



2001, p.44). Y hay que tener en cuenta que eso fue una constante durante casi todo el siglo XIX, cuyos imaginarios siguen dominando los criterios de evaluación histórica, con muchos atisbos de ficción, como señala Hayden White (2003) sucede en el discurso histórico, convertido en artefacto literario, donde hay protagonistas y antagonistas. La literatura decimonónica como un reflejo de esa realidad, no hace más que obedecer estos mismos patrones y replicar los imaginarios políticos y artísticos.

Ahora bien, para Erika Pani (2004) separar el conservadurismo de la Historia de México, tal y como se hace actualmente, es de una gravedad enorme porque deja incompleto el estudio histórico y muchos fenómenos sociales, que en el mejor de los casos se omiten o se ficcionaliza en el peor. La autora de *El Segundo Imperio* (2004) señala, por ejemplo, las injustas publicaciones difamatorias de José María Iglesias en su revista *Revistas Históricas sobre la Revolución Francesa*; difamaciones de las que el mismo Iglesias prometió retractarse una vez terminada la guerra, cosa que nunca ocurrió y por el contrario siguieron en circulación, influyendo enormemente en el devenir del discurso nacional. Para Rodríguez Piña (2000) el escaso número de libros sobre el tema resulta agravante porque sólo hay un lado de la moneda para analizar, y aunque su aseveración tiene más de veinte años, lo cierto es que poco ha cambiado. Y es precisamente de esta discusión y reflexión de donde parte este segundo capítulo, de la perpetuación conceptual de la política y la literatura del siglo XIX y de una serie compleja de fenómenos sociales y culturales<sup>10</sup>. Hay, sin duda, muchos elementos raciales, religiosos y sociales en la ecuación ya que el conservadurismo también prolifera en los estratos humildes mientras el liberalismo disfruta de privilegios en las cúpulas como una monarquía. Pero ese es un tema para otro momento.

Ahora bien, por un lado, hay promotores de una realidad cultural, establecida en lo académico, editorial e institucional en Estados Unidos y sus equivalentes europeos. Hay revistas tradicionales concentradas en los temas latinoamericanos y mexicanos como *Hispanic American Historical Review*, *Latin American Research Review* y *Mexican Studies*, donde se congrega un ágora de celoso y exclusivo ingreso, donde se discute, de forma tradicional, todos los avatares de la historia nacional. Cosa que advierte Mary Kay Vaughan (1997), como una historia más norteamericana que mexicana, debido al constante intervencionismo académico de los vecinos del norte en los asuntos mexicanos. Por otro lado, el antropólogo Claudio Lomnitz (1997), aseguró que un cambio en este contexto tradicional, a finales de la década de

---

<sup>10</sup> En el siglo XX el cine y la televisión jugaron un papel importante, tanto en la educación histórica como en la construcción cultural del mexicano.

los noventa, puso fin a las narrativas nacionalistas que poco espacio dejaron la discusión completa, ya que éstas sólo se centraban en la construcción del Estado Nacional<sup>11</sup>. Sin embargo, como señala Enrique Florescano (2008), la proliferación en esos años de estudios sobre historiadores y pensadores conservadores como José Fernando Ramírez, Joaquín García Izcabalzeta o Francisco Pimentel encendió el debate, aunque sin llegar a ningún lado, dando lugar al libro *Historiografía Mexicana* (UNAM, 1991) que poco llegó a trascender.

Fue hasta la primera década del nuevo siglo que una nueva generación de historiadores se planteó evaluar críticamente a sus colegas y replantear los estudios históricos y por ende, un cambio en la conceptualización. Casi todas las épocas fueron objeto de revisiones, pero quizá el siglo XIX fue el más favorecido, ya que por fin se estudiaba, de forma crítica y sin caer en sesgos metodológicos y cognitivos al vilipendiado conservadurismo. *Historias de la Revolución* de Luis Barrón, *El segundo Imperio* de Erika Pani, *La oposición política* de Elisa Servín, *El Porfiriato*, de Mauricio Tenorio y Aurora Gómez, Vison y Bobby Vaughn y *Los indios en la historia de México*, publicados entre 2004 y 2006, por el FCE. La gran virtud de estos estudios, revelaron que esa caricatura de un país dividido, durante el siglo XIX, donde había unos liberales indígenas y unos conservadores criollos europeizados, que se disputaron el poder a lo largo y ancho del territorio mexicano quedaba por completo desacreditada. En 2006, la obra de Eric Van Young, *La otra Rebelión*, llegaba a la sobresaliente revelación de que la rebelión insurgente y popular entre 1810-1821, fue de carácter rural e indígena en la misma medida que fue intensamente conservadora, con intenciones de volver a épocas anteriores (Van Young, 2006). Es decir, la idea de una independencia liberal, tal como la conocemos actualmente, y por consiguiente de un posicionamiento liberal en el grueso del país durante todo el siglo, resulta una mentira (Lucas Alamán había hecho este señalamiento desde 1849 en *Historia de Méjico*). Esta tesis que propuso Van Young, fue una constante en la realidad del siglo XIX, no así en los textos que después emanan en las últimas décadas de la centuria. Para empezar, la construcción nacional no fue una realidad factual de unos contra otros, por el contrario, fue una realidad compleja donde ser, realista o insurgente, liberal o

---

<sup>11</sup> En los años noventa, por ejemplo, hubo un serio revisionismo de la Guerra de Secesión en las academias estadounidenses. Pero como señala Sebastián Balfour (2006) el revisionismo histórico es muy polémico, sobre todo en temas tan sensibles, como las guerras fratricidas o el Holocausto. Lo cierto es que no hay intenciones de encender las pasiones, sino de tratar de comprender todos los mecanismos de la realidad y de los fenómenos históricos. Sin embargo, hay mucho de política, como también señala Enrique Moradiellos (2009), que sugiere un “pseudo-revisionismo político”, partiendo de la idea de que este revisionismo es un arma historiográfica con intenciones políticas, como es el caso de la Guerra Civil Española. En este caso, tanto la Guerra Civil Española, como el Holocausto, son demasiado recientes y quizá por eso la sensibilidad sobre el tema es tan abrumadora. Empero, en conflictos como la Guerra de Secesión o la Guerra de Reforma, el tiempo da cabida a planteamientos epistémicos que no necesariamente deban causar conflictos. Sin duda, un tema complejo que no se podrá resolver en el presente trabajo.

conservador era, muchas veces, una cuestión de intereses, conveniencia; pero también de la casualidad geográfica o la necesidad colectiva. Hubo un liberalismo popular que estaba más anclado en la tradición novohispana conservadora, y hubo varios *conservadurismos liberales* y *liberalismos conservadores* que poco pueden definirse (Fowler, 1999). Una de las razones por las que poco se puede definir estas fronteras es por lo que señala Jesús Hernández Jaimes (2003), quien recalca que, durante la formación de un Estado Nacional, muchos historiadores, en esa época, “buscaban en el pasado elementos que encajaran con sus obsesiones, muchas veces imaginándolos” (s/f). ¿La historia está entonces entremezclada con la ficción? White (2003) señala que es inevitable que la historia y sus narrativas contengan “acontecimientos reales y estructuras convencionales de nuestras ficciones” (White, 2003, p. 126), porque el historiador, no puede evitar que el acto de escritura esté maniatado a su visión personal del mundo o a su ideología (y por qué no decirlo, a un complejo de novelista)<sup>12</sup>.

México es demasiado complicado y extenso para resumir de manera simplista sus fenómenos sociales y a sus protagonistas. Lo cierto es que tampoco el conservadurismo mexicano decimonónico puede ajustarse a una sola versión, ni tampoco son los malos de la historia, ni los traidores ni los “hermafroditas” o “cangrejos”, como los señaló José María Iglesias y Guillermo Prieto respectivamente. Eric Van Young señala que “el no poder unir las dos visiones y mantenerlas separadas dificulta la comprensión total de los fenómenos culturales” (s/f). Además, como señala Pani (2001) al final, sendas ideologías terminaron fusionados exitosamente: “muchos de los proyectos de los imperialistas fueron retomados e incluso realizados durante el porfiriato, por aquellos políticos que adoptarían, a mucha honra, el mote de “liberales conservadores”. El régimen de “Orden y progreso” también fue el de la “política para la administración”, el de la “política científica”, el del ferrocarril, los bancos, el crecimiento demográfico y el señorial paseo de la Reforma”. (Pani, 2001, p.54). Ahora bien, como conceptos, lo que entendemos desde el *bildung* de Koselleck como liberalismo y el conservadurismo resultan francamente inaprensibles para nuestra actualidad, ya que dichos conceptos, en sí mismos, han tenido diferentes evoluciones diacrónicas y semánticas. Lo que hoy se conceptualiza como liberalismo o conservadurismo no es lo mismo que se conceptualizaba en el siglo XIX. Voloshinov (2009) coincide en ese sentido al decir que

---

<sup>12</sup> La verdad sobre el liberalismo mexicano, no es la que plantea Reyes Heróles (1974) en su capítulo “La Euforia por la Constitución de 1820”, de la obra *Liberalismo Mexicano*, donde tiene una “Explicación del triunfo liberal”, como si este hubiera sido el resultado lógico e irrevocable de los cambios que llegaron a América con la Ilustración y la Revolución Francesa.

La memoria histórica de la humanidad está repleta de signos ideológicos muertos incapaces de ser arena de confrontación de acentos sociales vivientes. Sin embargo, gracias a que el filólogo y el historiador los siguen recordando, estos signos conservan todavía los últimos vestigios de la vida. Pero justamente aquello que hace vivo y cambiante al signo ideológico lo convierte al mismo tiempo en un medio refractante y distorsionador de la existencia. La clase dominante busca adjudicar al signo ideológico un carácter eterno por encima de las clases sociales, pretende apagar y reducir al interior la lucha de valoraciones sociales que se verifica en él, trata de convertirlo en signo monoaccidental. (Voloshinov, 2009, p. 48)

El siglo XIX, el siglo de las guerras fratricidas en América, es el siglo de crear estas unidades, de inventar los imaginarios de construcción nacional<sup>13</sup>. Si como señala Agamben, el *oikos* “es esencialmente ambivalente: por una parte, es un factor de división y de conflictos; por la otra, el paradigma que permite la reconciliación de aquello que ha dividido” (Agamben, 2017, p.18), entonces, en los países recién nacidos, debía perpetuarse una idea que pudiera dar unidad una vez que las pugnas terminaran<sup>14</sup>.

El *criollismo* y su polisémica e intrincada definición<sup>15</sup>, al menos en el complejo sistema político de la Nueva España, posteriormente en el primer siglo del México Independiente y

---

<sup>13</sup> El caso de Estados Unidos es claro. Allí triunfó la raza sajona, heredera directa de las colonias británicas. Se aceptó un cierto porcentaje de inmigrantes franceses o alemanes, en cierta medida; irlandeses, italianos o polacos en una menor, pero lo que queda claro es que no hubo cabida para el negro ni el indígena en esta nueva nación, heredera de la Ilustración, fundadora de la democracia.

<sup>14</sup> La Historia de las conquistas, de la hegemonía, de la jerarquía vertical que dota de discurso a los vencedores, al menos en occidente, ha tenido la lógica griega que Agamben (2017) remarca en su libro *Stásis. La guerra civil como paradigma político*. La Guerra civil, en este sentido, es diametralmente lo opuesto a la conquista. La “*stásis* o guerra civil es, en su esencia, una “guerra en la familia”, que proviene del *oikos* y no del exterior. Precisamente porque es connatural a la familia, la *stásis* funge como su revelador, testimonia su irreductible presencia en la *polis* (Agamben, *Stásis. La guerra civil...* p. 18). La guerra civil requiere una reconciliación final. La Conquista no, la conquista es la eliminación y supresión del otro: “bárbaro”, “salvaje”, “indio”, “negro”<sup>#</sup>. Agamben (2017) señala una “fraternidad” intrínseca que permite al Estado seguir operando tras las disputas. Una lógica muy extendida en occidente. ¿Pero qué sucede con un país colonizado? ¿Qué sucede con un país racialmente diverso, donde se han desdibujado las líneas de “fraternidad”? En el siglo XIX americano debía construirse esa nueva “fraternidad” y convertirla en “solidaridad”, o lo más cercano que estuviera a mano.

<sup>15</sup> El concepto de criollismo es muy complicado y no puede resumirse o simplificarse a un solo periodo o a un único fenómeno en América. Cada región del continente tiene una versión diferente de criollismo y no se basa sólo en pensar en el europeo nacido en América. Para fines prácticos de esta investigación este concepto se limita a los fenómenos de la Nueva España y divide el fenómeno en cuatro momentos: el periodo de conquista y colonización, donde los criollos eran, precisamente, los hijos de los encomenderos y adelantados, cuya lucha por su identidad fue única y particular, ligada irreductiblemente a sus derechos de conquista y la herencia de encomiendas. El segundo momento se da en el siglo XVII, cuando se dio el esplendor de la cultura novohispana y los sentimientos de identidad americana, diferente de la europea, comenzaban a hacerse visibles. El tercer momento lo ocupa el siglo XVIII, siglo de la Ilustración y de nuevos fenómenos en América respecto de estas ideas. Por último, el cuarto momento, es el siglo XIX, cuando el nacionalismo y la creación de los Estados Americanos dieron paso a una renovación del concepto. Enrique Meler (2010), de la misma forma de Rodolfo Kusch (1976), determina el concepto de sujeto americano, quien establece relaciones con Europa, en medio de un *cogito* que aspira alcanzar en su totalidad una semejanza con el hombre europeo, pero manteniendo su esencia en el Nuevo Mundo. Asimismo, el sujeto colonial focaliza Europa, traduciendo y trasladando sus valores en el Nuevo Mundo, sin atender a la alteridad, el sujeto americano focaliza Europa con el mismo fin, pero mantiene ya, sus raíces en América, de la que se sirve para construir su identidad (tomando lo autóctono y lo nativo para revestir sus discursos, pero manteniendo en la periferia a los indígenas). El sujeto colonial es el producto de la conquista y la colonia, y el primer momento del criollismo. Ya durante el siglo XVII, con la conquista lejana, se comienza a construir el sujeto americano, que va a adquirir su mayor fuerza con la ilustración en el siglo XVIII. En este sentido, y como señala Meler (2010) es posible que la Ilustración les sirviera más a América que a Europa<sup>#</sup>. Ya para el siglo XIX el sujeto americano debe establecer sus propias reglas y crear sus propios paradigmas. Meler señala que “un proceso tan vasto y distinto requiere de lógica propia y debe haber un péndulo que se mueva sin la totalidad prestada” (Meler, 2010, p.

finalmente en el México Contemporáneo, permitió a las facciones en disputa tener en común un primer andamio en dónde construir, pero eso significó resignificar trescientos años de dominio europeo para acomodarlos, asumirlos y adaptarlos a los nuevos discursos hegemónicos<sup>16</sup>. En estos planos discursivos, al menos la alteridad de la que habla Homi Bhabha (1986) y en la que Adorno (1988) sostiene el concepto, respecto de los sujetos coloniales del siglo XVI, desaparece en el siglo XIX. La idea de nación y república que se hereda de la Revolución Francesa, pone en estatus de criollo, en teoría, a todos, diluyendo así la alteridad que surge a partir de las diferencias étnicas. De ninguna forma se iba a regresar el poder a los indígenas, ni se iba a partir de una mayoría racial, por supuesto que no. Pero tanto liberales como conservadores, y sus infinitas variaciones y mezcolanzas, usarían el término *criollo* de forma conveniente y ventajosa durante todo el siglo (atenderemos este problema más adelante).

En este sentido, en las primeras décadas del siglo, los ideólogos del conservadurismo como Lucas Alamán<sup>17</sup>, van a sugerir una herencia criolla, católica y novohispana, donde los indígenas, negros y mestizos eran parte del constructo social, pero, con sus bemoles. Los liberales, por su parte, serían los ideólogos del modelo de nación, política e histórica, sólo tras el triunfo de Juárez, reestructurando las construcciones históricas. Bajo esta lupa liberal, la idea del criollismo parece otra cosa: es un criollismo que incluye más voces, más razas, más espectros políticos en la teoría; pero que en esencia y en la práctica, era tan radical y reaccionario como el conservadurismo y al final del día indígenas, negros y oprimidos en general quedaban fuera, tal y como había sido durante la época colonial. Sin embargo, en lo discursivo, llevaban signos de operación diferentes y conceptualizaciones que estaban en el diccionario, pero no en la realidad, tal y como lo plantea Koselleck.

Esta guerra discursiva tendría uno de sus mejores escenarios en la literatura y el arte, pero también en el enorme campo de la Historia. Fue también una guerra de retórica. Una conquista del otro, por medio de la escritura (réplicas y contrarréplicas), ya que las formas de la comunicación ideológica se presentan en forma de actos políticos, de leyes, fórmulas, declaraciones, formas de enunciados poéticos, de tratados científicos y su posición en la

---

45). Por otro lado, Fernanda Carrillo Muttoni (2012) describe al sujeto americano como parte de una construcción poética propia del barroco que se encuentra arraigado y expresado en la literatura, esto es que esto es, “que el descubrimiento del Nuevo Mundo se gesta escrituralmente como una resignificación o nueva interpretación del sujeto, de modo que el mito de la conquista se vuelve espacio fundamental, como un punto originario, para el planteamiento del nacimiento del sujeto poético latinoamericano”. (Carrillo, 2012, p. 4). En este sentido, las diferentes formas de conceptualizar un término permiten articular el argumento sobre la dificultad de homologar los conceptos en torno a la literatura y la historia.

<sup>16</sup> En 1856, por ejemplo, Francisco Zarco, liberal "puro", exigía "libertad política, libertad civil, libertad en todo y para todo". No obstante, al tratar de instituir la tolerancia de cultos por encima de "las opiniones del vulgo", Zarco también intentaba establecer una "libertad a palos" que, según muchos de sus contemporáneos, no era libertad. (Pani, *Para mexicanizar...* p. 30)

<sup>17</sup> Y siguiendo la tradición de escritura novohispana que provenía de personajes como Francisco de Gómara.

jerarquía social. Voloshinov explica que “se debe tomar en cuenta la posición jerárquica y social de la palabra ajena representada” (Voloshinov, 2009, p. 192), es decir, que en no puede soslayarse el impacto jerárquico de quien enuncia el discurso<sup>18</sup>.

En el siglo XIX la opinión del público “racional” no fue únicamente una opinión, sino que, tuvo que estuvo relacionada a las reflexiones privadas acerca de los asuntos públicos

---

<sup>18</sup> Lucas Alamán, por ejemplo, construye un discurso histórico en el que el triunfo de la Independencia de México sólo es posible con la victoria criolla del Plan de Iguala de Iturbide. Todo lo demás es irrelevante e inútil, incluso subordina esta separación a los devenires en España. Veamos:

La independencia había venido a ser inevitable para Méjico y para todo el continente de la América española: suscitada la idea de obtenerla por los sucesos de España de 1808, el plan absurdo que se siguió en la revolución comenzada en 1810 y las atrocidades que la mancharon, pudieron estorbar su desarrollo, pero no extinguir el deseo de conseguirla, el que antes bien se generalizó, no habiendo sido bastante duradero el intervalo de paz de 1818 a 1820 para restablecer el hábito de la antigua obediencia y sumisión, y los acontecimientos recientes de España le habían dado más fuerza y mayor impulso, haciendo participar de él a aquellos mismos que habían sido hasta entonces los enemigos más decididos de la insurrección. Este deseo era pues general: era una exigencia que era preciso satisfacer, y tal fue el objeto del artículo 2.º del plan de Iguala; pero para que esta independencia tan apetecida fuese provechosa, era menester darle una dirección acertada y fijar desde el primer paso la suerte futura del país, estableciendo el género de gobierno que más conveniente fuese. Los primeros promovedores de la independencia no se ocuparon de este objeto, y entre todos los que la deseaban pocos eran los que pensaban en ello, pareciéndoles que bastaba ser independientes para encontrar en este nombre solo todas las felicidades. Con mayores luces, fue ya materia de duda cuál sería el sistema que convendría adoptar, y a esto ocurría el plan de Iguala, fijando las ideas a este respeto. (Alamán, *Historia de Méjico. Tomo III*, p. 47)

En este sentido, para Alamán, los españoles expulsados eran “otros”, sí, pero se les “agradecía” la herencia cultural y la pertinencia histórica, y el triunfo de Iturbide debía perpetuarse con su ayuda, quizá sí, quizá no, pero nunca en detrimento de los valores políticos que trataban de conservarse de la Nueva España. Si se iba a entrar en una guerra civil, las facciones criollas tendrían que recomponerse y reconciliarse en algún momento (excluyendo a los verdaderos otros: indígenas, negros; mestizos, etcétera), y la reconciliación debía darse entre iguales al reestablecer los valores que ya existían en la Nueva España. En este sentido, los ideólogos conservadores, tuvieron más congruencia que los liberales (aunque esa congruencia resulte igualmente nefasta). Por un lado, Lucas Alamán, en sus *Disertaciones sobre la historia de la República Mejicana* (1849) poco o casi nada habla, y porque no le interesa, de lo disfuncional, injusto y poco equitativo del sistema colonial novohispano, empero, es algo que, en la retórica, Vicente Riva Palacio tiene muy claro a la hora de construir el discurso y de implementar sus dispositivos retóricos para su extensísima obra *México a través de los siglos* (1883). Saltan a la vista, en esta lucha de retórica, dos casos que resultan interesantes: por un lado, el injusto proceso del primo de Hernán Cortés, que demostraba el salvajismo e imprudencia de un gobierno español que no tenía misericordia ni con los propios españoles:

Denunciáronla Juan Tirado, Pedro Gallego y Elvira López; mándola aprehender Salazar, y tras una sombra de proceso en que no hubo más que las declaraciones de esos tres testigos, Juana Ruiz Marcilla, que era mujer honrada y de las principales de la ciudad, fue condenada a sufrir cien azotes caminando por las calles públicas montada en una bestia de albarda, con voz de pregonero que anunciara su delito, y además que permaneciese presa hasta «pie pudiera ser conducida á Medellín y embarcada allí para las islas. Tan terrible castigo por causa tan insignificante aplicado á una mujer distinguida en la ciudad, prueba cuál sería la exaltación del ánimo que dirigía las acciones de los gobernadores haciéndoles cometer toda clase de crímenes y arbitrariedades. (Riva Palacio, Tomo II, pp. 128-129)

Por otro lado, resalta la casi utópica rebelión de negros de 1537, en una suerte de proto-liberalismo donde los oprimidos, desde tiempos coloniales, habían tenido anhelos de libertad americana:

Los negros, en México, calculando sin duda su número, la debilidad relativa de las tuerzas de la colonia y con la esperanza de contar en todo caso con el auxilio de los indios, conspiraron secretamente para levantarse contra los españoles apoderándose de, la tierra y á este fin eligieron entre ellos un rey y prepararon armas para la sublevación. El 24 de septiembre de 1537, uno de los negros conjurados denunció la conspiración al virey; envió éste, comprendiendo la inmensa gravedad del peligro, espías para tener seguridad de la denuncia; descubrieron esos espías todo lo que Mendoza deseaba saber, y en la misma noche el escogido para rey y los principales de la conjuración fueron aprehendidos, y despacháronse correos á todos los pueblos y minas en que había negros, encargando mucha vigilancia á las autoridades. (Riva Palacio, pp. 241)

Lo cierto es que, para la construcción ideológica del partido liberal, una historia de esclavos negros rebeldes sólo estaba bien en el papel y en la práctica política estaban muy alejados de esos ideales. Empero, lo importante es puntualizar que estos eventos son negados por Alamán y exacerbados por Riva Palacio, por razones puramente ideológicas, llegando, incluso, casi intactos hasta el siglo XX. Pero no sólo fueron discursos que se materializaron en los textos históricos, está el plano de lo privado y lo público, donde la prensa escrita encontró otro campo de batalla. Uno que duró casi toda la centuria.

y con las discusiones públicas en los asuntos políticos. Discusiones que se daban, por cierto, sólo entre gente con acceso a la lectura, por lo que la discusión se limitaba a un porcentaje reducido y privilegiado, en su mayoría criollo.<sup>19</sup> Por medio de la prensa se discutía y se arengaba lo público y lo político, se defendían las ideologías y los diversos proyectos de nación que tanto liberales como conservadores buscaron llevar a la práctica. En su tesis doctoral, Ortiz Dávila apunta que

se ha argumentado que lejos de unificar al público en torno de los nuevos valores, el surgimiento de la opinión y de las sociabilidades modernas reconstituyó una nueva jerarquía. Ésta no descansó ya en el nacimiento o en la pertenencia a cuerpos o estamentos privilegiados, sino en el capital cultural. El acceso a los impresos, a la lectura individual, a la opinión de los “sabios” y a la información política produjo una profunda división entre el público, del cual se excluyó de ese momento en adelante, a la mayoría considerada como “ignorante”. (Ortiz Dávila, 2010, p. 70)

En palabras de Rafael Rojas (2003) antes de 1808 la cultura y la política estaban supeditadas al sistema virreinal y al imaginario estamental, impuesto por Iglesia y Estado. No había más, y los imaginarios eran uniformes y adecuados para cada estatus. Según Ortiz Dávila (2010), la esfera pública moderna sólo es posible hasta 1821, tras la consumación de la Independencia y sólo en manos de criollos, quienes son los que manejan los medios culturales.

En tal orden de ideas fueron las sociedades secretas, las conjuras de carácter local, las partidas armadas, las facciones parlamentarias, los grupos de opinión, las diputaciones provinciales, etc., los sujetos que cambiaron la dinámica pública. La escritura fue, por supuesto, un factor esencial en dicha “emergencia de la publicidad política”, pues los valores creados a partir de la nueva sociedad y el nuevo estado se transmitieron por medio de la cultura política escrita. De entrada, para el momento de la lucha independentista puede decirse que los decretos de libertad de imprenta, representación igualitaria entre españoles y americanos y la abolición del Santo Oficio estimularon la movilidad social, al mismo tiempo que abrieron el espacio público para la escritura de todo un nuevo imaginario. (Ortiz Dávila, 2010, p. 72)

---

<sup>19</sup> En este sentido, tanto el periodismo como la literatura y la historia, en el siglo XIX, eran textos leídos por muy pocas personas. Sólo las élites construían y focalizaban estos discursos en México. El resto de la población vivía de imaginarios nutridos de ficción, o muchas veces ni siquiera tenían conocimiento de lo que pasaba en un territorio tan extenso. Los alcances retóricos que se han mencionado, sin duda no son conocidos.

Los escritores fueron quienes por medio de la palabra impresa mediaron y dirigieron en muchos casos la construcción de la idea nacional. Se apropiaron de las representaciones y lograron traducirlas a niveles de referencia muy accesibles, obteniendo la atención de un público amplio, pues “inventaron” una realidad cultural no sólo para los mexicanos, sino también para los extranjeros. Esto fue evidente en las primeras décadas del siglo con las publicaciones del diario *El Sol y El Águila Mexicana*. Ya a mediados del siglo hubo tres periódicos de corte conservador encabezados por las principales figuras del conservadurismo que mostraban un desencanto con las “formas republicanas”, entre los que cuentan Lucas Alamán, José María Gutiérrez de Estrada, Juan Nepomuceno Almonte, Antonio de Haro y Tamariz, Teodosio Lares, Rafael de Rafael Vilá, Ignacio Aguilar y Marocho, **José Manuel Hidalgo y Esnaurrizar**, que vieron en *El Universal, La Cruz y La Sociedad*, un modo de llevar sus ideas a un público “culto”. Por su parte, durante esas décadas, liberales republicanos como Guillermo Prieto, Ignacio Ramírez, Francisco Zarco, Luis de la Rosa y Mariano Otero, fundaron y escribieron en las páginas de *El Omnibus, El Siglo Diez y Nueve y El Monitor Republicano*, donde José María Vigil, Manuel Payno, José María Iglesias, José María Lafragua hicieron gala de pensamientos mordaces y puntillosos contra sus rivales, llegando incluso a la infamia. Estos diarios tuvieron un fuerte opositor en *El Lunes*, de **Salvador Quevedo y Zubieta**, quien atacaría con la misma virulencia a los intelectuales de la República restaurada. Sin embargo, el alcance de los textos de carácter “popular”, y por lo tanto de mayor alcance, terminó por opacar las disidencias opositoras al gobierno. En ese sentido, la lucha periodística, tuvo un claro ganador en los periódicos liberales, ya que las otras editoriales, se volvieron repositorio de cultismo, misales y agendas eclesiásticas.

### **2.1.1. El conservadurismo y la tradición criolla novohispana.**

Hay que dar varios pasos hacia atrás. Como señala María Alba Pastor (1996), criollo viene de *criar*, y al menos en las primeras décadas tras la conquista, fue usado de manera peyorativa para designar a los hijos de los conquistadores y encomenderos. Este primer criollismo es precisamente el que critica tan duramente Lucas Alamán: el de los ociosos hijos de españoles que no trabajaban la tierra y sus beneficios sin esclavos. Una estirpe que, si no despreciaba el Nuevo Mundo, al menos sólo veía un modo de hacer riquezas por medio de la explotación<sup>20</sup>. La tierra americana era un privilegio adquirido, a su saber, por el derecho de la conquista, cosa que la Corona Española simplemente ignoró, y con la promulgación en 1542 de las Leyes

---

<sup>20</sup> Aunque Pastor (1996) también señala que hubo casos en los que se sublevaron en alianza con indígenas y negros.



Nuevas, que impedían la herencia de las encomiendas, el gobierno peninsular fue reduciéndolos a siervos que debían rendir tributo por las buenas o por las malas. Estas luchas tendrían su pináculo en la figura de Martín Cortés y su infructuosa rebelión.

Esta situación cambia considerablemente en siglo XVII, durante el esplendor novohispano cuando se gozó de un espíritu relativamente independiente al designarse un virreinato y no una simple colonia<sup>21</sup>. Para O' Gorman (1975), lo novohispano es una rebelión criolla contra las imposiciones del mundo europeo al que no pertenece, pero del que no puede renegar, y una apropiación del mundo indígena que no comprende, pero necesita para pervivir<sup>22</sup>. La Iglesia americana, por ejemplo, tuvo que replantear la teología medieval para adecuarla al Nuevo Mundo, una nueva tradición reedificada.

El encuentro con el Nuevo Mundo produjo muchos problemas en estos aspectos (...). Para poder seguir el de la jurisdicción, se debe referir a la concepción teológica. Las Sagradas Escrituras, dictadas por el Espíritu Santo, dicen en el Nuevo Testamento que los apóstoles de Cristo predicaron en todo el mundo. Tan contundente (y autorizada) afirmación puso en aprietos a los teólogos católicos, puesto que aparecía un mundo nuevo poblado con millones de seres humanos. Ante semejante realidad se tuvo que buscar una respuesta. La más ingeniosa fue la de postular que el perdido apóstol Santo Tomás había predicado en América. Los fundamentos se tomaron de los mitos indígenas como el del sacerdote Quetzalcóatl, cuya figura presuntamente bondadosa los clérigos se apresuraron en acrecentar. (...) No prosperó mucho a la verdad, porque entre otras cosas implicaba que todo un continente había apostatado. La solución práctica fue declarar que la existencia del Nuevo Mundo era un misterio, que los indios eran "gentiles" (esto es, sin recibir formación cristiana) y se pusieron a evangelizarlos. (Moreno, p. 11)

---

<sup>21</sup> Para los conservadores era una época que representaba lo mejor de México, ya que el orden político del virreinato permitió el crecimiento, la expansión y el florecimiento de la cultura criolla. Para los conservadores, la Iglesia era la institución que unificaba a los pueblos. Para los liberales era un periodo de desencuentro, conflicto y discordia. El arte novohispano representaba más una manera de opresión europea que una forma de identidad criolla. El triunfo del liberalismo en el siglo XIX formó muchos de los modelos errados que se tienen sobre el arte y la literatura novohispana.

<sup>22</sup> Es decir, el criollismo, en este sentido, se fundamenta en la confusión de ser y no ser; la rebelión ontológica que le sucede a este primer problema que en primera es espacial, ya que América representa un continente con otras leyes naturales, ajenas a el mundo europeo, a pesar de que viene de ahí. El criollismo conservador se aferra a la tradición para encontrar cimientos. O' Gorman (1975) señala que "como los demás entes de igual especie que surgieron en el Nuevo Mundo a resultas de las empresas conquistadoras y colonizadoras europeas, su ser se originó por trasplante de la civilización occidental. Pero a diferencia de los derivados del tronco anglosajón, constituidos en la libertad de desarrollar el legado europeo en formas y costumbres adecuadas al nuevo ambiente, los provenientes de raíz hispánica fueron constituidos a manera de copias del modelo metropolitano. Quiere esto decir que, desde su origen, las colonias inglesas en el Nuevo Mundo fueron americanas en la constitución de su ser histórico por más que estuvieran políticamente adscritas a la corona inglesa, mientras que las hispánicas, como réplicas de España, fueron entidades europeas por más que estuvieran formalmente adscritas al Nuevo Mundo" (O' Gorman, 1975, p. 88). Empero, desde una perspectiva lotmaniana, América es una semiosfera completamente diferente a Europa, a pesar de que ha traducido el Viejo Mundo.

Para pensadores como O'Gorman (1975) o el mismo Octavio Paz (1976), América y el sincretismo, producto de la hibridación cultural, se volvió parte de la cosmovisión no sólo de los criollos, sino de mestizos e indígenas. La Nueva España, en este sentido y respecto de España, fue una entidad inasible y de muchas voces que convivieron en multiplicidad (aunque el mundo indígena va a permanecer paralelo) y que tuvo en la Ciudad de México su epicentro. Hay, entonces, un centro y una periferia sujetas a dos fuerzas: una centrífuga y otra centrípeta que tienen como origen y destino un centro dinámico que incluye o excluye signos dentro de sí, como señala Lotman y se ha mencionado con anterioridad. El criollo es esencialmente de ciudad y su espíritu reside en ésta y sus tradiciones, que son una hibridación entre el Viejo y el Nuevo Mundo. Sor Juana Inés de la Cruz, por ejemplo, fue una de las figuras centrales del criollismo que describen tanto O'Gorman como Octavio Paz. La ilustre poeta jerónima es un buen ejemplo del sujeto americano, que a pesar de tratar de conectarse con el mundo en el que vive, sus aspiraciones aún están focalizadas en los valores europeos. Este ejemplo, sin embargo, sólo describe un período, a un sujeto y a un espacio específico por lo que no puede aplicarse a todas las problemáticas y contextos del continente, aunque permita establecer una nueva forma de discutir sobre el tema.

Ahora bien, se piensa en lo poco productivo y opaco que parece el siglo XVIII, en comparación de las extravagancias barrocas del XVII y el nacionalismo del siglo XIX, pero lo cierto es que fue una época bastante interesante ya que tanto las ideas clásicas como de la Ilustración, entusiasmaron a los criollos, quienes, para este periodo, ya se conformaban como sujetos americanos. Este siglo es el de la alineación de la identidad americana tal como llegaría al siglo XIX. Lo importante por el momento es establecer que es en este siglo cuando se dan las primeras aspiraciones de independencia y emancipación americana; y si bien, es el siglo donde el Sistema de Castas conforma fuertemente el sistema político, lo cierto es que ya comenzaba a desdibujarse y la Nueva España comenzaba a homologarse, como lo señala Henry George Ward (1982), quien escribió que en la intrincada clasificación racial y social lo cierto es que también había indígenas junto a mestizos blancos (cuarterones, quinterones, dependiendo el nivel de ascendencia blanca) y españoles pobres. De la misma forma, en el clero y la milicia, muchos indígenas y mestizos estaban ganando notoriedad. No puede omitirse la obviedad de que todos los insurgentes, todos, son los hijos de este siglo. Para entrado el XIX el panorama es totalmente diferente y el criollismo va de la mano con las luchas insurgentes y se vuelve un factor de unificación. Sin embargo, también se divide en un criollismo católico arraigado a la tradición, por parte de las facciones conservadoras y un criollismo burgués con

vistas a las repúblicas modernas asociadas al liberalismo económico (surgido también en el siglo XVIII con las teorías de Adam Smith y a las ideas que emanaban de la Revolución Francesa). El criollismo y su definición sirvieron también como un vehículo de identidad al cual cada facción política le dio su justa medida a conveniencia. Esto se replicó sin dudas en cada nueva nación americana<sup>23</sup>. Y así, mientras que los conservadores se aferraban a la tradición novohispana y tenían una noción de criollismo católico, los liberales negaban categóricamente la importancia histórica y social de este periodo, ennegreciendo sus valores y aportaciones a la cultura total de México.

En su extensa obra, *Historia de Méjico*, Lucas Alamán tiene posicionamientos muy claros: Tenochtitlán es la cuna de la cultura mexicana y la época novohispana es su mayor esplendor. La consumación de la Independencia y el Primer Imperio de Iturbide (el de las tres garantías) es el triunfo de la razón y la gracia de Dios. Para Alamán, Miguel Hidalgo y el Ejército Insurgente son un equipo de torpes incapaces de comprender la razón y los alcances de su movimiento<sup>24</sup>. En el primer tomo, que dedica precisamente a la Guerra de Independencia, Lucas Alamán hace fuertes críticas a Miguel Hidalgo y llena de elogios a Agustín de Iturbide<sup>25</sup>. Alamán hace una serie de paralelismos históricos entre Europa y América, pero sus intentos

---

<sup>23</sup> Ahora bien, la Inquisición, la representación del atraso medieval, como imaginario también fue parte de la ruptura en la secularización del poder. Varios autores como María Elvira Roca han apuntado que la Inquisición sufrió una campaña de desprestigio a lo largo de las décadas, en especial en el siglo XIX, durante la construcción del nacionalismo. Roberto Moreno (s/f), por su parte, apunta que, a finales del decimonónico en México, se publicó una *Galería de Indios Célebres*, por un protestante de nombre Carrión, donde incluía a un fray Martín Durán, quemado por la Inquisición, por hablar de Luthero. Don José María Vigil junto con Don Joaquín Icazbalceta entraron al Archivo Nacional y dieron con un intento falseario de proponer a un preluterano durante la época novohispana, para acrecentar más el oscurantismo en el que trataban de envolver esta época. La realidad es que la Inquisición de la Nueva España fue inocua y holgazana y se dedicó a perseguir la herejía, manifestada principalmente en “amarres”, macumbas y embrujos de amor. En una sociedad donde los límites del sincretismo entre lo prehispánico, lo afrocaribeño y lo europeo se dibujaban y desdibujaban constantemente, era una institución sin sentido, pues de aplicarse sus reglas con estricto apego, la Inquisición en la Nueva España hubiera tenido que mandar a la hoguera a todo el mundo. La Dra. Úrsula Camba (2019) menciona en su libro *Persecución y modorra: la inquisición en la Nueva España* que no hay tantos procesos capitales probados ni documentados en la Nueva España, mientras que en la península ibérica se documentaron y probaron alrededor de 300 casos entre los siglos XVI y XVIII; una suma que no se compara a los 25,000 casos probados de condenas de muerte en países protestantes, incluidos, claro, los juicios de Salem. Sin duda un intento sobrado de desprestigio que trataba de hacer crecer la leyenda negra del Santo Oficio mientras se ocultaba con oprobio las barbaridades del protestantismo liberal.

<sup>24</sup> Respecto a Hidalgo, Alamán se expresa así: “Los colegiales le llamaban el zorro, cuyo nombre correspondía perfectamente a su carácter taimado”. (Alamán, *Historia de Méjico*, Tomo I. p. 140)

<sup>25</sup> Hensel (2012) en su trabajo *La coronación de Agustín I. Un ritual ambiguo en la transición mexicana del Antiguo Régimen a la Independencia* señala que el ejemplo claro de todo ello, es el juramento que prestó Iturbide en su coronación: “Agustín, por la Divina Providencia y por nombramiento del Congreso de representantes de la Nación, Emperador de México, Juro por Dios y por los Santos Evangelios, que defenderé y conservaré la Religión Católica, Apostólica, Romana, sin permitir otra alguna en tal Imperio: que guardaré y haré guardar la Constitución que formare dicho Congreso, y entre tanto la Española en la parte que esté vigente, y asimismo las Leyes, Ordenes, y Decretos que ha dado y en lo sucesivo diere el referido Congreso, no mirando en cuanto hiciere, sino al bien y el provecho de la Nación: que no enagenaré, cederé ni desmembraré parte alguna del Imperio: que no exigiré jamás cantidad alguna de frutos, dinero, ni otra cosa, sino las que hubiere decretado el Congreso: que no tomaré jamás á nadie sus propiedades; y que respetaré sobre todo, la libertad política de la Nación, y la personal de cada individuo: y si en lo que he jurado, ó parte de ello, lo contrario hiciere, no debo ser obedecido, antes aquello en que contraviniere, sea nulo, y de ningún valor. Así Dios me ayude, y sea mi defensa, y si no, me lo demande”. (Hensel, 2012, p. 1349-1411)

por crear una visión nacional, que partiera desde la tradición novohispana, no prosperaron con el paso del tiempo y los contextos sociopolíticos. Ahora bien, la Consumación de la Independencia de México es vista, al menos actualmente, como una reacción conservadora, y no fue tomada en cuenta dentro de la era de las revoluciones, que abarca únicamente la Independencia Estadounidense y la Revolución Francesa. La lucha en esta región se observa, simplemente, como el sacudimiento del yugo hispano y el fracaso de Iturbide como monarca, que influye mucho en su valoración durante el triunfo de la República liberal de Juárez. Lo cierto es que la coronación de Iturbide fue un híbrido del antiguo régimen y de un Estado constitucional moderno y eso, para los que conformaron el primer partido conservador, era un hecho que apoyó sus tesis. No es importante, desde este posicionamiento, quien inició la guerra, sino quien la concluyó. Por un lado, su retórica menosprecia a Hidalgo y encumbra a Iturbide. En el primer tomo, Alamán dice

Entregóse la plebe al pillaje de todo cuanto se había reunido en la alhóndiga, y todo desapareció en pocos momentos; Hidalgo quiso reservar para sí las barras de plata y el dinero, pero no pudo evitar que lo sacasen y después se les quitaron algunas de aquellas a los que se les pudieron encontrar, como pertenecientes a la tesorería del ejército y que por esto no debían ser comprendidas en el saqueo. (Alamán, *Historia de Méjico, Tomo I*, p. 172)

En el tercer tomo, por otro lado, apunta

Iturbide, en la flor de la edad, de aventajada presencia, modales cultos y agradables, hablar grato e insinuante, bien recibido en la sociedad, se entregó sin templanza a las disipaciones de la capital, que acabaron por causar graves disensiones en el interior de su familia, y le dieron ocasión de ejercer su carácter imperioso, exigiendo, como se refiere de Federico el Grande, recibo de los azotes que se supuso haber dado a un individuo que lo había ofendido de palabra. (Alamán, *Historia de Méjico. Tomo III*, p. 27)

Para los conservadores, como Alamán, el triunfo de Iturbide significaba una congruencia con el espíritu del criollismo católico. En este sentido, (cosa que se repetiría décadas después con Maximiliano), un pueblo como México no estaba preparado, según ellos, para un experimento político como el de Estados Unidos y necesitaba una monarquía como tradicionalmente fue por trescientos años<sup>26</sup>.

---

<sup>26</sup> Caso contrario de la obra *México a través de los siglos* de 1884 que es precisamente lo contrario a lo que dice Lucas Alamán. En el tomo II dedicado a la Conquista y la época colonial, el autor del liberal Vicente Riva Palacio (cuya participación en los primeros tomos de la obra), hace hincapié en lo nefasto del triunfo de Cortés y lo oscuro del periodo regido por la Iglesia, por ejemplo. El esplendor de Tenochtitlán y las grandes pirámides fue reducido tras la conquista, según esta formulación discursiva, a una casi Edad Media donde castas, indígenas y mestizos vivían bajo la bota del terrible español. Finalmente, la

### 2.1.2. El imaginario del Segundo Imperio

Para Pani (2004), no existen imaginarios buenos o malos, deseables o indeseables a la luz de los hechos históricos, sino sólo comprensiones diferentes y sesgadas de las diferentes realidades políticas e ideológicas<sup>27</sup>. Hubo a mediados del siglo XIX un imaginario monárquico de México que contrastó con el otro imaginario republicano, pero ambos fueron dialogando con los cambios políticos posteriores resultando en nuevas visiones y lógicas de la realidad, nutridas

---

Independencia de Hidalgo libraría a los mexicanos y traería la paz de la República (aunque eso no buscaba Hidalgo, en primer lugar). Claro que existía la incómoda idea de que Hidalgo y Morelos eran curas, pero eran mejor partido que Agustín de Iturbide y a su ejército de las tres garantías que incluían la religión católica como oficial y parte del gobierno. En primera Miguel Hidalgo se suscribió mejor a los valores burgueses del liberalismo y fue, durante el siglo XIX, una mejor representación para el pueblo. Muy convenientemente había sido condenado como apóstata y excomulgado antes de morir, por lo que, en teoría, feneció como un “liberal” y no como un sacerdote. Morelos al ser fusilado de espaldas se conduce en el mismo tenor. Los símbolos e imaginarios alrededor del cura de Dolores, si bien eran católicos, se acomodaron mejor a los posicionamientos liberales que los de un español megalómano que se coronó emperador y proclamaba la fe católica. En esta guerra de imágenes, símbolos, retórica y leyendas (*bildung*) iban a prevalecer los héroes que convinieron a las políticas liberales y quedarían en segundo plano los que no. En Iturbide se reflejaban los valores novohispanos, de hecho, era un regreso simbólico a lo colonial. Una monarquía constitucional, pero monarquía, al fin y al cabo.

<sup>27</sup> En su libro *El cine o el hombre imaginario* (2001), publicado en 1956, Edgar Morin, un teórico y cineasta francés, explica cómo el cine ha sido un vehículo para fusionar la realidad con la ficción. Para este autor, el cine ha sido un motor importantísimo de lo que denominó “imaginarios colectivos”, un concepto que puede tener diferentes interpretaciones que, sin embargo, convergen en el mismo punto: la visión particular de una sociedad respecto de la realidad específica, reproducida y replicada por medio de diversos dispositivos culturales. Dichos imaginarios están contenidos en fronteras y límites de enorme mutabilidad dialógica y polifonía. Si bien existe una realidad objetiva ésta se subjetiva y reinterpreta por medio de diversos medios comunicativos dialógicos como la literatura en el siglo XIX y el cine en el siglo XX y estas interpretaciones dependen del contexto y la ideología a las que se ciñen las sociedades. Para este autor parisino la subjetividad y objetividad “no solamente están superpuestas, sino que renacen constantemente una de la otra, ronda incesante de subjetividad objetivante, de objetividad subjetivante. Lo real está bañado, rodeado, llevado por lo irreal. Lo real está amoldado, determinado, racionalizado, interiorizado por lo real” (Morin, 2001, p. 141). Sin duda alguna, detrás de cada construcción artística que trata de explicar y objetivar la realidad histórica, hay una carga ideológica y discursiva. Estos contenidos ideológicos ya han sido explorados por autores como Carlo Ginzburg y Roger Chartier. Enrique Meler (2010) señala que “la ficción posee las condiciones materiales de la verdad, pero ésta es su atadura. Ya Platón se daba cuenta de que las condiciones materiales no garantizan un saber cierto sobre la verdad y pueden muy bien oscurecerla” (Meler, 2010, p. 13). La ficción oscurece la historia con sus dispositivos narrativos y va creando extensos hilos dialógicos que se convierten en imaginarios que se toman como verdad plausible. Conrado Cabrera (2005) define lo imaginario como un hecho histórico, social y colectivo que trasciende a las mentalidades individuales, y que “estas son por así decirlo; variantes, combinaciones de la sociedad de una época” (Cabrera, 2005, p. 30); coincide con Ginzburg (1999) en que lo imaginario es un “acervo colectivo de las sociedades y los perfiles ideológicos de cada sociedad y van de la mano con sus mitos y la construcción de imaginarios que provienen de todo ese acervo social que se materializa en el arte y la cultura” (s/f). Gruzinski (1994), por su lado, conviene en que la relación de la imagen sobre la palabra en relación con el colectivo tiene un poder en la forma en la que se construyen los imaginarios; estos son “nacidos en el cruce de las esperas y de las respuestas, en la conjunción de las sensibilidades y de las interpretaciones, en el encuentro de las fascinaciones y los apegos suscitados por la imagen”. (Gruzinski, p. 14). Los imaginarios están conectados, invariablemente, con la interpretación que se hace de la realidad y su material signico, contenido en fronteras signicas. Voloshinov (2009) dice que “para que un tema, cualquiera que sea el nivel de la realidad a la que pertenezca, forme parte del horizonte social de un grupo y suscite una reacción semiótico-ideológica, es necesario que dicho tema esté relacionado con los presupuestos socioeconómicos más importantes del grupo mencionado; es preciso que involucre siquiera parcialmente las bases de la existencia material del grupo señalado”. (Voloshinov, 2009, p. 45) Es decir, es posible que dichas construcciones estén dadas por la extensa lucha de clases, donde hay una clase social que usará unos signos y otra que usará los contrarios y de ahí construirá el material simbólico para cada colectivo semiótico, es decir, con el grupo que utiliza los mismos signos de la comunicación ideológica. “Así las distintas clases sociales usan una misma lengua. Como consecuencia, en cada signo ideológico se cruzan los acentos de orientaciones diversas. El signo llega a ser la arena de la lucha de clases” (Voloshinov, 2009, p. 47). Pero no sería acertado pensar en una lucha de clases como se pensó en el siglo XX, sino en un contexto histórico muy diferente que tuvo que ver con las hegemonías jerárquicas que se construyeron a lo largo de los siglos previos y que vio en el siglo XIX una serie de luchas que definirían el ejercicio del poder y el Estado moderno. Luchas que verían en el arte y la literatura su mejor escaparate ideológico y por ende marcaría enormes límites y fronteras en el sentido lotmaniano que se ha explorado a lo largo de esta investigación. Para Erika Pani, finalmente, el imaginario es también la “arquitectura ideal” mediante la cual ordenan “su” realidad; “el complicado entramado de visiones del mundo; de símbolos y representaciones; de principios, aspiraciones y prejuicios; de experiencias e influencias; de filias y fobias -las reprimidas y las que no lo están tanto- que componen el horizonte intelectual y cultural que comparte un grupo de hombres” (Pani, 2004, p. 23).

por entelequias y signos contradictorios. “Al referirnos al imaginario, rescatamos tanto un conjunto de ideas, como la matriz social e intelectual que las produjo. El discurso es el vehículo privilegiado para acceder al imaginario: son los "lenguajes políticos" los que definen los "grandes temas" que enmarcan y dan forma al debate de una época”. (Pani, 2004 p. 24). El debate histórico sobre el papel de las diferentes facciones políticas y sus protagonistas durante el siglo XIX mexicano sigue siendo fundamental en los estudios actuales, ya que el tema no parece agotarse, surgiendo cada vez más información que sirve de contrapunto para la “Historia Oficial”.

El término conservador no empezó a usarse hasta mediados de la década de 1830, una vez que se estableció la Constitución de 1824 que puede decirse que es el momento cuando se construyen la nación y las facciones políticas comenzaban a tener serias diferencias entre las diferentes formas de administración (Fowler, 1999). Se usó en 1840 cuando cobró matices claramente políticos. Cuando se hablaba de sentimientos conservadores estos se referían casi exclusivamente a valores éticos que la gente de “bien” quería conservar ante la amenaza de un mundo “inmoral” y “nefando” que parecía estar implícito en cualquier revuelta popular.

Con la pérdida de un respeto tradicional a la autoridad del monarca existía el miedo a que se fuera a perder también cualquier respeto a la autoridad que lo había reemplazado. El temor a la disolución social venía asociado con el temor de que con el logro de la Independencia la sociedad corría el peligro de perder la noción jerárquica novohispana de la moralidad que había sido tan firmemente respetada bajo la colonia. (Fowler, 1999, p. 13)

Sin embargo, los posicionamientos aún no eran tan claros y en la República Centralista, durante uno de los periodos de Santa Anna, no existía aún un debate claro y el partido liberal y el conservador estaban mezclados<sup>28</sup>. Según Ortiz Dávila: “En los primeros años de la etapa independiente del país era difícil encontrar liberales que “defendieran principios republicanos” y se identificaran del todo con Rousseau, Paine, Washington, Adams, etc. De hecho, las referencias republicanas y representativas de los mexicanos de la época no se originaban en autores tales como Maquiavelo o Thomas Paine, sino que procedían del ámbito de la *res publica* cristiana basada en San Pablo, San Agustín, el neotomismo español, Francisco Suárez, Francisco de Vitoria, Hugo Crocio, Montesquieu y el constitucionalismo gaditano” (Ortiz Dávila, 2010, p. 73).

---

<sup>28</sup> José María Tornel publicó en 1843 que “había que cultivar las semillas de religión, sembradas en México por nuestros padres para provecho de la sociedad y bien nuestro. Era de hecho fundamental hacer entender a nuestra juventud que el sentimiento religioso es sublime y conservador como Dios, armonioso como la música de Mozart” (Fowler, 1999, p. 13).

Sin embargo, es importante hacer hincapié en que suponer que hubo un proyecto político conservador antes de finales de los años cuarenta no se puede sustentar ante la documentación histórica existente. En términos políticos se puede discernir una tendencia más tradicionalista entre ciertos políticos y ciertas facciones que entre otros, durante las primeras dos décadas del México independiente, pero tildarlos de conservadores sólo complica más nuestro entendimiento de la política de la época. “El verdadero debate giró en torno al paso de la Reforma; en otras palabras, en torno a la rapidez con que se debían proponer y ejecutar las reformas que conducirían a que México se realizara como país independiente” (Fowler, 1999, p.14).

Es precisamente un poco antes de la Guerra de Reforma que las diferencias entre ambos bandos se volvieron irreconciliables. La guerra civil y sus resultados dejó en claro la posición del Estado respecto a los antiguos privilegios de clérigos y terratenientes. La Constitución de 1857, a pesar de todos los problemas políticos internos que provocó, puso a México, en teoría, como un Estado moderno y diversos tratados como el Tratado McLane-Ocampo, que, aunque no se lleva a cabo, dejan en claro la relación fraguada entre Estados Unidos y el México liberal<sup>29</sup>. El conservadurismo y sus pretensiones de poner un monarca europeo se desvanecieron junto con el Tratado Mon-Almonte. Vendría a ser la negación de Juárez de hacer los pagos de la deuda externa (y cuyos errores diplomáticos serían señalados y publicados por Francisco Bulnes en un intento de desprestigiar al político oaxaqueño años después) lo que revivió las esperanzas de instaurar la monarquía en México. La Intervención Francesa y el consiguiente Segundo Imperio pusieron de nuevo en la palestra la guerra de imaginarios entre liberales y conservadores, ya que es en este periodo donde la literatura y el arte, y el periodismo por su puesto, van a encontrar su mejor escenario. Quizá este periodo que comprende entre 1853 hasta 1867 sea de donde surge todo el imaginario respecto de los conservadores y los liberales que mantenemos hasta el día de hoy.

Por un lado, se edifica la figura de Juárez, indígena oaxaqueño, pastor de ovejas que huyó de su pueblo, se convirtió en abogado y posteriormente en presidente, a partir del estudio y el trabajo duro. Símbolo inequívoco del liberalismo mexicano, paladín de la justicia y de los desprotegidos. Alrededor de su figura hubo satélites como Lerdo de Tejada en lo político,

---

<sup>29</sup> La relación México/Estados Unidos tras la Guerra de 1846-48 fue muy tortuosa y difícil en temas de política exterior, sin embargo, la culpa histórica recayó directamente en Antonio López de Santa Anna. En este sentido, se formó un imaginario alrededor de él con el que tanto liberales como conservadores pudieron conciliar sus diferencias y justificar los fracasos de la República Centralista y los de la República Federal. No obstante, la Guerra de Reforma y sus resultados recrudecieron el conflicto que devino en la intervención francesa.

Porfirio Díaz en lo militar e Ignacio Altamirano en lo cultural<sup>30</sup>. Es alrededor de Benito Juárez, el Benemérito de las Américas, que hay todo un imaginario donde se congregan los ideales de la República, sean o no fidedignos. Por otro lado, Maximiliano I de Habsburgo, conde de Miramar, príncipe de Austria. Monarca europeo con sus propias figuras satélites nacionales: Nepomuceno Almonte en lo político, Miguel Miramón en la militar y José Manuel Hidalgo y Esnaurrizar en lo diplomático. La idea era gobernar a un México criollo, con pluralidad indígena, con los mismos valores novohispanos que incluían la fe católica como religión oficial, pero dotando a esta monarquía de una nueva Carta Magna como lo hacían las monarquías constitucionales modernas de Europa. Si algo habían aprendido las facciones conservadoras era que la simple tradición no servía por sí misma y se necesitaba un sistema monárquico moderno efectivo, comprobado y con relaciones directas con el Viejo Mundo. Maximiliano I y su esposa Carlota eran el modelo perfecto en el que se mezclaban los valores de la tradición con los parámetros de la modernidad. El proyecto conservador era el de dotar al país de un nuevo imaginario, construido en el academicismo, la cultura clásica y la fe católica (con base en la iglesia tradicional). En contrapunto las fuerzas liberales representaban la democracia que veía en Juárez la fuerza nacional mexicana del nuevo criollismo<sup>31</sup>.

Empero, el proyecto de Maximiliano I fue precisamente lo contrario, y resultó un liberal más radical que Juárez. Esto llevó a una serie de desencuentros entre las facciones conservadoras que poco a poco fueron retirando el apoyo al príncipe austriaco. Napoleón III, tras la derrota en contra del Imperio Prusiano y debido los descalabros que sufría Maximiliano en lo político, vio como una mala empresa el Imperio y decidió retirar su apoyo, lo que terminó en el trágico desenlace para la pareja imperial. Una vez que se restauró la República, Juárez planeó, al parecer, perpetuarse en el poder, desatendiendo todos los principios por los que había luchado en primer lugar, lo que llevó a la Revolución de la Noria en 1870. Porfirio Díaz ascendería rápidamente en el poder hasta que se logró encumbrar de la misma forma que un monarca. Porfirio Díaz tomó como base de su gobierno un plan muy parecido al que había propuesto Lucas Alamán varias décadas antes y llevó a la práctica los principios del conservadurismo disfrazado de liberalismo en los que declaró en una frase que prorrumpir en nuevos imaginarios: “México no está listo para la democracia”. Fue precisamente en el periodo

---

<sup>30</sup> Aunque esto puede ser cuestionable, ya que estos personajes construyeron su “persona histórica” después de la muerte de Juárez.

<sup>31</sup> Todas las revoluciones en México han sido en su totalidad, revoluciones criollas que han incluido a los indígenas y a los desposeídos, pero sólo como escaparate, periferia y carne de cañón. La Revolución Mexicana, en este sentido, repetiría el mismo patrón, con un puñado de caudillos criollos que se arrebataron el poder unos a otros, sin hacer verdaderos cambios en las estructuras sociales de México.



de Díaz en el que el conservadurismo y sus ideas del criollismo católico se llevaron a cabo con los terratenientes. Porfirio Díaz reconcilió el Estado con la Iglesia, porque supo que los dispositivos de poder de ésta habían sido eficaces por siglos y la administración pública se volvía, en cierto modo, más sencilla. Díaz rechazó por completo la práctica federalista del poder y ejerció el centralismo y en esta guerra de imaginarios alguien tenía que perder y salir por la puerta trasera de la historia. En cierto sentido se usó a Maximiliano I como “chivo expiatorio” y quien se pronunciase a favor de él o se tuviera sospechas mínimas de haber pertenecido al partido conservador en aquellos años de tumultos y guerra, era irreductiblemente exiliado del panorama cultural y político de México. No se les puede llamar traidores porque sólo fue un modelo de gobierno diferente y al final, en la práctica se llevó a cabo también, como explica Erika Pani. Aquellos que pudieron costearse un lugar afortunado en el exilio lo hicieron, los que no, pues tuvieron que disfrazarse de liberales y reacomodar sus discursos y sus privilegios. Sin embargo, queda claro que, en la lucha política del periodo, donde los límites entre conservadurismo y liberalismo son borrosos, es la guerra de imaginarios la que a través de los años fue cobrando una mayor trascendencia en las discusiones históricas y que está manifestada en la literatura y el arte principalmente. Para Christopher Domínguez, en su libro *La Innovación Retrógrada, Literatura Mexicana 1805-1863*, plantea que todos los ejercicios literarios están sujetos a su contexto político, por lo que la inclusión exclusión de tal o cual autor depende de esto. ¿Quién entró en el panteón de las letras mexicanas y quién salió? ¿Cómo se revalora la tradición novohispana a la luz de esta discusión? ¿Cómo se desarrolla la literatura, a partir de esto?

Cuando se habla de literatura decimonónica se habla de voz nacional, pero, ¿qué se entiende por voz nacional? Queda claro que hay una visión de los vencedores sobre la de los vencidos, pero lo cierto es que vencedores y vencidos estaban más cerca de lo que ellos mismo pudieron imaginar o aceptar en su momento. El siglo XIX es un periodo extenso de construcción nacional, y en dicha construcción las tradiciones virreinales jugaron un papel importantísimo, ya que no sólo eran contrarias a los posicionamientos liberales, sino que, de hecho, eran también un nacionalismo en sí mismo. Ser un reaccionario conservador, en cierto contexto, significó honrar la tradición novohispana como genuinamente mexicana. Y no todos los liberales fueron ateos anticlericales venidos de la pobreza del mismo modo que no todos los conservadores fueron monárquicos intransigentes nacidos en cuna de oro. Ver la tradición de trescientos años de virreinato como un anatema que simplemente desapareció de la cultura del recién formado país resulta, para esta investigación, completamente sesgado. Muchos

poetas, escritores, pintores y artistas en general obedecieron también a su propia ideología, formación académica, tradiciones y por qué no decirlo, gustos personales, sin contar posición económica, familiar o política, y crearon activamente sin apearse demasiado a los movimientos oficiales, lo que dio como resultado un conjunto de obras vibrantes y muy originales que permanecieron en las periferias de la literatura nacional. No hubo ágoras literarias absolutamente liberales, como tampoco hubo cónclaves conservadores donde se discutía la tradición novohispana en las letras mexicanas; los movimientos literarios en las primeras décadas posteriores a la Consumación de la Independencia, y hasta la llegada del siglo XX, fueron una serie de grupos muy variopintos e irregulares de estudiantes, abogados, burócratas, clérigos o aficionados (de edades muy diversas) que se reunieron alrededor de una revista o periódico y publicaron obras muy difíciles, hoy en día, de catalogar.

Hay una suposición común, que es la de pensar que el pensamiento liberal y el conservador mexicano del siglo XIX fue igual al de otras naciones. Una revisión a la literatura alrededor de estos temas hace evidente que se habla de problemas diatópicos y diacrónicos muy bien definidos, por región, en el caso de América Latina y entre naciones a ultramar, como es el caso de España y Francia, respecto del continente americano, por poner un ejemplo. La tradición virreinal, en este sentido, tuvo muy variopintas versiones y los conceptos de “tradición”, “humanismo”, “Ilustración”, tuvieron particularidades específicas en México, respecto de otros países. De la misma forma, los movimientos artísticos y culturales como el clasicismo, romanticismo, realismo, costumbrismo, parnasianismo, modernismo, mundonovismo, etcétera tuvieron diferente matiz y no obedecieron, de ninguna manera, a los movimientos del resto de América o Europa (algunos no se desarrollaron y otros fueron meras copias) y aunque parece tentador homologarlos, lo cierto es que lo que parecen similitudes, resultan más bien diferencias.

## **2.2. Aportes críticos y teóricos sobre literatura mexicana**

Los estudios literarios del siglo XIX mexicanos son muy extensos y van desde lo monográfico referencial hasta lo crítico, pasando por lo historiográfico, lo sociológico y político. Sería imposible enumerar todas las obras que se han escrito, a lo largo de más de un siglo de producción crítica sobre las letras mexicanas, pero a continuación se hará una semblanza, lo más concreta posible, de los principales actores que conforman sustancialmente la crítica literaria más completa. Para efectos prácticos se pueden clasificar en tres grupos, los autores del siglo XIX, quienes escribieron en su época para hablar de su tiempo o de un pasado inmediato; los autores del siglo XX, quienes construyen y dan forma a toda la confusión gestada

durante los tumultuosos y violentos periodos de la construcción nacional, para, al menos parcialmente, dar un rostro a la cultura nacional (esto incluye a críticos y académicos mexicanos y extranjeros). Por último, los autores del siglo XXI quienes por medio de diversas estrategias permiten la operación de nuevas lógicas y construcciones discursivas que cuestionan la rigidez e imprecisión con la que se abordó el periodo, contrastando y sumando otras voces, metodologías y técnicas.

Dentro de esta primera clasificación crítica están autores decimonónicos como Ignacio Manuel Altamirano cuyo trabajo se contiene en los tres tomos de *La literatura Nacional*, obra que recoge todos los textos críticos del pensador liberal, a lo largo de su vida, y que incluye ensayos, biografías y prólogos, así como su labor en revistas literarias; esta obra ha servido como ejemplo para conocer qué sostenía al aparato ideológico, valorativo y moral de la época, aunque obviamente no menciona (o menciona escuetamente) a sus contrapartes y periferias, como es el caso de Jalisco y los escritores oriundos con lo que tuvo enormes enfrentamientos personales. Por otro lado, está *Memorias de mis tiempos* de Guillermo Prieto, quien por medio de un texto autobiográfico hace un recorrido desde esos primeros años de literatura nacional, desde la Academia de Letrán hasta ya entrado el siglo XIX, recogiendo en sus páginas una serie de retratos y observaciones sobre los autores de la época, como Rodríguez Galván y Manuel Payno, haciendo reflexiones sobre el aporte de sus obras y el peso de sus personalidades. Puede obviarse que mucho del material publicado (y que aún se conserva de todo el periodo) tiene un enorme sesgo de ideología liberal y que hay muchos huecos por llenar desde la perspectiva histórica. Sin embargo, sobran muchos estudios críticos que, anteriores o posteriores a los conflictos entre liberales y conservadores, tienen enorme credibilidad por centrarse en lo literario más que en lo ideológico. Estudios anteriores son el caso del poeta cubano José María Heredia, quien se interesó, durante esos primeros años del México independiente, en dar un rostro a las incipientes letras nacionales a través de sus revistas *El Iris* (1826), *Miscelánea* (1829-1832) y *Minerva* (1834), que, si bien pueden situarse dentro del período “romántico mexicano”, en realidad, están más emparentadas con las visiones estéticas del neoclásico europeo. Al parecer, en sus publicaciones, Heredia era consciente de las fronteras sígnicas y no parecía interesado en las ideas románticas provenientes de Alemania o Inglaterra; “al contrario, la mayor parte de los autores que toma como punto de comparación y ejemplo para explicar el buen gusto en las letras proceden de ambientes post ilustrados con una fuerte convicción en la eficacia de seguir las huellas de los autores clásicos”. (Ibarra Chávez, 2018, p. 14). Es importante precisar que dicho gusto clásico no desaparecería de la literatura mexicana ni con la llegada tardía del romanticismo y demás corrientes subsecuentes y que, en el caso de

la poesía, las revistas de esa primera mitad del siglo aún se verían influidas por el arte poética de Horacio o de autores europeos que representaran “la medida” y el “buen gusto”. Según José Luis Martínez (1984), otras revistas le siguieron como *El Año Nuevo* (1837-1840) de Ignacio Rodríguez Galván; *Calendario de las señoritas mexicanas* (1839-1843)<sup>32</sup> publicación de novedades de corte conservador; *El Museo Popular* (1840) de Guillermo Prieto, *El Museo Yucateco* (1841-1842) de Justo Sierra O’Reilly, *El Liceo Mexicano* (1844), donde se publicó el trabajo de la Academia de Letrán, *La ilustración Mexicana* (1851-1855) de El Zarco y *El Renacimiento* (1869) donde se llevaron a cabo las pugnas entre liberales y conservadores, aunque también, ciertas reconciliaciones. Estas revistas, a diferencia de las mencionadas en el capítulo anterior, eran estrictamente literarias y fueron el principal medio de difusión y crítica; en este caso, solamente se señalan las que contribuyeron, después del trabajo de Heredia, al análisis y discusión sobre literatura. Si bien, todas las publicaciones que siguieron a *El Iris*, *Miscelánea* y *Minerva* no trataron el tema de la tradición clásica, ya sea por prejuicio o por simple desprecio, lo cierto es que tampoco lograron uniformidad para asentar el romanticismo que se adoptó de Europa haciendo que el movimiento en México fuese poco homogéneo.

En otro tenor, Francisco Pimentel, uno de los ideólogos del conservadurismo mexicano publicó en 1868 *Biografía crítica de los principales escritores mexicanos* que terminó llamándose, mucho después, *Historia crítica de la poesía mexicana*. Su obra es un compendio de poetas y escritores, tanto conservadores como liberales, a los cuales juzga a la luz de sus percepciones clásicas y hegelianas. Del mismo modo que Heredia muchas décadas atrás, Pimentel apela a la forma, las normas y el “buen gusto”, considerando “arte menor” aquellos versos costumbristas y románticos de hechura, para él, cuestionable, pero alabando a los mismos románticos de cuna neoclásica como Andrés Quintana Roo. Sin embargo, sus juicios no son parciales y, por el contrario, a diferencia de sus contrapartes liberales, no condena la ideología, sino que se apega al texto. Más adelante, un ejemplo de los estudios críticos sobre las letras nacionales, después de los conflictos fratricidas, a mediados del siglo, son los que se publicaron en *Revista Nacional de Letras y Ciencias*<sup>33</sup> en 1889, por Justo Sierra, en pleno auge del modernismo. Una de las principales características de la publicación fue el fuerte perfil positivista y normativo que incluía juicios imparciales y científicas en el estudio de la

---

<sup>32</sup>El *Calendario de las señoritas mexicanas* fue una publicación irregular que iba desde la publicación de presbíteros y misales, hasta poesía romántica, se caracterizó por ser un espacio para la discusión y la crítica en torno a la literatura y el arte, así sea por novedad o cotilleo, lo cierto es que es un documento importante para comprender la mentalidad de la época. Es una de las pocas publicaciones que pueden encontrarse íntegras y de acceso público por medio del enlace MEXICANA (cultura.gob.mx)

<sup>33</sup>La *Revista Nacional de Letras y Literatura* es de los pocos documentos que se mantienen íntegros y de acceso público por medio del enlace MEXICANA (cultura.gob.mx)

literatura que evitaban los sesgos ideológicos con el fin de reconciliar y reunir a toda el ágora de poetas, dramaturgos y escritores mexicanos (liberales y conservadores). Es notable, entonces, que incluso la crítica literaria y los estudios especializados en las letras nacionales obedecían a las complicaciones históricas que ya se han abordado exhaustivamente en el capítulo anterior.

El periodo de transición entre el siglo XIX y XX va a estar a cargo de Alfonso Reyes, quien en su enorme serie de ensayos sobre *Cuestiones Estéticas* y *Capítulos de Literatura Mexicana* aborda las problemáticas alrededor del verso, las construcciones poéticas y sus relaciones con los modelos clásicos (Aristóteles y Platón, sobre todo) así como una valoración a las tradiciones novohispanas y el gongorismo. Con una formación casi completamente europea, Alfonso Reyes es un excelente representante de las élites culturales que pervivieron entre el porfirismo y la posrevolución; sus criterios literarios y culturales tienen una mirada puesta en las tradiciones y otra en las vanguardias, lo que lo hace una excepción más que una regla.

Ahora bien, después del extenso conflicto revolucionario y el periodo subsecuente, los estudios sobre literatura ven en el siglo XIX parte del aparato ideológico que va a servir para construir la nación. Si bien, en muchos sentidos se oficializa, en cierta medida, el discurso liberal, lo cierto es que se van a sumar voces<sup>34</sup> y la perspectiva de las décadas va a permitir un acercamiento más objetivo a las letras nacionales. Mucho después de la Revolución Mexicana, el escritor Mariano Azuela, publica su ensayo crítico *Cien años de novela mexicana* en 1947, que es uno de los más importantes intentos de reconstrucción literaria mexicana durante el periodo posrevolucionario. En esta obra, el famoso autor jalisciense hace un recorrido en las obras de quienes considera los doce autores principales para comprender la evolución de la novela en México. Empero, y como señala el mismo autor, no es una obra didáctica “y no es en realidad más que la expresión de mis pensamientos, mis aficiones y mis gustos personales” (Azuela, 1947, p. 23). Y es precisamente, el desapego total a los parámetros académicos y un desprecio por las valoraciones estéticas de historiadores y críticos, que su posicionamiento resulta tan interesante. Sin ningún recato llena de alabanzas a López Portillo y Rojas para enjuiciar su pluma refinada y realista mientras que, por otro lado, llena de improperios a Payno a quien considera un novelista menor, al tiempo que muestra cierta indiferencia por *Astucia* de Inclán. Sin duda, una crítica tan controvertida reavivó el interés por la literatura decimonónica

---

<sup>34</sup>Incluyendo los discursos de ultraderecha nacionalista de José Vasconcelos que estaban inspirados en Francisco Bulnes, como se verá más adelante.

e hizo evidente la poca homogeneidad en los estudios críticos y teóricos. Empero no deja de ser un texto doxológico con enormes sesgos que provienen de los juicios de Azuela y no de una crítica teórica como tal.

A mediados del siglo se publica *La Expresión Nacional* (1984) de José Luis Martínez, una obra muy completa que reúne ensayos, prólogos, críticas y reseñas sobre el escenario cultural y literario del siglo XIX y que, en cierta medida, aborda críticamente respecto de las diferencias ideológicas del periodo y de cómo éstas llevaron a un desencuentro en la cultura. Menciona que en “México no se preocuparon por la conciencia<sup>35</sup> literaria, como en otros países (Martínez, 1984, p. 93)” y el simple impulso de soslayar a los rivales políticos nubló los juicios de la época, causando un daño irreparable a la percepción general de la cultura mexicana al privilegiar la política. Un avance notable de *La Expresión Nacional* es el rescate que hace Martínez de pensadores conservadores, como el ya mencionado Francisco Pimentel de quien dice: “Nunca permitió que sus discrepancias ideológicas torcieran sus juicios literarios” (Martínez, 1984, p. 430). Ya por mucho la obra de Martínez se aleja del desenfado de Azuela y focaliza sus intenciones de objetivar la literatura sin caer en ambigüedades y prejuicios. En 1966, John S. Brushwood publicó *México en su novela*, que, a la luz de las décadas, resulta una obra poco objetiva y prejuiciosa que no refleja la realidad en el complejo entramado de la literatura nacional, amén de cometer errores garrafales, confundiendo narrativa con dramaturgia sobre un texto de Ignacio Rodríguez Galván, tal como señala Mario Calderón (2018). Empero, su tesis *The Romantic novel in Mexico* (1954) tiene mayores aciertos, pues explora con mucha prudencia varios momentos y autores decimonónicos poco estudiados por la crítica como Fernando Orozco y Berra, Hilarión Frías y Soto, Crescencio Carrillo y Ancona y Nicolás Pizarro, entre otros, además de los afamados escritores mexicanos del periodo, haciendo énfasis en la mención de diversas periferias literarias de la época. Su mayor mérito es el de servir como un manual para trazar los momentos y las corrientes dentro de la novela mexicana, haciendo evidente que las tradiciones coloniales y la fuerte influencia española también formaron parte de la construcción literaria: “The frequent mixture of classic form and romantic idea is the most obvious characteristic of poetry written in both countries”. (Brushwood, 1950, p. 40). Aunque las revoluciones y las guerras, desde su punto de vista, lograron separar a México de las influencias europeas y conseguir una voz propia. No obstante,

---

<sup>35</sup> Cuando Martínez usa la palabra “conciencia” no lo hace para señalar el discurso moral de la época, sino como parte de la construcción consciente de la cultura, en la que deben intervenir todos los elementos, ya sea que estos estén o no en concordancia con la hegemonía política.

Brushwood, a pesar de sus muchos aciertos, cataloga todo dentro del espectro del romanticismo, lo cual, a la luz del tiempo, vuelve desatinado su juicio.

Quizá la primera crítica controvertida, respecto de las valoraciones del siglo XIX, la hizo Octavio Paz en *Los hijos del limo* en 1974 en la que asegura que el modernismo es el verdadero romanticismo en América Latina y que los desfases diacrónicos, respecto de la recepción literaria que se tiene de Europa y Estados Unidos, orilló a encontrar las voces genuinas del continente de habla hispana en el modernismo y posteriormente las vanguardias. Esta ruptura, que Octavio Paz hace desde la poética, fue explorada por otros pensadores americanos como es el caso del chileno Cedomil Goic (1991), que en su extensísima obra de tres tomos, *Historia y Crítica de la Literatura Hispanoamericana*, hace una reflexión en torno al tema, mientras forja una recopilación de ensayos, prólogos, reseñas y crítica literaria de los principales actores intelectuales de América Latina de mediados del siglo que coinciden no solo con la postura paciana respecto del romanticismo y el modernismo, sino que tratan de definir las diferentes problemáticas de la literatura del continente durante el siglo XIX. Otros intelectuales y críticos ya habían reflexionado sobre esta nueva forma de comprender la literatura y la política decimonónica y fueron el dominicano Pedro Henríquez Ureña en su obra *Historia de la cultura de América Hispánica* de 1947 y el argentino Emilio Carrilla (1975), en su obra *El Romanticismo en la América Hispánica* de 1958. A estos autores de medio siglo se suman Enrique Anderson Imbert, Ángel Rosenblat, Donald Foguelquist cuyos ensayos críticos conforman gran parte de la obra recopilatoria de Cedomil Goic *Historia y Crítica de la Literatura Hispanoamericana* (1991), donde se teje una trama desde el romanticismo hasta el modernismo y sus diferentes expresiones en las diversas latitudes continentales. Ya hablaremos más adelante de todos estos posicionamientos tan variopintos.

Para las últimas décadas del siglo otros escritores y especialistas se sumarían al estudio del XIX con muchas más herramientas, como es el caso de Emmanuel Carballo cuyas obras *Historia de las letras mexicanas en el siglo XIX* (1991) y *Diccionario crítico de las letras mexicanas del siglo XIX* (2001) conforman unos de los más completos estudios sobre este periodo que incluye, ahora sí, a todos los escritores proscritos y emigrados durante las purgas juaristas. Emmanuel Carballo hace un recorrido extenso y recupera un sin número de novelas, ensayos, dramaturgia y estudios críticos a los cuales, si bien trata desde un criterio doxológico y parcial, lo cierto es que poner en juego las diferentes lógicas de todo un siglo no fue para nada una tarea sencilla. José Emilio Pacheco, en este tenor, redescubrió al poeta Manuel Carpio en su discurso *A 150 años de la Academia de Letrán* (1986) y se aventuró a hacer una serie de estudios críticos sobre *Santa* de Federico Gamboa, respecto a sus estudios sobre naturalismo y

modernismo en su prólogo a Rubén Darío, *Obras completas I* (2007); además de mencionar a poetas jaliscienses muy poco estudiados como Manuel Puga y Acal en “Manuel Gutiérrez Nájera: El sueño de una noche porfiriana” (2000), donde expone los devenires del modernismo mexicano. Margo Glantz publicó hasta el 2014 todo su trabajo sobre el siglo XIX, disperso alrededor de décadas en los textos *Obras reunidas. Ensayos sobre la literatura popular mexicana del siglo XIX* (2014), trabajo en el que sobresalen Manuel Payno y Emilio Rabasa como algunos de los constructores más eficaces de la realidad nacional a través de la literatura.

Ya para el siglo XXI el panorama crítico respecto a la literatura mexicana decimonónica no sólo es más censor, sino que funciona a través de otros muchos marcos conceptuales como lo es la historiografía, el archivo y la reinterpretación hermenéutica, sociológica y antropológica de los avatares del periodo. De la misma forma, como se vio en el capítulo anterior, las posturas epistémicas son disímiles, pero a diferencia de los estudios históricos, lo cierto es que los estudios literarios han gozado de mayor apertura, incluso para rescatar escritores del olvido, ya sea que hayan pertenecido a tal o cual ideología imperante. María Isabel Terán publicó en 2009 *Orígenes de la crítica literaria en México. La polémica entre Alzate y Larrañaga y Víctor Barrera saca a la luz Lectores insurgentes. La formación de la crítica literaria hispanoamericana (1810-1870)* en 2010, trabajos que sirven para replantear varios de los problemas y lugares comunes que se dan por sentado en el tema de la literatura decimonónica. La importancia de estos textos reside en cuestionar los posicionamientos rígidos y ofrecer nuevas perspectivas para el análisis. En años recientes cabe destacar *El lugar común en la novela realista mexicana hacia el final del siglo XIX* (2015) de Yliana Rodríguez, un trabajo documental extenso y muy preciso sobre las diferentes polémicas sobre el costumbrismo, el naturalismo y el realismo, sus diferencias en México y los tópicos-estereotipos más utilizados para la construcción de las novelas nacionales. Yliana Rodríguez ofrece un extenso análisis para obviar las diferencias, que suelen interpretarse como similitudes, en el ancho espectro de novelas que van del romanticismo temprano al naturalismo modernista. En ese sentido, para dichos estudios críticos, resulta más importante corregir los errores y las imprecisiones en temas que se han pasado por alto, como es el caso del Dr. Mario Calderón Hernández que publicó en 2018 *La Academia de Letrán en su Literatura*, texto que resulta fundamental para aclarar algunas erratas que llegaron a cometer muchos especialistas a lo largo de los años, respecto al primer grupo literario formal de México. Este libro no sólo aclara una serie de errores que eran muy comunes al hablar de esta primera academia de letras mexicanas, sino que recupera el tema del valor estético de la poesía y “lo literario” sobre lo histórico o doxológico en las discusiones académicas.



En un sentido, diametralmente opuesto, Christopher Domínguez Michael publicó en los últimos años *La innovación retrógrada* (2016) e *Historia Mínima de la Literatura Mexicana del siglo XIX* (2019). Dos libros que cuestionan abiertamente todo lo expresado a lo largo de décadas y en el que se pone en entredicho (nuevamente) la existencia del romanticismo, el valor de la Academia de Letrán y de los movimientos subsecuentes. Y así como pone en sospecha las aportaciones de los escritores y poetas liberales, lo hace en la misma y justa medida con los conservadores, sin medir un poco el recato, ampliando su tono académico a un tono casi burlón. Un par de obras interesantes que suman elementos a la discusión respecto de las complicaciones que se han acumulado durante décadas alrededor de las letras nacionales durante ese nebuloso y violento primer siglo de existencia como país libre. Ahora bien, como puede apreciarse, la cantidad de estudios resultan interminables y sólo se hace un brevísimo recorrido para hacer visible y evidente que siguen existiendo controversias y desacuerdos, como en el caso de los estudios históricos; si bien no en la misma medida, al menos con la misma intensidad. Por un lado, están los estudios que se apegan a la norma y la tradición, como es el caso de Barrera y Calderón, y por el otro hay serias críticas a las estructuras hegemónicas de pensamiento como es el caso de Domínguez y Terán. Ya desde el siglo XX se anunciaba un desacuerdo total con los estudios que se habían gestado en el siglo XIX por considerarlos parciales y severamente miopes (como señala Martínez en algunos casos, respecto de las arbitrariedades cometidas por Altamirano, no sólo con escritores sino con otros artistas), y como se vio en el capítulo anterior, la guerra de retórica en los terrenos de la historia tuvo sus réplicas en el terreno de las letras y las bellas artes. Aunque, del mismo modo que en el caso de Azuela, muchos estudios críticos están plagados de prejuicios y valoraciones personales, perspectivas geográficas (como es el caso de los especialistas extranjeros que hablan de literatura mexicana), mientras que otros son demasiado rígidos y normativos, pues replican lo dicho una y otra y otra vez. Unos más optan por el rescate de figuras olvidadas y otros tantos en corregir los errores de sus predecesores. En lo que coinciden, casi todos, es que hubo una presencia tradicional y canónica, muy difícil de precisar, desde aquellos primeros años de la Arcadia y las primeras décadas del México Independiente, hasta el ocaso del siglo cuando el modernismo dominaba las letras nacionales y de habla hispana; ya fuera para bien o para mal. Y esta discusión no es exclusiva de América, por el contrario, en Europa, y otras latitudes, las disputas en torno a los cánones han sido fuente de eternos debates entre filólogos y especialistas como el inglés Ernest Curtius (1976), el australiano M.S. Anderson (1996) y el italiano Benedetto Croce (1967).

A continuación, se pondrán en diálogo las diferentes lógicas para abordar los estudios literarios en sus diferentes épocas con el fin de desentrañar, al menos en lo posible, el complejo sistema de relaciones signícas y su diálogo con las voces exógenas europeas en la literatura mexicana decimonónica y comprender, apenas, cómo se construyó la voz nacional mexicana. Es importante señalar que estos autores nada o casi nada dicen de los escritores conservadores como José Manuel Hidalgo y Esnaurrizar o de intelectuales disidentes como Francisco Bulnes y Salvador Quevedo y Zubieta lo que limita los estudios críticos y se convierten en visiones unívocas. Tampoco hay fuentes suficientes para reconstruir esas otras voces en la literatura mexicana del siglo XIX, pero este es un acercamiento al problema ya que el presente trabajo se encarga de eso.

### 2.2.1. El eterno problema de “lo clásico”

El principal inconveniente para comprender la literatura mexicana del siglo XIX es la de admitir o negar la existencia del romanticismo, el realismo, el costumbrismo y el naturalismo como movimientos genuinos o paralelos a los movimientos europeos. El otro gran problema sería el de catalogar los movimientos literarios respecto de los movimientos ideológicos en México. La forma más simple sería la de separar entre realistas e insurgentes, centralistas y federalistas, clásicos y románticos o liberales y conservadores, nacionales y exiliados, pero eso resulta sesgado y ciertamente miope; ya se ha explorado incansablemente esto en el capítulo anterior, donde se estableció que el poder político, económico y social del continente lo ostentaron los criollos a partir de las guerras de emancipación y consolidación del poder. Queda claro que el criollo atravesó por una serie de procesos históricos complejos que abarcaron los siglos propios del virreinato y a los que se sumaron las ideas de ilustración europea que se adaptaron y apropiaron mientras se acomodaban, también, elementos regionales, indígenas, africanos o cualquier otro tipo de artefacto discursivo que adicionara a la identidad criolla americana. Durante el siglo XIX el término criollo tuvo acepciones que cambiaron según la latitud y las condiciones geopolíticas de cada región<sup>36</sup>. Por otro lado, se designa *criolla* cualquier cosa que se produzca en América con los elementos folclóricos característicos de la región: música, comida, vestimenta y literatura, siempre y cuando estén regidas por una estructura occidental europea. Entonces, desde la segunda mitad del siglo XIX, es tan criollo lo indígena como lo negro o lo blanco, dependiendo, claro está, cómo estos artefactos

---

<sup>36</sup> El término de **sujeto americano** (un paso más adelante que el sujeto colonial), que acuña Enrique Meler (2010), explica el *cogito* de identidad criolla que aspiró a alcanzar la totalidad europea y que no trata de crear nuevas categorías a partir de las realidades americanas y regionales, sino que busca en las viejas estructuras la manera de componer su identidad.

discursivos dialoguen entre sí, cediendo, en cierta medida, a dichas imposiciones europeas. Esto puede definirse como el *continuum enunciativo* de Lotman (1996) con el que diversos valores sígnicos entran en contacto unos con otros pero que se acomodan bajo un mismo eje, partiendo de “la idea de que el mecanismo de la traducción no coincidente [*neadekvatnogo*], convencionalmente equivalente, sirve a la creación de nuevos textos, es decir, es un mecanismo de pensamiento creador (Lotman, 1996, *La Semiosfera I*, p. 45).

Este *continuum* enunciativo se expresa mejor en “lo clásico”, el germen grecolatino de la cultura europea, que, desde la conquista y posteriores periodos de virreinato, sirvió para poder adecuar los discursos del Viejo Mundo al Nuevo Mundo. Asimismo, solo por medio del mito grecolatino el conquistador europeo pudo interpretar y describir el Nuevo Mundo, lo que hace que las relaciones sígnicas con las que se construyeron todos los dispositivos discursivos americanos estuvieran maniatados a dichos mitos y estructuras de pensamiento.

En el caso de las bellas artes y la literatura mexicana del siglo XIX, lo cierto es que, si bien hay muchos momentos en los que se apela a las tradiciones y el folclor, sí hay una rigidez normativa que va a dominar los diferentes escenarios, tanto en la poesía, la dramaturgia y la narrativa. Dicha rigidez normativa está estrechamente vinculada a dicho canon clásico. Según Eduard Curtius (1976), y partiendo de un posicionamiento meramente europeo, lo clásico no es un movimiento estático que viene y va arbitrariamente, por el contrario, es la esencia misma de la cultura occidental europea, sobre todo la alemana y la francesa. Coincide con Anderson (1996) en que los cambios estéticos e ideológicos entre periodos como el barroco, el neoclasicismo y el romanticismo no son para nada abruptos y, por el contrario, tomó muchas décadas de negociación entre ellos. El siglo XVIII, por ejemplo, estuvo relacionado íntimamente con el barroco hasta mediados de éste<sup>37</sup>, como en el caso de la música y la arquitectura, debido a que tanto lo clásico como lo barroco compartieron el *continuum* enunciativo de las tradiciones grecolatinas. La Ilustración francesa, que tanta fuerza cobró en las realidades americanas y que propició las guerras de emancipación, gozaba de una enorme carga “clásica” que no era para nada desconocida en el virreinato de la Nueva España. En el campo del arte Martínez Cuadrado (1985) señala que, desde una visión meramente francesa el arte clásico “no es una creación intemporal ni utópica, sino más bien ubicua” (Martínez Cuadrado, 1985, p. 6). Cuando dice “ubicua” se refiere a que está presente en todas las

---

<sup>37</sup> En el caso de J.S. Bach, cuya divulgación musical es hacia 1750, fecha de su fallecimiento; Antonio Vivaldi, vivió su esplendor como compositor entre 1730 y 1740, fecha de su fallecimiento. En el caso de la arquitectura y la pintura, el rococó que dominó los estilos franceses y alemanes llegó intacto hasta la Revolución Francesa. Por último, la primera piedra de la Catedral de Puebla se puso en 1575, pero su construcción finalizó hasta 1768, obedeciendo las directrices del estilo barroco herreriano. Es decir, que la inmanencia barroca estuvo presente en el siglo XVIII conviviendo con el neoclasicismo.

expresiones culturales de Francia y no sólo en la literatura durante los siglos XVIII y XIX. Recordemos, ahora, que Francia fue el epicentro de la cultura dieciochesca y decimonónica, europea y americana, por lo que las visiones estéticas francesas estuvieron siempre presentes, de una forma o de otra. Y de la misma manera que lo barroco tuvo permanencia en el siglo XVIII, el neoclasicismo estuvo presente en el siglo XIX. Para Curtius, el romanticismo francés no fue una antítesis absoluta del clasicismo y por el contrario se nutrió mucho de éste, teniendo diferencias solo en aspectos meramente formales y normativos, ya que ambas corrientes fueron igualmente implacables con sus criterios estéticos: Curtius dice que la definición de “clásico” se basa sólo en los “escritores modelo”, con un nivel de “excelencia” (Curtius, 1976, p. 351) y en la forma de reproducción de estos modelos, sobre todo en la literatura europea. En ese sentido, para Curtius es tan clásico Séneca como Racine<sup>38</sup> o Víctor Hugo y bajo esas disposiciones lo barroco es tan clásico como lo antiguo porque es igual de normativo. En el caso del siglo XVIII y XIX, “para juzgar con acierto ese debate, bastará tener presentes unos cuantos factores muy sencillos. La literatura francesa tiene un clasicismo claramente definido y codificado y un romanticismo sujeto también a normas” (Curtius, 1976, p. 368). En este sentido, el mismo nivel de complejidad formal presentado por los clásicos estuvo también presente en los románticos, incluso es difícil señalar, en el caso europeo, donde acaba uno e inicia el otro, como es el caso de Inglaterra o Alemania (cada nación tendría una versión de cada canon). Por otro lado, Benedetto Croce (1967) dice que “los grandes artistas, las grandes obras o los grandes fragmentos de ellas no pueden llamarse ni románticas ni clásicas, ni pasionales ni representativas, porque son a la vez representativas, pasionales, clásicas y románticas” (Croce, 1967, p. 33), coincidiendo con Curtius y Anderson, en cierta medida, de que todas las corrientes de arte y literatura han mantenido una estrecha y cercana relación. Martínez Cuadrado, por su parte, opina que los periodos estrictamente puros, de dichas

---

<sup>38</sup>Para Ernest Curtius, se debe valorar “lo clásico” por las disposiciones que este término produce y reproduce en la cultura europea: “Tanto Séneca como Racine escribieron sólo nueve tragedias, adaptándose así al nuevo canon reducido de tragedias; el escaso número de sus creaciones trágicas no se explica únicamente por razones internas de la historia del teatro. Los números mismos pueden hacerse ejemplares. La *Iliada* y la *Odisea* tienen cada una veinticuatro libros. Virgilio condensa la trama de ambas epopeyas en los doce libros de la *Eneida*. Estacio y Milton conservan la cifra épica de doce cantos, mientras que Nonno requiere un número cuatro veces mayor para la tumultuosa riqueza de su epopeya dionisíaca, esto es, la cifra total de los cantos homéricos, empleada en consciente emulación”. (Curtius, 351) Sin embargo, lo que más llama su atención es como pervivió el término *classicus*, acuñado por Aulo Gelio en el siglo II en como una distinción entre la turba y los proletarios. “El pasaje de Aulo Gelio es muy instructivo: revela que el concepto de “escritor modelo” estaba subordinado en la Antigüedad al criterio gramatical de la corrección lingüística. Es tarea de la historia de las lenguas modernas el investigar cuándo y dónde penetró en la cultura moderna el término que Gelio emplea para un caso aislado. El que un concepto tan fundamental de nuestra cultura como es el de clasicismo, del que tanto se ha hablado y abusado, se remonte a un autor de la tardía latinidad, ya sólo conocido de los especialistas, es algo más que una simple curiosidad filológica; demuestra un hecho que ya hemos podido ver en muchas ocasiones: la importancia del azar en la historia de nuestra terminología literaria. ¿Qué habría hecho la estética moderna para reunir bajo un solo concepto a Rafael, Racine, Mozart, Goethe, de no haber existido Aulo Gelio? Una serie de sistemas imponentes, que mantuvieron a siglos enteros en constante tensión, nunca habría surgido a no ser por las clases de contribuyentes creadas por la constitución romana de Servio”. (Curtius, 1976, p. 353)

expresiones clásicas, son breves debido a que no siempre se dan las condiciones sociales y políticas; lo cierto es que tanto el clásico como el romántico estuvieron más en concordancia que en controversia y el principal reparo que existe entre ambas es el uso o desuso de las reglas, que “consiste en decir de ellas que limitan la creatividad del artista, que empobrecen su inspiración. Para mí esta objeción es válida pero relativa, ya que la libertad creadora necesita unos instrumentos con los que actuar, unos cauces por los que discurrir” (Martínez Cuadrado, 1985, p. 12). Para Iris Zabala, en *Historia Crítica de la Literatura Española* (1982), para el caso de España, la aceptación del romanticismo durante las primeras décadas del siglo fue “conservadora pues el cónsul alemán (padre de “Fernán Caballero”) identificó el romanticismo como católico y reaccionario. La suya fue en definitiva una exaltación nacionalista (...), Su frase fue ‘Calderón y cierra España’” (Zabala, 1982, p. 8). Esta raíz romántica española, que sería posteriormente la raíz americana, se relacionaba con las tradiciones españolas y con el catolicismo, lo que formó la primera controversia entre liberales y conservadores españoles. Según Iris Zabala lo liberal romántico que se oponía a lo servil, lo liberal de influencia extranjera, especialmente inglesa, surgió hasta la Constitución de Cádiz y no cobró fuerza hasta 1830. Para Zabala, quienes adoptaron primero la corriente y después la perpetuaron, fueron los católicos conservadores que la fusionaron con la tradición, integrándola e hibridándola a los vocablos *romanesco* y *romancesco* de la tradición española. “Böhl de Faber solía escribir *romanesco*, voz empleada antes por el publicista Mariano José de Nifo en 1764, quien también empleó por primera vez el término “civilización” [para referirse al mundo cristiano] y quien fue el principal promotor de las novelas por entrega en España” (Zabala, 1982, p. 12). Asimismo, Donald L Shaw (1986) explica que los conceptos de *romanesco*, y *romancesco*, que existían en España desde la tradición renacentista, se usaron desde 1764 a 1814 para designar “lo romántico” y que solo “a partir de 1877 fue posible una crítica más distanciada y rigurosa y con ella se emprendió un estudio sistemático de las técnicas de versificación, las imágenes, el simbolismo, la estructura narrativa y dramática que caracterizaron al romanticismo” (Shaw, p. 28). Lo cierto es que lo que proponía el romanticismo francés, inglés y alemán ya había sido explorado por las tradiciones como el barroco o el mismo neoclasicismo español (donde el realismo estuvo presente desde siempre), por lo que no resulta extraño que los conservadores lo vieran como una corriente congruente con su pensamiento. *Noches Lúgubres* de José Cadalso se había adelantado por mucho a franceses y alemanes en los principios y técnicas de “lo romántico” y el panteísmo egocéntrico; como apunta Russel Seabold en *Historia Crítica de la Literatura Española* (1982), “los ‘rasgos románticos’ que los críticos acostumbraban mencionar pueden considerarse como auténticamente románticos sólo en aquellas obras en las

que están presentes como funciones de una cosmología romántica; y el hecho de que hayamos descubierto en ciertos poemas españoles escritos entre 1768 y 1773 una relación entre el hombre y el universo que es precisamente la misma que se da entre ellos en las llamadas obras románticas del siglo XIX, y establecido la base filosófica de la relación en el pensamiento de la Ilustración, quiere decir que podemos con la mejor insatisfacción posible, considerar aquellos poemas como románticos y lo que es más, también podemos fechar la aparición de la poesía romántica en España hacia 1770" (Seabold, 1982, p. 26). En este sentido, las líneas que trazan fronteras entre periodos y movimientos se sugieren muy desdibujadas.

Empero, para Terry Eagleton, el romanticismo es un movimiento ideológico que sólo es convergente con el **sujeto burgués**, que es concordante con el liberalismo protestante inglés impulsado por Smith. La revolución romántica inglesa (y alemana) era, ante todo, anti ilustración, pero también era anti católica. "El sujeto burgués necesita un Otro para asegurarse de que sus poderes y propiedades son algo más que una alucinación, de que sus actividades tienen sentido porque se producen en un mundo objetivo compartido; aun así, una alteridad de este tipo es insoportable para el sujeto, y debe ser o repelida o introyectada. No puede haber soberanía sin alguien sobre el que reinar, aunque su misma presencia amenace con poner en peligro el propio poderío. Lo que confirma la identidad del sujeto no puede evitar exponerla como si estuviera constreñida: marcar tus límites («fuera de mi propiedad») significa dibujar, imposiblemente, lo propio". (Eagleton, 2006. pp. 128-129). En este criterio, la revolución romántica inglesa y alemana, las más cercanas al ideal del sujeto burgués, no admitían el catolicismo ya que éste presupone leyes naturales superiores a las aspiraciones del hombre para moldear su espacio y su propiedad privada, principio fundamental del liberalismo protestante. "La libertad no puede ser capturada directamente en un concepto o en una imagen, y debe ser conocida en el terreno práctico antes que en el teórico. El sujeto moral habita en la esfera inteligible antes que en la material, aunque debe esforzarse de un modo misterioso por materializar sus valores en el mundo real. Los seres humanos viven simultáneamente como sujetos libres y como objetos determinados, esclavizados por la Naturaleza a leyes que no tienen ninguna relación con su espíritu" (Eagleton, 2006, p. 137). Para este teórico anglosajón el romanticismo que fue apropiado y reinventado con ideas católicas, como es el caso de España y posteriormente América Latina, contradice los principios fundamentales del movimiento. Acertado o no en sus disertaciones, lo cierto es que el romanticismo en México se integró casi de la misma forma que en España, creando una división ideológica que causa discusiones hasta la actualidad. ¿Es posible un sujeto burgués protestante con la esencia del romántico, en la

España e Hispanoamérica del siglo XIX? ¿José Cadalso fue el primer poeta romántico siendo católico y neoclásico? Las discusiones en torno a esto pueden ser interminables.

Lo verdaderamente importante, por el momento, es coincidir en la idea de que el romanticismo fue extremadamente tardío en México, como casi todos los movimientos, y fue apropiado de forma muy peculiar (lo mismo que los movimientos literarios y artísticos subsecuentes). Esto de ninguna manera nulifica su existencia, como lo han señalado algunos críticos, pero deja entrever que, de hecho, la tradición novohispana estuvo presente en la literatura propiamente mexicana de diferentes formas y que si, el romanticismo, como lo señala Curtius o Eagleton, es un movimiento en contra de la Ilustración, lo cierto es que no fue tal el caso en México ¿Qué sucedió en la literatura mexicana, si algo que la distinguió fue la apropiación europea por medio del criollo ilustrado?

La Arcadia de México, que vio la luz en 1805 en el *Diario de México*, fue la primera reunión de escritores mexicanos que trató de poner de manifiesto una literatura nacional que exaltara “lo bello”, respetando “lo clásico” y alejándose de la oscuridad gongorina, los retruécanos barrocos y de esos “experimentos románticos” que venían de Europa. Su periodo de duración, que comprende de 1805 a 1812, pone de manifiesto dos cosas: el salto de la tradición a las nuevas ideas y la primera división del país, en el campo de las letras, como señala Domínguez Michael (2019) entre realistas e insurgentes. En la Arcadia convivieron todo tipo de escritores y poetas y aunque se guardaba el recato clásico, lo cierto es que también fue un nido de poetas experimentales que, a su muy discreto modo, fueron rompiendo moldes, mientras otros tantos seguían la tradición al pie de la letra. Eso dio como resultado acaloradas discusiones y polémicas sobre cómo debía escribirse la poesía y cómo se conformaba “la belleza”, en un necio afán por estandarizar los hábitos de lectura, los gustos y las modas de los criollos ilustrados. Además de fray Manuel Martínez de Navarrete, otros miembros distinguidos de esta institución literaria, polemizaron sus opiniones críticas en la plaza pública al no restringirlas únicamente a la tertulia doméstica amparada bajo el eco de los amigos y el aplauso complaciente. Eran tiempos donde el enfrentamiento era público y tenaz, lo cual nutrió mucho los valores literarios de las letras mexicanas posteriores. También fue un lugar para discutir traducciones y exponer a imitadores viles, arcaicos trasnochados, ridículos empalagosos y malos versificadores. Y hubo respuestas por parte de los aludidos, proto-románticos aficionados y antipoetas, quienes consideraban a los árcades unos “clasiquinos” versificadores artificiosos y anticuados que no podían ver el progreso de las letras europeas. Esto es muy importante, ya que la recepción de la literatura europea no sería igual para todos y dependería mucho del estatus económico y la adquisición lingüística (del latín y el griego al

francés y el inglés); esto de ningún modo puede ser un detalle menor. En este sentido, la tradición clásica que dominó la Arcadia de México, aceptó un poco de ruptura y adaptación, siempre y cuando esta contuviera “la belleza” sobre todas las cosas. El árcade Mariano Barazábal (cuyo seudónimo era Bárbara Laso Manai) abundó:

¿Cómo yo he de creer que sea tan mala la poesía, y que pueda llamársele frenesí, enfermedad y peste? Esos sabios antiguos que oigo mentar a mis hermanos [ ...] Homero, Virgilio, Horacio, Ovidio y otros innumerables hombres, que por insignes poetas parece que no han muerto, y que aún comen y beben con nosotros, ¿fueron por ventura locos o enfermos? Señor Antipoeta [ ...] sin duda tropezó en el camino del Parnaso: le cobró miedo a la jornada y por eso blasfema... (Martínez Luna, p. 398)

El verdadero problema de la Arcadia de México, se centra, según Domínguez Michael (2019), en la ruptura que existe entre realistas e insurgentes hacia 1810, durante los últimos años del *Diario de México*. Los árcades tomarían de forma personal los posicionamientos políticos y la discusión se centraría, como sería de ahora en adelante, en política: quién se mantiene clásico (realista) y quién romántico (insurgente). Casi como por arte de magia, los árcades pasaron a ser el centro del odio, por reaccionar como realistas (en su mayoría) y no como insurgentes (aunque Andrés Quintana Roo perteneció a este grupo).

Cuando despreciamos a poetas como Martínez de Navarrete o Meléndez Valdés, su guía, lo hacemos por razones estéticas e históricas fatales, pero también por ignorancia. Lo “virgilioso” nos produce repelús, porque, como dice el poeta y narrador mexicano Fabio Morábito en su bello ensayo sobre el bucolismo, el pastor, como figura literaria, no está facturado para dialogar: actúa como mero transmisor de un discurso, nunca parece cumplir con las obligaciones que solemos esperar de un personaje creador. (Domínguez Michael, 2019, p. 12)

Y es que el espíritu creador, según este panorama político, estaba en la insurgencia y en el romanticismo, no en lo que suponían viejas fórmulas repetidas y gastadas de Virgilio y Homero. Los “retrógrados” árcades que trataron de hacer poesía desde la tradición, eran vistos como eso, “cangrejos” que iban para atrás. Y así fueron vistos por muchas décadas, a pesar de que no necesariamente fueron ni “retrógrados” ni “cangrejos”. Obedecieron a la tradición de las academias de su tiempo y, para ser justo con ellos, fueron innovadores a su manera. Andrés Quintana Roo, por ejemplo, al inicio de su poema *Dieciséis de septiembre* pone un epígrafe a



Virgilio y la introducción recuerda el inicio de la Iliada<sup>39</sup>. Si bien la estructura en endecasílabos de arte mayor, propia del romanticismo, conforma la estructura del poema, el tema pertenece a la tradición, aunque con mucha originalidad, mezclando lo mejor de las dos corrientes:

*Ite, ait; egregias animas, quae sanguine nobis  
hanc patriam peperere suo, decorate supremis  
muneribus...*

VIRGILIO, Eneida, libro XI

Renueva ¡oh Musa! el victorioso aliento  
con que, fiel de la patria al amor santo,  
el fin glorioso de su acerbo llanto  
audaz predije en inspirado acento,  
cuando más orgulloso  
y con mentidos triunfos más ufano,  
el ibero sañoso  
tanto ¡ay! en la opresión cargó la mano,  
que el Anáhuac vencido  
contó por siempre a su coyunda uncido.

Ahora bien, después de la Arcadia de México, la Academia de Letrán fue la asociación literaria que, según cuenta la tradición liberal mexicana, impactó la realidad sociocultural del México Independiente. Fundada por José María y Juan N. Lacunza, Manuel Tossiat y Guillermo Prieto, en el Colegio de San Juan de Letrán de México, se considera la escuela del romanticismo mexicano. Si atendemos a lo que dice Domínguez Michael (2019) y la única fuente que se tiene de ella son *Memorias de mis tiempos* de Guillermo Prieto, lo cierto es que estamos en presencia de otro imaginario construido a base de ideología. Resulta cuestionable que la Academia de Letrán fuera una incubadora de poetas románticos o cuna de la literatura nacional, pero, como apunta Calderón (2018), su importancia en la construcción de las letras nacionales es indudable pues a través de la lengua lograron crear un mismo carácter poético que permitió “la idea de nacionalidad como principio de identificación” (Calderón, 2018, p.25). Dicha identificación, como señala este autor, también tenía la biblia como principio rector, lo cual dificulta separarla

---

<sup>39</sup> “Canta, oh diosa, la cólera del Périda Aquiles; cólera funesta que causó infinitos males a los aqueos y precipitó al Hades muchas almas valerosas de héroes, a quienes hizo presa de perros y pasto de aves -cumplíase la voluntad de Zeus- desde que se separaron disputando el Atrida, rey de hombres, y el divino Aquiles” (Homero, 2000).

del todo de cierto “aire conservador”. La Academia de Letrán fue más bien una reunión variada e irregular de escritores y poetas, muchos conservadores y muchos liberales, unos tradicionales y otros vanguardistas, que encontraron un espacio para publicar sus poemas en diferentes revistas y periódicos de circulación. ¿Fue una academia de nacionalismo liberal? No existe forma de sostener eso. Lo cierto es que dos de sus poetas fuertes, José Joaquín Pesado (1801-1861) y Manuel Carpio (1791- 1860), no sólo no eran románticos, sino que eran también sumamente tradicionales, clásicos y católicos. Criticados horrible e injustamente, muchas décadas después por Prieto en sus famosas *Memorias*, poco se les reconoce en la actualidad y poco se les recuerda, a pesar de que son los primeros poetas en introducir la idea del mito de Aztlán como parte fundacional de México y sus letras. Como buenos “clasiquinos”, comprendieron la importancia del mito y Manuel Carpio, tras varios viajes a Roma, regresa inspirado para componer odas a Tenochtitlán. José Joaquín Pesado escribió *Los aztecas* (1854), uno de los primeros intentos poéticos en establecer un vínculo entre el nacionalismo y las raíces prehispánicas. Sin embargo, quien se lleva los créditos es Ignacio Rodríguez Galván con *La Profecía de Guatimoc*, ya que, en primer lugar, el romántico muerto en juventud es más trascendente que el clásico de innovaciones retrógradas; en segundo porque, estilísticamente, Rodríguez Galván es muy original para su tiempo. ¿Pero eran verdaderos románticos Guillermo Prieto, Rodríguez Galván, Manuel Payno y compañía? La discusión es acalorada, ya que hablar de romanticismo mexicano, por todo lo expuesto, es muy complicado, sobre todo por la relación del hombre con el universo, que era el motor estético del movimiento en Alemania, donde se originó, o en Inglaterra, donde cobró más fuerza. El periodo, genuinamente, comprende sólo la primera mitad del siglo XIX y para cuando se publicó formalmente<sup>40</sup>, por ejemplo, *El fistol del Diablo*, en 1887, considerada la primera novela romántica mexicana, pues ya el romanticismo estaba más que caduco y era un anacronismo<sup>41</sup>. Como señala Calderón (2018), los aportes a las letras nacionales de la Academia de Letrán son insuperables, tanto románticos exterioristas como interioristas, pero el problema no es su valor literario y estético, sino el inconmensurable peso político que lo hizo pervivir e imponerse a pesar de que los movimientos ya fueran caducos. Quizá el único romántico fue Rodríguez Galván, quien se

---

<sup>40</sup> *El fistol del diablo* se publicó originalmente por entregas entre 1846 y 1847, pero sufrió diversas modificaciones y alteraciones. Se publicó varias veces, adquiriendo su tono romántico hasta 1887. Además, el libro como artefacto discursivo es muy importante porque fue el dispositivo artístico e ideológico que sirvió para la consolidación de la voz nacional.

<sup>41</sup> Las fechas de publicación en México, generalmente, se dieron en tiempos disímiles al de las corrientes a las que pertenecían. *El Zarco*, de Altamirano, fue escrita entre 1884 y 1886 y publicada en 1900, ocho años después de la muerte de su autor. Si bien muchas novelas no obedecen a una fecha establecida por ser publicaciones por entregas, éstas también estaban desfasadas, lo que complica hablar de periodos y momentos concretos en las letras nacionales. Además de que, como se señaló anteriormente, muy pocas personas sabían leer o estaban en contacto con la lectura y las publicaciones.

consolida por una obra muy adelantada a su tiempo, posiblemente el único romántico mexicano genuino y “poeta maldito”, en palabras de José Emilio Pacheco. En este sentido, la Academia de Letrán, en su momento, fue más bien una mezcla entre clásicos tradicionales de una muy vieja escuela, como Andrés Quintana Roo, insurgente y presidente vitalicio de la Academia cuya obra poética dialoga estrechamente con la tradición neoclásica, y románticos emergentes disruptivos, como Prieto, quienes no encontraron su voz y su estilo hasta ya muchas décadas después, con el poder político republicano de su lado. Sin embargo, es tomada como una institución casi liberal en el discurso histórico. El romanticismo mexicano lleva consigo, desde la insurgencia, una problemática que tiene que ver más con la construcción nacional durante la República Restaurada y su estructura ideológico-estética, que con la realidad literaria.

Ahora bien, José Luis Martínez ubica, en *La Expresión Nacional* (1984), cuatro periodos de diferentes tonos culturales:

- 1810-1836: Un periodo romántico que aún tenía enorme influencia por las estructuras culturales novohispanas del siglo XVIII. En este periodo domina la crítica de la revista *Miscelánea* de José María Heredia y la *Arcadia* en el *Diario de México*.
- 1836-1867: Esta es la primera generación mexicana, propiamente romántica y de donde surgieron los escritores más famosos del siglo. A este periodo corresponde la Academia de Letrán.
- 1867-1889: Este es el periodo de la República Restaurada donde se consolidó el costumbrismo, el realismo y el naturalismo como parte de la voz nacional. Es el periodo dominado por Manuel Altamirano.
- 1889-1900: Es el periodo del modernismo, de la independencia idiomática y de la construcción de una voz literaria propia de América Latina. (Martínez, 1984, pp. 64-65)

Estos cuatro tiempos que señala José Luis Martínez resultan muy acertados para clasificar los periodos, tal y como corresponde a los sucesos históricos, y contrastan levemente con las observaciones de Cedomil Goic (1991), quien señala que la comprensión del romanticismo hispanoamericano suscita algunos problemas de periodización. Sin embargo, en un intento por homogeneizar el movimiento en Hispanoamérica dice que el período romántico se extendió de 1845 hasta 1890 aproximadamente, comprendiendo tres generaciones:

- Primera generación de 1837, cuya vigencia se extiende de 1845 a 1860. Romanticismo puro.
- Segunda generación de 1852, vigente de 1860 a 1875. Costumbrismo.
- Tercera generación de 1867, dominante de 1875 a 1890. Realismo y modernismo. (Goic, 1991)

Por su parte, Juan José Arrom (1961) propone que el modernismo es el movimiento cumbre en las letras hispanoamericanas del siglo XIX y que a esa generación en especial se le deben tomar 30 años hacia adelante y 30 años hacia atrás, ya que, en su teoría, todos los movimientos importantes se dan cada treinta años cuando las generaciones han cambiado por completo, los modelos dejan de repetirse y por fin surge la originalidad. Este pensamiento coincide casi a la perfección con lo propuesto por Martínez y Goic, por lo que es plausible considerar que dichas estimaciones en la periodicidad son acertadas. Ahora bien, Cedomil Goic (1991) coincide con Carilla (1958) y Arrom (1961), y generalizando los sucesos en el continente, que el romanticismo fue muy tardío y que, en las primeras décadas del siglo el dominio de “lo clásico” fue la norma. A esto se añade el hecho de que los conflictos políticos afectaron directamente la producción y recepción de arte como lo fue la Guerra de Reforma en México o la Guerra de las Rosas en Argentina (Goic. 1991, p. 27). Por si fuera poco, la periodización del modernismo simplemente es diferente en México al resto de los países de habla hispana, ya que la Revolución Mexicana terminó con el movimiento, altamente ligado al porfirismo y al positivismo.

En el segundo período, naturalista<sup>42</sup>, que se extiende de 1890 hasta 1934, aproximadamente, el modernismo y su comprensión constituyeron el centro de los estudios hispanoamericanos hasta que quedaron desplazados por la resonante expansión de la literatura contemporánea. La primera razón de ello es la certidumbre de que en él la literatura hispanoamericana alcanzó un primer momento de madurez y autoconciencia estéticas. (...) El modernismo fue comprendido en su máxima latitud como la expresión hispánica de la crisis universal que dio lugar a la disolución del siglo XIX (Goic, 1991, p. 28-31).

Ahora bien, si se puede partir de una visión más estricta, el modernismo, considerado por Goic (1991) como un sistema estético de preferencias generacionales, que se encontraba atravesado

---

<sup>42</sup>El naturalismo y el modernismo estuvieron estrechamente ligados, hasta el punto de que el autor los mira, a veces, como la misma corriente.

por la tradición novohispana (de germen europeo) y por un mundo cambiante y en progreso, con los que “mantiene relaciones de semejanza y de oposición polémica y limitaciones de comprensión mutuas muy definidas en la serie criollismo/modernismo/mundonovismo<sup>43</sup>. Estas generaciones aparecen relacionadas entre sí por principios de selección restrictivamente regional o de selección formalmente restricta, pero de amplio contenido universal” (Goic, p. 31). La discusión en torno al modernismo se desarrollará más adelante, ya que es de suma importancia para comprender lo que intenta explicarse en este capítulo.

### **2.2.2. La tradición dieciochesca mexicana**

Un buen punto de partida, sería entender el vilipendiado siglo XVIII en la literatura de la Nueva España. Un poco despreciado por los titanes del XIX, un poco olvidado por las academias subsecuentes y un poco desconocido por el público general, lo cierto es que el siglo XVIII parece un paréntesis en la historia nacional y se brinca desde el esplendor del barroco *criollo* hasta el esplendor del costumbrismo *criollo*, con una facilidad increíble<sup>44</sup>. Juan Pablo Ortiz Dávila (2014) explica el fracaso del clasicismo novohispano del XVIII, no como un fracaso estético o un movimiento aburrido que nunca alcanzó el esplendor del barroco, por el contrario, fue muy vigoroso y lleno de innovaciones y genialidad en todas las artes. Germán Viveros señala que el esplendor dieciochesco novohispano tuvo su epítome en el teatro y las fiestas populares. Su desarrollo material se concretó con la inauguración del teatro Coliseo Nuevo a mediados del siglo, donde: “Había escenificaciones todos los días, excepto durante la cuaresma, como lo estableció el reglamento de 1796” (Viveros, 1990, p. 32). Dichas representaciones debían ser muy variadas y originales, debido a los montajes diarios que exigían material nuevo, pero pocas llegaron a las imprentas y los manuscritos se perdieron. De enorme singularidad y vigor, el teatro neoclásico sirvió, desde una perspectiva absolutamente virreinal, como “instrumento idóneo para la formación de la conciencia civil del mexicano de entonces” (Viveros, 1999, p. 37). El teatro era concebido para que, por medio del mito y las tradiciones podrían ser “labrados héroes y reformadas las costumbres” (p. 37); esta misma intención la tuvo la novela en el siglo XIX. Viveros señala que, además, las representaciones de pastorales, sátiras y comedias neoclásicas en corrales, casas particulares y cualquier fiesta siguieron hasta ya entrado el primer tercio del siglo XIX (p. 63), ¿Entonces el pueblo llano

---

<sup>43</sup> El término mundonovismo fue acuñado por el escritor chileno Francisco Contreras, redactor del *Mercure de France*, en 1920, y elaborado más ampliamente en 1926 en su poemario a *El pueblo maravilloso*. Torres Rioseco usó este término para designar la reacción interna que se operó en el modernismo a partir de *Cantos de vida y esperanza* de 1905 (Goic, p. 33). El mundonovismo no se cultivó en México y fue un fenómeno propio de países del cono sur.

<sup>44</sup> Las nociones de criollismo entre ambos periodos son tan diferentes que resulta impensable dicho salto en el tiempo.

conocía el mito grecolatino tan presente en esas tertulias? José Pascual Buxó, asegura que sí, en su obra *La literatura novohispana: entre el dogma y la liberación* (2015), con relación a las puestas teatrales quevedescas<sup>45</sup> o sobre la novela burlesca y satírica de Alfonso Enríquez, *Sueño de sueños*.

(...) porque los incultos de entonces –como los de ahora- aun cuando no fueran capaces de adentrarse en los vericuetos formales de la poesía culta, entendían perfectamente el sentido demolidor de la desacralización de aquel universo rarefacto, erudito y no pocas veces pedantesco, cuando esas artificiosas construcciones, cara a los humanistas, eran puestas en solfa por los mismos autores al rebajar el mundo libresco de los dioses del Olimpo, a una condición humana mostrenca y tabernaria. De seguro, no todos los lectores de su época fueron capaces de leer –que es comprender y gustar- aquellas obras de Quevedo inscritas en la severa reflexión política ascética y filosófica o en la lírica petrarquizante, pero todos –cultos e ignorantes- recibieron con igual beneplácito *El Buscón* o *Los Sueños*. (Pascual Buxó, 2015, p. 373)

Carlo Ginzburg, en *El queso y los gusanos* (1999), señala la estrecha relación que existe del arte hegemónico con el arte popular, y el diálogo existente entre ellos, como parte de un engranaje cultural único y ciertamente dinámico. Para el autor italiano la oralidad forma parte también del engranaje cultural y la memoria, por lo que no descarta la influencia que tiene la oralidad en la escritura. Durante el siglo XVIII novohispano, y como señalan tanto Viveros como Pascual Buxó, las fronteras entre la oralidad popular y la escritura académica no fueron completamente cerradas y de hecho tuvieron un enorme eco durante el siglo XIX; hubo escritores, sobre todo de Jalisco, que estuvieron más interesados en perpetuar las tradiciones neoclásicas en plena República Restaurada, como Juana Balbina González en la poesía y la tradición católica virreinal en el caso de Refugio Barragán Toscano.

El neoclasicismo novohispano, al menos en el teatro, era de enorme realismo y entremezclaban los mitos cultos con las costumbres populares, anticipándose, en cierta manera, a algunos estilos del XIX, ya que se representaba la “vida social de los asiduos recurrentes al teatro” (Viveros, 1990, p. 38), y muchos de estos temas moralizantes tenían que ver con las haciendas, los terratenientes, la servidumbre y las diferencias sociales. En este sentido, Don Juan Manuel de San Vicente, un prolífico dramaturgo neoclásico que se asentó en la Nueva

---

<sup>45</sup> Lia Schwartz Lerner sostiene que “en el barroco, la heterodoxia era sólo tolerada en el campo del arte. Al descodificar un complejo artefacto verbal, descubrimos modelos del mundo que corresponden a una actitud conservadora” (Schwartz, 1984: 325). En el caso de Quevedo, la autora de origen argentino, sostiene además que su obra estaba estrechamente ligada a la cultura grecolatina tanto como Góngora.

España, se adelantó por mucho a los temas románticos en su obra *Lo mucho y poco que pueden los infernales ardides*, comedia en una jornada recuperada del olvido por Viveros, en la que el Demonio es el protagonista.

No obstante, a pesar de la enorme riqueza dramática, Pascual Buxó y Germán Viveros no pueden explicar el porqué del infructuoso y estéril campo de la prosa y la narrativa durante el siglo XVIII; quizá se atribuye a “los altos precios del papel y las tenaces censuras inquisitoriales, (...) así como la notoria cantidad de sermones, novenas, rogativas y villancicos con los que se contribuía a la multitudinaria celebración de las fiestas prescritas por el santoral romano” (Pascual Buxó, 2015, p. 385). Para Roger Chartier, en *Inscribir y borrar: cultura escrita y literaria, siglos XVI-XVIII* (2006), el libro en Europa, como artefacto cultural, discursivo y literario, tuvo su apogeo en el siglo XVIII y fue precisamente la novela el género que mejor se adaptó y fomentó la lectura no erudita, poniendo en diálogo las temáticas populares con la cultura hegemónica. La novela europea del XVIII no sólo inició el engranaje editorial y su complejidad profesional, sino que dio materialidad a las ideas literarias. “Sus autores transfiguraron las realidades materiales de la escritura o de la publicación en un recurso estético, movilizado para fines poéticos, dramáticos o narrativos. Los procesos que dan existencia al escrito en sus diversas formas, públicas o privadas, efímeras o duraderas, se convierten así en el mismo material de la invención literaria” (Chartier, 2006, p. 14)<sup>46</sup>. Es decir que la publicación y diversificación de las novelas en el siglo XVIII y XIX moldeó sin duda los conceptos atados a éstas; la publicación va en concordancia con el tiempo objetivo del concepto que en ella se contiene y ese es el principal argumento para sugerir que una novela publicada en un desfase temporal compromete seriamente su conceptualización formal. Es por eso que el concepto puede sufrir alteraciones como las que señala Koselleck.

En la Nueva España, y según los apuntes que hacen tanto Viveros como Pascual Buxó y Diego Bermúdez de Castro, en *Theatro Angelopolitano* (1991), sólo los textos que alcanzaron una publicación sobrevivieron y conceptualizan el periodo. Existen dos textos que sirvieron de directorio de escritores, según Pascual Buxó, durante ese periodo: *Bibliotecas* de Eguiara y Eguren de 1755 y un texto homónimo de Beristain de Souza de 1816 que contienen un inmenso

---

<sup>46</sup> Chartier coincide con Anderson (1996) en que las emociones que expresaba la literatura neoclásica y el arte en general, si bien estilizadas y en contacto con las formas grecolatinas, se alejaban de la erudición muchas veces, como el caso de la “*Ópera Buffa* en Italia, la *Ópera-balada* en Inglaterra y el *Singspiel* alemán” (p. 195), lo que contradice el principio absolutamente cultista con que se engloba al periodo. El *Réquiem* de Mozart ya dibuja mucho del carácter del romanticismo y las formas que serían propias de los compositores del siglo XIX. Sus óperas como *Le Nozze di Figaro* (1786) y *Così fan tutte* (1791) se adelantaron al tema realista. *Don Giovanni* (1787), es, por cierto, equivalente a *Don Juan* en España. Gluck, con su ópera *Euridice*, a pesar del tema mitológico, establecía el realismo humano en el conflicto sin una estilización innecesaria y erudita.

número de autores y títulos registrados, algunos textos impresos y la mayor parte manuscritos. Lamentablemente, los textos que aparecen en esta recopilación, resguardados en colegios y conventos hasta mediados del siglo XIX, se encuentran desaparecidos desde la época de las Leyes de Reforma. Muchas de esas obras eran manuscritos con temas religiosos, sermones y hagiografías cuyo valor artístico podría ser cuestionable hoy día, ya que obedecían a un único fin religioso y dogmático, pero, también se vieron comprometidos textos artísticos de gran valor que permitirían apreciar mejor el siglo XVIII novohispano.

Por razones obvias, los productos de la cultura oficial, civil o eclesiástica, se imprimieron con cierta regularidad; las obras de creación, personal, se valieron de la copia manuscrita como medio ordinario de circulación, si bien, ya a finales del siglo XVIII, algunos autores pudieron ver impresas sus obras como fueron dos casos excepcionales: el de Fray Joaquín Bolaños con su exposición alegórica de los preceptos del dogma cristiano, *La portentosa vida de la muerte* (1792) y el *Sueño de sueños* de Mariano Acosta Enríquez de la que desconocemos la fecha exacta de su impresión y es una ficción novelesca que siguiendo muy de cerca los modelos de Quevedo y Torres Villa Roel, ya se halla inscrita en las coordenadas del pensamiento crítico de la Ilustración. (Pascual Buxó, 2015, pp. 386-387)

Ahora bien, muchas de las producciones artísticas y científicas del período estaban estrechamente ligadas a la Compañía de Jesús. Las consecuencias políticas de la expulsión de los jesuitas provocaron que el clero guardara celosamente mucho del material cultural que se gestaba en sus universidades, ya fuera sacro o profano, y quedara disperso en todos los archivos de la Iglesia (el archivo de la Catedral de Puebla, por ejemplo), a los cuales no hay acceso suficiente para investigaciones formales. ¿El clasicismo mexicano no es popular, porque está bajo llave desde hace más de 250 años? No es la única razón, pero hace evidente mucha de la problemática que trata de visibilizarse en este trabajo, ya que la tradición “clásica” durante las últimas décadas del virreinato quedó, entonces, celosamente resguardada bajo la protección del clero haciendo que sólo quienes tenían acceso a estas academias fueran los que pusieran en práctica dicho clasicismo. ¿Estamos hablando de una academia elitista de privilegios eclesiásticos y nobiliarios? Tampoco. Las letras clásicas y el latín, por extraño que parezca, fueron de alta difusión antes y durante este periodo. Los jesuitas, así como muchas órdenes religiosas, dedicaban su diligencia y patrimonio en la educación y la formación de la gente común, claro está, dicha educación fuera en retribución al clero. Con mucho más éxito que otras órdenes, los jesuitas, que ofrecían “becas” a gente pobre e indígenas gracias a su



complicado sistema de sustentabilidad y autogestión muy adelantada a su época, dieron pasos agigantados en la construcción de la Nueva España desde el siglo XVII. Para el Dr. Luis Arturo García Dávalos (2018) los jesuitas fueron los constructores de la cultura de la Nueva España, hasta su expulsión, dejando tras de sí un legado cultural inigualable que estaba materializado en universidades, academias y colegios de arte donde se formarían los criollos ilustrados que darían pie al siglo XIX y serían el puente de transición entre ambos periodos. Y es que la importancia de las edificaciones jesuitas y su enorme impacto en la Nueva España no puede soslayarse<sup>47</sup>. Pero el éxito de los jesuitas fue sólo una parte, ya que la iglesia en su totalidad sumó esfuerzos en este sentido; sin embargo, algo que debe resaltarse es que los jesuitas privilegiaron el uso y estudio de latín y de las obras clásicas (a veces incluso del griego antiguo), a pesar de que se consideraban paganas y demoníacas por otras órdenes. Y si hubo roces con los pensamientos medievales que circundaron la región del altiplano mexicano, la autonomía económica de la que gozó la Compañía de Jesús hizo posible su éxito en ciudades como Guadalajara y Puebla donde hubo más de una universidad, cosa que solo podía verse en París o Praga. Esto hizo que la difusión de una academia clásica, en todas las artes, incluyendo, claro está, la literatura, viviera un esplendor que acompañaría a las universidades jesuitas más allá de la expulsión de estos y llegara casi intacta en su forma hasta el siglo XIX. Arquitectura, pintura, música, teatro y literatura estarían nutridas por la influencia de la Compañía de Jesús y su legado. Si bien, se habla del esplendor barroco, lo cierto es que mucho del verdadero esplendor de la Nueva España y sus ciudades se gesta en el siglo XVIII<sup>48</sup>.

En otras palabras, durante los trescientos años de época virreinal, académicos, artistas, médicos, legistas y estudiosos en general dominaban el latín (que en esa época era el idioma científico internacional) ya que era una lengua que servía tanto para el clero, como para la academia, gestando lo que sería el “Humanismo eclesiástico”. Osorio Romero (1991) señala que “la cultura mexicana produjo un conjunto de obras científicas y literarias cuantitativamente muy elevado, cuyo *corpus* contiene imprescindibles tratados sobre la medicina y la herbolaria indígena, la discusión sobre la naturaleza del hombre y de las nuevas tierras” (Osorio Romero, 1991, p. 8) , pero también, en este intento de hacer crecer exponencialmente el virreinato, se generaba conocimiento sobre la organización política y muchos otros temas de índole

---

<sup>47</sup> García Dávalos propone también que la paulatina pérdida del territorio con Estados Unidos se debe, según él, a la poca presencia de jesuitas en la zona norte de la Nueva España, ya que ellos fueron los grandes promotores de la edificación en el territorio. Así que hasta donde llegaron, antes de su expulsión en 1767, es hasta donde, prácticamente se pobló el territorio, dejando esa enorme mancha en el mapa prácticamente deshabitada, siendo una más de las causas en una serie de eventos que nuestros belicosos vecinos del norte supieron aprovechar.

<sup>48</sup>Se habla de un “barroco tardío”, de un “rococó hispánico” y otras nomenclaturas. Es una discusión para otro momento, lo cierto es que no se puede soslayar un clasicismo mexicano de ninguna forma.

filosófica, teológica y literaria. Los programas académicos incluían latín y griego antiguo como parte de la formación, pero también en un intento de preservar el “Humanismo eclesiástico”, que no es otra cosa que la resignificación del humanismo renacentista europeo bajo la luz de la iglesia americana, tal y como propone Koselleck la resemantización en la *Historia de los Conceptos* (2012). Durante este siglo, dicho humanismo también aceptó las ideas de la Ilustración Francesa, siempre y cuando pudieran ser adaptadas a las ideas católicas y no contradijera las bases teológicas. Un experimento extraño que permitió que la ciencia y el conocimiento siguieran su curso.

Ahora bien, esto no significó de ninguna forma que el uso extendido del latín fuera un privilegio de los criollos, por el contrario, los indígenas también gozaron de estudios universitarios (aunque más bien de tipo monástico) de donde surge una producción muy interesante iniciada desde las tempranas épocas de conquista en el Colegio de la Santa Cruz de Santiago Tlatelolco, pero que encuentra su esplendor en el siglo XVIII: el neolatín mexicano. Poco se sabe y resulta prácticamente desconocido debido a múltiples factores. Joaquín García Icazbalceta, un intelectual conservador, fue el primero en recoger y catalogar las obras poéticas y retóricas del siglo XVIII, escritas en neolatín mexicano. Lo interesante de estas obras es que muchas son traducciones y adaptaciones de los clásicos grecolatinos directas del latín al náhuatl, y viceversa, sin mediar en ningún momento por el español, lo cual, hace que sean de alcances inimaginables y, por qué no decirlo, incomprensibles actualmente. En cuanto a la producción poética, vinculada estrechamente al humanismo eclesiástico, de naturaleza jesuita muchas veces, destacan Santiago de Zamora, Francisco Xavier de Cárdenas y José de Villerías y Roelas, y una interminable lista de autores anónimos de los que poco o casi nada se sabe.

(...) a finales del siglo XVIII y principios del XIX, esto es, durante el proceso de construcción de una identidad nueva, primero criolla y luego mexicana, hubo una tendencia general hacia el uso cada vez mayor del castellano, en detrimento de la lengua latina tanto en la literatura como en las ciencias. Evidentemente, tal cambio no fue abrupto, sino gradual y trajo consigo algunas consecuencias importantes, como el hecho de que por ser mayor el número de personas que no tenían acceso a los textos latinos en su lengua original, comenzó a cobrar fuerza la traducción de los mismos. (Ortiz Dávila, 2010, p. 44)

Es decir, por un lado, tenemos una tradición clásica muy bien fundamentada durante el virreinato de la Nueva España que se sustentaba en sus grandes ciudades como Puebla o Guadalajara. Dicha tradición, mezclada con el arte popular y las costumbres, se veía a sí misma

como parte de una identidad americana ilustrada que, de hecho, desde este posicionamiento ideológico, no entraba de ninguna manera en contradicción ni siquiera con lo indígena, de hecho, lo incluía en las dinámicas, como lo es el caso del neolatín, que hibridaba mitos de todo tipo, como el cristianismo, el mito grecolatino y el mito prehispánico sin que entraran en conflicto<sup>49</sup>. Por otro lado, dicha cohesión era gracias a la Iglesia, en especial la Compañía de Jesús, que hacía posible conciliar las ideas modernas con la visión tradicional del virreinato que se llevaba a la práctica desde la conquista. Por supuesto que esta visión de mundo era parte de la identidad americana en este periodo y no se puede esperar que las convulsiones del siglo XIX cambiaran este pensamiento de la noche a la mañana. Ortiz Dávila apunta que

los conservadores decimonónicos<sup>50</sup> —altos jerarcas eclesiásticos, “simples” laicos, periodistas de tiempo completo, profesores universitarios, etcétera— fueron especialmente adeptos a generar sus propias versiones de los autores clásicos de su preferencia, es decir, continuaron participando en una de las tradiciones culturales más arraigadas y definitivas entre la élite de los sabios y eruditos mexicanos de la época. Ahora bien, para el siglo XIX se ha llegado a catalogar la afinidad a los clásicos en dos vertientes: por un lado, se habla de la existencia del “humanismo eclesiástico”; por el otro, se acepta que también hubo un “humanismo liberal”. El primero de éstos se ve como el “heredero natural del pasado novohispano”; sin embargo, también como un ente amenazado que termina por refugiarse casi exclusivamente en los seminarios o, lo que es lo mismo, en los semilleros ideológicamente cargados de la alta jerarquía eclesiástica. En la otra cara de la moneda se habla de un “humanismo liberal”, que no es otra cosa que un humanismo cada vez menos griego y latín auestas. A esta corriente se le define como un intento de “armonizar la enseñanza de las humanidades con la de las ciencias”. En la práctica, tal tendencia se tradujo en la gradual reducción de los espacios de enseñanza de las lenguas latina y griega en los planes de estudio oficiales, en favor de las lenguas modernas —

---

<sup>49</sup> Fenómeno criollo que ya se había dado durante el barroco y que llegó a su epítome estilística con *El divino Narciso* de Sor Juana Inés de la Cruz.

<sup>50</sup> Para mayor claridad se esboza la siguiente caracterización de lo que se entiende por conservadurismo mexicano, a mediados del siglo XIX: “un discurso que incluye ya una serie de líneas fundamentales, que lo cohesionan y lo diferencian del pensamiento político netamente liberal. Tales líneas son las siguientes: la afirmación de la importancia del conocimiento de la historia para la mejora de la sociedad; la intención de mantener el *status quo* social, incluyendo los beneficios del respeto a la autoridad y las jerarquías; el temor ante la anarquía social, tanto a la revolucionaria como a la generada por el republicanismo igualitario; la preferencia por el cambio gradual, que no contradiga la constitución histórica de la sociedad; una visión providencialista de la historia, aunada a la defensa del catolicismo como garante de la civilización; un celo antidemocrático, con tendencias anti republicanas y anti igualitarias y, en ocasiones, pro monárquicas. Además de una oposición constante al laicismo y a la filosofía moderna”. Véase, Ortiz, Juan Pablo, *Incipit tragoedia: el discurso conservador en torno a la Guerra de los Tres Años. Sus fundamentos, desarrollo y expresión, 1855-1860*. México: Tesis de doctorado en Historia Moderna y Contemporánea, Instituto Mora, (2010). Para otras definiciones y discusiones relevantes véanse Noriega, Alfonso. *El pensamiento conservador y el conservadurismo mexicano*, México: Universidad Nacional Autónoma de México, 1972, vol. I, pp. 40-43 y Rodríguez Piña, Javier “Conservadores, monarquistas, reaccionarios, canallas... Hacia una revisión historiográfica sobre los conservadores mexicanos en un país liberal (1821-1855)”, en José Hernández Prado (coord.), *Heterodoxias liberales. Aproximaciones teóricas e históricas al liberalismo*. México: Universidad Autónoma Metropolitana Azcapotzalco, (2007) por mencionar sólo algunos.

francés e inglés, principalmente—. Esto es, el “humanismo liberal” significaba un humanismo alejado de su esencia más importante: ¿humanismo sin letras clásicas? (Ortiz Dávila, 2012, p. 46)

Sin duda, el desplazamiento paulatino de la lengua latina de los programas educativos durante el siglo XIX sirvió para contrarrestar la tradición novohispana, en nombre del “humanismo liberal”, más técnico y utilitario, que privilegiaba el francés<sup>51</sup> o el inglés como lengua de la Revolución y el liberalismo económico (Ortiz Dávila, 2012). No obstante, las corrientes artísticas importadas del extranjero llegaron casi intactas durante esa época y ya fueran poetas tradicionales o partidarios de la revolución, lo cierto es que el romanticismo europeo llegó a la Nueva España y al México Independiente de maneras arbitrarias, y sin el filtro de la iglesia y sus instituciones culturales, por medio de traducciones inexactas, réplicas y “fotocopias” estéticas; traslaciones e interpretaciones. Cada autor asimiló estas voces exógenas ya fuera obedeciendo a su formación académica de estilo clásico o desde la intransigencia y el arrebató de la ruptura y la digresión. Sin duda, décadas fascinantes en las que los poetas, sobre todo, experimentaron y crearon con lo que tuvieron a mano, ya fuera para defender la tradición o para destruirla.

De lo que no existe ninguna duda es que el posterior costumbrismo de Ignacio Manuel Altamirano sí tuvo un carácter, un estilo y una estética de lo que se perpetuó como “lo mexicano”. Posiblemente otro imaginario, pero uno tan difundido y perpetuado, que ya es indisoluble y no puede negarse. Ahí donde fracasó la tradición novohispana, el clasicismo y el romanticismo para construir nación, el costumbrismo impulsado por Ignacio Manuel Altamirano triunfó en todos los sentidos de la heterodoxia liberal, llegando casi intacta al siglo XX. Ahí donde Francisco Pimentel, ideólogo y erudito conservador, fracasó en tratar de impulsar los valores tradicionales del barroco y el clasicismo literario que llevaban siglos en México, ahí sí triunfó Altamirano con la simpleza idiomática del “español mexicano”, con las ideas *romantizada* del bandido o los ideales de mujer y amor, las costumbres y la didáctica. El triunfo de la República Restaurada de Juárez fue tan monumental, tan avasallador, a la vista de todos, que toda la tradición clásica, junto con sus mecenas conservadores y eclesiásticos, pareció desaparecer. Sin embargo, éste es el episodio más interesante, ya que es a partir de aquí que la literatura mexicana toma la dimensión completa de lo que va a ser: una mezcla heterogénea entre la tradición y la vanguardia, dominando por momentos una, cediendo por

---

<sup>51</sup>El francés daría un vuelco sorpresivo a finales del siglo XIX.

momentos la otra, volviéndose vanguardia la tradición y volviéndose tradición la vanguardia. Mientras que la primera mitad del siglo XIX es de pugnas, la segunda mitad es de reconciliaciones y aquello que parecía haberse esfumado toma otras dimensiones; otros matices estilísticos. Lo cierto es que la tradición académica jamás desapareció, quedó resguardada en diferentes periferias y recintos exclusivos; es en este momento que las reacciones culturales conservadoras, en cierto sentido, toman el control. El latín y el francés se vuelven exquisiteces eruditas. Lejos está la enseñanza de la gramática latina y las letras clásicas en los programas de bachiller provinciano de los colegios jesuitas del XVIII, o la enseñanza del francés como parte del avance liberal y el progreso del hombre. Ahora está reservado para los palacios porfirianos y las tertulias elitistas<sup>52</sup>. Y es que el parnasianismo (lo mismo que el simbolismo), que había sido una reacción francesa en contra de la burguesía y la revolución industrial, con paisajes bucólicos en contra del positivismo y el progreso, en México se vuelve una reacción exquisita que trae de nuevo la cultura clásica confundida gravemente, o resignificada, según sea la óptica, con el costumbrismo y los paisajes nacionales idealizados (Feria, 2015). Ahí depende de qué autor se hable, pero en general, los estilos se mezclan, se confunden y van creando nuevos rostros e identidades para cada necesidad estética, posición económica o región. Resultado del *continuum enunciativo*. Y es que el periodo, que señala Martínez de 1867-1889 y que Goic tendrá en acuerdo para catalogar, para todo el continente, entre 1875-1890, resulta ser el más interesante y donde se pone de manifiesto lo que se expone aquí.

Pero veamos: en México el desarrollo de la poesía y la narrativa estuvo muy influenciado por el realismo francés y el costumbrismo español (de larga tradición y con raíces en el siglo XVII). Para Yliana Rodríguez (2015) el realismo tiene un carácter subsidiario respecto de la civilización europea, pero acepta la convivencia “de obras provenientes de diversas tendencias literarias es muy marcada en las letras hispanoamericanas. Detrás de este fenómeno hay un proceso de integración que niega la noción de caos y afirma la voluntad consciente de apropiación de una tradición valiosa”. (Rodríguez, 2015, p. 90) Es decir, que mientras el realismo europeo era una heterodoxia sólida contra las tradiciones, lo cierto es que, en México, con ciertos autores, fue un caldo de cultivo para seguir perpetuando lugares comunes de tipo “virreinal” en la misma medida que “moderna”. En el caso de *La parcela*, de

---

<sup>52</sup> El impresionismo, por ejemplo, nunca florece en México, a pesar de ser la heterodoxia liberal sensación en el arte de Europa, porque es demasiado “liberal”, demasiado transgresor y lo francés, para esos años en México era el refinamiento; la sociedad no estaba para experimentos extraños y manchas sin sentido. Ahí los liberales mexicanos del periodo que comprende 1870-1900, tenían posicionamientos estéticos conservadores muy relacionados con El Salón de París, el nido de puritanos contra el que luchó encarnizadamente Manet, Renoir y compañía. Vaya, el expresionismo, el fauvismo y otros movimientos más ponían los pelos de punta a las conciencias liberales mexicanas que se sentían más cómodas con el modernismo y ese nuevo neoclasicismo pictórico de la Academia de San Carlos (¿cuántos neoclasicismos puede haber en la Historia del arte mexicano?)

José López Portillo y Rojas, publicada en 1898, Rodríguez establece, tras un exhaustivo análisis (Rodríguez, 2015, pp. 59-78) que tiene más de romanticismo que de realismo y que su intención de retomar el tema del terrateniente en un paisaje idílico, está más en concordancia con la olvidada tradición novohispana que con el realismo de compromiso social. Empero, *La parcela*, en el siglo XX, encontraría un fuerte apoyo por parte de Azuela, quien llena de elogios la pluma de López Portillo y Rojas a pesar de que prácticamente hacía una apología al abuso del terrateniente en tiempos pre-revolucionarios. Rodríguez coincide con Carballo (1991) en que, “el altruismo, el afán didáctico y la ortodoxia en el lenguaje pesan demasiado y son más méritos del autor que de la obra” (Rodríguez, 2015, p. 61) y en que “la novela es pródiga en relatos sobre la venalidad de las autoridades y abogados, costumbres afrancesadas —en especial las del picapleitos Camposorio, que olvida casi su castellano, los arreglos de casa de don Miguel con cubiertos Cristofle y otros utensilios europeos—; la moda viene siempre de París” (Carballo en el prólogo a *La Parcela*, Portillo y Rojas, p. 27). Para González Peña, “la novela —la obra literaria en general— debe realizar primordialmente valores sociales, accidentalmente estéticos” (González Peña, 1990, p. 103). Por esto, en vez de analizar *La parcela* como literatura, la estudia “como documento social, concluyendo que la vida que allí se nos muestra tiene un utópico sabor de Arcadia” (González Peña, 1990, p. 103). Ya sea como documento social, como idealización romántica<sup>53</sup> o como fallido texto realista, lo cierto es que respecto al tema del campo y la ciudad en *La parcela*, ésta última es “apenas un escenario que aparece sólo por virtud del pleito legal y lo hace de manera indirecta” (Rodríguez, 2015, p. 70), mientras que los males provienen del mismo pueblo y su gente, como haciendo una alusión directa de un estado casi salvaje e incivilizado de las clases populares que sólo pueden estar a salvo de sí mismas bajo el yugo del patrón. Sin duda un discurso extremadamente conservador en plena época liberal, lo cual no es necesariamente malo, y por el contrario da cuenta de una pluralidad discursiva en el periodo y las corrientes. Caso contrario a Portillo y Rojas sería el de Emilio Rabasa. J. S. Brushwood (1973) sitúa sus novelas en diferentes espacios: “su personaje va del pueblo a la capital de la provincia y, de ahí, a la capital del país, finalmente, vuelve al pueblo donde está su virtud” (Brushwood, 1973, pp. 230-231). La ciudad, y lo que contiene, es el elemento corruptor en su narrativa. Asimismo, Brushwood afirma que “El punto principal de las novelas de Emilio Rabasa es precisamente ese abismo que se abría entre las intenciones de la ley y las necesidades de la gente” (Brushwood, 1973, p. 230), lo que refuerza su marcado sentido social. Por su parte, E. S. Glass (1975) sostiene: “Rabasa dedicó la mayor parte de su

---

<sup>53</sup> La historia de amor, por ejemplo, tiene más peso que el conflicto por la tierra.

vida tratando de convencer a sus conciudadanos de que alteraran, a través de la legislación y de las reformas constitucionales, lo que pensaba que eran tradiciones ruinosas” (p. 148). Este pensamiento lo repite en sus obras *La bola*, *La gran ciencia*, *El cuarto poder* y *Moneda Falsa*, que conforma una sola unidad literaria y que sin duda son novelas liberales en el sentido estricto que promulgaba Altamirano, a pesar de que Rabasa no fue un escritor que perteneciera ni al movimiento ni a los círculos ni a la escuela del intelectual juarista. Manuel Payno, por su parte, con su extensa novela *Los bandidos de Río Frío*, de 1892, juega con muchos estilos, entremezclando las corrientes y creando una obra que casi es un género en sí misma. Payno, quien conspiró en juventud para abolir la Constitución de 1857, y sirviendo de cónsul en Santander, España, como una suerte de exilio, escribe una novela *sui generis*, desmarcándose del naturalismo, el realismo y el costumbrismo, siendo costumbrista, naturalista y romántica anacrónica al mismo tiempo, no encajando para nada ni con las modas, ni con los movimientos y tampoco obedeciendo los preceptos del liberalismo oficial. Empero, un rasgo importantísimo en la novela de Payno es la relación tan estrecha que establece entre las costumbres virreinales y el México independiente, casi como si la emancipación no hubiera existido y la novela se ubicara en “otra Nueva España”, que resultaba ser el gobierno de Su Alteza Serenísima, Antonio López de Santa Anna. Payno, en ese sentido, es consciente de que los periodos no se delimitan por fechas y los nuevos tiempos iban dialogando con el pasado. En ese mismo sentido, muchos personajes en la novela tienen un sentido de la Ilustración criolla que contrasta con esa tradición arraigada y rancia que se niega a desaparecer, manifestada a través de Moctezuma III o el Conde del Sauz. Y quizá esta lectura de Payno nos permita aclarar muchas de las contradicciones e irregularidades en las novelas publicadas en las últimas décadas del siglo, ya que tanto novelas costumbristas, como naturalistas y realistas, al menos en México, y de la misma manera que sucedió con el romanticismo, no existieron en homogeneidad y se trata de textos muy heterogéneos, a pesar de cubrir los requerimientos superficiales de sus lugares comunes y características factuales. *Santa*, de Federico Gamboa, por ejemplo, lejos está del naturalismo de Zolá, y se inscribe como un texto naturalista-modernista, en vez de crear ese efecto literario donde domine lo primitivo y lo animal (característica que en Francia dio lugar a una literatura naturalista de enfoque auténticamente social).

Y es que a pesar de las constantes luchas que sostuvo Altamirano, y tantos liberales más, con los “clasiquinos” conservadores que se negaban a desaparecer y aún tenían presencia en las academias (como en Jalisco), lo cierto es que el pensamiento clásico de la tradición novohispana, realmente nunca desapareció y de hecho se entremezcló con las vanguardias que provenían de Europa. No se niega de ninguna manera que la literatura impulsada por el triunfo

liberal dio como resultado obras de extrema originalidad, pero como ya señalamos incontables veces, el peso de la política superó con creces el peso del arte. Yleana Rodríguez (2015) es muy enfática en señalar que este apego a una tradición liberal inexistente, que sostuvo sobre todo Altamirano y que siguieron la mayor parte de los escritores mexicanos de la segunda mitad del siglo XIX, provenía de impulsos nacionalistas y tradiciones inventadas y que “se constituye, por ello, en un símbolo estereotipado con disfraz de auténtico y antiguo, sin orígenes históricos claros pero, paradójicamente, de larga vida en el ideario nacional ya no de naturaleza sólo literaria, y con una clara función afirmativa” (Rodríguez, 2015, p. 123). La verdadera tradición artística y cultural provenía, desde esta lógica conservadora, de los siglos coloniales. Veamos: hacia 1874, el pintor Felipe S. Gutiérrez tuvo un desencuentro con Ignacio Manuel Altamirano tras exhibir su famosa pintura *La cazadora de los Andes*, el primer desnudo de la pintura mexicana, según el pintor, y que estaba en clara oposición a los ideales del liberalismo de Altamirano, materializados en los lienzos del pintor favorito del gobierno, el ilustre paisajista José María Velasco<sup>54</sup>. Y es que el error de desdichado artista “clasiquino” fue asegurar en su texto autobiográfico *Vindicaciones*, donde relata sus peripecias y vivencias por Italia, Francia, España y Alemania, que la verdadera tradición pictórica de México no provenía de esos paisajes campiranos ni de esas montañas atravesadas por locomotoras, sino de la pintura eclesiástica que adornaba por miles de ejemplares a los cientos de edificios religiosos construidos a lo largo del territorio nacional, durante aquellos siglos de virreinato. Felipe S. Gutiérrez mencionó que al visitar Roma, Madrid, París y Florencia sólo podía sentir entusiasmo debido a que la tradición novohispana le pareció tan extensa y asombrosa como la europea. Al parecer, fue de muy mal gusto para el maestro Altamirano aquella disertación tan desafortunada, porque una vez que leyó *Vindicaciones* inició una campaña de lo que llama José Luis Martínez (1984) “condenación en bloque de la pintura” (p. 171); en breve el pintor estaba desacreditado por todo el país y terminó sus días haciendo únicamente encargos de pintura eclesiástica de estilo barroco y clásico. Ciertamente, la pintura mexicana sólo alcanzó su identidad hasta el muralismo del siglo XX, desplazando a la pintura decimonónica liberal, extrañamente de corte neoclásico; sólo el tiempo devolvió a la pintura novohispana su dignidad y valor como parte íntegra e indisoluble de la identidad nacional. Este episodio, verídico y de fácil corroboración, sólo deja entrever el poder de la política sobre el arte en México, y que, en

---

<sup>54</sup> Todo esto lo menciona Martínez en *La Expresión Nacional* (1984).



ese sentido, todos esos valores tradicionales que tan alto pronunciaba Altamirano eran, muchas veces inventos políticos, ya que Velasco era tan neoclásico como Gutiérrez<sup>55</sup>.

Los realistas, costumbristas y naturalistas mexicanos que escribieron en español tuvieron, a juicio de la crítica más rigurosa, algunos rasgos estilísticos propios y originales. Pero, en muchos aspectos resultaban tan moralizantes, como los casos ya mencionados de Federico Gamboa o López Portillo y Rojas, que parecían más anclados en la tradición, propensión al regionalismo injustificado, un rechazo importante al materialismo y al marxismo y un énfasis a la moralidad que los obligó a rechazar determinados temas, o tratarlos, sí, pero con prejuicio; y si bien en estas novelas se condensa cierto científicismo positivista en la visión de la realidad, no es con un pensamiento moderno y civilizador sino con una evidente superioridad del narrador/autor sobre la ignorancia de los que forman el mundo que narra (y un deseo de hallar en la ciencia el fundamento de la seguridad y la felicidad del hombre, un rasgo importantísimo de la visión positivista que se adoptó en México).

Son los modernistas quienes van a aceptar la tradición en todo su esplendor y consecuencias, porque para esos momentos, el ocaso del siglo lo permitía. El modernismo fue comprendido en su máxima latitud como “la expresión hispánica de la crisis universal que dio lugar a la disolución del siglo XIX” (Goic, 1991, p. 31). Henríquez Ureña (1949) distinguió dos generaciones, dentro de la sucesión, por dos espacios: la primera, Martí, Gutiérrez Nájera, Casal y Silva que son poetas a los que denomina de “los países del norte” y la segunda, compuesta por Darío, Jaimes Freyre y Lugones, entre otros, que denomina de “los países del sur”<sup>56</sup>. Respecto de este criterio coincide Arrom (1963), aunque, desde un punto de vista más emparentado con el desarrollo de las generaciones literarias, que sobresalen, una de otras, cada treinta años. Para Goic (1991) “estas generaciones aparecen relacionadas entre sí por principios de selección restrictivamente regional o de selección formalmente restricta, pero de amplio contenido universal” (Goic, 1991, p. 31). Cuando dicen “universal”, tanto Goic como Arrom, concuerdan a que se está hablando de valores universales de la cultura, tanto occidentales como orientales, aunque en mayor medida hay un enorme impulso clásico, que, si bien era un arcaísmo, los llevó por igual “a imitar el lenguaje o los motivos de la poesía medieval, del Siglo de Oro, del barroco español. Y les condujo a afirmar la elegancia del siglo XVIII,

---

<sup>55</sup> Francisco Zarco y su *Arte poética* (1851) es una obra que, aunque hace parodia de las normativas reconoce el valor de la técnica de los clásicos y que sin duda les había sido heredada; asimismo Ignacio Ramírez hace lo mismo en *Lecciones de literatura* (1884) y Rafael Delgado en *Lecciones de literatura* (1901). Es decir, que los preceptos de la tradición no fueron olvidados ni siquiera por las mentes liberales que los despreciaban, y por curioso que pareciera, eran conscientes que eran parte de su formación. Lo mismo pasó en la pintura y la música, por ejemplo.

<sup>56</sup>La independencia idiomática permite excluir a Estados Unidos y Canadá, apelando únicamente a la unidad hispanoamericana.

particularmente de la poesía francesa y del rococó artístico” (Goic, p. 34). El fenómeno fue extendido por toda Latinoamérica.

La métrica y las teorías métricas hispanoamericanas, que vienen en los *Principios de ortología y métrica de la lengua castellana* (Santiago de Chile, 1835; Madrid, 1890), de Andrés Bello su fundamental impulso, fueron continuadas por poetas innovadores que aparejaron su creación y experimentación de metros con la adopción de metros antiguos propios y extranjeros, y con una atrevida actividad teórica. Entre ellos destacan los *Estudios sobre versificación castellana* (Santiago de Chile, 1889), los *Nuevos estudios sobre versificación castellana* (Santiago de Chile, 1892) y *El endecasílabo dactílico* (Rosario, Argentina, 1895), de Eduardo de la Barra (1839-1900), y los *Estudios de métrica española* (Santiago, 1929) de Julio Vicuña Cifuentes, entre los chilenos. *Las Notas de Versificación» a Minúsculas* (Lima, 1901, 1909), en las cuales desarrolla su teoría de la versificación, Manuel González Prada; y las *Leyes de la versificación castellana* (Tucumán, 1912), de James Freyre, y «*Sobre la percepción métrica*» (Barcelona, 1920), de C. Vaz Ferreira, publicado originalmente en 1905. (Goic, 1991, p. 36)

La expansión de la vida literaria durante el modernismo se caracteriza por la profesionalización del escritor y la definición de su función social. Las figuras representativas de mayor relieve y significación, en cada uno de los grandes períodos, son fuera de toda duda Gutiérrez Nájera, José Martí<sup>57</sup>, Alberto Leduc, Andrés Bello, Rubén Darío y en cierta medida Alfonso Reyes. El fenómeno general de la apertura de Hispanoamérica al capitalismo internacional, con el desarrollo de las economías de exportación, transformó la vida social, modernizó las ciudades, generó entusiasmo y al mismo tiempo la confianza en los objetos de arte y de lujo. “Los poetas no sólo hablan de japonerías y chinerías, también adornan sus habitaciones con ellas” (Goic, 1991, p. 32).

Los géneros literarios muestran, en los últimos años del siglo XIX una activa interrelación, lo que podría traducirse como la verdadera voz nacional. El cuento y la prosa poética confluyen o se apartan dentro del modernismo o en las alternancias del criollismo, en toda su extensa conciencia y cohesión; la novela naturalista y la decadente se contagian y enriquecen del modernismo o el mundonovismo, por su enorme atractivo; el teatro en verso (propio de la tradición) y en prosa (propio del realismo), entran en diálogo constante. Y fue durante el modernismo que la poesía lírica fue el género de mayor originalidad y trascendencia.

---

<sup>57</sup> Gutiérrez Nájera y José Martí son considerados por muchos expertos como los verdaderos iniciadores del modernismo, mucho antes de la publicación de *Azul...* de Rubén Darío. Estas convergencias las hace notorias Mercedes Serna, donde apunta también una relación dialógica entre estos autores con Góngora, Calderón y Tirso de Molina.

A esto hay que sumar, que, en las primeras décadas del siglo XX, Alfonso Reyes habla de la importancia de la literatura griega para comprender la estética y las nociones de verdad y belleza. Coincide con Nietzsche, en *El origen de la tragedia*, que lo estrictamente apolíneo domina en las grandes tragedias griegas sobre lo dionisiaco y relaciona ese dominio de la sobriedad y el orden respecto de la literatura latinoamericana.

Y Nietzsche concluye así su razonamiento: “Hemos de entender la tragedia griega como el coro dionisiaco que se descarga, constantemente, en un mundo apolíneo de imágenes”. Es decir, que el coro sirve para explicar la existencia de los actores, porque el coro los ha creado para sí con su ensueño apolíneo. Hay, pues, en el coro, lo que se llama, en el modernísimo lenguaje de Jules de Gaultier, sentido espectacular. Y esto explica el origen de la tragedia. (Reyes, p. 29)

En sus ensayos sobre estética, Alfonso Reyes tiene serias inclinaciones por la medida clásica y la conservación de las formas en lo que él mismo interpreta como “Lo literario”. En el caso del ensayo “Las Tres Electras del teatro Ateniense” (Reyes, p. 15-47), donde apunta que el pensamiento griego tiene enorme influencia en las estructuras de, incluso, las ciencias que se abrían paso entre el siglo XIX y el XX como lo es el caso de la psicología<sup>58</sup>. En el ensayo “La Cárcel de Amor de Diego de San Pedro, novela perfecta” Reyes equipara los valores de la tragedia clásica con la novela, y a su entender, solo las novelas que cumplen con esas estructuras son válidas.

Porque la novela es un monólogo. De esto, algunos diálogos platónicos nos dan como una alegoría explicativa. El coro de amigos sería como el mundo de lectores, el público que lee o que escucha; y aquel de los personajes que interrumpe el diálogo para contar, en largo monólogo, un acontecimiento, sería como el novelista. En este sentido, los diálogos platónicos suelen ser novelas, y la excelente aptitud que Platón hubiera tenido para escribirlas. (Reyes, p. 47)

En sus ensayos sobre “Estética de Góngora” opone al conceptismo con el culteranismo gongorino al hacer notar que el primero, en cierto sentido, es artificioso mientras que el gongorismo, de estructuras clásicas más pronunciadas resulta más sublime, tanto para el poeta como para el lector

---

<sup>58</sup> Cita al filólogo de origen francés Henri Weil, experto en clasicismo: “Y ésta es ocasión de acudir a las palabras doctas de Henni Weil: “La psicología vendrá más tarde; está aún reemplazada, o si se quiere, envuelta por la mitología; lo que pasa en el corazón del hombre es proyectado hacia afuera; los conflictos interiores toman cuerpo y figura, aparecen bajo la forma de un drama visible.” (Reyes, 21-22)

El poeta sabe que, gastados en el uso diario y formados por generación antiquísima e inconsciente, no nos traen ya otro mensaje sino la vulgar significación más simple o más usada y que no corresponde siempre a la insinuación que persigue el arte. El conceptista, por eso, los sustituye por los nombres de sus cualidades más connotativas, las que más le sirven para formar relaciones entre objetos y crear veredas transversales, de una a otra corriente ideológica, por donde en zig-zag discurra el pensamiento. Pero el gongorino, (...) más sensible al mundo exterior, afectivo, sensual, necesita ir a los atributos de color y de ruido que desprende de los objetos. Como ruido y como color se le acerca el mundo, y como ruido y como color lo traduce; y esta poesía nueva, audaz y eficaz, simpática por la fuerza sensorial, animada con las grandes energías naturales de su creador, inmediatamente nos gana. (Reyes, p. 74)

No cabe duda que la fascinación de Reyes por el gusto clásico es propia de su época y de las voces exógenas que los atravesaban y con las que intentaba entablar un puente dialógico. A lo largo de toda su obra, crítica y ensayística, se hace evidente un gusto por la tradición y en cierta medida por el gusto novohispano, al punto de que, acerca de Sor Juana Inés de la Cruz, dijo en su ensayo “Letras de la Nueva España”, que “no es fácil estudiarla sin enamorarse de ella” (Reyes, 1960, p. 363). El modernismo, como movimiento cultural y artístico, sin duda fue una reacción más vinculada al conservadurismo que al liberalismo y mantenía una relación dialógica más estrecha con el *continuum* enunciativo de los discursos novohispanos. Y es que lo cierto es que todos los autores modernistas, en el grueso catálogo hispanoamericano, se comportaron más como conservadores que como liberales. Salvador Quevedo y Zubieta, como autor, está más cercano a los modernistas y sus posiciones estéticas y poéticas, por lo que, sin dudar, entra en este movimiento, al menos durante el periodo que comprende esas últimas décadas del siglo XIX, cuando escribe *Recuerdos de un emigrado*.

## CAPÍTULO 3

### 3.1. La literatura alrededor de Salvador Quevedo y Zubieta

A lo largo del presente trabajo se han tratado de establecer dos directrices: la influencia de la ideología liberal y conservadora, propias de la política mexicana decimonónica, respecto de la creación literaria y la conformación del discurso histórico, sus centros, periferias; límites y fronteras. Por otro lado, las diferentes tradiciones propias de la época novohispana (el estilo barroco y el neoclásico dieciochesco) que influyeron enormemente en las corrientes y movimientos artísticos mexicanos del periodo, tanto hegemónicos como periféricos, ya sean el romanticismo, el naturalismo, el costumbrismo y el modernismo, que crearon, a su vez, otras fronteras estéticas que fueron adaptándose, manifestándose y estilizando a sendas ideologías, en esencia muy disímiles, pero en cierta manera muy cercanas. Asimismo, se ha señalado a lo largo de los capítulos anteriores la enorme diferencia entre estilos y escuelas en diversas latitudes del país, que no precisamente se ceñían a los preceptos de la capital.

Quizá el caso más evidente sea el del ilustre escritor y político José López Portillo y Rojas (1950-1923) que, con su ópera magna *La parcela*, así como la recopilación narrativa en *Algunos cuentos* (1956) y dos novelas, que se llegan a juzgar de inferiores, deja entrever una enorme carga moral y cierto tono de cacicazgo colonial alrededor de la figura del patrón hacendado. López Portillo y Rojas es el más famoso de una generación de escritores jaliscienses que, inadvertidamente o no, mantuvo estrechamente unidas sus convicciones con su forma de escribir, negándose, en la medida de lo posible a las influencias de la capital y tratando de mantener una voz<sup>59</sup>, ceñéndose a las tradiciones propias de Jalisco. En el caso de Jalisco, las revistas más importantes de la región trataron de cohesionar las múltiples voces en pos de fomentar una identidad literaria regional, que dicho va de paso, estaba muy inclinada a las tradiciones y al conservadurismo.

María del Socorro Guzmán Muñoz señala en su artículo “Rutas y andanzas de dos revistas literarias: *Aurora Poética de Jalisco* (1851) y *El Ensayo Literario* (1852)” (2017), la importancia de las publicaciones literarias jaliscienses de mediados de siglo, que fueron de enorme influencia para forjar una voz y estilo propio en la entidad. Guzmán Muñoz explica que tanto *Aurora Poética* como *El Ensayo Literario* dieron una apertura poco común, respecto

---

<sup>59</sup> Se entiende como una narrativa liberal la que se amoldó a las cúpulas intelectuales del periodo, encabezadas principalmente por Ignacio Manuel Altamirano. Esto puede ser muy discutible, ya que la República Restaurada y posteriormente el Periodo Porfirista tuvieron momentos de creación muy diferentes como el modernismo respecto del romanticismo o el costumbrismo.

del resto del país, a las mujeres, sobre todo en la poesía, como lo evidencia la *Colección de poesías líricas de jóvenes jaliscienses, dedicada al bello sexo de Guadalajara*.

Por otra parte, la participación de la mujer en *Aurora Poética de Jalisco* va más allá de lo que sugiere el subtítulo, ya que las integrantes del llamado bello sexo no solo eran destinatarias de los poemas que ahí se publicaron, sino autoras de varios de ellos. Fueron siete las mujeres que vieron sus versos impresos en las páginas de esta revista: Josefa Sierra y Petra Gómez de Carmona; Soledad Pérez Maldonado que firmó con sus iniciales, al igual que Isabel Ángela Prieto; dos que decidieron ocultarse usando seudónimo: “Sofía” que resultó ser Ignacia Cañedo, mientras que no ha sido identificada quien firmó como “Zelima”, aunque se ha afirmado que se trataba de Isabel Ángela Prieto. Completa la nómina una joven que prefirió no firmar sus versos, por lo que éstos se publicaron de manera totalmente anónima. (Guzmán Muñoz, 2017, p. 285)

*El Ensayo Literario*, sin embargo, aunque también incluyó una enorme participación femenina, se hizo presente siempre enunciando las tradiciones neoclásicas y románticas más enraizadas. “Esta revista -que tenía como propósito la instrucción del pueblo por medio de la literatura- logró mantenerse al margen de los temas políticos ofreciendo un contenido diverso e interesante ya que además de incluir trabajos en prosa y en verso, en sus páginas comparten el espacio composiciones de características neoclásicas con algunas de rasgos románticos” (Guzmán Muñoz, p. 288). Guzmán señala que las redes de distribución de las revistas y su suscripción obedecía directamente, en el sentido administrativo, a las tradiciones comerciales de la Nueva España y sus rutas al interior de Jalisco. Esto sugiere que la escena intelectual jalisciense pudo estar más enraizada a las tradiciones coloniales que la capital, debido en parte al aislamiento que sufrió el estado.

Jalisco padecía las secuelas directas de esos años de lucha; las escuelas, hospitales y otros edificios públicos estaban en pésimas condiciones pues habían sido utilizados como cuarteles de algunas de las facciones en lucha y otros habían resultado dañados durante las constantes confrontaciones; por lo tanto, el panorama que ofrecía Jalisco y en especial Guadalajara era desolador. Además de los obvios problemas económicos que atravesaba el país pues el campo y el comercio estaban prácticamente abandonados, la inseguridad reinaba en todo el estado. Gavillas de bandoleros hacían del robo una práctica común; recorrer los caminos era una actividad de verdadero peligro y el número de bandoleros aumentaba de manera considerable, lo que llevó a muchas familias a abandonar el estado en busca de mejores condiciones de vida.

La criminalidad aumentaba en proporción directa a la pobreza, ya que parecía a muchos la única actividad que daba buenos dividendos; incluso policías y soldados privados de su salario por la falta de recursos para solventar ese rubro cayeron en la práctica de actividades delictivas tales como el secuestro de menores, por los que exigían considerables rescates. Es cuando se hace conocido el nombre de Manuel Lozada, uno de los más temidos criminales de su época quien en el futuro será referido constantemente por Quevedo y Zubieta. (Arisa, 2019, p. 106)

Ahora bien, respecto de las revistas de Jalisco, cabe destacar el trabajo de Diana Marisol Hernández Suárez, cuyos textos alrededor de la revista modernista jalisciense *Flor de Liz*, publicada décadas después de *Aurora Poética* y *El Ensayo Literario* pero que presenta el mismo fenómeno ya que se trató de una publicación periférica, plantean también la idea de cierta independencia artística de Jalisco respecto de la capital. En su obra *Flor de Liz: direcciones del modernismo mexicano* (2014) la autora hace hincapié en señalar en que las perspectivas de investigación y análisis ponen sobre la mesa, precisamente, la posibilidad de acercarse a los movimientos literarios desde la periferia o, como lo afirma ella, desde los “centros regionales” (Hernández Suarez, p. 25), de tal forma que esto permite matizar los “lugares comunes” (tema que también aborda Yliana Rodríguez González y que se explicó ampliamente en el capítulo anterior), a los que se refiere la crítica especializada cuando intenta abordar la difusión literaria en espacios diferentes al centro de la república. En ese mismo tenor Celia del Palacio en “Las publicaciones satíricas y literarias de Guadalajara (siglo xix)” (2019), presenta un panorama general de las letras jaliscienses, sobre todo de los periódicos y revistas publicados en la capital y sus alrededores (algunas extintas y otras ciertamente intrascendentes), destacando una publicación muy popular llamada *Juan Panadero*, que criticaba abierta y satíricamente a Juárez y a Lerdo de Tejada, así como al gobierno liberal y sus figuras regionales, tales como Ramón Corona y el gobernador Ignacio Vallarta. Dicha publicación, que abriría brecha como una publicación antiliberal (aunque también hacía comentarios anticlericales) sirvió de inspiración a jóvenes escritores transgresores y opositores al gobierno liberal como Salvador Quevedo y Zubieta. La respuesta del gobierno fue responder a tan popular publicación por medio de la prensa oficialista, aunque después se llegó a la violencia. Celia del Palacio señala que:

En sus primeros tiempos, cuando más filo tuvo en contra de “Benito Pablo” a quien dedicaba poemas insultantes en cada uno de sus números, su redactor afirmaba no tener miedo, a pesar de la intimidación que hacía la gente del general Ramón Corona en contra de los voceadores

del periódico. A pesar de su valentía, el 11 de enero de 1872, Remigio Carrillo y Rafael Arroyo de Anda, que era el redactor en jefe, fueron apresados, así como el regente de la imprenta, Agapito Guzmán.

Así terminó la primera época del combativo periódico. Siete meses después apareció la segunda época, en la que hizo las paces con el entonces gobernador Ignacio Vallarta, quien gozaba de gran simpatía porque en su gestión fue vencido Lozada en la batalla de La Mojonera. Sin embargo, al aparecer su tercera época, el 24 de julio de 1873, se publicó un homónimo falso por supuesto, que apoyaba al gobierno, lo cual nos habla de la importancia e influencia que había logrado tener. En las épocas posteriores, dirigidas por diversas personalidades del periodismo tapatío, el *Juan Panadero* conservó su filo, atacando a los sucesivos gobernadores de Jalisco. Esto ocasionó que en 1882 su director, Juan Castro, fuera brutalmente golpeado en la villa de Zapopan, y posteriormente se separara del periódico. (Del Palacio, 2019, p. 14)

No obstante, después de *Juan Panadero* y las represiones del gobierno, las publicaciones literarias tomaron un rumbo más recatado, en lo político, con cierto aire liberal republicano y en un sentido más conciliador.

El nuevo punto de inflexión en la historia de la literatura jalisciense es la revista *La República Literaria*, que se publicó entre 1886 y 1890. (...) Esta publicación nació “en la trastienda de una vieja librería”, donde cuatro amigos se reunieron para publicar una “revista de ciencias, letras y bellas artes”. Ellos pusieron los fondos necesarios y el tiempo requerido para tal emprendimiento. Se trató de José López Portillo y Rojas, Antonio Zaragoza, Manuel Álvarez del Castillo y Esther Tapia de Castellanos. Todos ellos ya tenían un largo camino recorrido en los trabajos literarios. A la muerte de Manuel Álvarez del Castillo, apenas un año después de iniciados los trabajos, ocupó su lugar Manuel Puga y Acal, quien, según González Casillas, era “crítico agudo y mordaz, polemista erudito y temible, poeta modernista que arribara a esta corriente sin pasar por Darío, ya que bebió directamente de las fuentes del Parnaso y los Simbolistas en Francia, donde pasó su más temprana juventud”. (Del Palacio, 2019, p. 16).

Lo cierto es que, a pesar de eso, Jalisco, en especial su capital, cuyas profundas raíces virreinales seguían influyendo en su gente, tenía inclinaciones conservadoras muy visibles que bebían directamente de la formación académica de los colegios jesuitas y las universidades (lo que explica el surgimiento de ágoras literarias tan intensas, al grado que admitían mujeres en una época donde no fue la norma). Carlos Baeza de la Cruz señala en *Tapatíos conservadores durante el siglo XIX e inicios del XX* (2015) que el conservadurismo fue una constante hasta el siglo XX y que incluso Jalisco fue la facción más importante en las luchas de Reforma y las



reacciones Contrarrevolucionarias del siglo XX, incluyendo el sinarquismo y el falangismo. No es de extrañar que durante las últimas décadas del XIX, y con cierto apoyo de Porfirio Díaz, quien trató de conciliar las facciones en disputa para poder ejercer su control sobre el territorio, el conservadurismo en Jalisco (y por qué no decirlo, en el resto del país), tuviera cierto resurgimiento. Este resurgimiento vino de la mano de cierto aire cosmopolita; los escritores jaliscienses de acaudaladas familias, cuyas genealogías tenían conexión directa con España y el extinto virreinato, se dieron el lujo, en muchos casos, de viajar al extranjero y conocer las corrientes de arte y literatura en carne propia, a diferencia de los artistas oficiales de la capital que trataron de hacer una literatura regionalista y un tanto antieuropea, debido a los descalabros con la invasión Francesa y el fracasado y fugaz imperio<sup>60</sup>.

Poetas como Manuel Puga y Acal (1860-1930), cuyos viajes al extranjero le permitieron tener un contacto con los movimientos literarios franceses, la sociedad parisina y, según se dijo, conoció personalmente a Verlaine y Rimbaud<sup>61</sup>; su larga estancia en Francia (1873 y 1880) le llevó a comprender las visiones extranjeras respecto de la Intervención Francesa, traduciendo, después del conflicto, la obra de Emilio Olivier<sup>62</sup> *La Intervención Francesa y El Imperio de Maximiliano* (publicado en 1869, pero traducido al español hasta 1906), que si bien no es ninguna apología a la invasión, lo cierto es que reivindica en muchos sentidos el papel de Francia en el conflicto y la figura de Maximiliano I como monarca errático en un continente desconocido. En su prólogo a la traducción de la obra de Olivier, Puga y Acal dice:

No; Maximiliano no traicionó á nadie al enviar á López para que entregara á Escobedo la llave de la plaza que sitiaba. Esa acción, hija de la debilidad de carácter, pero también de los nobles

---

<sup>60</sup> Ramírez Vuelvas (2014) explica que, a finales del siglo XIX, durante el porfiriato, se plantearon nuevas formas de entrelazar a México con la literatura europea, en especial con la española, como parte de un reconocimiento cultural extranjero de la, en ese momento, construcción de su identidad nacional. Así, en la transición del siglo XIX al XX, la participación de los escritores mexicanos en la prensa española y la publicación en diversas editoriales europeas como la Imprenta Ch. Bouret, permitió la consolidación de este proyecto de consolidación de la “identidad literaria mexicana”. Esta recepción no estuvo exenta de contratiempos y dificultades ya que se hicieron imposibles las conciliaciones ideológicas, políticas y estilísticas, haciendo evidente la enorme diferencia entre México y Europa. Salvador Quevedo y Zubieta, José Manuel Hidalgo y Esnaurrizar, entre otros no fueron los únicos mexicanos que publicaron en Europa, pero sí quienes lo hicieron desde marcadas disidencias respecto de los que se esperaba México y más en común con el canon europeo.

<sup>61</sup> José Emilio Pache niega este supuesto en “Manuel Gutiérrez Nájera: El sueño de una noche porfiriana” (2000) donde escribe que Puga y Acal “decía haber sido amigo de Rimbaud y Verlaine en un momento en el que el primero se encontraba ya muy lejos y el segundo se hallaba preso en Bélgica” (pp. 20-21). Sin embargo, a pesar de que las fechas de la estancia en Francia y Bélgica de Puga y Acal son entre 1873 y 1880 y es poco probable que conociera a estos poetas, lo cierto es que estuvo en contacto directo con su influencia y con otros poetas como Mallarmé. Carlos Guzmán Moncada explica en su texto “Manuel Puga y Acal y la crítica de su tiempo” (2002) que “La huella de sus años en Francia se hizo patente desde entonces no sólo en sus actividades literarias -tradujo a Villon, Musset, Leconte de Lisle, Rollinat y Baudelaire- sino en su sentimiento anticlerical” (p 10). A su regreso a México introduce el simbolismo en los círculos literarios de Jalisco, a los que pertenecía Salvador Quevedo y Zubieta.

<sup>62</sup> El historiador francés fue antagónico de Napoleón III, pero no por ello perdió su objetividad para tratar de entender el conflicto. A su vez, respetaba a Juárez, pero no por ello lo llenó de elogios. El libro de Emilio Olivier es un intento fidedigno del historiador por comprender el conflicto sin las exaltaciones pasionales de la ideología.

sentimientos de un príncipe incapaz de provocar un derramamiento de sangre inútil, lejos de deshonrar á Maximiliano — aunque la tuvo que ejecutar subrepticamente, obligado por las circunstancias, — puede considerarse como el primer paso que dio, después de tantos errores, después de tantas vacilaciones culpables, después de tantas contradicciones vergonzosas, para reasumir una actitud digna de su estirpe y que debía tomar todos los caracteres del heroísmo más conmovedor á la hora del sacrificio. (Olivier, 1906, p. 21)

Si bien, a lo largo del prólogo el mismo poeta se asume como un consumado liberal, es curioso cómo intenta a toda costa tender puentes reconciliadores con las facciones conservadoras en un intento de hacer una sinergia coyuntural en la política de su tiempo, que para ese momento ya tenía varias décadas sin modificarse en lo más mínimo.

Traidores ó no los fautores de la intervención y del imperio, siempre los pensadores y los héroes que contrarrestaron su labor nefanda, que predicaron á nuestro pueblo el evangelio de la libertad y que regaron con su sangre los campos de batalla, seguirán mereciendo el amor y la gratitud de los mexicanos y el respeto y la admiración del mundo. Y si, como dice Olivier, al meditar en el fin de la aventura imperialista en México, «jamás un atentado contra el principio de las nacionalidades ha sido tan pronta ni tan terriblemente castigado», hay que pensar también en que los principios democráticos que hoy rigen á la humanidad, jamás han recibido sanción más alta que la que recibieron cuando la vida de un Habsburgo, nacido en el palacio de Schoenbrunn y coronado por la voluntad de dos emperadores, de un pontífice y del rey de los belgas, se apagó bajo el soplo de un indio zapoteca, nacido en un jacal de San Pablo Guelatao. (Olivier, 1906, p.22)

Puga y Acal hizo evidente las intenciones conciliadoras que se precipitaron en ambos bandos y en ambas naciones; intentos que llegaron a fructificar con el paso de los años, sobre todo durante la extensa administración de Díaz. Por otro lado, en el campo de las letras, Refugio Barragán de Toscano (1843-1916) escribió y publicó la primera novela mexicana escrita por una mujer, *La hija del bandido o Los subterráneos del Nevado* (1887), cuyo corte de aventuras y bandidaje, narrado por la autora<sup>63</sup> y visto desde los ojos de un personaje femenino, de enorme sentido religioso y moral, es una novela extraordinaria que se desarrolló de forma paralela a

---

<sup>63</sup> En la introducción la autora refiere que la diégesis de la novela está inspirada en las narraciones de una viejecilla que dedicaba sus tardes a contar las historias de su juventud y de los bandidos del Nevado de Colima durante el virreinato. La novela transmite todo el espíritu criollo y la forma de pensamiento católico de la época. Barragán de Toscano en ningún momento trata de suprimir sus ideas conservadoras y la historia niega por completo el papel del Estado para controlar la vida de la gente, incapaz de frenar a los bandidos. En este sentido los personajes están ligados a un destino que está dictado por Dios.

los novelas de la capital y que de hecho tiene un estatus propio en Colima y Jalisco. La novela es completamente romántica y describe perfectamente las costumbres de Zapotlán El Grande durante finales del siglo XVIII

La novela de Barragán señala que ella escribe en un momento históricamente importante para la literatura mexicana en el que la mujer estaba luchando por conservar su poder interpretativo en un foro mayoritariamente dirigido por hombres. Estos letrados, cuyos proyectos nacionales encontraban su máxima expresión en la novela, llegaron a ser reconocidos porque sus narrativas se alineaban con los ideales liberales. La novela de Barragán, aunque patriótica, se aparta de las agendas positivistas y nacionalistas que rechazaban a la iglesia como voz imperativa del discurso social. (...) Claramente esta postura no la haría muy popular frente la hegemonía cultural que se dirigía desde el Distrito Federal. Pero en Colima y Ciudad Guzmán, los dos pueblos que la vieron crecer y la honran, Barragán es celebrada como famosa docente y por su contribución literaria en novela y poesía. Y por último hay que resaltar que las colimenses y las damas de Zapotlán, el Grande se ven reflejadas en la protagonista de *La hija*, María Natividad. Esa tremenda «actividad» y «resolución» que se identifica en la heroína, dirían ellas, es el carácter actual y representativo de las mujeres de la región. (Zalduondo, María. Prólogo a *La hija del bandido*, 2007, pp. 11-12)

La novela de Barragán puede parecer muy anacrónica y de hecho a lo largo de la narración hace evidente un profundo sentido católico y una reivindicación a los valores criollos novohispanos, pero al parecer esto fue deliberado, ya que la Barragán buscaba un punto de enunciación muy propio, muy local y que reflejara los valores de su comunidad en Zapotlán El Grande y los pueblos colindantes en Colima y Jalisco. Es decir, que esta autora se asumió deliberada y directamente como una oposición literaria a las hegemonías de la capital. En ese mismo tenor está también Juana Balbina González (1863-1955); de ella sabemos que nació en 1863 en Ciudad Guzmán, colaboró en periódicos de la ciudad y alcanzó una fama local considerable, aunque mucho de su trabajo, se sospecha, fue publicado por pseudónimos y está en su mayor parte perdido. Su estilo estricto y ciertamente “clásico” estuvo alejado de las tendencias de moda y sólo se sabe de ella por el libro de Laureana Wright de Kleinhans<sup>64</sup> *Mujeres notables mexicanas* (2020), quien de ella dice: “Los resultados fueron los que eran de

---

<sup>64</sup> Laureana Wright de Kleinhans fue una escritora y precursora del feminismo en México. Sus aportes periodísticos y sus diversos escritos sobre el papel de la mujer fueron revolucionarios en su época. La obra que se menciona en esta investigación fue publicada en 1910, por lo que las poetisas y escritoras que mencionan aún vivían y esa es la razón para hablar de ellas en tiempo presente.

esperar, dadas las brillantes cualidades que revelaba desde niña la aplicada alumna, que supo aprovechar debidamente todos los elementos que se le proporcionaron. En la actualidad la señorita Balbina González posee una esmerada educación, que le ha servido para desarrollar y dar á conocer su natural talento, cuyo mérito, unido á su modestia y su virtud la hacen aparecer como una de las joyas sociales de su ciudad natal. Sus versos<sup>65</sup> son sencillos y espontáneos, como lo son casi siempre los que brotan del sentimiento femenino, exquisito por excelencia”. (Wright, 2020, p. 298)

Como estos autores y autoras hubo muchos más que se mantuvieron al margen de los estilos de la capital mexicana, pero sobre todo en contrapunto directo con las cúpulas intelectuales del liberalismo oficial. A esta generación perteneció Salvador Quevedo y Zubieta, quien desde muy temprana juventud tuvo acceso a círculos literarios jaliscienses muy selectos, como menciona Del Palacio, cuando habla de los conciliábulos de escritores jóvenes que se formaron en Jalisco y que destacaron en el país y el extranjero alrededor de *La República Literaria*:

A ellos se unieron autores de fuera de Guadalajara e incluso algunos extranjeros, Vicente Riva Palacio, Manuel M. González, Vicente Llorente, Carlos Fernández, Antonio Becerra, Pablo Ochoa, Manuel Gutiérrez Nájera, Casimiro del Collado, Ismael Palomino, Guillermo Prieto, Gustavo Baz, Antonio Cisneros, **Salvador Quevedo y Zubieta**, Anacleto Castellón, Carmen Silva, Juan de Dios Peza, Juan Fastenrath, Francisco Sosa, Crescencio Carrillo y Ancona, Mariano Coronado, Manuel José Othón, Leopoldo Alas Clarín, Marcelino Menéndez y Pelayo, Gaspar Núñez de Arce, Ramón de Campoamor. (Del Palacio, p. 17)

---

<sup>65</sup> Estos poemas fueron leídos en público y no hay registros de publicaciones en la época, salvo las menciones de Wright de Kleinhans; pero oscilan entre 1883 a 1890. Su poema mejor logrado es un soneto en endecasílabos llamado *A la memoria del malogrado y sentimental poeta Arcadio Zúñiga y Tejeda*:

No lloro porque has muerto: que la vida  
para tu alma anhelante y soñadora,  
fue una cárcel, un páramo, un desierto,  
un polo sin calor y sin aurora.

No lloro porque has muerto y si doliente  
mi corazón con amargura lidia,  
no es que llora tu ausencia afortunada,  
es que tu dicha y libertad envidia.

Te elevaste por fin á esas regiones  
que prometen consuelo y bienandanza;  
donde no es la ventura una quimera,  
donde no es una sombra la esperanza... (Wright, 2020, p. 302)

Tanto mexicanos como extranjeros que publicaron en *La República Literaria* pertenecían a diferentes corrientes estilísticas e ideologías, por lo que la publicación no fue del todo homogénea. Chantaca (2017) sostiene que el grupo de políticos e intelectuales de la Restauración no elaboró un discurso de denuncia hacia el gobierno, por el contrario, “fundó una élite sobre la alianza entre intelectuales y Estado, una minoría que estabilizó y organizó el proyecto liberal en México. Conforme la generación de Quevedo y Zubieta ingresó en el campo, se diversificaron las tendencias del nuevo sistema y surgió un nuevo tipo de oposición. Ante la mirada de los jóvenes formados en el positivismo, toda figura en el poder era susceptible de crítica”, (Chantaca, 2017, p. 14-15). Además, y como era de esperarse, en Jalisco la ideología liberal terminó por imponerse como en el resto del país; no obstante, el conservadurismo, forma de pensamiento muy voluble, de alta plasticidad y ciertamente muy difícil de precisar en esa época (salvo por ciertos rasgos, como un extraño nacionalismo/hispanófilo y un fuerte sentimiento católico), siempre estuvo presente en las estructuras sociales y políticas más profundas de México, hasta el punto de confundirse y fusionarse exitosamente con las ideas liberales, como el caso de Jalisco cuyas generaciones de escritores veían de manera crítica a la oficialidad. Como señala Erika Pani, al final del día todos eran liberales y positivistas, obedeciendo al tipo de liberalismo y positivismo que les quedara mejor; igual de plástico y mutable al concepto de conservadurismo; Pani explica que “la amplia y heterogénea corriente del liberalismo decimonónico, al margen de que se identificaran a sí mismos o entre sí con etiquetas particulares, como conservadores o liberales, reaccionarios o radicales, republicanos, imperialistas o ‘científicos’” (Pani, 2001, p. 28). Si bien las etiquetas eran variopintas y a conveniencia, eso no implicó que no hubiera también escritores considerados “conservadores” que emergieron de la capital como don José Manuel Hidalgo Esnaurrizar (1826-1896), de enormes sentimientos monárquicos y aristocráticos. Nacido en la capital, vivió exiliado por su ideología, su amistad con Maximiliano de Habsburgo y su desprecio por la figura de Benito Juárez. También está el caso del “liberal” antijuarista Francisco Bulnes (1847-1924), quien tuvo relación cercana con los intelectuales republicanos y considerado de propia voz como un liberal a pesar de que su discurso fue muchas veces completamente contrario, siendo exiliado de México tras la dictadura huertista<sup>66</sup> y uniéndose a facciones conservadoras en España al final de su vida. Ellos, sin duda retratan muy

---

<sup>66</sup> Dictadura que supuestamente apoyó tal como López Portillo y Rojas.

acertadamente el prototipo de escritor “conservador”, en el caso de Hidalgo y Esnaurrizar, y de crítico histórico antijuarista, en el caso de Bulnes<sup>67</sup>.

La lista de escritores de este tipo, empero, puede ser muy debatible, ya que no es posible establecer de manera precisa en qué sentido las obras de estos autores pueden o no estar en un “tono conservador”. Lo único que puede precisarse en esta investigación se relaciona con la forma en que estas periferias se confrontaban con las academias y con las publicaciones liberales concentradas en la capital y vinculadas al poder político que ostentaba, entre otros, Ignacio Manuel Altamirano o Guillermo Prieto (y que posteriormente estuvieron en manos de las élites intelectuales del porfiriato). Casi todos los autores de Jalisco que estuvieron activos entre 1870 y 1900 lo hicieron de manera paralela a la capital, prorrumpiendo en sus propios valores estéticos e ideológicos que trataban, en muchos y variados aspectos, alejarse de los estilos que se gestaban en la Ciudad de México. Ya fuera desde la formación académica y universitaria o desde los círculos literarios donde se formaban publicaciones y revistas, lo cierto es que Jalisco durante el siglo XIX estuvo al margen, en algunos casos y en abierta confrontación en otros, de la hegemonía cultural de la República Restaurada. Salvador Quevedo y Zubieta como parte de estos círculos literarios, desde su más temprana juventud, participó en revistas y periódicos que atacaban directamente a Altamirano y demás intelectuales liberales, como fue su periódico *El Lunes*, que circuló a finales de la década del setenta y del que no hay registros, salvo por las menciones que algunos historiadores hacen de éste<sup>68</sup>.

Ahora bien, el caso de Salvador Quevedo y Zubieta resulta extraordinario en muchos sentidos, ya que su relación con la ideología conservadora puede ser enormemente cuestionable, tanto como su afiliación al liberalismo, debido a las evidencias que ofrecen diversas investigaciones que lo ubican tanto de un lado como del otro en diferentes momentos, y también por sus relaciones conflictivas con el régimen de Díaz que fueron hartamente confusas. Inclusive, en diversos textos europeos, que lo mencionan como escritor emigrado, se le adjudica un papel como liberal mexicano, haciendo evidente las diferencias terminológicas entre ambos países durante ese periodo, respecto del concepto como tal<sup>69</sup>, cosa que se ha

---

<sup>67</sup> Bulnes no es considerado por la historia como un conservador, propiamente, y durante su vida en México, se promulgó liberal, sin embargo, una vez fuera del país se unió a diversas asociaciones conservadoras hispanófilas como señala Horcasitas (2019). Esto puede analizarse desde el concepto “liberalismo” y sus diferentes significados en la Historia y la cultura, como bien se ha señalado por medio de Koselleck (2012) y Lotman (1996).

<sup>68</sup> La Dra. Lilia Vieyra refiere que *El Lunes* de Salvador Quevedo y Zubieta se encuentra en el Fondo Reservado de la Hemeroteca Nacional de México, carece de digitalización y se ubica en una miscelánea.

<sup>69</sup> En la península ibérica, durante la Primera República, vincularon como “conservadores” únicamente a los autores con tendencias monárquicas (y en cierto modo anti-yankees, como en el caso de Eusebio Martínez de Velasco) que, en el caso

explorado en capítulos anteriores. Salvador Quevedo y Zubieta, por su parte, durante su exilio, se identificó y se expresó más como un liberal, pero actuando en su vida política y en su obra como alguien de ideas conservadoras, haciendo verdaderamente confusa su formación política, que al parecer fue cambiante y ciertamente voluble. Esto podría explicarse sólo por medio de sus relaciones políticas tanto en México como en España y Francia.

Lo que sí es un hecho es que Salvador Quevedo y Zubieta perteneció a una insigne y acomodada familia jalisciense que provenía de un linaje español completamente rastreable y cuyos antepasados habían gozado de puestos políticos importantes, como el caso de su abuelo don Manuel García de Quevedo y Mier quien fuera nombrado, en 1796, Oidor de la Real Audiencia de Guadalajara en la Nueva Galicia, como bien señala Javier Sanchíz en el Seminario de Genealogía Mexicana “Familias novohispanas. Un sistema de redes” (2014) de la UNAM, donde explica el poder político que tuvieron ciertas familias en el estado de Jalisco, como la de Quevedo y Zubieta; tema que se abordará más adelante. Asimismo su fustigante y virulenta crítica a las instituciones culturales liberales, la relación con diferentes figuras vinculadas al poder opositor durante el régimen de Porfirio Díaz y su encarnizada lucha contra Manuel González, no sólo le valieron la etiqueta de “conservador” y “reaccionario” sino que le costaron un exilio y una carrera “trunca” en el campo de las letras mexicanas (que no en el campo de la medicina, la diplomacia y la abogacía donde ejerció con mucho éxito y reconocimiento). Al final, su obra de juventud, que permaneció apagada en México y publicada únicamente en Europa (bajo circunstancias intrigantes), resulta completamente ajena a la literatura nacional de su época y se vale de recursos estilísticos y estéticos muy cercanos a las tradiciones novohispanas propias de su formación académica (como el barroco y el clasicismo, que eran parte de los planes de estudios de las escuelas jesuitas, cosa que se ha explicado ampliamente en el capítulo anterior) y a las vanguardias europeas con las que estuvo en contacto directo por muchos años. Empero, su tono adulto, conforme termina el siglo XIX, y una vez reconciliado con las cúpulas del poder mexicano, se vuelve completamente “liberal”, “realista” y “científico” en el sentido porfiriano, para terminar nuevamente como un conservador aristócrata y anacrónico en medio de circunstancias históricas extraordinarias, como el cambio de siglo y el inesperado arribo y triunfo de la Revolución Mexicana, llegando a ser parte de ese mundo en ruinas del porfiriato y la olvidada *Belle Époque*. Su muerte en 1935 pasó desapercibida en un país que ya era ajeno al longevo escritor, quien vivió las convulsiones de un siglo que estaba por demás extinto. Esa, y una muy mala lectura de su obra, es, quizá, la

---

mexicano, se expresan magníficamente a través del escritor Manuel Hidalgo Esnaurrizar, un monárquico de marcadas tendencias *dandis* y de enormes influencias diplomáticas, de quien se hablará más adelante.

razón de la vinculación directa con el conservadurismo decimonónico y con el Segundo Imperio que se ha hecho en los diferentes textos que abordan, de manera muy imprecisa, su vida y obra. Lo cierto es que Salvador Quevedo y Zubieta poco o nada tuvo que ver, al menos no directamente, con los monárquicos ni con los políticos conservadores de mediados del siglo XIX; mucho menos fue parte de los grupos vinculados al monarca austriaco ni a la corona mexicana y al parecer mucho de politiquería y revanchismo hubo en esos supuestos (tampoco fue partidario incondicional ni ideólogo del liberalismo de Juárez, de Lerdo de Tejada, de Manuel González y de Porfirio Díaz a quienes criticó con ahínco en sus libros). Su obra histórica sí exalta los valores nacionalistas de Lucas Alamán, las ideas de Hipólito Taine y está fuertemente vinculada a Lacunza y Bulnes; sí trata de ser extremadamente compleja, imitando muchas veces las anacrónicas tradiciones homéricas y gongorinas<sup>70</sup>; su pluma es, además, tan inteligente como pretenciosa, asimilando la de los escritores europeos como Balzac, Byron o Víctor Hugo, autores con los que lo comparó la crítica de su tiempo. Pero, sobre todo, su escritura está vinculada a un México poco campirano, que se regodea en la ciudad y sus convulsiones, retratando personajes aristócratas, en paisajes y entornos cosmopolitas. Si bien aborda el tema del campo, lo hace como un espectador y nunca como un conocedor. Su *leitmotiv* está en la Ciudad de México, en París o en Londres. Sus textos históricos, por otro lado, son reaccionarios, porque giran en torno a ciertas figuras históricas contemporáneas suyas para desacreditarlas y exhibirlas; busca las controversias históricas y la anti historia (que en algunos casos roza la calumnia) en una búsqueda por volver a un estado anterior de las cosas (quizá anterior a la República Restaurada, aunque nunca es completamente claro). A fin de cuentas, su profesión era la medicina y las leyes; el financiamiento de sus publicaciones al parecer siempre fue privado, por lo que pudo escribir totalmente fuera de lo establecido y en las periferias republicanas, como muchos autores de Jalisco durante esta época. En algunos casos, muchos eventos históricos que él describió, o de los que dijo fue testigo, fueron exageraciones para golpear a sus rivales políticos por medio de publicaciones literarias e históricas muy bien patrocinadas, lo que hace pensar que él mismo fue causante de tergiversaciones históricas dentro del contexto mexicano (no así en su escritura en el extranjero, donde procuraba dejar bien parado al país exaltando sus valores y tradiciones). Aunque no fue el único ya que eso fue cosa muy común entre sus contemporáneos, con quienes tuvo

---

<sup>70</sup> Hace un uso excesivo y repetitivo de mitos clásicos. Además, recurre a una sintaxis que puede ser confusa debido a las referencias tan intrincadas. No por ello escribe como un poeta neoclásico o barroco, pero sí atribuye cortas características de estos estilos vetustos en sus novelas en pleno siglo XX. Su afición por lo clásico y lo gongorino es paralela a la de Alfonso Reyes.



desavenencias que casi llegaron a la fatalidad, como fue el caso de Altamirano con quien iba a sostener un duelo a muerte, según relata un personaje de la época<sup>71</sup>.

Muchas de las publicaciones e investigaciones alrededor de Salvador Quevedo y Zubieta son ciertamente erróneas, carecen de fundamentos, exploran vagamente su obra; resultan parciales, arbitrarias y contradictorias, lo que no hace sino contribuir a las imprecisiones con que se aborda su vida y sus libros. Las fuentes que circundan a este escritor no sólo son escasas, sino que, muchas veces, inexactas en fechas y lugares, resultando inverosímiles. Cosa que no debe sorprender a nadie debido a la opacidad con la que se suele trabajar el periodo, sobre todo, cuando se trata de escritores que tuvieron inclinaciones conservadoras, monárquicas o que se opusieron, de alguna manera, al liberalismo.

Sin embargo, en los últimos diez años hubo un resurgimiento en los estudios alrededor de Quevedo y Zubieta, así como una relectura de diversos personajes periféricos y de oposición a los poderes de la época como lo fueron Ramón Corona en lo político o Francisco Bulnes en lo intelectual. Asimismo, la reedición de obras literarias olvidadas y la publicación de trabajos de investigación alrededor de Puga y Acal, Manuel Hidalgo Esnaurrizar y el mismo Salvador Quevedo y Zubieta han puesto de nuevo bajo la lupa el periodo que comprende entre 1870 a 1910, sobre todo los escritores que fueron exiliados o cuya obra se publicó fuera de México, lo que ocasionó que fueran relegados a una periferia cultural y que, probablemente, Salvador

---

<sup>71</sup> Salvador Quevedo y Zubieta fue un hombre de carácter irascible que no dudó en retar a sus adversarios a duelo mortal o crear las condiciones propicias para ello. “Sobre la beligerancia de Salvador Quevedo y Zubieta como periodista hay un dato, principalmente anecdótico, que nos ofrece Ciro B. Ceballos, quien señala que Salvador Quevedo y Zubieta se batió a duelo con el periodista Jesús Rábago, quien recibió un balazo disparado por el jalisciense” (Vidaurre, Carmen, 2014, p. 41). Sobre estos hechos, Ciro B. Ceballos (2006) hace una crónica puntual:

La concatenación de los preliminares episodios del encuentro de dos periodistas en «el terreno de honor» eran más o menos la siguiente:

1. Artículo del escritor independiente atacando a algún personaje del mundo oficial o al gobierno mismo.
2. Refutación en «términos enérgicos» de un periodista «amigo» del poderoso o del poder.
3. Réplica en «términos enérgicos», firmada por el autor, si el primer escrito había sido publicado anónimo.
4. Contrarréplica del oficioso defensor en lenguaje «más enérgico».
5. Injurias personales de ambas partes.
6. Un bello día, cuando el ofensor tagarroteaba en su mesa un editorial, azuzado por la terrible presencia del «huesero», irme a su lado con «componedor» o «machete» en la mano, como un verdugo con hacha al hombro, se presentaban dos señores enlutados, «sorbetera» en mano, muy ceremoniosos aunque de amenazador aspecto, sobre todo uno de ellos, coronel «jacobino» por más señas, para retar en duelo al interfecto.
7. Pláticas entre los padrinos de estos contendientes, cuya intransigencia en la exposición de sus puntos de vista era tan vehemente como sus deseos de ver despedazarse a sus ahijados como dos mastines al disputarse los favores de una perra en brama.
8. Lance de honor en el bosque de Chapultepec, resultando uno de los contendientes pinchado en el antebrazo.
9. Publicación de las actas levantadas conforme a las prescripciones del Código del Duelo, escrito por el coronel Antonio Tovar. (Ciro B. Ceballos, 2006, p. 330).

Más adelante se especificará sobre el enfrentamiento con Manuel Gutiérrez Nájera y I. M. Altamirano, con quienes tuvo enfrentamientos verbales muy subidos de tono, llegando también a un desafío mortal.

Quevedo y Zubieta quedó fuera de la historia de la literatura mexicana por la marginalidad en que desarrolló su producción.

Los principales investigadores que han estudiado a Salvador Quevedo y Zubieta generalmente lo hacen como un tema periférico alrededor de otros asuntos, como puede ser la oposición política de Ramón Corona al régimen de Díaz, o el gobierno de Manuel González. En esta línea, las publicaciones más importantes son las de la Dra. Lilia Vieyra. Destacan dos libros: *Las biografías del presidente mexicano Manuel González* de 2019 y *Periodistas de agrupaciones diplomáticas y empresariales de México y España* de 2021. En estos textos se aborda el papel político de Salvador Quevedo y Zubieta como diplomático y político en diversos escenarios, tanto en oposición al régimen de Díaz, como parte de un complejo mecanismo para desacreditar a Manuel González y su administración por medio del su libro *Manuel González y su gobierno en México* (1885), obra que sirvió en el país y en el extranjero para desacreditar al “Manco de Tecuac” en el panoramas político e histórico, y favorecer la reelección de Díaz.

Los estudios sobre Salvador Quevedo y Zubieta poco o casi nada abordan su obra literaria de juventud, que incluye su trabajo en diversos periódicos de oposición al gobierno, así como varias novelas y textos narrativos escritos en francés, en su época como estudiante de medicina en París; entre los más destacables está *Récits Mexicains* y *L'Étudiant*, textos de los que se hablará a profundidad más adelante. De sus obras durante su exilio en 1883 poca información puede encontrarse; *Recuerdos de un emigrado* o *Un año en Londres* son obras poco exploradas salvo por menciones escuetas y referenciales que no profundizan en el estilo, la narrativa, el tema del exilio o del emigrado mexicano que escribe y publica en el extranjero. De sus obras de madurez, escritas ya en el siglo XX, hay más información, aunque su relación con los géneros emergentes del periodo resulta conflictiva, convirtiéndose, inadvertidamente en un escritor ciertamente anacrónico y fuera de lugar.

Salvador Rodríguez Preciado hace un acercamiento al trabajo de Quevedo y Zubieta sobre la psicología social en un artículo llamado “Salvador Quevedo y Zubieta y la primera Psicología social en México” (2003), un texto donde se aborda el trabajo literario que el autor jalisciense entrecruza con los estudios de psicología social de finales del siglo XIX e inicios del siglo XX. Como parte de un sistema positivista y científico, Salvador Quevedo y Zubieta, una vez reinsertado en el cuerpo intelectual nacional durante el porfiriato, sus textos cobraron una cierta carga “científica”, como es el caso de su novela *La camada*, que trata de ser un texto

de psicología social, aunque no puede asirse a ninguna escuela científica o de pensamiento concreta.

Por otro lado, Claudia Chantaca parte de la vida y obra de Quevedo y Zubieta en su tesis doctoral *Metaficción e historia novelística en la obra de Salvador Quevedo y Zubieta* (2017), investigación que explora la relación del discurso histórico y novelístico del autor, con base en la psicología social, como marco conceptual y creativo. Chantaca retoma la tesis de Rodríguez Preciado, sobre el interés del autor en retratar la historia y al individuo social por medio del discurso narrativo y los dispositivos de ficción, como es el caso de las novelas escritas en el siglo XX, antes, durante y después de la Revolución, como es el caso de *Las ensabanadas*, *México marimacho* y *En tierra de sangre y broma*, interesantes obras narrativas de tema “revolucionario”, pero que no pertenecen, formalmente, al género Novela de la Revolución Mexicana. Estas novelas exploran otros escenarios, como la ciudad sitiada durante la Decena Trágica, el atentado a Porfirio Díaz o la caída irremediable de la aristocracia, y si bien, otras novelas del género prestan atención en la ciudad, lo cierto es que Salvador Quevedo y Zubieta no lo hace desde el discurso campesino o social, sino desde la transformación y la destrucción del viejo sistema de ideas.

En este tenor, Marta Portal había publicado hacía décadas “Una desconocida novela mexicana de la Revolución y un prólogo mexicanista de Castelar” (1981), un texto muy regular que, si bien hace un acercamiento interesante a la obra de Quevedo y Zubieta, lo cierto es que al no poder establecer una relación entre el escritor jalisciense y sus contemporáneos, como López Portillo o Mariano Azuela, adolece en suponer juicios alrededor de las obras y proponerlas como olvidables o de poco estilo (además de ser imprecisa y ambigua con eso del “prólogo mexicanista de Castelar”). Cosa que es muy común en diversos críticos como Brushwood, quien le dedica sólo una línea en *México en su novela* (1973). Por otro lado, Sara Velasco dice de él: “Nació en 1859. Fue profesor del Liceo de Varones. En 1880, alcanzó el título de abogado. Fundó el semanario de oposición *El Lunes*, por el que se ex-patrió. Doctorado en medicina en París, cónsul de México en Santander (1897) y Saint-Nazaire (1908)” (Velasco, 1982, p. 219).

Emmanuel Carballo lo menciona muy prejuiciosamente en su *Diccionario crítico de las letras mexicanas en el siglo XIX* (2001) y en *Historia de la literatura mexicana* (2012), Carlos González Peña escribe: “No faltan, entre las de este periodo, las novelas de tendencia política o social... D. Salvador Quevedo y Zubieta (nacido en 1859 y muerto en 1935)” (González Peña, *Historia de la literatura mexicana*, p. 324). Domínguez Michael sólo dice de este escritor en el Tercer Tomo de. Interregno Universitario de la UDG: “víctima del injusto

olvido al que hemos sometido a la inteligencia porfiriana” (enciclopedia.udg.mx) y en su *Historia Mínima de la Literatura Mexicana del siglo XX* (2019), cuando habla de las novelas naturalistas mexicanas: “las hubo hasta en francés, como *L’ étudiante. Notes d’un carabin*, del diplomático tapatío Salvador Quevedo y Zubieta (1859-1935), también autor de una narración antianarquista en torno al ridículo intento de magnicidio del general Díaz, *La camada*, publicada hasta 1912” (p. 219). Pedro Ángel Palou dedica también unas líneas este Interregno Universitario 1861-1925<sup>72</sup>, de la Universidad de Guadalajara: “La generación de Quevedo y Zubieta corresponde precisamente a los literatos-periodistas quienes ejercían la crítica bajo sus trincheras; con sus artículos pusieron en evidencia la corrupción e ineficacia de los gobernantes y funcionarios públicos. El valor de algunos trabajos (sus crónicas) de Quevedo y Zubieta radica que desde allí en que son un testimonio de alguien que estuvo ligado a las esferas políticas y ejerció la crítica” (enciclopedia.udg.mx). Luis Arias González en su texto “Salvador Quevedo y Zubieta. La vida de un emigrado”, publicado en *El fulgor y la flama. Estudio sobre escritores de Jalisco* (2019), escribe: “Tratándose de un autor jalisciense que ha legado obras de valor es indispensable que se realicen nuevos trabajos formales de investigación que ofrezcan más datos y, a partir de estos, se revalore la importancia de este autor en las letras de Jalisco y sea posible establecer si él y su obra merecen estar sepultados o si es necesario exhumarlo de la tumba donde ha permanecido” (Arias, 2019, pp. 101-102). Finalmente, Ana Laura Zavala actualiza los acercamientos a Quevedo y Zubieta desde su conflictiva y controversial relación con el decadentismo en su texto “De silencios, apropiaciones y desplazamientos: el decadentismo mexicano en la prensa finisecular” de 2023, del que se hablará más adelante.

A pesar de la escasez de documentos, tanto Zavala, Rodríguez Preciado y Chantaca, son los primeros en hacer visible el interés del autor en la ciudad y los entornos cosmopolitas que surgieron de la Revolución Industrial, más que en el campo, ya que vivió su juventud en Europa donde escribió sus primeras obras; lo cierto es que poco o casi nada estuvo interesado en el costumbrismo nacional, a pesar de que erróneamente se le relaciona con éste<sup>73</sup>, y más

---

<sup>72</sup> Al parecer, esta cita proviene del prólogo que hace Palou a *Narraciones Mexicanas* de Guadalupe Peña, que no es otra cosa que la traducción de *Récits Mexicains*. Pero esta traducción no fue localizada ni revisada para esta investigación.

<sup>73</sup> Sánchez Becerril menciona que: “En 1946, **Ermilo Abreu Gómez**, junto con Jesús Zavala, Clemente López Trujillo y Andrés Henestrosa, compilan, en *Cuatro siglos de literatura mexicana*, un conjunto de narraciones, organizadas en centurias, y cuya sección de “Novela” abre con Carlos de Sigüenza y Góngora, del siglo XVII, continúa con José Joaquín Fernández de Lizardi, del XIX, sigue con Manuel Payno, Justo Sierra O’Reilly, Florencio María del Castillo, Juan A. Mateos y Vicente Riva Palacio, reunidos bajo el rótulo de “Novela romántica”, y Luis G. Inclán, José Tomás de Cuéllar e Ignacio Manuel Altamirano, bajo el de “Novela costumbrista”, para luego dar sitio a la “Novela realista”, con José López Portillo y Rojas, Rafael Delgado, Emilio Rabasa, Federico Gamboa, Victoriano Salado Álvarez, Heriberto Frías, **Salvador Quevedo y Zubieta** y Mariano Azuela”. (Sánchez Becerril, Sahanik, p. 28) En este sentido, Ermilo Abreu Gómez comete el error de encasillar a Quevedo y Zubieta como un autor de “Novela realista”, cuando éste, desde muchos medios estilísticos, trataba de ser opuesto al

bien estuvo fuertemente influenciado por las modas y la lengua francesa, como el caso de *Récits Mexicains* o *L'Étudiant*. Este es un punto que no abordan los otros teóricos y críticos que en algún momento llegan a hablar de Salvador Quevedo y Zubieta (tratando, más bien de evitarlo), cuya escritura está más cerca de estilos, temas y formas europeas de las grandes metrópolis, adquiriendo un estilo muy diferente.

Resulta imposible explicar el porqué de los desatinos e imprecisiones tanto en la vida del autor, como en la forma de acercarse a su obra, pero es posible que sea debido a diferentes sesgos como la falta puntual de fuentes documentadas (cosa que se explora ampliamente a lo largo de este capítulo) o un sesgo por la poca “mexicanidad” del autor, o de su interés en temas que estaban muy lejos de los escenarios nacionales de interés y los discursos hegemónicos de la República Restaurada<sup>74</sup> (en parte por sus enfrentamientos personales con Ignacio Manuel Altamirano y Manuel Gutiérrez Nájera). Es importante, por el momento, destacar que tanto él como muchos escritores de Jalisco (y de México, en general), cuya obra fue publicada entre 1870 y 1900, lo hicieron de maneras periféricas a los estilos de la capital mexicana, no por ello, con menos calidad, sino desde otros puntos de enunciación que estaban más acorde a sus propios sistemas de ideas, posiciones políticas o gustos personales.

### **3.1.1. Otro autor exiliado: José Manuel Hidalgo y Esnaurrizar**

Ahora bien, para poder comprender el “conservadurismo” (si es que puede usarse ese concepto tan arbitrario) en términos estrictamente literarios, tendríamos que revisar y releer a varios intelectuales y escritores conservadores más activos políticamente, mejor publicados (tanto en México como en el extranjero) y ciertamente exiliados, perseguidos o censurados por sus ideas anti republicanas, sus vínculos con la monarquía, sus ideas antiliberales o anti juaristas. Ya se mencionaron algunos como la escritora Refugio Barragán Toscano y la lista puede no ser muy larga, destacando a José María Gutiérrez Estrada (1800-1867), Francisco de Paula Arrangoiz (1812-1899) y a Rafael Martínez de la Torre (1828-1876), como intelectuales ciertamente proscritos de todo el campo cultural y la literatura nacional, y cuyas obras son casi desconocidas. Del primero no hay mucho que decir, salvo que perteneció al periodo conflictivo entre el federalismo y el centralismo, cuando las primeras pugnas entre el conservadurismo y el liberalismo se formaron. En 1840 escribe su texto más destacado y estudiado: *Carta dirigida*

---

costumbrismo o al realismo, llevando su prosa a estilos extravagantes y complejos más cercanos al modernismo. Aunque como se explica ampliamente en este trabajo de investigación, su estilo es ciertamente poco homogéneo.

<sup>74</sup> Cosa que es cuestionable también, ya que tanto Emilio Rabasa como Ángel del Campo ya habían explorado el tema de la ciudad mexicana moderna y sus convulsiones cosmopolitas, como es el caso de *La rumba*.

al *Excelentísimo Sr. Presidente de la República sobre las necesidades de buscar en una convención el posible remedio de los males que aquejan a la República*, una epístola enviada a Anastasio Bustamante en la que solicitaba la intervención de las monarquías europeas, para la conformación de una monarquía constitucional que siguiera la línea tradicional del virreinato<sup>75</sup>. Francisco de Paula Arrangoiz, por otro lado, fue un político ligado a Antonio López de Santa Anna y posteriormente a Maximiliano I, con quien rompió lazos al considerarlo un liberal. Escribió en 1969 *Apuntes para la historia del Segundo Imperio*, donde deja ver sus sentimientos católicos, su visión del mundo conservadora y su crítica al liberalismo, por considerarlo un experimento de la burguesía anglosajona en la cultura hispánica. Rafael Martínez de la Torre, por su parte, fue defensor de Maximiliano en la hora de su muerte y pronunció un discurso que le valió cierto desdén entre sus contemporáneos. A pesar de su investidura como legislador en 1869, su trascendencia en las letras mexicanas fue escasa a pesar de pertenecer a diversos círculos literarios.

Ahora bien, resulta muy difícil acercarse a este tipo de escrituras periféricas, ya que no existe material disponible suficiente y, como sucede en el caso de Salvador Quevedo y Zubieta, estos personajes son estudiados por causas circunstanciales y no por planteamientos literarios concretos. Empero, sí hay ejemplos con los que puede vislumbrarse lo que significó el “conservadurismo” en niveles literarios, retóricos, críticos e intelectuales. En primer lugar, está José Manuel Hidalgo y Esnaurrizar, de quien no hay suficiente información biográfica y bibliográfica que explore su vida o su obra, no obstante, hay muchos acercamientos a él como figura histórica del Segundo Imperio y algunas investigaciones especializadas, donde se menciona su papel en la comitiva conservadora que fue a persuadir a Napoleón III de intervenir en México. Javier Sanchís (2007) ubica a su madre como María de las Mercedes Esnaurrizar Ávila nacida en 1802, sin fecha de fallecimiento, y a su padre Francisco Manuel Hidalgo Zeutres nacido en 1789, sin fecha de defunción conocida. Por su parte el Dr. Víctor Alberto Villavicencio Navarro (2003) explica que el padre del escritor, don Francisco Manuel Hidalgo Zautres, oriundo de Andalucía, fue amigo personal de Agustín de Iturbide y su madre fue hermana de Antonio María Esnaurrizar, fundador del del Banco de Avío y muy cercano a Lucas Alamán. De estos datos podemos inferir que su familia tenía enormes influencias políticas y privilegios económicos ligados a los partidos conservadores. No obstante, su padre, quien se

---

<sup>75</sup> Su principal argumento exponía que los Estados Unidos “no pueden ser nuestro modelo, aunque hemos intentado que lo sean. Todo en México es monárquico, y una monarquía constitucional en manos de un príncipe extranjero podría garantizar más libertad y ciertamente más paz de lo que podría una república” (Hale, 2009, p. 96). En su disertación, Gutiérrez Estrada confirmaba algo que a la larga se volvería una verdad: las ambiciones expansionistas de Estados Unidos terminarían por agraviar a la nación y, con su creciente poder, doblegaría a México.

pronunció a favor del Plan de Iguala, terminó en el exilio; Villavicencio sugiere que fue tras la expulsión de españoles, debido a la promulgación de la Independencia, o por el imperio fallido de Iturbide, del que fue partidario.

Guillermo Prieto lo refiere brevemente como “De finas maneras y bien aceptado por la gente de buen tono, alto, delgado, barbilampiño, de ojos negros y algo de infantil en su expresión” (Prieto, 1954, p. 365). Además, añade que es huérfano de padre, lo cual no era necesariamente cierto. Villavicencio (2003) señala que Pepe Hidalgo, como solían llamarlo sus allegados, visitó a su padre en 1846 en la isla de Cuba cuando éste era gobernador y trabajaba con el mariscal Leopoldo O’Donnell, contraponiendo el juicio de Prieto que tenía, ciertamente, una carga de animadversión. Ahora bien, de los pocos datos que existen de él se menciona que, durante la Intervención Estadounidense en México, participó en la Batalla de Churubusco en el año de 1847, de la que fue tomado prisionero y fue liberado una vez terminado el conflicto<sup>76</sup>.

Debido a sus privilegios familiares y políticos, José Manuel Hidalgo viajó a Roma, en donde fue recibido en audiencia por el mismo Papa Pío IX con quien estableció fuertes vínculos. Más adelante, en 1854, gracias a sus habilidades diplomáticas, fue enviado por el gobierno mexicano como primer secretario de la Embajada en Washington, acrecentando su influencia en la política interna mexicana. Fue destacado a Madrid en la misma función y ahí estableció relaciones diplomáticas extraordinarias y casi privadas con María Manuela Kirkpatrick, una distinguida aristócrata española que fue Camarera Mayor de Isabel II de España, lo que le permitió establecer lazos cercanos con las monarquías y las cortes europeas (una de las hijas de María Manuela, Eugenia, fue consorte de Napoleón III). Él aprovechó esta situación para hacer una campaña persuasiva con Juan Nepomuceno Almonte para la instauración de una monarquía en México; de hecho, fue gracias a él, según Villavicencio, y a su enorme carisma e influencia dentro de los círculos íntimos de las cortes que el movimiento de Almonte y su comitiva tuvieron éxito. José Manuel Hidalgo perteneció a la comisión que ofreció personalmente a Maximiliano I la corona de México en el Castillo de Miramar, formada por José María Gutiérrez de Estrada, Francisco Javier Miranda, Joaquín Velázquez de León, Tomás Murphy y Alegría, Ángel Iglesias Domínguez, entre otras personalidades, tanto europeas como mexicanas. Más adelante, estableció una relación personal muy cercana con

---

<sup>76</sup> Su antipatriotismo, por el que sería reiteradamente juzgado, queda entonces puesto en duda, ya que como Miguel Miramón, Hidalgo y Esnaurrizar había defendido a la nación en la invasión estadounidense, cosa que estimularía sus sentimientos antiliberales, ya que él pensaba que esas ideas provenían de un invasor protestante que ya había mutilado el territorio. Esto sería obnubilado por Prieto en sus *Memorias*. Cabe resaltar que la noción de patriotismo resulta subjetiva y que los comentarios de Guillermo Prieto y de otras fuentes de la época pueden ser sesgados y parciales.

Maximiliano I y la emperatriz Carlota de Bélgica, quienes nombraron a José Manuel Hidalgo como su embajador en la corte de Napoleón III.

El fracaso de la Invasión francesa, los descalabros políticos de Maximiliano y el consecuente triunfo de Juárez lo hizo renunciar de su trabajo como embajador y exiliarse a Francia donde permaneció hasta su muerte en 1896<sup>77</sup>. En este sentido hay dos versiones que se contraponen. Por un lado, Emmanuel Carballo (2001) sostiene que “antes y después de su caída definitiva (el archiduque lo obliga a abandonar su cargo), frecuenta a las principales figuras del clero, la nobleza y la sociedad” (Carballo, 2001, p, 103). Carballo hace énfasis en suponer a José Manuel Hidalgo como un advenedizo traidor que era despreciado incluso por Maximiliano I, quien lo obligó a renunciar a sus cargos políticos: “Hidalgo ingresa a la Historia con mayúscula por la puerta falsa: la traición a la patria. Es promotor del Segundo Imperio, su ascendiente directo en la emperatriz Eugenia e indirecto en Napoleón III, abre los ojos a estos acerca de la empresa ‘mexicana’” (Carballo, 2001, p, 103). Ya en sus famosas *Memorias*, Guillermo Prieto se había encargado de vilipendiar a Hidalgo diciendo de él que “sus pretensiones a la nobleza y a los títulos de sangre azul no tenían límites” (Prieto, 1954, p. 365) para finalmente señalar Hidalgo y Esnaurrizar como un intrascendente “empleado del tabaco, tirante y pretencioso, como lagartijo de día” (Prieto, 1954, 536). Otros juicios más duros se harían en su época, como los de José María Iglesias que en 1862 publicó en *Revistas Mexicanas*, llamándolo vendepatrias y sinvergüenza, o el Zarco que lo llamó “llorón” (Villavicencio, 2003, pp. 79-80).

Sin embargo, Villavicencio señala que las opiniones de Iglesias “eran resultado de un pensamiento identificado cien por ciento con el liberalismo” (Villavicencio, 2003, p. 80), aunque eso no evitó que se intentara desacreditar la relación de “Pepe Hidalgo” con las monarquías, en especial con el matrimonio imperial mexicano, cosa que a la luz de los hechos resultó estéril, ya que existen una serie de cartas donde se hace evidente un trato amable entre Hidalgo y el archiduque<sup>78</sup>. Más adelante, con base en esta serie de documentos publicados por

---

<sup>77</sup> Carballo (2001) señala que muere en la pobreza, cosa que confirma Villavicencio (2003). A pesar de que Manuel Payno, en su momento llevó cuenta exacta de lo que percibió Pepe Hidalgo, al perecer el despilfarro para mantener su estilo de vida en Europa no fue suficiente hacia el final de su vida. “José Manuel Hidalgo, como ministro de Maximiliano en París aparece en las cuentas como un despilfarrador, toda vez que, en un apartado especial dedicado a él, Payno anota el dinero que se le giró (...). De este modo, tenemos que el monto total ascendió a 88 875.39 francos, de los cuales 15 186.13 correspondieron precisamente a su puesto dentro de la comisión (...). Dinero tuvo, y mucho, y de haberlo administrado de manera eficaz, pudo quedarle acaso para terminar sus días decorosamente y no carecer necesidades. Pero es claro que no fue así” (Villavicencio, 2003, pp. 83-84)

<sup>78</sup> Dicha evidencia sostiene que entre él y el matrimonio imperial hubo muy buenas relaciones: “Los archiduques hablan a solas conmigo, me hablaban siempre de asuntos de ellos, de la Casa de Austria, de las Tullerías y de mil cosas que no eran competencia de la comisión, ni los miembros de ésta podían conocer por no haber vivido en Europa” (Villavicencio, 2003, p. 54). Quizá las referencias más famosas y reconocibles sobre este autor están en la extraordinaria novela de Fernando del Paso,



José Manuel Hidalgo como *Un hombre de mundo escribiendo sus impresiones*, Villavicencio sugiere que “A Hidalgo, como hemos visto, no le costaba ningún trabajo ganarse la amistad de la gente importante que tenía la oportunidad de conocer, el caso de Maximiliano no fue la excepción. Seguramente el archiduque encontró en él al más apto para compartir opiniones de relevancia, aunado a esto a que Pepe era íntimo de los monarcas franceses a los cuales debía su imperio” (Villavicencio, 2003, p. 54).

Villavicencio reconstruye la vida de este escritor a través del archivo, las epístolas (públicas y privadas) y el escaso material documental y literario, lo que permite conocer y reconocer a este actor histórico más allá de los juicios imparciales de su época. Debe comprenderse que José Manuel Hidalgo y Esnaurrizar se exilió de México por una convicción verdadera y no estuvo dispuesto a negociar sus principios e ideales monárquicos debido al triunfo liberal. Ana Rosa Suárez Argüello (1996), hace un intento por establecer un diálogo histórico con los vencidos a través de “José Manuel Hidalgo”, publicado en *Historiografía mexicana. Volumen IV. En busca de un discurso integrador de la nación, 1848-1884*. Argüello dice que “su obra histórica respondió a una necesidad existencial: la justificación de una causa política, la defensa, por último, de determinados principios. No se trataba de prever, pues las propuestas conservadoras -las suyas- habían sido condenadas a la extinción. Rígido en sus opiniones políticas frente a los cambios, el México de la República Restaurada y el Porfiriato, de los que fue contemporáneo, le serían totalmente ajenos” (Suárez Argüello, 1996, p. 236).

En ese tiempo, que resulta una suerte de exilio con muchísimas comodidades económicas, Hidalgo y Esnaurrizar se desarrolló como escritor de éxito entre los círculos de lectura de las cortes europeas y sus novelas fueron comentadas en reuniones muy elitistas donde imperaba el cotilleo y las banalidades cortesanas. El escritor Juan Varela llenó de elogios a sus novelas y de hecho prologó *La sed de oro*, que, junto a *Las dos condesas*, son los únicos textos narrativos publicados por el autor. Si bien, sus obras literarias resultan desaparecidas, la Biblioteca Pública de New York (NYPL) conserva una edición íntegra de *Las víctimas del Chic*, publicada en 1892 por la Imprenta de Garnier Hermanos (6, Rue des Saints-pères) en París. Existen dos copias más, una en la biblioteca de la *University of Houston* y en la biblioteca de la *University of Wisconsin*. Otra edición digital se encuentra en el repositorio digital del Tecnológico de Monterrey. La obra está dedicada a la princesa María de la Paz de Borbón, infanta de España, a quien escribe de manera muy personal y cercana las siguientes líneas<sup>79</sup>:

---

*Noticias del Imperio*, que está basada en una exhaustiva investigación documental, y en la que el novelista coincide con Villavicencio en el carácter personal y amistoso entre Maximiliano y Carlota con José Manuel Hidalgo y Esnaurrizar.

<sup>79</sup> Se transcribe tal y como está en la versión original.

SEÑORA:

Vuestra Alteza Real con su ingénita bondad que cautiva el corazón y obliga la gratitud, se ha dignado juzgar mis tres primeros libritos de un modo tan lisonjero, que no hay como atribuir ese juicio al mérito del que los ha escrito en el último tercio de su vida, época en la que nada se aprende ya, sino á la benevolencia de Vuestra Alteza Real, á lo sano del intento y á la sinceridad de las convicciones que los inspiraron.

La inteligencia tan cultivada de Vuestra Alteza Real, su genio y su buen gusto literario, que en edad temprana produjeron ya poesías tan excelentes, tiernas y profundas, y, sobre todo, los nobles prendas del alma que la distinguen, y que en todas partes la han granjeado admiración entusiasta y unánime, dan à la benevolencia que se digna demostrarme, un precio inextimable<sup>80</sup>.

Dígnese Vuestra Alteza Real ejercerla una vez más en mi favor, permitiéndome consagrarle esta novelita cuya aspiración no es otra que la de procurar detener el desarrollo de una de las modernas aberraciones sociales.

Queda, á los pies de Vuestra Alteza Real, con el más profundo respeto, el más humilde y agradecido de sus servidores.

JOSÉ MANUEL HIDALGO. París Mayo, 1892 (Esnaurrizar, *Las víctimas del chic*. p 5)

Asimismo, la edición que se encuentra en el repositorio digital del Tecnológico de Monterrey, tiene una dedicatoria escrita, supuestamente, con el puño del autor que dice: “A las damas mexicanas, presente de un compatriota ausente y desconocido. -José Manuel Hidalgo. París 30 de junio de 1892” (Esnaurrizar, 1892, p. 3). Tal como se ve en la Imagen 1.

---

<sup>80</sup> La versión original del texto tiene la palabra “inextimable”. Es muy común un error de estas características en libros de autores de habla castellana que publican en Francia o Inglaterra, como se ve más adelante.

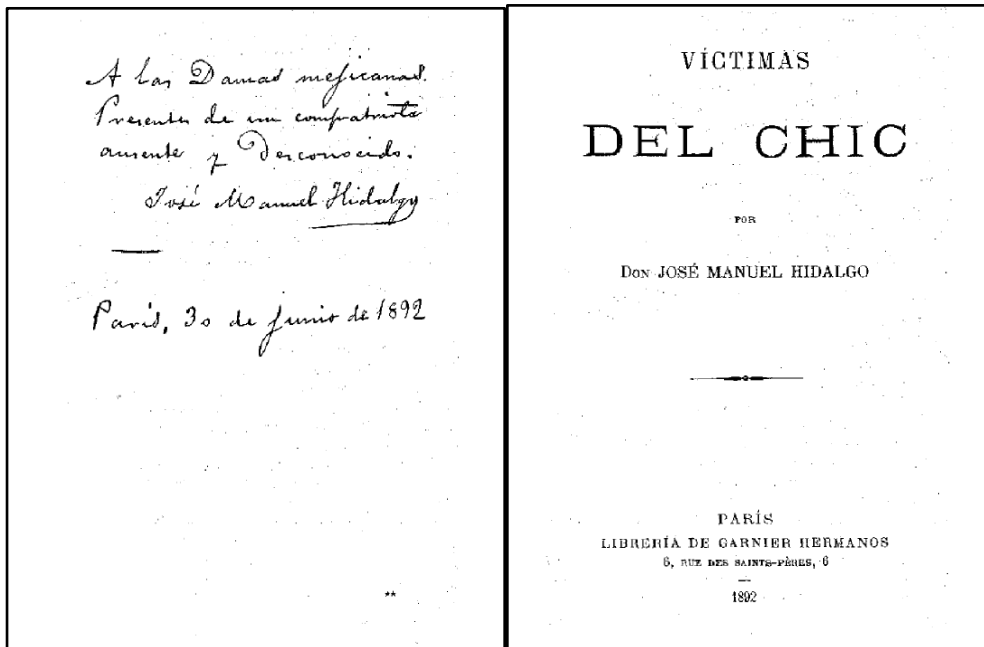


Imagen 1. (Hidalgo y Esnaurrizar, J, 1892. Repositorio Digital Tecnológico de Monterrey)

Dicha dedicatoria resulta intrigante ya que no puede inferirse con certeza si fue puesta ahí con la esperanza de que la novela, de alguna manera, llegara a lectoras mexicanas del otro lado del mundo, o quizá a lectoras mexicanas que vivieran en Europa.

Esta es una novela de enredos románticos e infidelidades centrada en las modas parisinas y los cotilleos de la clase burguesa donde imperan los matrimonios arreglados, el estatus social y la reputación como herramienta de ascenso o caída que sabe mezclar bien una suerte de “naturalismo aristócrata” y dandismo esnobista, propio de Francia y Europa durante esa década. El autor hace parte de narrador omnisciente pero también de narrador testigo, tratando de entender las costumbres de París desde su visión mexicana<sup>81</sup>. El autor-narrador es también un *flâneur*, que trata de contener en su voz narrativa la esencia de la ciudad, sus modas y las convulsiones burguesas que bebían de la Revolución Industrial, la máquina de vapor y el consumismo en los comercios cristalinos como el *Grands Magasins du Louvre*, que es mencionado y descrito en el libro.

El movimiento y la alegre animación de los muchos boulevares, sus numerosas y lujosas tiendas, los atractivos de la calle de *la paix*, emporio en que de un golpe se abarcan las riquezas más exquisitas en sus escaparates, ya diamantes, perlas y demás piedras preciosas que deslumbran por su profusión y riqueza y sorprenden por sus precios, ya objetos de arte antiguos

<sup>81</sup> La novela sólo es mencionada brevemente por Emmanuel Carballo, en su *Diccionario crítico de las letras mexicanas del siglo XIX*, donde sólo se describe insuficientemente el estilo del autor, sin dar más detalles de sus obras que los nombres de éstas.

y modernos y porcelanas primorosas; ya lo que encierran las casas de costureros y costureras, modistas, lenceras y demás artistas, que hace se formen cada día dos hileras de carruajes de las elegantes que acuden allí á pasar buena parte de su tiempo, todo seducía y mareaba á Yolande.

Y veía con curiosidad y envidia á aquellas damas que entraban ó salían, unas que se saludaban de prisa, otras que se contaban lo que habían visto y encargado ó lo que iban á encargar, y las novedades con sus detalles, interminables cuando el bello sexo discurre sobre trapos y moños con una fruición que parece olvidar, en esos afanes y preocupaciones, que hay cosas que deberían serles más caras y útiles en la vida.

Y cuando ya dentro de esas casas veía aquellas telas preparadas para cautivar la vista, aquellos vestidos ya hechos para las parisienses ó extranjeras de París ó para soberanas y princesas; y aquellas modistas simple y elegantemente vestidas y peinadas, las manos coquetamente cuidadas, maneras distinguidas y lenguaje pulcro é insinuante, con que engatusan á las ya deslumbradas parroquianas ávidas de poseer tanta cosa bella, Yolande acababa de perder la cabeza. (Esnaurrizar, 1892, pp. 46-47)

La narración contiene una fascinación por el universo parisino y trata de infundir eso mismo en el lector de habla hispana, a quien dirige su obra debido a esa prosa testimonial con la que explica de manera dialógica y paratextual. La novela está escrita en español<sup>82</sup>, se infiere, para contar a sus amistades en la Corte Española los cotilleos y las banalidades de París, el epicentro cultural de ese momento<sup>83</sup>. Para el autor es necesario establecerse a sí mismo como un narrador ajeno a París, al que trata de explicar por medio de paratextos, como en el capítulo primero, donde explica al lector el significado de la palabra *chic* y otros conceptos con los que abre el libro:

---

<sup>82</sup> No obstante, mantiene una sintaxis un tanto confusa que puede sugerir una intervención del francés y sus formas lingüísticas en el español. Esta anomalía se conoce como heteroglosia, un fenómeno de plurilingüismo descrito y explicado por Mijaíl Bajtín. Hay un uso inadecuado de la tilde española y del acento grave francés (*l'accent grave* « ` ») y los signos de admiración e interrogación oscilan entre un uso hispánico y galo. Este fenómeno de heteroglosia y plurilingüismo se va a repetir en todos los escritores mexicanos que publican en francés, y puede atribuirse a dos razones: por un lado, el trabajo de los editores y correctores galos. Esto es una constante también en los trabajos de Salvador Quevedo y Zubieta, en sus obras *Récits Mexicains* (1888) y *L'Étudiant* (1889). Por otro lado, es posible que este fenómeno también obedezca a este deseo del mismo autor en hacer evidente un desapego con las formas hispánicas para marcar más el estilo *dandi*, esnobista y cosmopolita que desea proyectar, en una suerte de expresión híbrida. Es un fenómeno de estilística que Bajtín explica en su texto *La palabra en la novela* (1989), donde explica que el lenguaje, el acto de habla y la escritura, como una actuación literario-verbal, requiere que los autores tomen una postura, aunque sólo sea por la elección de una o más lenguas para accionar la enunciación; los idiomas diferentes a menudo se identifican y se fusionan en el acto de escritura de manera arbitraria, aunque consciente y ciertamente planeado. “Un enunciado vivo, aparecido conscientemente en un momento histórico determinado, en un medio social determinado, no puede dejar de tocar hilos dialógicos vivos, tejidos alrededor del objeto de ese enunciado por la conciencia ideológico-social; no puede dejar de participar activamente en el diálogo social” (Bajtín, 1989, p. 94)

<sup>83</sup> También la novela hace mención de diversos actores culturales de la época como los *rastaquouères*, que eran personajes con mal gusto al vestir que se hacían pasar por dandis y que resultaban ser muy poco *chic*. Empero, estos personajes se desenvuelven en plazas y cafés muy concurridos, llegando a tener cierta fama debido a su forma estrafalaria de vivir.

Vocablo puesto de moda por los parisienses en estos últimos años, que significa la corrección, el buen gusto, lo supremo de la elegancia. Provincia *chick*; se ha adoptado en todos los países, y se le da una latitud que es verdadero abuso. Se aplica á las cosas y á las personas, sobre todo á una personalidad que es como modelo que todos admiran: los jóvenes han inventado *copurchic*.

El diccionario de la Academia Francesa ni siquiera lo trae, pero el uso se lo impondrá en breve.

El erudito Littré dice, en su diccionario, que era antes un vocablo de estilo familiar, significando abusos de procedimiento, linezas, sutilidades capciosas, discordia, tomando solamente la primera sílaba de *chicame* (embrollar un pleito). En términos de taller se dice que un pintor tiene ó entiende el *chic* cuando produce rápidamente y con facilidad cuadros de efecto. En lo figurado, tener *chic* es lenguaje muy familiar para hablar de un hombre listo que sabe cómo tomar las cosas. En otro sentido, se dice que un elegante que tiene *chic* ó de una cosa elegante y bien presentada; a ese sombrero tiene *chic*, a ese traje tiene *chic*, etc. Añade que la etimología viene del alemán *schick*, aptitud, tener buen aire, etc.

Un inglés Mr. Phillips, ataca en un libro reciente, á propósito del *chic*, esa gran sociedad de convención, frívola del uno al otro extremo de la tierra, que no es en realidad sino la sociedad llamada elegante, especie de hacinamiento confuso, alborotador y más ó menos dorado, que para muchas personas y en la crónica de ciertos periódicos representa la alta sociedad á los ojos del *snobismo* cosmopolita.

*Snob*, es un nuevo vocablo inglés, que el novelista Thackeray define así: el hombre ó la mujer que pretenden ser más de lo que son, especialmente más ricos y más *fashionables*. (Esnaurrizar, 2)

En este sentido, la cualidad autorreferencial del texto conforma una serie de hilos dialógicos con el lector de habla hispana con quien desea conectar por medio de estas notas explicativas al pie de página, como se ve en la Imagen 2 y 3.

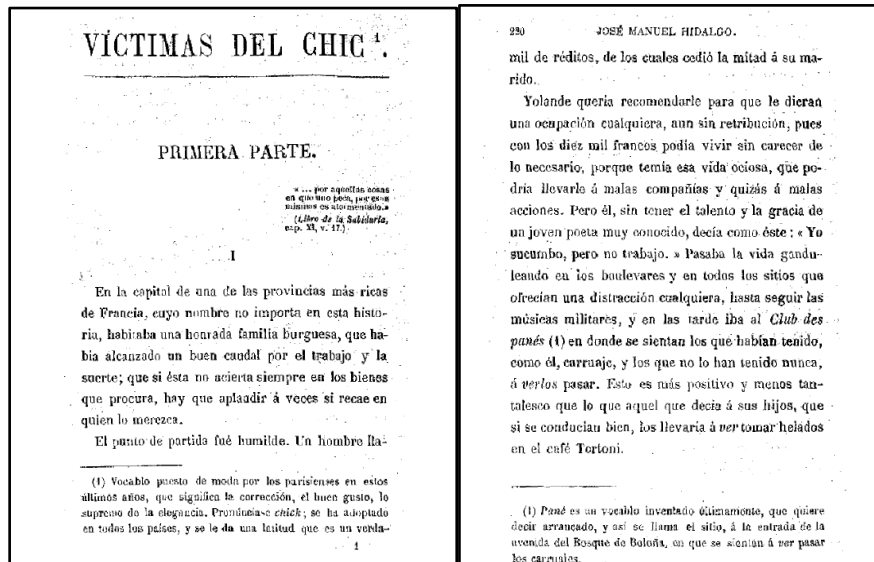


Imagen 2 y 3. (Hidalgo y Esnaurrizar, J, 1892. Repositorio Digital Tecnológico de Monterrey)

La novela trata de establecer relaciones dialógicas con lectores no franceses. En este sentido, por la evidencia que dan los ejemplares estudiados de esta novela, puede inferirse que la dedicatoria a María de la Paz de Borbón indica esta primera inclinación por contar el mundo francés a las cortes españolas, ya que algunos personajes son españoles de abolengo, aunque la dedicatoria escrita por puño y letra indica que también había un público objetivo, sobre todo mujeres mexicanas de alcurmia que adquirirían sus novelas en Europa, debido a que éstas difícilmente (aunque no imposible) llegaron a México.

El texto es muy ágil y tiene buen ritmo y tono, con una esencia realista-naturalista-costumbrista que explora el determinismo social, la psicología compleja de los personajes y en cierto modo su animalidad sexual (con ciertas intenciones didácticas), sin embargo, parte desde el punto opuesto de enunciación social, contrario a lo que proponía Zolá con sus novelas<sup>84</sup>. La obra no trata de problemas de la clase baja, obrera o campesina, sino que retrata la “desfortuna” de las clases burguesas y aristócratas aspiracionistas que pierden todo por el derroche, la promiscuidad y las malas inversiones, todo en virtud del *chic*, del que son víctimas; esa obsesión parisina de la baja aristocracia por igualarse a la alta aristocracia francesa. Los personajes están bien contruidos y sus personalidades están perfectamente definidas por medio de diálogos ágiles y entretenidos. Más que intentar ahondar en su psicología por medio de la etopeya, la prosopopeya o el espacio, son los personajes quienes dejan ver por medio de

<sup>84</sup> De hecho, la misma novela en algún punto critica a las novelas naturalistas que hacían una crítica social, cuando dice, en palabras del autor: “esa literatura malsana con que algunos autores modernos nos descomponen los nervios”. (Esnaurrizar, 1892, p. 187)

acciones y conversaciones su visión del mundo. Incluso la novela indaga en un tema de empoderamiento femenino, desde la sexualidad libertina de la aristocracia, de una manera poco explorada en la literatura española<sup>85</sup> y mexicana de la época, y más cercana a la francesa, aunque manteniendo mucho el recato. En la Carta Prólogo, Juan de la Atlántida menciona que “Pocas veces me satisface el modo como los novelistas tratan ciertas escenas escabrosas, como aquella que hizo *chic* por completo á Yolande. Usted la describe con mucho arte y con sobriedad digna de imitación. Pereda en su *Pedro Sánchez*, y el maestro Pérez Galdós no recuerdo en cuál, de sus novelas, salvan también con grandísima habilidad estos escollos: no á todos es dado hacerlo” (Esnaurrizar, 1982, p. XVII).

En Europa, sobre todo en Francia e Inglaterra, el tema del desenfreno sexual había sido muy común entre la aristocracia<sup>86</sup>. *Las víctimas del chic*, en ese sentido, trata de ser un texto que hace visible el tema del libertinaje sexual femenino (aunque tampoco es explícita ni pornográfica y tiende a cierto recato al exponer este tema), aunque sin caer demasiado en las condenas morales (si bien el final parece muy moralizante con su retórica católica, lo cierto es que la protagonista sale muy bien librada de todo y no hay verdaderas consecuencias para sus actos). De hecho, las protagonistas, Yolande y su amiga la Baronesa de Pessac, pueden parecer ciertamente cínicas, en ocasiones, respecto de sus amantes, quienes son conocidos entre su círculo social, e incluso por sus esposos, quienes alcahuetean su desenfreno sexual. A diferencia de *Naná*, de 1880, o novelas similares, el tema de *Las víctimas del chic* no es el desenfreno sexual desde la prostitución, sino el desenfreno sexual femenino solapado, encubierto, y hasta cierto punto bien visto entre las clases privilegiadas donde imperaba el *chic*. Las protagonistas se alejan del tema del adulterio de *Madame Bovary*, un tema de la mediana burguesía francesa, y presentan una nueva perspectiva de empoderamiento sexual y económico de la mujer acaudalada de finales del siglo XIX. Ni la protagonista Yolande ni la Baronesa de Pessac lo hacen por ninguna clase de necesidad emocional o económica, sino por el placer en sí mismo, una vez escalado el peldaño social. Ese tema, por sí solo, resulta interesante para 1892, sobre todo tomando en cuenta el tipo de lectoras a quienes iba dirigido: casi todas, mujeres aristócratas.

---

<sup>85</sup> Al menos durante el siglo XIX, ya que en España la literatura celestinesca había puesto a la prostituta, la alcahueta y el tema erótico como un canon y como parte angular de su tradición literaria en siglos pasados.

<sup>86</sup> Como lo fue el libro de John Cleland, *Fanny Hill: Memoirs of a Woman of Pleasure*, publicado en 1749 o como fueron, de manera explícita y ciertamente pornográficas, muchas publicaciones francesas. Es decir, que, para los lectores europeos, en especial franceses e ingleses, los temas eróticos y de desenfreno sexual no eran considerados tabú, o al menos no de una manera tan alarmante como sí pudo ser en España o América.

En un largo coloquio con la Baronesa, le decía:

-No tengo suerte; el uno por ingrato y el otro por pillo, me quedo sin ninguno.

- Así es, pero mira, necesitas distraerte; ya sabes lo que hice antes de casarme; hazlo tú casada. No tienes idea de lo divertido, de lo que embriaga la conquista de un hombre que está á los pies de una dama guapa; es una lucha sujeta á peripecias picantes, á situaciones difíciles que aguzan el ingenio y dan valor para todo hasta alcanzar el triunfo. Sigue mi ejemplo y verás que la vida perderá para ti su monotonía, que la imaginación se distrae en la estrategia, como los generales que en la víspera de la batalla meditan sus planes para ejecutarlos al día siguiente. Y el combate no será en apartado sitio y calladito, sino en vistoso palenque, como brillante torneo en que resuenan los aplausos al vencedor, o mejor diciendo, à la vencedora... Vas á sentirte otra, crecerás á tus propios ojos, hasta el día en que puedas recrearte en el triunfo ante ti misma y ante el público, que dirá eres la mujer más hábil y seductora que se ha visto.

La vehemencia, la energía de la Baronesa, infundía á Yolande un ardor bélico, como la marcha militar de entusiasmo al soldado para arrojarse al enemigo. Su orgullo femenino se amparó de ella, olvido á Libertón, se consoló de la ruina de su marido, ya no pensó sino en planes, combates y triunfos. (Esnaurrizar, 1892, p. 137-138)

La novela, en este sentido, no intenta ni crear una catarsis social, ni una crítica profunda al sistema de cosas, mucho menos moralizar durante el desarrollo (el mensaje moral se enuncia hasta las últimas líneas y con una muy dudosa expiación por parte de Yolande). No por eso es una novela vacía o superficial, al contrario, recrea un mundo complejo en el que se describen con precisión los rituales de cortejo, las intrincadas relaciones de estatus en las que la moda, la vestimenta, los bailes y los banquetes eran de enorme importancia. Finalmente, la novela retrata fielmente lo laberíntico de las relaciones amorosas europeas a finales del siglo XIX en las que la ascendencia, los apellidos y el hábil camuflaje por medio de exteriorizaciones y coquetería eran de suma importancia. Y es que José Manuel Hidalgo y Esnaurrizar siempre fue un hombre de ciudad y de círculos elitistas; los problemas sociales estuvieron muy lejos de su visión y francamente pareció no interesarle ni el tema del campo, ni el tema social; mucho menos intenta hacer una mención a la lucha de clases. Tiene una inclinación por hablar de honor, verdad, moral y honestidad, pero solo desde la perspectiva de la aristocracia “caballeresca” con base en la clase social y ve como inevitable el deseo de las mujeres por entrar al mundo *chic*. Y es ahí donde reside parte de su valor, ya que la novela pinta perfectamente la ciudad y sus convulsiones, en ese tiempo donde el germen del consumismo, los tranvías y la moda *fashionable* comenzaban a dar rostro a las metrópolis modernas, tal y como se conocen



actualmente. Una de las lectoras más destacadas del escritor mexicano fue la ilustrada marquesa de Tallenay, una aristócrata rusa, viuda de un diplomático francés y amiga del autor. Ella incluso, según Juan de la Atlántida, quien prologa el libro, le había prometido un texto introductorio para esta novela. En la carta prólogo dice que la marquesa tuvo que salir ya que “fue llamada por un telegrama de San Petersburgo, en donde su madre estaba para morir. Habla, escribe y declama perfectamente el español; y además habría sido curioso leer lo que le habría sugerido, con su gran talento, el tipo de la protagonista de la novelita y la crítica de ésta” (Esnaurrizar, p. XV). En este sentido, se advierte que los textos del autor eran leídos también por extranjeros diversos que gustaban del español. Se debe tener en cuenta que los aristócratas y la monarquía europea hablaban varias lenguas con fines diplomáticos y familiares. Cabe destacar, por ejemplo, que, en *Noticias del Imperio*, en el capítulo “El archiduque de Miramar” se menciona a José Manuel Hidalgo Esnaurrizar como un hábil político y un políglota; esto mientras el profesor de español del archiduque trata de sortear con éste una conversación en alemán, francés, italiano y español. Esta mención en la novela de Fernando del Paso (y otras más como el capítulo “Partant pour le mexique”) no sólo refuerza la idea de la cercana relación entre Hidalgo y Esnaurrizar con los monarcas y otras élites de poder, como Eugenia, la consorte de Napoleón III, sino su conocimiento de diversas lenguas. Si bien, la novela de Fernando del Paso es una ficción, es bien sabido que el rigor documental de la obra es sobresaliente y de enorme precisión histórica, por lo que las coincidencias entre dicho texto con las investigaciones de Ana Rosa Suárez Argüello y Víctor Alberto Villavicencio Navarro, contradicen a Guillermo Prieto o Emmanuel Carballo, respecto de su supuesto papel intrascendente en la vida política y literaria de México. Sin duda José Manuel Hidalgo y Esnaurrizar fue un hábil diplomático que supo moverse bien entre los círculos más exclusivos del mundo; esto sin duda repercutió en sus publicaciones que, al parecer, gozaron de enorme popularidad y prestigio. Resulta imposible saber con certeza el porqué de su escaso reconocimiento después de 1896, pero quizá se deba más a los convulsos escenarios políticos de finales del siglo XIX en Europa, como consecuencia directa de la Guerra Franco-Prusiana (sobre todo con la caída de Napoleón III), la Carrera Armamentista entre 1890 y 1910, y la subsecuente Primera Guerra Mundial que significó el fin de la *Belle Époque* y el cambio en las jerarquías del poder mundial. Las monarquías europeas que Pepe Hidalgo llegó a conocer y con quienes llegó a intimar desaparecieron para siempre.

*Las víctimas del chic* es un recorrido por una época extravagante y dinámica, y que, si ciertamente fue mundana y superficial, para los ojos de un aristócrata como Manuel Hidalgo y

Esnaurrizar no dejó de ser un testimonio vibrante de un mexicano emigrado que encontró un estilo narrativo propio en medio del epicentro cultural más prolífico del mundo. Empero, el autor, con base en ese tono autorreferencial, no deja de mantener cierta distancia con París y su gente; se asume como un ajeno, un emigrado, un “otro”. Ahora bien, es necesario comprender, para contextualizar mejor el periodo, a otro intelectual que estuvo en constante conflicto y conciliación con las estructuras de poder mexicano que surgieron con el triunfo liberal.

### 3.1.2. El caso de Francisco Bulnes

El caso de Bulnes es diferente que el de Hidalgo y Esnaurrizar, ya que el primero sólo estuvo interesado en la literatura, y si bien tuvo papeles diplomáticos importantes, lo cierto es que su papel como político trascendente fue ciertamente gris una vez fusilado Maximiliano I; libre de las ataduras políticas y los cargos pudo ejercer el oficio de escritor sin pretensión alguna hasta su muerte.

Francisco Bulnes<sup>87</sup> se empeñó en ver la “Historia” como “ciencia” y a la literatura como un efectivo dispositivo de enunciación política<sup>88</sup>. A diferencia de José Manuel Hidalgo, Bulnes

---

<sup>87</sup> Francisco Bulnes (1847-1924) Ingeniero Civil de formación y escritor por vocación. Figura central del positivismo mexicano. Diputado y senador, tuvo cargos importantes que desempeñó aleatoriamente por treinta años. Periodista e historiador: director de *La Libertad*, redactor de *El Siglo XIX*, y de *México financiero*. Participó en el primer y segundo Congreso Nacional de Instrucción (1889-1890) que reformaron la educación básica. En dos ocasiones (1890 y 1904) fue una figura clave que hizo posible la reelección del presidente Porfirio Díaz, lo cual resulta contradictorio teniendo en cuenta que fue un activo y conocido detractor del “liberalismo” mexicano a pesar de pertenecer al partido, un consumado divulgador del antijuarismo y en muchas ocasiones criticó el ejercicio del poder y la Paz Porfiriana.

<sup>88</sup> El fundador de la Academia de Letrán, José María Lacunza, quien fuera reconocido como un precursor del canon literario mexicano, puso en práctica un modelo de estudios, que había entrado en práctica el 18 de agosto de 1843, donde se hizo de la Historia una asignatura obligatoria en todas las instituciones de educación superior de la capital. Sin embargo, la controversia surge del título de las asignaturas que llevan el nombre de “Literatura Mexicana”. La Historia Nacional, según Luna Argudín (2008) en esos momentos cruciales, se tomó como una asignatura más ligada a la literatura. Para los liberales anglosajones, el estudio de una disciplina, a nivel institucional, garantizaba su valor científico, sin embargo, en México al no contarse con estatutos disciplinarios propios no pudo concretarse un modelo de estudios históricos y éstos se empalmaron con los literarios.

Lacunza pensó que la historia podía servir como un aleccionador de masas por medio de los conocimientos humanos que se transmiten generacionalmente: “La civilización y el saber son una larga serie de acontecimientos y experiencias acumulados, así enfatiza el sentido axiológico y civilizatorio de la historia” (Luna Argudín, 2008). Lacunza parte de la visión ciceroniana de la historia como “Maestra de la Vida” y como una forma de conocimiento natural de las sociedades. Enfatiza, además, que “si la historia sirve para pronosticar el futuro no se debe a una concepción cíclica del tiempo en el que los acontecimientos puedan repetirse, tampoco propone que de la historia pueda proponer leyes universales --como lo haría el positivismo-- sino que el pronóstico se funda en el conocimiento del género humano, y éste es siempre el mismo” (Luna Argudín, 2008, p.3781).

Este principio ciceroniano que defendía Lacunza enfatiza que en la historia deben encontrarse las causas que han llevado a otras sociedades al “aniquilamiento”, para poder evitar la decadencia por medio de una “medicina moral”. Ahora bien, la historia desde la antigüedad estuvo fuertemente ligada a la literatura, cosa que se mantuvo vigente en el siglo XIX, lo que suponía “que la historia narra la verdad realmente como sucedió, la ficción relata cosas que no sucedieron, pero parece” (Luna Argudín, 2008, p. 3781).

Lacunza, en su discurso de inauguración del Colegio de Historia del Colegio de San Juan de Letrán, hizo hincapié en un debate del siglo XVII sobre las diferencias cualitativas de las ciencias naturales y la historia (Muñoz Fernández, 2004). El científico natural, según esta disertación, puede repetir el experimento y “hacer al experimento las modificaciones que le sugiera el cálculo o capricho”; en cambio, ‘el sabio moral’, ‘no tiene a su disposición a los hombres o a los pueblos’, le es imposible repetir la experiencia, ‘necesita entregarse a la narración que se le hace; y esta narración es la historia’”. (Muñoz Fernández, 2004, pp. 274-280)

estuvo activo y formó parte de la política mexicana de la época. Explicar la obra de Bulnes, sus visiones y conceptualizaciones de “Historia” desde los discursos antijuaristas<sup>89</sup> resultan complicadas, al punto de ser contradictorias respecto a su inclinación liberal.

El caso de Francisco Bulnes es interesante, porque para alejarse discursivamente de la herencia retórica se inscribió a sí mismo en otro ámbito disciplinario y enunciativo: la crítica histórica del positivismo de Hipólito Taine y de su obra *Últimos ensayos de crítica y de historia*. La principal crítica de Bulnes en contra de la tradición retórica era la de desconfiar de los nombres célebres, “debe estar muy prevenido contra las ilusiones de las palabras, contra los dogmas, contra los compromisos de partido, debe investigar y marcar siempre el punto débil en una época, en una nación, en un hombre, en sí mismo” (Bulnes, *Juárez y las revoluciones*, 31).

Debe señalarse que sus dos obras más polémicas fueron: *El verdadero Juárez y la verdad sobre la Intervención y el Imperio* (1904) y *Juárez y las Revoluciones de Ayutla y Reforma* (1905)<sup>90</sup> en ellas enfatizó sus críticas contra el presidente Benito Juárez y decidió “apelar hasta donde me alcancen las fuerzas a todos los recursos necesarios para hacer una crítica implacable de la época, del medio, de las facciones, de las leyes, de los hombres públicos y sobre todo de Juárez: tal como lo exige la filosofía moderna” (Bulnes, *Juárez y las*

---

Según Luna Argudín, la historia entró, de este modo, en el terreno de la retórica y, por ende, de las estructuras de la poética. La retórica, por una parte, busca defender una causa y convencer sobre ésta, embelleciendo y retocando por medio del lenguaje para llegar a la tríada verdad-imparcialidad-justicia. Y la causa más justa, según los *Anales* de Tácito, es la causa que se defiende: “Al historiador decimonónico mexicano se le exigía no falsificar los hechos ni las evidencias y moralizar al lector enseñándole la virtud y el vicio con ejemplos del pasado. Es una actitud moral que se exigía a los historiadores y fundamentalmente constituye el argumento a sostener en contra de prejuicios y deformaciones de las perspectivas históricas, pues es parcial en su apoyo a uno de los lados, a una de las facciones o de los actores que representa” (Argudín, 2008, p. 3782). Sin embargo, esto último no se llevó a cabo de manera concreta. Lucas Alamán, considerado por el canon historiográfico como el primer historiador que utilizó el llamado método histórico de manera moderna, recae en graves omisiones en textos fundamentales como *Disertaciones sobre la Historia de la República mejicana* e *Historia de Méjico*, cuyo tema ya se ha abordado en el capítulo anterior. Las omisiones y argumentaciones que hace Alamán se deben a su apego a las enseñanzas ciceronianas (que fueron muy populares durante el siglo XVIII, durante el apogeo del Criollismo Ilustrado) y a un deseo por perpetuar su propia “verdad” (cosa que se repetiría a lo largo del siglo). Posteriormente, el discurso histórico del siglo XIX, ciertamente influido por los marcos referenciales del siglo anterior y, como se ha señalado muchas veces, recayó sobre la retórica y si bien no existió atisbo de literatura en la escritura de Alamán, lo cierto es que sí fue totalmente pragmática y propagandística, en un momento en su vida en que creyó estar fuera de la administración pública. Es evidente su favoritismo a los huestes españolas en el tema de la conquista y hacia Iturbide en su narración sobre la Independencia, cosa que ya se ha señalado con anterioridad, sin embargo, en el tercer tomo de sus *Disertaciones* (1849), el insigne conservador se propuso estudiar la historia de la monarquía española “para poder entender nuestra propia historia, y para aprovechar las lecciones que nos presentan tan grandes sucesos, tantos errores, y al mismo tiempo tantos ejemplos de sabiduría y tan profundos conocimientos en el arte de gobernar” (Alamán, *Disertaciones... Vol. III*, p. 9). Su pretensión era la de hallar una línea a seguir clara en “el arte de gobernar”, buscando en la historia de España la historia de México (cosa que también replicó Gutiérrez Estrada). Un desatino, ciertamente, pero también los liberales hicieron lo propio con la revolución francesa y estadounidense, siguiendo, irónicamente, los modelos retóricos de Alamán (como es el caso de los tomos de *México a través de los siglos*).

<sup>89</sup> Francisco Bulnes no se considera a sí mismo un conservador y de hecho entró y salió de la política liberal durante el gobierno de Díaz. Pero si tenía una severa inclinación anti juarista, lo que hace que sus posiciones ideológicas sean muy similares a las de Salvador Quevedo y Zubieta, emparejándose con el conservadurismo y al liberalismo de manera ciertamente voluble.

<sup>90</sup> Si bien las obras fueron publicadas en el siglo XX, se infiere por su contenido tan preciso, que fueron textos escritos poco después de la restauración de la República. Durante finales del siglo XIX era común que muchas obras fueran publicadas mucho tiempo después de ser escritas, incluso de manera póstuma al autor.

revoluciones, 32). En *El verdadero Juárez y la verdad sobre la Intervención y el Imperio*, Bulnes culpa a Juárez de la invasión debido a su ineficacia en el poder y su incapacidad de actuar de manera contundente frente a las señales de conflicto de los diplomáticos franceses y las absurdas demandas, reclamos y cobros de adeudos ridículos que arguyeron Saligny, Lefèvre y la Casa Jecker:

¿Y qué hacía Juárez? ¿Para qué servía? ¿Era el Presidente de la República? ¿Por qué deja humillar á su patria, á su gobierno, á su persona (...)? Un hombre de acción debe conocer siempre lo que quiere, por qué lo quiere y las consecuencias de obtener lo que quiere. Ha dicho un sabio que en épocas tempestuosas no es tan difícil cumplir el deber, como descubrir cuál es el deber. (...) Juárez debió comenzar por no mendigar ni comprar el reconocimiento de los gobiernos europeos con millones ni concesiones de soberanía y derechos fundamentales de la nación. Juárez debió sentar dos bases indeclinables para las nuevas reclamaciones primero y no admitir como legítimas más que las que tuvieran carácter ante el derecho de gentes. (Bulnes, 1904, pp. 76-77)

Bulnes debió tener acceso a documentos oficiales, correspondencia diplomática y clasificada<sup>91</sup>, gracias a sus puestos dentro de las diferentes administraciones, lo que sirvió para manejar su retórica y exponer datos duros que podían interpretarse para favorecer sus argumentos, creando un discurso histórico disruptivo a partir de la objetividad documental. Él propuso una Historia para desenmascarar a los próceres de la Historia, una hábil argucia incendiaria que guarda semejanzas con las críticas de Salvador Quevedo y Zubieta a Manuel González y Porfirio Díaz<sup>92</sup>. Ciertamente Francisco Bulnes fue un intelectual longevo que vivió diferentes periodos

---

<sup>91</sup> Hace, por ejemplo, una mención muy precisa de una comunicación insultante que dirige Saligny a Juárez, respecto de las vejaciones que sufrían las Hermanas de la Caridad francesas en México: “¿Vuestro gobierno ha resuelto, pues, acabar con mi paciencia y romper con la Francia? Debo creerlo viéndolo persistir en increíbles ultrajes cuyo teatro es desde hace seis horas el establecimiento de las Hermanas de la caridad; á pesar de todas las recomendaciones que os dirigí ayer, por medio de Mr. Londre, ese establecimiento continúa ocupado por una soldadesca grosera y brutal que se entrega á toda especie de insultos hacia la superiora y las demás hermanas. No asistiré por más largo tiempo á semejante espectáculo, que es una ofensa directa y premeditada hacia el gobierno del Emperador, bajo la protección del cual estas santas mujeres están colocadas en el mundo entero. 22 de febrero de 1861.” (Bulnes, 1904, p 59). Bulnes remata: “Esta nota merecía que Mr. Saligny hubiera sido expulsado para que hubiera dado cuenta á su Emperador de que México no admitiría corporaciones ni personas fuera de las leyes mexicanas”. (Bulnes, 1904, p. 60). Este tipo de evidencias, le permiten a Bulnes articular un discurso histórico que critica el discurso hegemónico de la República. Asimismo, su obra está llena de datos sobre cuentas, adeudos, cobranza, presupuestos; número de soldados, armamento, mulas, caballos y vehículos militares que le permiten establecer la ineptitud de Juárez ante la inminente invasión y sobre todo, que la resistencia de la Batalla de Puebla el 5 de mayo de 1862, fue más bien obra de la buena fortuna.

<sup>92</sup> Los motivos principales que expone Bulnes en sus libros son, en primer lugar, el intento de vender el Istmo de Tehuantepec a Estados Unidos durante la invasión francesa entre 1864-1867, lo cual contradecía el espíritu nacionalista que supuestamente se promulgaba y que Puga y Acal mencionó como punto de inflexión y división política en el ya mencionado prólogo a la obra de Olivier. El segundo era una crítica mordaz al culto que convertía a Juárez en un ídolo de las masas, más que en un político o gobernador eficiente.

Sin embargo, el autor no pudo dejar a un lado los elementos retóricos que fueron parte de su defensa y su método expositivo. Bulnes se muestra, desde los aspectos formales de la escritura de la historia, en contra de los historiadores

de transformación nacional y formó parte de diversas élites políticas en diversas administraciones. Su crítica al sistema liberal mexicano, durante los periodos de Juárez, Lerdo de Tejada (de quien fue gran amigo) y posteriormente de Díaz y Manuel González, se basa en su conocimiento de primera mano en las estructuras profundas y desiguales del sistema económico mexicano (aunque Carballo supone que se debió más a su enorme poder intuitivo), en los diferentes cambios de poder entre 1870 y 1911. Criticó duramente a Díaz, sostuvo con firmeza que debía renunciar al poder y en 1903, en medio de un discurso para la Cámara de Diputados, dice Quirarte (1995) que “denunció la desorganización política del país y el peligro que se desencadenaba sobre México si Porfirio Díaz no preparaba un gobierno democrático para sucederlo” (Quirarte, 1995, p. 35). En ese mismo discurso, Bulnes examinó la Paz Porfiriana como un exceso digno del emperador Augusto y su *paz octaviana*, aunque décadas más adelante, anhela el regreso del general, ya como un consumado conservador hispanófilo<sup>93</sup>.

---

científicos, quienes pregonaban que el “estilo histórico” debía ser demasiado formal. Bulnes, como parte de su discurso apeló a la literaturidad, el sarcasmo y la narrativa casi ficcional, muy similar a la que desarrolló posteriormente Salvador Quevedo y Zubieta. Basándose en Taine explicó que su metodología de investigación podía establecer hechos compulsados y “leyes históricas”, y como positivista confirió el valor axiológico de la historia en su misión de enseñar la virtud y condenar el vicio, formar ciudadanos y crear una identidad nacional. No obstante Martín Quirarte (1995) señaló que “su obra no le siguió nunca un verdadero espíritu científico sino un afán demoleedor, un propósito de contradicción” (Quirarte, 1995, p. 196). En ese sentido Carballo señala que “En muchos temas no abordados por la crítica de su época, o deficientemente tratados por la crítica, penetró con tal agudeza que aún sigue asombrando a sus nuevos lectores” (Carballo, 2001, p. 34). Cuando Carballo dice que “sigue asombrando” a sus lectores, lo hace desde la ironía, ya que “Bulnes funda los conceptos de superioridad e inferioridad raciales, en los distintos procesos de alimentación. Distingue tres tipos de razas: las del trigo, la del maíz y la del arroz y aunque considera que la diferencia entre los animales y los hombres radica en que estos últimos son capaces de progresar, de hecho, las razas inferiores están más cerca de la zoología que del progreso” (Carballo, 2001, p. 35). David Brading, por su parte muestra una enorme animadversión hacia la figura intelectual de Bulnes después de la Revolución Mexicana, y lo considera cercano al fascismo y “un profeta del PRI”, aunque no por ello deja de reconocer que “no tomarlo en cuenta sería un error” (Brading, 1996, p. 69), debido a que sus ideas, se quiera o no forman parte de las estructuras clasistas y racistas de México. No cabía duda de su ingenio y su intelecto, y como señala Jiménez Marce, “Bulnes es uno de esos escritores que no se puede, ni se debe dejar de leer, aunque sea para disentir de sus propuestas o para ver en sus actividades polémicas el propósito regenerador que lo motivaba a atacar la historia patriótica” (Jiménez Marce, 2000, p. 21). Vasconcelos siempre lo considero un hombre que malgastó su intelecto: “Nos irritaba precisamente porque le reconocíamos su genio, nos conmovía porque a pesar de ser el defensor de un régimen caduco, constantemente los fulgores de su inspiración amenazaban incendiar el edificio que tan latosamente defendía. (...) Lo odiábamos precisamente porque lo queríamos” (Carballo, 2001 p. 34) Y es que Bulnes en su libro *El porvenir de las naciones hispanoamericanas* (1899), presupone el germen de lo que sería la teoría de la “raza cósmica”, cosa que reconoció el mismo Vasconcelos; respecto de esa teoría de las semillas, sólo que invirtiendo los valores y acoplándose a un “positivismo mexicano”. Lo cierto es que sus críticas y disertaciones resultan muy interesante para analizar el pensamiento mexicano hacia finales del siglo XIX, como cuando dice que “los latinoamericanos sólo son hacendados por herencia y sólo mientras la dilapidan, funcionarios, empleados, limosneros, dependientes de los extranjeros, hombres profesionales y críticos del gobierno. La pequeña industria, el pequeño comercio y la pequeña agricultura la ejercen en nuestra América las clases populares” (Bulnes, 1889, p.189).

<sup>93</sup> En su artículo “Una pasión antirrevolucionaria: el conservadurismo hispanófilo mexicano (1920-1960)”, Beatriz Horcasitas explica que “La hispanofilia mexicana de la primera mitad del siglo xx desplegó su crítica a la revolución al margen de las instituciones, por ejemplo, la Secretaría de Educación Pública (SEP), concentrándose en sus propios espacios. En estos espacios —asociaciones, revistas, periódicos— circularon dos corrientes de ideas que España irradió hacia todos los países de América Latina desde los últimos años del siglo xix hasta mediados del xx. Se trata del hispanoamericanismo y de la doctrina de la hispanidad. La primera de estas corrientes se alimentó del pensamiento regeneracionista, que formuló una reflexión autocrítica frente a la crisis de 1898 y la pérdida de los últimos dominios coloniales: Cuba y Filipinas. Los hispanoamericanistas salieron en defensa del legado cultural y espiritual español para hacer frente a las pretensiones hegemónicas de Estados Unidos. Así, al mismo tiempo que España se interrogaba sobre las causas de su decaimiento como potencia imperial, intentaba redefinir sus vínculos con América a través de una propuesta de integración que reformulaba la unidad perdida con las independencias



Francisco Bulnes sale del país en dos ocasiones. La primera es durante el gobierno de Lerdo de Tejada, cuando es nombrado para encabezar una comisión a Japón para estudiar el tránsito del planeta Venus por el disco del Sol en 1874<sup>94</sup>, la cual fue encabezada por Francisco Díaz Covarrubias. De este viaje resulta un texto muy interesante nombrado *Sobre el hemisferio norte, 11,000 leguas. Impresiones de viaje a Cuba, los Estados Unidos, Japón, China, Cochinchina, Egipto y Europa*<sup>95</sup>. Su segunda salida de México fue un exilio a Cuba entre 1915 y 1920, durante la Revolución Mexicana. Para este contexto, la figura de Bulnes estaba más emparentada al régimen de Díaz, siendo señalado, incluso, como un “connotado porfirista” (Salmerón, 2008). Para Alicia Salmerón (2008), el exilio de Bulnes es un reflejo de la indulgencia del constitucionalismo que triunfó en la Revolución Mexicana:

---

americanas. El sentido de esta reformulación no fue ya el de una reconquista imperial, sino el de la recreación de una comunidad cultural y espiritual. El intercambio directo entre intelectuales españoles y latinoamericanos tuvo lugar en el Congreso Hispanoamericano de 1900, en donde coincidieron españoles como Rafael Altamira y latinoamericanos como **Francisco Bulnes**, José Enrique Rodó, César Zumeta, Rufino Blanco (Horcasitas, Beatriz. “Una pasión antirrevolucionaria...”, p. 604).

<sup>94</sup> El libro, lejos de centrarse en el tema del planeta Venus, es un viaje de impresiones sobre las naciones y las culturas que visitó, en especial de Japón. Hay dos cosas a destacar del libro y son, en primer lugar, el papel de espectador y crítico de Francisco Bulnes respecto a las culturas que observa y, en cierto sentido, analiza “filosóficamente”. En segundo lugar, está el recurso de las memorias de viaje como dispositivo narrativo, pero también político e ideológico. A diferencia de otras memorias de viaje publicadas en la época como, por ejemplo, *Italia. Ensayo descriptivo, artístico y político* de don Joaquín Francisco Pacheco, publicado en 1860 y cuyo valor reside precisamente en la sobriedad de su narración, el texto de Bulnes hace intervenciones personales muchísimo más parciales y subjetivas. Bulnes añade ciertas notas irónicas en su prosa, algo que será muy distintivo en sus textos históricos futuros y que, posiblemente, fueron de enorme influencia en otros lectores contemporáneos como Salvador Quevedo y Zubieta, quien guarda un tono muy parecido al de Bulnes al momento de narrar impresiones históricas y memorias.

El teatro japonés comprende el drama y la comedia. El primer género pertenece por entero a la escuela china y entran en escena solamente los grandes personajes que cantan en vez de hablar, ridículamente vestidos y representando hechos inverosímiles. (...) Mi compañero y yo no comprendimos ni una sola palabra; nos reímos por contagio y nos fastidiamos por necesidad. A la mitad de la pieza determinamos irnos satisfechos de una primera tentativa hacia la literatura japonés. (Bulnes, 1874, p. 106)

Continúa hablando de las ciudades japonesas:

Cada ciudad del Japón tiene un cuartel especialmente dedicado a la prostitución y llamado el *yoshivara*, separado del resto de la ciudad por algún obstáculo material, como un canal o una muralla. Todas las industrias que especulan con el vicio o la ociosidad se encuentran en el *yoshivara* (...). La prostitución es allí inmensa y reglamentada como un curso de la Sorbonne. (Bulnes, 1874, p. 106)

Independientemente de si sus notas de viaje tienen alguna carga de animadversión hacia lo extranjero, lo oriental o hacia las diferencias étnicas y culturales, lo importante es hacer notar que Francisco Bulnes siempre tiene un estilo que guarda poca objetividad o imparcialidad en un texto que se supone debe ser todo lo contrario. Y estos rasgos de enunciación y estilo se repetirán en sus textos de crítica histórica.

<sup>95</sup> No hay registros ni evidencias que puedan corroborarlo, pero es posible que su salida de México, precisamente durante esos años convulsos, se deba a la intervención de Lerdo de Tejada quien mantuvo lejos a Bulnes y su beligerante pluma de las reyertas políticas de ese momento, conociendo de su gran amigo el desprecio que sentía por la figura histórica que proyectaba Juárez, fallecido en 1872. No sería raro ya que muchos intelectuales y escritores de alta influencia política como Manuel Payno o Vicente Riva Palacio fueron también “destacados” como cónsules, embajadores y cancilleres en el extranjero para mantenerlos “fuera del avispero”. Además, que resulta altamente intransigente que un ingeniero, historiador y político vaya a una misión estrictamente astronómica.

Las cabezas del viejo régimen comenzaron a salir del país en 1911, con Porfirio Díaz, pero entonces se marcharon sólo unos cuantos: de inicio, la revolución no representó una verdadera amenaza a las personas o bienes de los antiguos dueños del poder. Pero la salida de estos pocos se tornó en éxodo como consecuencia del golpe militar de Victoriano Huerta y la radicalización del proceso revolucionario. Efectivamente, fueron los constitucionalistas y los movimientos populares que cobraron fuerza en la lucha anti-huertista los que en verdad exigieron cuentas y levantaron cargos, los que persiguieron y fusilaron, los que incautaron y expropiaron. El exilio de Francisco Bulnes tuvo lugar en este contexto. Y, aunque el caso de Bulnes es apenas uno entre cientos, resulta muy revelador de una característica de este exilio: la indulgencia con la que la revolución mexicana trató a la antigua clase política. (Salmerón, 2008, p. 199)

Cabe señalar que Francisco Bulnes, que ya había arremetido públicamente contra Juárez y Díaz (de este último en maneras moderadas), es considerado como uno de los intelectuales del régimen, sólo por el hecho de pertenecer a la vieja estirpe de intelectuales decimonónicos, al igual que Salvador Quevedo y Zubieta. Sus dos obras históricas, *El verdadero Juárez* (1904) y *Juárez y las Revoluciones de Ayutla y Reforma* (1905), publicadas y difundidas en pleno auge porfirista, siempre fueron textos controversiales para el régimen, aunque extrañamente solapados. Tanto fue así que, en ese mismo año de 1904, se publicó *Refutación a Francisco Bulnes* por Genaro García, un texto de alta difusión nacional que se dice, en palabras de su autor, como un texto de “verdaderos liberales” (García, 1904, p. 19). Puede decirse, entonces, que en el sentido histórico y retórico, el papel de Quevedo y Zubieta es como el de Bulnes ya que actuaría como un agente discursivo que criticaba al poder, mientras, contradictoriamente, mantiene relaciones con éste.

### **3.2. Salvador Quevedo y Zubieta: vida, obra y exilio**

La vida y obra de Salvador Quevedo y Zubieta resulta una excepción extraordinaria en la literatura nacional. Las fuentes que se han encargado de revisar su vida y trabajo, han entrado en diversas contradicciones e inconsistencias que la presente investigación, tras un arduo proceso de selección y discriminación logra evidenciar. Ciertamente un autor casi desconocido, y en cierta medida desvalorado, no podría ser juzgado con ningún rigor, ya que, como se mencionó anteriormente, casi no hay textos que se enfoquen en su vida y obra, y los pocos esfuerzos que se suman a esto lo hacen como un tema de paso. Sus datos biográficos son muy similares en diferentes fuentes, pero quizá la biografía más completa y breve la ofrezca la UDG en el Tomo Tercero de Interregno Universitario 1861-1925:

Nació en Guadalajara, Jalisco, el 20 de noviembre de 1859. Fueron sus padres los señores María de los Ángeles Zubieta Maldonado y José Valente García de Quevedo y Portillo.

En el Seminario Conciliar de San José estudió latín y Filosofía. Luego ingresó a la Escuela de Jurisprudencia de Guadalajara para cursar sus estudios profesionales, y recibió en 1879 su título de abogado.

Primero como estudiante y luego como profesionista, colaboró en las revistas literarias *La Alianza Literaria*<sup>96</sup>, en su primera de época del 1° de marzo de 1875 al 13 de enero de 1876, y más tarde en *La República Literaria*, de marzo de 1880 a marzo de 1890, donde en 1887 publicó su cuento “Sepultados”.

En 1879 fue nombrado profesor de Gramática y Literatura Españolas en el Liceo de Varones del Estado de Jalisco.

Luego pasó a residir a la Ciudad de México, donde colaboró en los periódicos capitalinos *La Constitución*, *El Republicano* y *El Telégrafo*. Además, fundó *La Gaceta del Lunes*, semanario político en el cual criticó enérgicamente el régimen del presidente de la república Manuel González, por lo que fue expulsado del país.

En 1882 partió a Europa, en el primero de sus exilios. En Madrid trabajó en *El Día* y en *El Imparcial*, ya para 1883 era corresponsal de prensa de varios periódicos en Londres, Inglaterra. En la capital española escribió *Recuerdos de un emigrado* (1883), publicados con prólogo de Emilio Castelar; y en la británica *Un año en Londres. Notas al vuelo* (1885), edición de Bouret, de París.

En 1884 regresó a México y de inmediato se dio al activismo político frente a la eventual reelección del general Manuel González, y nuevamente fue desterrado para su segundo exilio europeo.

De 1885 a 1895 residió en Francia y se matriculó en la Facultad de Medicina de la Universidad de la Sorbona de París. En 1894 se tituló de médico con la tesis “L’Hallaux Valgus”, por la cual le otorgaron la medalla de bronce de su Facultad.

Para 1897 ingresó al cuerpo diplomático de México. Se desempeñó como cónsul en Santander, España, y a partir de 1908 en Saint Nazaire, Francia.

---

<sup>96</sup> Según Chantaca (2017) aquí aparecen los primeros escritos de Salvador Quevedo y Zubieta registrados. “Los poemas “A mi madre”, “La balada”, “Sueños de niño”, “Sueños de cielo” y el relato “El altar entre dos corazones”. Este último se conoce también con el nombre de “El amor entre dos corazones” es un cuento de tono legendario sobre un amor fallido que ocurre en Italia, cuyo desenlace es la muerte de los amantes”. (Chantaca, 2017, p. 12). Continúa más adelante: “La formación de Quevedo y Zubieta, se da en una década donde las artes, la literatura y la historiografía se adecuaban al desarrollo del Estado para fortalecer una cultura nacionalista. Coincidiendo en el año con la fundación de *La Alianza Literaria* en Guadalajara, el denominado “renacimiento de las letras” en México había comenzado en 1867 con veladas literarias. (...) El 4 de diciembre del mismo año, Altamirano formalizaría las reuniones, aprovechando el regreso de Guillermo Prieto al país y reuniendo a intelectuales de toda tendencia política, ‘desde los más liberales como Ignacio Ramírez, hasta los más conservadores como Francisco Pimentel’”. (Chantaca, 2017, p.13)



A la par de sus actividades profesionales y diplomáticas se dedicó a la producción literaria. Así se convirtió en el primero en escribir –desde el español– en francés como lengua alterna. Además de su tesis profesional, publicó “Récits mexicains” y “L’etudiante, notes d’un carabin”, ambas en 1888.

Sus “Récits mexicains” fueron traducidos del francés al español por Guadalupe de la Peña, y publicados hasta 2002 con el título *Narraciones mexicanas*, las cuales se dividen en “Episodios mexicanos”, que incluyen “Cecilia”, “Juárez errante”, “Periquillo” y “Escontzin”; y “Diálogos parisienses”, con “El francés, lengua universal”, “¡Enterrados vivos!” y “El señor Severo”

Ya en pleno régimen porfirista, regresó a México e ingresó al cuerpo médico militar. Otras de sus obras fueron *El general González y su gobierno en México*, tomos I y II (1884 y 1885); Porfirio Díaz (1906); y *El caudillo* (1909). (Tomo Tercero. Interregno UDG. <http://enciclopedia.udg.mx/articulos/quevedo-y-zubieta-salvador>)

El primer error alrededor de este autor, que podría ser un parteaguas para una revisión y relectura de su trabajo, es su fecha de nacimiento. La inmensa mayoría de fuentes ubican su fecha de nacimiento el 20 de noviembre de 1859. Sin embargo, ciertas contradicciones e inconsistencias en dichas fuentes llevaron a esta investigación a suponer un error en su natalicio. El archivo de la Santa Iglesia Catedral de Guadalajara tiene un acta bautismal con fecha del 24 de noviembre de 1856, que dice: “En el sagrario de la Santa Iglesia Catedral de Guadalajara a veinticuatro de noviembre de mil ochocientos cincuenta i seis, el M. B. P. Dr. Fray Pedro Coviolla bautizó solemnemente a Salvador María Octavio, nacido el día escrito a las dos i media de la tarde, hijo legítimo de D. José Valente de Quevedo i de M. Ángeles Zubieta”. Esto queda corroborado por su árbol genealógico, trabajado por Javier Sanchiz (IIH-UNAM) y Víctor Gayol (CEH-ColMich) en el seminario “Familias novohispanas. Un sistema de redes”, coordinado por Javier Sanchiz y desarrollado desde 2007 hasta 2014 en el Instituto de Investigaciones Históricas. Universidad Nacional Autónoma de México<sup>97</sup> (ver Imagen 4).

---

<sup>97</sup> El cambio se realizó en 2022, como parte de esta investigación y el árbol genealógico de Salvador Quevedo y Zubieta que es visible en este sitio.

<https://gw.geneanet.org/sanchiz?lang=es&p=salvador&n=quevedo+zubieta>

Los enlaces para corroborar los documentos de la Arquidiócesis de Guadalajara y el Registro Civil de Jalisco están en los siguientes enlaces:

**20 de noviembre 1856 :**

Nacimiento - Guadalajara, Jalisco, México

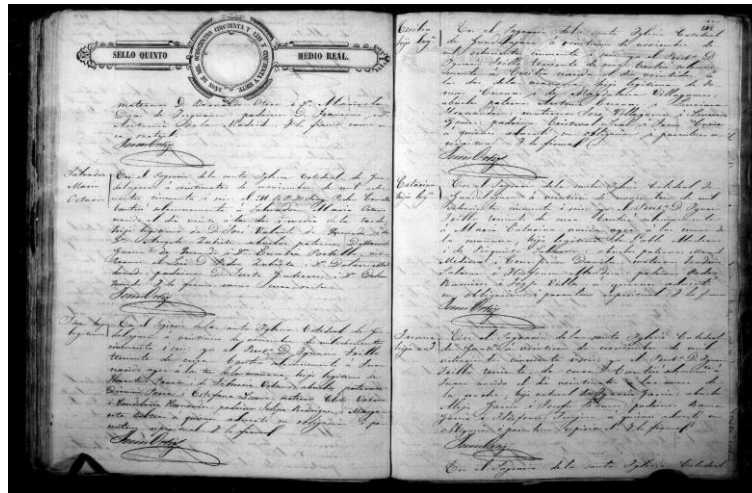


Imagen 4. Fuente [www.familysearch.org](http://www.familysearch.org)

En conversación con el investigador Javier Sanchís, él explica que no hay forma de saber el porqué de este cambio, ya que no hay más evidencia, por lo que puede inferirse que fue una decisión arbitraria y personal tomada a raíz de sus segundas nupcias, como hace constar su acta matrimonial del día 7 de diciembre de 1899. Al parecer, según la evidencia existente, él por su

---

Fuentes: <https://www.familysearch.org/ark:/61903/3:1:33S7-9RJJ-HXZ?i=1889&cc=1923424&personaUrl=%2Fark%3A%2F61903%2F1%3A1%3AQG46-34X5>

**24 de noviembre 1856 :**

Bautismo - Sagrario - Guadalajara, Jalisco, México

Fuentes: <https://www.familysearch.org/ark:/61903/3:1:9392-DK9R-HR?i=181&cc=1874591>

**7 de diciembre 1899 :**

Presentación Civil (con Dolores María Castillo-Negrete Castillo-Negrete) - Tacubaya, Ciudad de México, Distrito Federal, México

Fuentes: <https://www.familysearch.org/ark:/61903/3:1:33S7-9RK8-5WL?i=2177&cc=1923424&personaUrl=%2Fark%3A%2F61903%2F1%3A1%3AQGHQ-Z8C6>

**6 de enero 1900 :**

Matrimonio (con Dolores María Castillo-Negrete Castillo-Negrete) - Tacubaya, Ciudad de México, Distrito Federal, México

Fuentes: <https://www.familysearch.org/ark:/61903/3:1:33SQ-GRK8-5ZM?i=2211&cc=1923424&personaUrl=%2Fark%3A%2F61903%2F1%3A1%3AQGH4-TXM5>

**6 de julio 1935 :**

Muerte - Ciudad de México, Distrito Federal, México

Fuentes: <https://www.familysearch.org/ark:/61903/3:1:33S7-9RGD-9CJW?i=1584&wc=M8RG-TM9%3A218840301%2C219323801&cc=1923424>

--- :

Entierro - Panteón Civil de Dolores - Ciudad de México

propia mano y voluntad hizo la corrección de su acta de nacimiento, cambiando la fecha a 20 de noviembre de 1859, quizá para quitarse años y poder contraer matrimonio con Dolores María Castillo Negrete, dieciséis años menor que él; aunque esto es solo una conjetura (ver imágenes 5 y 6)

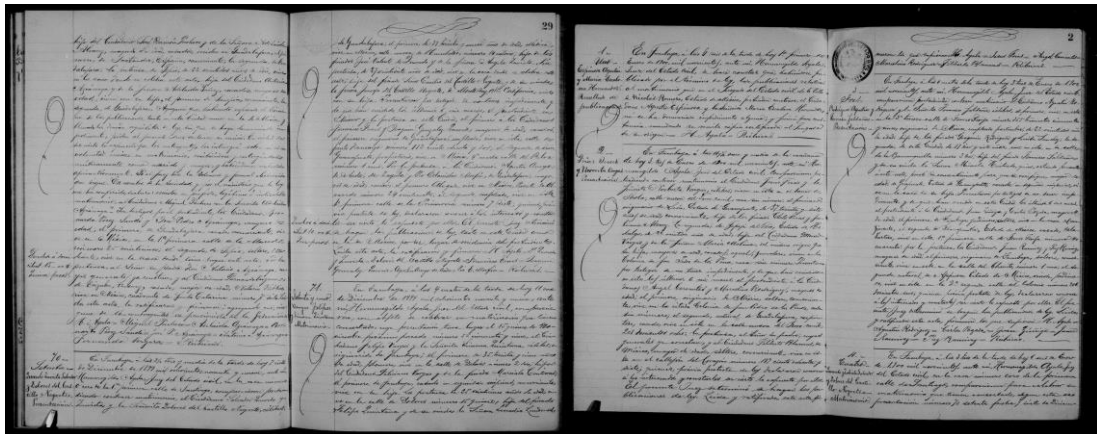


Imagen 5 y 6. Fuente [www.familysearch.org](http://www.familysearch.org)

No hay registro de sus hijos y la información personal de este escritor se desvanece misteriosamente, salvo por una segunda acta matrimonial fechada el 6 de enero de 1900. No es posible saber la causa de dichos cambios. En este sentido, toda la información personal de Salvador Quevedo y Zubieta resulta tan inasible como su obra, que como veremos más adelante, puede estar envuelta de enormes misterios<sup>98</sup>. La familia Quevedo y Zubieta era una de las más prominentes de Jalisco. Del árbol genealógico destaca el ya mencionado oidor don Manuel García de Quevedo y Mier. La familia, que provenía directamente de España, gozó de

<sup>98</sup> No es el caso de su hermano, Miguel Ángel Quevedo y Zubieta, quien fue ingeniero y tuvo una enorme participación en la construcción nacional que planteó Porfirio Díaz a lo largo de su extenso mandato. Juan Humberto Urquiza señala que Miguel Ángel Quevedo y Zubieta estuvo relacionado con los eventos más relevantes para el desarrollo de la política conservacionista en México, durante la primera mitad del siglo XX, que “tuvo lugar del 18 al 24 de febrero de 1909 en la ciudad de Washington, D.C.” (Urquiza, *Miguel Ángel Quevedo y Zubieta...* p. 213-214). Este autor también señala que su relevancia en el gobierno de Díaz lo hizo tener tratos con el presidente Theodore Roosevelt

Por iniciativa del entonces presidente Theodore Roosevelt fue organizada la Conferencia Internacional Norteamericana sobre Conservación de los Recursos Naturales, a la cual [Miguel Ángel Quevedo y Zubieta] fue invitado a participar. Durante aquellos días los delegados de los distintos países convocados, Canadá, la provincia de Terranova, los Estados Unidos y México, expusieron y debatieron sus propuestas, mismas que posteriormente fueron aprobadas en el pleno de la reunión de las partes. Dichas ideas quedaron plasmadas en un documento conjunto intitulado “Resoluciones de la Conferencia”, las cuales conformaron el programa sobre el cual trabajaría la segunda generación de conservacionistas mexicanos (Urquiza, *Miguel Ángel Quevedo y Zubieta...* p. 213-214).

En su artículo, Urquiza demuestra que las ideas desarrolladas por Miguel Ángel de Quevedo y Zubieta fueron incorporadas en las Resoluciones de la Conferencia y sirvieron posteriormente, muchas décadas después, para impulsar diversas medidas de conservación hidrológica forestal en las cuencas de México hasta 1940. Si bien Miguel Ángel Quevedo y Zubieta fue notablemente más joven que su hermano Salvador, lo cierto es que gozó de muchos privilegios familiares y políticos y, a diferencia de su hermano, no sufrió ningún tipo de persecución, por el contrario.

enormes privilegios en América, por lo que no parecen extraños los innumerables contactos familiares y políticos que tuvo Salvador durante sus estancias en el Viejo Mundo durante su juventud, durante su exilio y, posteriormente, como cónsul y asesor. No sólo él sino sus hermanos Manuel y Miguel Ángel, apodado “El Apóstol del Árbol” por sus enormes contribuciones en la ingeniería forestal mexicana. Manuel, por su lado, se casó con Rafaela de la Mota y Velasco y de Abad (1853-1937), hermana de Salvador Mota-Velasco y Abad (1855-1938) fundador de la Academia de Genealogía y Heráldica Mota-Padilla; ambos, descendientes del primer historiador del Reino de la Nueva Galicia durante el Virreinato de la Nueva España, Matías Ángel de la Mota Padilla (1688-1766) autor de *Historia de la conquista del Reino de la Nueva Galicia* (1741). Dichas relaciones de poder con familias insignes y empresarios extranjeros, en su mayoría canadienses y franceses, permitieron que don Manuel de Quevedo y Zubieta fundara con ayuda del Gobierno Federal la Compañía Eléctrica de Chapala, en la primera década del siglo XX, por instrucción del mismo presidente Porfirio Díaz, quien tenía como asesor financiero, extrañamente, a su hermano Salvador, ya entrado en años y siendo un incondicional del régimen. Esto no hace más que complejizar las relaciones de esta familia con el general Porfirio Díaz, pues a la luz de los hechos, todo indica que, a pesar de los agravios en las publicaciones de Salvador, donde desarrolla la psicología social como crítica al gobierno y al mismo Díaz, siguieron manteniendo cierta cercanía. De hecho, tanto Manuel como Miguel Ángel conciliaron también una relación muy estrecha con Ramón Corona<sup>99</sup>, enemigo político de Díaz, quien también fue benefactor de su hermano Salvador durante su exilio, según explica Lilia Vieyra. Pero vamos por partes.

En el caso de Salvador Quevedo y Zubieta, la vida y la obra del autor están estrechamente ligadas. Por ello es importante comprender los avatares en su vida y las relaciones sociales y políticas que sostuvo con diferentes personalidades en Jalisco, México y Europa, ya que su escritura está repleta de una enorme complejidad técnica aunada a un estilo autorreferencial y voz autobiográfica que refleja su vida y experiencias. El detalle de su nacimiento no puede ser menor, ya que, en primer lugar, la falta de investigación alrededor de su obra y vida, a pesar de estar mencionado entre las antologías de escritores jaliscienses, no hace más que confirmar el desconocimiento que existe sobre las periferias literarias en México, respecto de la capital y la literatura nacional hegemónica. En segundo lugar, porque precisar su nacimiento procura otra información respecto de sus publicaciones, que son tan misteriosas como su vida.

---

<sup>99</sup> Hay una placa en Guadalajara, en el Monumento a Ramón Corona, que incluye el nombre de Manuel Quevedo y Zubieta.

Salvador Quevedo y Zubieta fue un escritor muy precoz y demostró desde muy temprana edad tener un temperamento único para las letras. Sin embargo, existen serias anomalías en Europa y México, en los aspectos estrictamente biográficos, respecto de sus labores literarias y diplomáticas, sobre todo por sus relaciones con Emilio Castelar, quien prologó su libro *Recuerdos de un emigrado*, que es el tema de esta tesis. En *La patria Imaginada de la Lengua Española: La fundación del México Literario en el Madrid Finisecular* (2012), Carlos Alberto Ramírez Vuelvas menciona lo siguiente:

Aunque para esos años Quevedo y Zubieta radicaba entre México y Francia, ya era conocido en España donde vivió de 1864 a 1874, los años que rememora en *Recuerdos de un emigrado*. Diputado durante el periodo presidencial de Benito Juárez, debió abandonar el país durante el Imperio de Maximiliano de Habsburgo para regresar a su patria cuando el liberalismo mexicano hizo los primeros esfuerzos por restaurar las estructuras de la República. Su reticencia hacia el Imperio de Maximiliano fue absoluta. (Ramírez Vuelvas, 2012, p. 128)

Este dato es erróneo ya que Quevedo y Zubieta hubiese tenido entre ocho y dieciocho años, lo que hace que esta aseveración sea ciertamente imposible. No hay manera que hubiera estado inmiscuido en la política desde niño, que fuera autor conocido o que tuviera reticencia o no al Imperio de Maximiliano (cosa que no es cierta, según su escritura). Un error similar comete Vieyra (2021) cuando explica el inicio de las relaciones de Salvador Quevedo y Zubieta con Ramón Corona: “Es probable que Salvador Quevedo se acercara con Corona por recomendaciones de amigos, parientes o conocidos que ambos tenían en común, tanto en la provincia de Jalisco como en México. Desde 1867, Quevedo y Zubieta, pertenecía al cuerpo de redactores de *La Alianza Literaria* en donde también participaron Vigil y Juan Bautista Hajar y Haro” (Vieyra, 2021, p. 65). Este error es muy común, y es un eco de lo dicho por Guzmán Muñoz (2004) en “*La Alianza Literaria*’. Una revista tapatía del siglo XIX”, publicado en *Sincronía*. En entrevista con Javier Sanchís, explica que este error, tan reiterativo como las supuestas afinidades políticas de Salvador Quevedo y Zubieta, se debe a los viajes que hizo desde su infancia por las conexiones familiares en España, en gran parte por su padre. Cosa que resultaba muy común en ese siglo y con familias criollas. Si hay registros de su estancia en España (no hay forma de corroborar esos datos), estos deben ser de viajes familiares y no de estancias diplomáticas o como redactor. Jean Meyer (2009) incluso lo menciona como un escritor y periodista de origen español cuyo interés fue la vida de Manuel Lozada, un militar oriundo de Nayarit vinculado al conservadurismo y al servicio de Maximiliano: “El español

Salvador Quevedo y Zubieta ha sido uno de los primeros en recoger y dar a conocer muchos episodios de la vida de Lozada cuya realidad no ha podido comprobarse. Su libro *México: recuerdos de un emigrado*, publicado en Madrid en 1883, ha sido la fuente de inspiración de todos los autores ulteriores y, como pasa muchas veces en la historia, lo que al principio de la cadena era un rumor termina siendo, 50 o 100 años después, una verdad de todos aceptada” (Meyer, 2009, p. 194). Este tipo de errores son muy frecuentes, ya que debido a los vínculos familiares de Quevedo y Zubieta algunos investigadores fuera de México lo refieren de origen español<sup>100</sup>.

Ahora bien, es importante recordar que en ningún momento Salvador Quevedo y Zubieta estuvo relacionado ni con el gobierno de Juárez ni con Maximiliano I, que es otro error también muy común en las menciones biográficas y bibliográficas que se hacen de él tanto en México como en España<sup>101</sup>. Es decir, no hubo una relación, ya fuera con el conservadurismo o el liberalismo durante la guerra civil, pues las fechas no cuadran. El error puede deberse a la cercanía que tuvieron tres publicaciones mexicanas entre 1883 y 1885, y que como señala Ramírez Vuelvas en su capítulo “La reacción liberal: Peón Contreras, Plaza y Quevedo y Zubieta”:

La primera fue la de José Peón Contreras, de quien Eusebio Martínez Velasco ya había destacado su talento en la escritura de obras dramáticas y en la composición de poemas. Su libro de poesía *Ecos* (1883) pronto fue reseñado por *La Ilustración Española y Americana* con palabras elogiosas: “Todo es notable en la poesía de Peón Contreras: la inspiración, el sentimiento y la forma.” En 1885 fue recibida, con expectativas de parte del público español, la obra el poeta Antonio Plaza; muerto en 1882, tres años después se publicó en París la séptima edición del compilatorio de su poesía, *Álbum del corazón*. A ésta la seguirán tres más, todas con prólogo de Juan de Dios Peza, editadas por la Casa Maucci de Barcelona, en sedes distintas: en 1899, en la Ciudad de México, México; en 1909, en Buenos Aires, Argentina; y en 1910, en Barcelona, España. (Ramírez Vuelvas, 2012, p. 125)

---

<sup>100</sup> Jean Meyer es uno de varios autores europeos que yerran con el origen de Quevedo y Zubieta, empero este trabajo no busca en ningún momento causar una controversia innecesaria, por el contrario, busca aclarar los hechos históricos con mayor precisión. En lo que sí acierta Meyer es en suponer que los dichos de Quevedo y Zubieta, fueran reales o no, tuvieron mucho impacto en cómo se escribió la historia de Manuel Lozada posteriormente.

<sup>101</sup> En estas imprecisiones recaen Carballo, Palou, Vieyra y muchos de los autores mencionados que en algún momento tocan la vida y obra de Salvador Quevedo y Zubieta. Resulta infructífero señalar cada una de las imprecisiones ya que en ningún momento dichos especialistas tratan de forma directa el tema de Quevedo y Zubieta y sólo lo refieren superficialmente como una figura literaria jalisciense. Esta investigación, más que contradecir o causar controversia, intenta esclarecer y visibilizar al autor en toda su dimensión, incluyendo su vida privada en relación con su obra, que no ha sido suficientemente promovida ni leída.

De estos libros editados en España sobresalió el poema *16 de septiembre* de Antonio Plaza, que apeló a la “desespañolización” y la reivindicación del indio mexicano, caricaturizado en Europa a través de la figura de Juárez y reprochando a Colón su llegada, y que marcó la lucha desigual e injusta durante el choche de los mundos. Ya en 1882, Ramón Campoamor había editado “Colón”, un poema épico impreso y distribuido por Luis Navarro, cuya difusión coincidiría con la dura discusión en la que se encontraban enfrentados tanto intelectuales ibéricos como hispanoamericanos, respecto del tema de la conquista, tomando a los americanos como “liberales” belicosos. En ese sentido, Ramírez Vuelva menciona que: “Esta imposición violenta de la nueva cultura mexicana también es advertida por Salvador Quevedo y Zubieta en su obra *Recuerdos de un emigrado* (1883), publicada en España por mediación de Emilio Castelar, quien prologó el tomo y publicó adelantos del libro en el periódico *El Día* desde 1881” (Ramírez Vuelvas, 2012, p. 126). Lo cierto es que Quevedo y Zubieta, en su obra, estuvo lejos de elogiar el triunfo liberal y más bien parecería todo lo contrario. Ciertamente tampoco estaba relacionado directamente con los conservadores. Quizá su vínculo con el conservadurismo, u otra postura ideológica contraria a la liberal, esté más relacionada con sus textos de juventud, en las década del setenta, como sucede con el diario *El Lunes*, donde se dedicó a atacar a Altamirano y a las figuras de poder artístico e intelectual de la capital, asumiéndose como parte de las tradiciones conservadoras de Jalisco y afiliándose a los círculos literarios y artísticos de Guadalajara que ya se han mencionado, y cuyas entrañas estaban enraizadas en las tradiciones hispanófilas y novohispanas. También es posible que la fecha en la que fue editado y publicado *Recuerdos de un emigrado* (como muchas de sus obras) haya creado más confusiones: la primera vez que apareció y que hay registros de ese texto fue en diversos diarios españoles fechados en 1882, cuando el escritor tenía veinticinco años. Hay fragmentos de *Recuerdos de un emigrado* publicados en *El Día* desde el 18 de septiembre de 1882 (ver Imágenes 7 y 8).

para un hombre culto, en el fondo en un grado de libertad superior. En un punto, antes de haberse producido el movimiento, se halla en una situación de igualdad con los demás, en una situación de igualdad con el mundo. En un punto, antes de haberse producido el movimiento, se halla en una situación de igualdad con los demás, en una situación de igualdad con el mundo.

El punto, antes de haberse producido el movimiento, se halla en una situación de igualdad con los demás, en una situación de igualdad con el mundo. En un punto, antes de haberse producido el movimiento, se halla en una situación de igualdad con los demás, en una situación de igualdad con el mundo.

En un punto, antes de haberse producido el movimiento, se halla en una situación de igualdad con los demás, en una situación de igualdad con el mundo. En un punto, antes de haberse producido el movimiento, se halla en una situación de igualdad con los demás, en una situación de igualdad con el mundo.

En un punto, antes de haberse producido el movimiento, se halla en una situación de igualdad con los demás, en una situación de igualdad con el mundo. En un punto, antes de haberse producido el movimiento, se halla en una situación de igualdad con los demás, en una situación de igualdad con el mundo.

En un punto, antes de haberse producido el movimiento, se halla en una situación de igualdad con los demás, en una situación de igualdad con el mundo. En un punto, antes de haberse producido el movimiento, se halla en una situación de igualdad con los demás, en una situación de igualdad con el mundo.

Imágenes 7 y 8. (Quevedo y Zubieta, 1883. Fuente: hemerotecadigital.bne.es)

Los fragmentos antes mencionados y publicados en el diario español son lo que concierne al capítulo "La intervención europea en México y el fusilamiento de Maximiliano" de *Recuerdos de un emigrado*, un capítulo en el que trata de equilibrar la balanza de ideas que se ceñían en los juicios públicos en España respecto al tema del fusilamiento del príncipe austriaco, mostrándose a uno liberal, heredero de las ideas de la Revolución Francesa y la Independencia Estadounidense, pero lamentando la tragedia del errático monarca. De él dice:

Era sin duda, uno de esos hombres superiores a su propia casta real, en quienes lo que hay de esplendor de cuna y otros brillos de convención, se siente ofuscado por lo que hay en ellos de natural y de humano.

Dotado de grandes cualidades; el talento, el espíritu de estudio y de progreso, el ímpetu generoso, el valor caballeresco, se desearía haberle visto, más como hombre que como príncipe, llegar a México a la manera con que llegó Byron a Grecia, Garibaldi a la América del Sur y después Francia, y como han ido a las naciones en lucha todos esos grandes emigrados que no han llevado a un país que no es el suyo otro título de intervención que la piedad para los débiles, el socorro para los vencidos, el sentimiento que arrastra a los héroes en favor de los pueblos caídos que luchan por el suelo en que nacieron; sentimiento muy noble y muy humano que reúne a todos los hombres en torno de la misma causa universal del derecho ultrajado, y en virtud de la cuál el combatiente extranjero se hace hermano del pueblo oprimido, que no sucumbirá si no señalando y diciendo a su patria como él el crucificado a María: "Madre, he aquí a tu hijo". (Quevedo y Zubieta, 1883, p. 256)

Sin duda esta declaración a favor del monarca muerto pudo ser muy mal recibida en México y por muchos otros sectores liberales. Empero, lo que pretendía Quevedo y Zubieta, se infiere, era tratar de conciliar, a través de su trabajo en la prensa y posteriormente en la publicación del



libro, a las facciones tan polarizadas, sobre todo a partir de la prensa española y europea que ciertamente tenían sectores políticos que simpatizaban con Maximiliano. Por otro lado, la edición de 1883, con prólogo de Emilio Castelar, quien fue presidente del Poder Ejecutivo de la Primera República de España entre 1873 y 1874, y editada en Estudio Tipográfico de los Sucesores de Rivadeneyra, la editorial del rey Alfonso XII de España, puede abonar más a los malentendidos e imprecisiones alrededor del texto, ya que dicha obra fue muy difundida en su momento, publicada por una prestigiosa casa editorial y prologada por un político importante como parte de los textos que hablaban de México en el extranjero, gozando con ello de mucho apoyo. Algo raro en un escritor tan joven, lo que sugiere que hubo cierto favoritismo hacia el jalisciense; favoritismo que podía ser señalado de manera negativa o positiva. Por otro lado, el mismo Emilio Castelar en su momento señaló algunas imprecisiones sobre Quevedo y Zubieta como testigo de los hechos en la tragedia de Maximiliano y otros más que narra en *Recuerdos de un emigrado*<sup>102</sup>, cosa que no es necesariamente cierta, pues no hay forma de corroborar eso; esto se verá más adelante. Tanto Castelar en su tiempo como Ramírez Vuelvas en la actualidad, lo identifican como un mexicano liberal, a pesar de que estaba exiliado por el general Manuel González por todo lo contrario, por lo que es necesario reivindicar su verdadero papel en la política mexicana. Es decir, que la lectura de *Recuerdos de un emigrado* y la obra en general de Quevedo y Zubieta no ha sido abordada con suficiente precisión ni objetividad. Al igual que Francisco Bulnes, Salvador Quevedo y Zubieta, fue una figura intelectual muy precoz, inició su carrera literaria a muy temprana edad; también fue contradictorio, de ideologías muy volubles y difíciles de precisar. Por el momento, este breve prolegómeno acerca de la genealogía y la vida del autor es un acercamiento a su papel en las letras jaliscienses y su paralelismo con otros escritos de mexicanos emigrados o con afinidades políticas diferentes.

### **3.2.1. Análisis completo de sus principales obras**

Las obras de Salvador Quevedo y Zubieta deben clasificarse por diversos momentos y por diferentes estilos. Asimismo, es necesario clasificarlas por motivaciones ya que tienden a ser muy *sui generis* y distan mucho unas de otras en el tono y el estilo. Ahora bien, deben separarse,

---

<sup>102</sup> Emilio Castelar menciona en el prólogo que la tragedia de Maximiliano I y Carlota de Bélgica es el tema del libro; dice además que Quevedo y Zubieta fue testigo de hechos, pero las dos aseveraciones de Castelar son erróneas. “Don Salvador Quevedo y Zubieta ha consagrado en España un libro a esta histórica tragedia [la de Maximiliano y Carlota], bajo el epígrafe o título de *Recuerdos de un emigrado*, tal frase contiene la significación toda y explica la naturaleza e índole del interesante trabajo. Su autor cuenta la historia que ha presenciado él mismo y al contarla despierta en los lectores vivísimo interés como suelen cuantos narran las escenas en que han sido testigos, los hechos en que han tomado parte o que por lo menos, con sus propios ojos han visto, conociéndolos de la profunda y varía manera que conocen su propio ser, vida e historia”. (Salvador Quevedo y Zubieta, 1883, p. XVI)

además, sus actividades periodísticas ejercidas en México y Europa, pues tampoco resultan ser muy homogéneas. La obra de Salvador Quevedo y Zubieta puede describirse como de enorme heterogeneidad y pragmatismo; no intenta ceñirse a ninguna escuela ni corriente y escribe en diferentes tonos, a veces irónicos, a veces muy académicos y cultos; naturalistas y realistas, muchas veces aplicando criterios científicos y otras veces apelando al lenguaje popular de manera casi vulgar. Pasa de referencias neoclásicas a otras gongorinas, y su pluma es muy inteligente, aunque ciertamente es muy pesada y difícil de leer. No intentó en ningún momento ser un autor fácilmente comprensible y, por el contrario, desafía constantemente al lector con referencias muy cultas o científicas. Su cosmopolitismo lo acercó mucho al modernismo, pero no fue un modernista, o al menos él mismo nunca se consideró uno. Se acercó al naturalismo de Zola, a quien conoció en persona en Francia según rumores, pero no fue naturalista y no le interesó el realismo ni sus variantes. Intentó siempre establecer criterios científicos para describir la sociedad desde la psicología y la medicina, pero también cayó presa de las subjetividades del lenguaje. Sin duda un escritor, que, debido a su longevidad, pudo incluso sumergirse en los estilos del siglo XX, publicando hasta 1935, fecha de su muerte.

En primer lugar, hay que señalar que Salvador Quevedo y Zubieta fue un médico y un abogado, más que un escritor. Su tesis de medicina ganó un premio galardón muy importante, a pesar de haberse titulado con cierta edad, en 1894, a los 38 años de edad (si se toma en cuenta su verdadera acta de nacimiento), una vez cesados sus problemas políticos en México. Rodríguez Preciado explica que “De vuelta en París, ingresó a la Facultad de Medicina de la Sorbona para graduarse de médico cirujano (1894). Su tesis, *L’Hallax Valgus*, obtuvo medalla de bronce. Se le nombró cónsul de México en Santander, España (1897), y en Saint Nazaire, Francia (1908). Nuevamente en el país, ingresó al cuerpo médico militar” (Rodríguez Preciado, 2003, p. 102).

El tema de la medicina no es un tema menor, por el contrario, es importante puntualizar esto ya que están relacionadas estrechamente sus labores literarias con las médicas y resulta fundamental comprender todos estos avatares para poder escudriñar no solo su estilo y forma de escribir, sino los contactos políticos y culturales que consolidó a partir de sus numerosos viajes. De hecho, el jalisciense estuvo implicado en la redacción y dirección de diferentes publicaciones médicas. Velázquez Delgado (2021) explica que *La Escuela de Medicina. Periódico dedicado a las Ciencias Médicas* fue una publicación fundada en 1879 y terminada en 1914, y tuvo como objetivo resaltar “la actualización científica dirigida a los médicos, ya sea en artículos de sus colegas nacionales o internacionales, así como en las tecnologías y los anuncios publicitarios que recomendaban lugares para la compra de aparatos o de

medicamentos” (Velázquez Delgado. 2021, p. 216). En esta publicación de orden médico Salvador Quevedo y Zubieta tuvo diversas participaciones, como redactor y director, quizá impulsado por sus conocimientos en los avances de la medicina en Francia, Inglaterra y Estados Unidos, países que visitó regularmente para sus especializaciones, cosa que señala Bazant (2008). Sobre esta publicación Velázquez Delgado en su artículo dice:

el periódico no surgió como un órgano de difusión oficial de la Escuela Nacional de Medicina, pero con el tiempo esta institución lo reconoce como un medio serio, pues varios de sus directores fueron redactores, como el propio de Garay, Fernando Zárraga y Rafael Caraza. Para el año de 1908, los redactores eran los doctores Ángel Gaviño, Porfirio Parra, Fernando Zárraga, **Salvador Quevedo y Zubieta**, Rafael Caraza y David Cerna. Muchos de ellos fueron directores de instituciones u hospitales creados en el siglo XIX, así como presidentes de asociaciones y academias relacionadas con el gremio médico. (Velázquez Delgado, 2021, pp. 216-217)

Bazant explica en “Estudiantes y profesores mexicanos en el extranjero, 1880-1912” (2008) que Salvador Quevedo y Zubieta gozó de diversos estímulos económicos por parte del gobierno mexicano para hacer diversas especializaciones en el ramo de la medicina, por lo que resulta plausible su participación en una revista especializada no sólo como redactor sino como director y especialista (tema que se tocará cuando se hable de sus exilios y estancias en el extranjero. Ahora bien, para fines prácticos, su obra se divide en cuatro categorías:

**3.2.1a. El periodismo:** Su obra periodística se halla presente a lo largo de su vida, desde su juventud hasta la edad madura. Fundó, colaboró y escribió en varios periódicos en México, España y Francia, entre los que destacan *El Lunes*, un periódico subversivo mexicano; *El Día*, donde publicó sus impresiones de viajes durante su exilio Europa; y *Revue Exotique*, una revista literaria que creó en Francia y de la que apenas existen registros.

**3.2.1b. Textos Históricos:** Al igual que Francisco Bulnes, Salvador Quevedo y Zubieta escribió diferentes libros de Historia en los que, apoyado por fuentes inescrutables y misteriosas, sus propio juicios, licencias poéticas e impresiones personales (a veces incluso desde la difamación), interpretaba los devenires nacionales y atacaba a sus rivales políticos. En este sentido, sus textos históricos pertenecen al complicado engranaje histórico/retórico que se señaló ampliamente en el capítulo primero de esta investigación, ya que, como Francisco

Bulnes, Salvador Quevedo y Zubieta sirvió como peso y contrapeso en las dinámicas del poder dentro del partido liberal durante el porfiriato. Sus obras más destacadas en este tema son *El general González y su gobierno en México. Anticipo a la historia*, (1884), *Porfirio Díaz. Ensayo de psicología histórica* (1906) y *El Caudillo* (1909)<sup>103</sup>. El primero dedicado a Manuel González y el segundo, desde el anonimato, a Porfirio Díaz.

**3.2.1c. Textos autobiográficos y autorreferenciales:** En esta categoría se encuentran los libros que escribió durante su exilio en 1883, *Recuerdos de un emigrado* (1883) y *Un año en Londres* (1885). Textos en los que escribe sus experiencias como emigrado y como mexicano en Europa. Asimismo, en estos textos, el autor hace comparaciones entre las diferentes sociedades europeas respecto de México y recrea, desde su memoria, escenarios y relatos mexicanos extraordinarios, como parte de una exposición literaria que promovió la imagen de México en el mundo.

**3.2.1d. Narrativa:** Esta categoría tiene diversos momentos en la vida del autor. El primer momento es el de juventud, con dos textos escritos en francés: *Récits Mexicains* (1888) y *L'Étudiante* (1889). El primero es un libro de narraciones con temática mexicana que rayan tanto en el costumbrismo, como el realismo, el episodio histórico y en el prototipo del cuento modernista, donde trata de visibilizar algunas tradiciones y escenas mexicanas para lectores extranjeros. La segunda es una novela naturalista escrita durante su periodo como estudiante de medicina en París que trata un tema escabroso para la época: la inseminación artificial ilegal en mujeres que buscaban la asistencia médica de los estudiantes de medicina.

Su segunda etapa como novelista se da durante el porfiriato, cuando sus relaciones con el gobierno se habían restablecido y se publican *El lépero* (1898) y *La camada* (1912). Después de la Revolución Mexicana publicó *En tierra de sangre y broma* (1921), *México manicomio*<sup>104</sup>

---

<sup>103</sup> Erróneamente confundido con una novela, si bien es un texto de narrativa, este texto pretendía ser una continuación del ensayo de psicología social sobre Porfirio Díaz. Si bien, tiene enormes licencias poéticas, como señala también señala Salvador Rodríguez Preciado (2003), no puede ser catalogado como una novela. En este error cae Larios Medina cuando dice: “La narrativa de la Revolución tiene sus antecedentes próximos en títulos como *La bola* (1887) de Emilio Rabasa, *Tomochic* (1893) de Heriberto Frías, que critican severamente el régimen de Porfirio Díaz; *El caudillo* (1909) de Salvador Quevedo y Zubieta; *Madero-Chantecler* (1910) una sátira de Juan Tablada, y en la obra de teatro *La venganza de gleba* (1905) de Federico Gamboa”. (Larios Medina, 2020, p.93)

<sup>104</sup> En un artículo de Psicología Social, *La mémoire des citoyens sur les événements et les personnages du Mexique* (2012), se menciona la novela como parte de los estudios de la época respecto de la psicología social mexicana y sus preceptos epistemológicos. “Dans un roman historique, Quevedo y Zubieta raconte que, vers la fin de l’année 1900, « [...] alors qu’aucune ombre de rébellion ne troublait la paix sociale, durant la phase la plus élevée de la puissance du président Porfirio Díaz, un ami, seul à seul avec lui, l’interpella : – Dites-moi, Monsieur, je n’arrive même pas à gouverner chez moi... Comment avez-vous fait pour diriger pendant tant d’années cette République? Don Porfirio garda le silence un moment comme pour élaborer une vérité profonde, pour murmurer à la fin sur le ton de la confidence : – Je me suis imaginé que je gouvernais un grand asile d’aliénés ». (González Navarro, Manuel; Reyes Lagunes, Isabel, *Groupe d’études de psychologie*, 33)

(1927), *México marimacho* (1927), *Las ensabanadas* (1934) y *La Ley de la sábana* (1935), que son novelas con tema revolucionario y contrarrevolucionario, que no pertenecen formalmente al género Novela de la Revolución Mexicana, en buena parte porque no representan ciertamente la narrativa del periodo revolucionario y son, más bien, periféricas. Finalmente, su última etapa como dramaturgo se da con *Huerta; drama histórico en cinco actos*<sup>105</sup> (1916) y *Doña Pía* (1919), textos francamente imposibles de localizar<sup>106</sup>. A continuación, se hace un recorrido puntual en la obra de Salvador Quevedo y Zubieta partiendo de las evidencias encontradas y la relación vida-obra del escritor.

### 3.2.2. Quevedo y Zubieta, el periodista y la prensa de su tiempo

En primer lugar, se tendría que hablar de su trabajo como editor, redactor y columnista en diversos periódicos, actividad que sostuvo a lo largo de su vida en diferentes momentos. Resultaría muy extenso nombrar todas sus colaboraciones en México, España y Francia, por lo que para fines de la presente investigación se enfatizan tres momentos: su papel subversivo en el periódico *El Lunes*, donde atacó a Ignacio Manuel Altamirano y a Manuel Gutiérrez Nájera bajo el seudónimo *Filinito*, y que le valió la censura del gobierno capitalino, un desafío a muerte y un célebre ensayo modernista donde se le exhibía como un vulgar. Su segundo momento es en España en el diario *El Día* donde publicó en columnas *Recuerdos de un emigrado* y sus impresiones de viaje en Inglaterra, que se convertiría en el libro *Un año en Londres*. Finalmente, su trabajo en Francia donde se opuso firmemente a las representaciones que se hacían de México respecto de textos narrativos, poéticos y dramáticos escritos y expuestos en París.

Ahora bien, como periodista y durante su juventud en la década del setenta y ochenta, antes de su papel formal como escritor, fue un crítico beligerante de las cúpulas liberales encabezadas por Ignacio Manuel Altamirano y publicó diversas diatribas de las cuales resultó la más interesante una que tuvo una contestación por parte de Manuel Gutiérrez Nájera,

---

<sup>105</sup> Que no son, al parecer, textos formalmente de dramaturgia, sino son experimentos narrativos muy peculiares.

<sup>106</sup> Claudia Chantaca (2017) examina brevemente el texto de *Huerta; drama histórico en cinco actos* diciendo de éste que tal vez este drama no se llevó al escenario debido a lo duro de su denuncia social: “Pero, además de la discusión política, la decisión de evitar el montaje obedece a motivos estéticos, el mismo Quevedo y Zubieta explica que optó por entregar su texto directamente a la prensa en razón de la deplorable situación del teatro nacional. A su modo de ver, la escena mexicana no prosperaba, las piezas eran espectáculos de insignificante valor literario (...). A ello se sumaba la escasez de actores y, sobre todo, dramaturgos comprometidos, ya que durante las primeras tres décadas del siglo XX éstos se dedicaron, casi de modo exclusivo al llamado “género chico” y a los dramas románticos, calcos de la tradición española en boga. Para el jalisciense, la falta de un concepto de teatro “auténticamente mexicano” se reflejaba en la insistencia de llevar a escena obras escritas por dramaturgos españoles y espectáculos de dudosa calidad cuyo único fin era el lucro. En su opinión, un actor era contratado sólo si era capaz de recrear el acento castizo; además, la mayoría de las producciones eran gestionadas por compañías extranjeras” (Chantaca, 2017, p. 26)

precisamente durante este tiempo en que criticaba mordazmente a los autores que se convertirían en modernistas. Salvador Quevedo y Zubieta ya se había enfrentado a los escritores liberales desde el periódico que él mismo fundó y del que era el redactor principal bajo el pseudónimo “Filinito”. El periódico *El Lunes*, del que no hay existencia en hemerotecas y la única razón por la que se sabe de éste es por las menciones de la época y de los investigadores que tocan el tema superficialmente, fue un diario subversivo que se dedicó, casi exclusivamente, a atacar de manera beligerante a los representantes culturales del triunfo liberal. El principal blanco siempre fue Ignacio Manuel Altamirano, quien representaba el poder hegemónico de la capital y del triunfo republicano. Salvador Quevedo y Zubieta, criticaba el poder que se ejercía en la cultura, en especial la literatura, desde las cúpulas republicanas<sup>107</sup>. Consideraba a Altamirano y sus huestes como personajes que ejercían abuso y corrupción desde la capital, invisibilizando las periferias como Jalisco. Desafortunadamente, como se ha señalado, los registros de dicho periódico, *El Lunes*, no están disponibles en hemerotecas o bibliotecas en México. Sin embargo, hay fragmentos que pueden rescatarse de algunas publicaciones que abordan de paso a Quevedo y Zubieta. En este sentido, el caso mejor documentado es el de su enfrentamiento con Manuel Gutiérrez Nájera, asunto que el mismo autor modernista pondría en evidencia por medio de su ensayo “Los rufianes de la prensa”, publicado en 1881, lo que sugiere que Salvador Quevedo y Zubieta tenía veinticinco años cuando tuvo el cargo como el editor de uno de los periódicos de “oposición” más beligerante de la República Restaurada. Con respecto a esto, Clementina Díaz de Ovando señala en *Un enigma de los ceros. Vicente Riva Palacio o Juan de Dios Peza* (1994) que:

Los días 8 y 13 de diciembre de 1881, Gutiérrez Nájera en *El Nacional* publicó dos artículos de carácter político «Los rufianes de la prensa», en los que censuraba con bastante acrimonia, los métodos seguidos por algunos periodistas para atacar al gobierno de general Manuel González, válidos de las garantías de que gozaban; se dirigía en especial a Salvador Quevedo y Zubieta, director y propietario del periódico antigobiernista *El Lunes* (...). El 19 de diciembre de 1881, Salvador Quevedo y Zubieta, quien con bastantes agallas reprobaba el gobierno de González, contestó a Gutiérrez Nájera en *El Lunes*, recordándole cómo había colaborado en *El*

---

<sup>107</sup> También criticó duramente a Guillermo Prieto a quien acusó de llenarse los bolsillos con la literatura y los cargos públicos mientras cerraba las puertas a los jóvenes escritores: “La obra de oposición de ese anciano se hacía también en la calle y en la Cámara. Aficionado a la *flânerie* de las calles como Víctor Hugo, con quien tenía ciertas semejanzas de figura y carácter, vagaba en México como el gran poeta francés en París. Cuando en los días de agitación por la deuda, encontraba a algún joven que por su aspecto equívoco y su libro bajo el brazo le parecía estudiante, el viejo diputado se dirigía a él, le abría los brazos, le decía ‘¡hijo mío!’ y lo excitaba a no dejar de prestar al empeñado debate parlamentario el concurso de su presencia y de sus demostraciones. ‘Sólo con ustedes cuenta la oposición. Ustedes nos salvan y salvan a la patria... ¡Esta tarde a la Cámara!’ Así hablaba el anciano a los grupos de estudiantes”. (Quevedo y Zubieta, 1885, p. 21)

*Republicano* (1879), periódico lerdistista que se significó por su mordaz resistencia al gobierno de Porfirio Díaz. (Díaz de Ovando, 1994, pp.157-158)

Salvador Quevedo y Zubieta, que con mucha “valentía” hablaba en contra del gobierno de Manuel González y lo evidenciaba como una marioneta de Díaz, lanzó una diatriba a Gutiérrez Nájera quien desde 1877 había publicado una serie de ensayos donde habló de la libertad de expresión y la importancia del periodismo en una “república” como la que se vivía en México. Como se señaló en el capítulo segundo de este trabajo, los diarios fueron el medio por el cual el régimen liberal y las oposiciones sostuvieron sus encuentros. La respuesta de Gutiérrez Nájera, inicia hablando del peligro del periodismo como un arma mal empleada por personajes como Salvador Quevedo y Zubieta, que estaba en franca oposición al régimen.

Las gentes honradas vienen luchando de tiempo atrás con un monstruo de enormes brazos y agudas garras. El monstruo gana cada día mayor terreno: tiene la astucia del zorro, los dientes del lobo, y el brinco elástico del tigre. Es inútil requerir la escopeta o empuñar el hacha cuando llega el monstruo: de un solo salto se arroja sobre el cazador y lo derriba en tierra, encaja las poderosas garras en su vientre y clava los agudos colmillos en su cuello. El monstruo devora vidas: se nutre de carne humana como el ogro y bebe sangre humana como el vampiro. (...) La última ventregada del asqueroso Leviatán ha producido una legión de monstruos incipientes, que ya comienzan a afilar sus garras limándolas en los peñascos del camino. Estos pequeños monstruos se han dado el nombre de *periódicos*. (Gutiérrez Nájera, *Periodismo y literatura...* p. 105).

Gutiérrez Nájera usa sin duda una metáfora con muchas ambigüedades, ya que, si bien puede establecerse que dicho Leviatán es el Estado, desde esa óptica de Thomas Hobbes, lo cierto es que puede inferirse que se trata de la “infamia” como un concepto abstracto e inefable dentro del periodismo. Ciertamente el poeta trata de no comprometer su posición ante el régimen de González e interpela a Salvador Quevedo y Zubieta como parte del sistema difamatorio de la prensa que critica precisamente los privilegios de los que él mismo gozaba. Se evidencia la postura de Gutiérrez Nájera más adelante:

La protección del Gobierno es importante contra esta invasión de insectos y detritus. Si una mujer ultraja la moral en plena calle, con sus gestos provocativos y sus ademanes, la policía la aprehende, el calabozo la encierra y los jueces la castigan. Si un comerciante vende en su tienda carnes triquinosas, los inspectores lo denuncian y lo hacen pagar una cuantiosa multa. Si un insolente me escupe a la cara una calumnia o insulto, yo puedo perseguirlo ante los tribunales, encerrarlo en la cárcel, pedir para él una pena severa y deshonorosa, como la que se aplica a los

ladrones. Un periodista, en cambio, puede estampar en las columnas de su publicación, una de esas historias repugnantes que antes se relegaban a la rejilla del confesionario o al gabinete oculto de los jueces; puede introducir en mi hogar solapadamente la máxima que corrompe, el virus que contagia, la ponzoña que asesina. (...). Yo nada, entonces puedo contra él, los jueces no tienen autoridad para juzgarle ni los gendarmes para aprehender; su impunidad está garantizada por la ley. (...) Los monstruos tienen fuero. (Gutiérrez Nájera, p. 106)

El poeta, al mismo tiempo que ataca a su oponente, visibiliza las virtudes de un gobierno que garantiza la libertad de expresión, cosa que podría ser cuestionable, sin embargo, hay que profundizar en la posición política que Gutiérrez Nájera que estaba vinculado a las instituciones culturales del régimen y del partido liberal. Si bien a lo largo del texto hace propuestas para combatir el escarnio en el periodismo mientras critica de manera disfrazada las políticas impopulares implementadas por Manuel González, respecto de los ferrocarriles y los despilfarros de su administración, el poeta lo hace desde lo más pulido de su pluma a modo permanecer ambiguo y generalizar en los males del mundo en general, sin ser muy obvio. Empero, ya avanzado el texto menciona a Salvador Quevedo y Zubieta de manera directa.

Las clases sensatas no se alarman ni se intimidan porque un Don Nadie lance escupitajos desde su cubil, pero esa es una manifestación del mal que existe, el asqueroso grano que indica la contaminación de la sangre (...).

No tengo la necesidad de señalar a quién me dirijo. Ya el señor Quevedo sabe la opinión que le tengo. Pero si, llevado de una pueril curiosidad, quiere saber lo que yo opino de su periódico y de sus escritos, yo le diré muy llanamente que le alcancen las restricciones que propongo, porque no acepto ni puedo aceptar como bueno ese virulento sistema de oposición que consiste en esgrimir el ultraje, en manchar la reputación de los políticos, y en ofender con la diatriba al gobernante, desprestigiando así las nobles instituciones democráticas. (Gutiérrez Nájera, p. 110)

En esta última línea Gutiérrez Nájera deja en claro su posición política e ideológica al tratar a Quevedo y Zubieta como parte de esa “oposición” derrotada y dañina de “conservadores” que buscaban desde, según él, la calumnia y la difamación manchar el buen nombre de los políticos y gobernantes republicanos. Gutiérrez Nájera recibiría una contestación de Quevedo y Zubieta:

Lo que yo extraño más –arguye Quevedo y Zubieta– cuando oigo a Gutiérrez Nájera decir semejantes cosas con tanto aplomo, es que no hace más de dos años que, a ciencia de todos, era



redactor del *Republicano*, y en esto no creo ser indiscreto, porque el mismo Sr. Gutiérrez Nájera lo ha declarado, cuando se trató de no sé yo qué cuestión sobre un artículo de Carlyle.

Todos saben que *El Republicano* era un periódico de oposición virulenta, como llama al mío el Sr. Gutiérrez Nájera.

En ese periódico se llamaba a Porfirio Díaz asesino del 25 de junio, se le llamaba cruel, sanguinario, llorón, y otras cosas que el Sr. Gutiérrez Nájera conceptúa de ultrajes a la autoridad.

Aunque el Sr. Gutiérrez Nájera no hubiese escrito individualmente tales ataques, se hacía solidario de ellos con el solo hecho de pertenecer a la redacción del *Republicano*.

– ¡Duquesa! presento a ud. al escritor demócrata y de orden, Gutiérrez Nájera. (Díaz de Ovando, 1994, p. 152)

Este tipo de textos sirve para comprender mejor la lucha entre ideólogos, desatada precisamente en los medios impresos y que, a pesar del triunfo liberal, continuó en diferentes frentes opositores tanto de Juárez, como de Díaz, y en este caso Manuel González. Textos como el de Gutiérrez Nájera son quizá causantes, también, de que se asocie a Quevedo y Zubieta con el conservadurismo, afiliación que ya se ha puesto en duda, a lo largo de esta investigación. Las inclinaciones políticas del jalisciense resultan ser mucho más complejas, sobre todo con su relación directa con Porfirio Díaz, cosa que se abordará más adelante.

Ahora bien, en su breve existencia, *El Lunes* fue un medio para atacar, como se ha señalado anteriormente, a Ignacio Manuel Altamirano, quien precisamente entre 1880 y 1882, años en los que estuvo en circulación la publicación de Quevedo y Zubieta, fue el actor cultural más importante de México, al menos en la capital. Salvador Quevedo y Zubieta acusó a Altamirano de sabotear a *El Republicano*, diario en el que también era colaborador y desde el que se ejercía una dura crítica al gobierno. Carmen Vidaurre apunta que

el escritor jalisciense también sostuvo feroz debate con Ignacio M. Altamirano, quien acababa de dejar en 1881 la dirección de *La República*. Periódico político y literario, que buscaba la «imparcialidad en el criterio político», defendía la mesura y el «decoro en el estilo». Quevedo y Zubieta señalaba que dicho retiro obedecía a que se le había quitado «la subvención». Además, cuando *El Republicano*, periódico en el que publicaba el escritor jalisciense, fue atacado por la policía, Quevedo y Zubieta acusó a Ignacio M. Altamirano de complicidad. (Vidaurre, Carmen, 2014, p. 43)

Bajo el seudónimo de “Filinito”, Quevedo y Zubieta acusó a Altamirano de que “era capaz de aceptar toda clase de complicidades cuando se trataba de merecer bien de las erogaciones de la

Tesorería” (Vidaurre, 2014, p. 31). Según Clementina Díaz Ovando, este pleito escaló hasta un desafío mortal que nunca se llevó a cabo.

El maestro envió a sus padrinos Telésforo García y Rafael David para pedir una reparación (...) dimos a esos amigos nuestros, como instrucción terminante, la de no entrar en arreglo ninguno si se encontraban con ciertos individuos (...) tras el seudónimo de «Filinto» se oculta un mozuelo cuyos antecedentes y carácter no lo ponen en situación de esperar otra cosa que el más profundo desprecio...

Quevedo y Zubieta contestó a Altamirano el 20 de febrero, en tono también bastante violento y transcribía la carta que sus padrinos el general Juan N. Ibarra y el licenciado Francisco W. González en la que le notificaban que el duelo no se llevaría a efecto conforme a las instrucciones que Altamirano había dado a sus representantes. (Díaz de Ovando, 1994, pp. 31-32)

Las agresiones se repetirían hasta 1882 y cesarían sólo hasta la expatriación de Quevedo y Zubieta a Madrid donde trabajaría en *El Día*. El carácter irascible y beligerante de Quevedo y Zubieta, no sólo en estos encononazos con sus contemporáneos sino en su vida cotidiana lo hicieron blanco de diversos ajustes de cuentas, como el supuesto asalto que sufrió a manos de dos oficiales militares. La nota del 20 de noviembre de 1881 en *El Telégrafo* dice:

ASALTO- El viernes último a las seis y medio de la tarde fué asaltado en la calle de Jesús María, el apreciable caballero D. Salvador Quevedo y Zubieta, redactor del *Lunes*. Dos fueron los asaltantes, el primero pertenece al depósito de jefes y oficiales y el segundo, también militar, retirado a dispersos. El Sr. Zubieta fue sorprendido por la espalda, violentamente despojado de su pistola, y una vez en el suelo, los asaltantes le infligieron algunos golpes, huyendo cobardemente. Deploramos sinceramente esta indigna venganza ejercida sin duda por algún enemigo oculto del Sr. Zubieta, deseando no se repitan tales escenas con los escritores públicos por más que estos no vayan de acuerdo con el actual orden de cosas. (*El Telégrafo*, 20 de noviembre de 1881)

Esta noticia que se publica en 1881, coincide en fechas con los enfrentamientos con Gutiérrez Nájera y Altamirano, haciendo plausible la persecución que denunció en su momento Salvador Quevedo y Zubieta, quien afirmaba que existía una relación entre las cúpulas intelectuales y el gobierno que buscaban censurar las voces disidentes (ya desde los tiempos de *Juan Panadero*, asunto que ya se explicó anteriormente). No hay forma de asegurar nada ni existen evidencias suficientes para corroborar lo dicho en *El Telégrafo*, sin embargo, es interesante comprender

las dinámicas y enfrentamientos que existieron entre las diferentes facciones ideológicas en el periodo<sup>108</sup>. Ahora bien, una vez clausurado *El Lunes* y con su fundador expatriado en 1882, el periódico no volvió a ver la luz, empero, eso no impidió que Salvador Quevedo y Zubieta dejará su labor como escritor y periodista. Su etapa en *El Día*, un prestigioso periódico de Madrid, es la más famosa y la mejor documentada. Durante sus colaboraciones en este periódico destaca la publicación de una serie de ensayos y artículos que se volverían *Recuerdos de un emigrado*. Lilia Vieyra señala que su llegada a *El Día* estuvo motivada por razones políticas más complejas que la simple expatriación debido a los problemas con Manuel González. Sin embargo, Vieyra sostiene que

Quevedo aseguró que, por órdenes de González, recibió la oportunidad y el apoyo financiero de salir del país, lo que le permitió exiliarse en Madrid. Esta versión sobre los motivos que le obligaron a abandonar México es cuestionable, ya que presumía de dignidad y justicia; un hombre con estos valores difícilmente podría haber aceptado la ayuda de otro al que atacaba por ejercer el poder de manera “dictatorial”. Probablemente, Salvador asumió las órdenes de don Porfirio, que lo apoyó para ejercer la oposición al gobierno de González en Europa. Aunque Quevedo aseguró que salió de México debido a la presión que ejerció sobre él González y que vivió el exilio en España en condiciones precarias, habría que poner en tela de juicio esta declaración, ya que, al llegar a Madrid, en 1882, casi inmediatamente se incorporó a la redacción del periódico *El Día*. (Vieyra, 2017, p. 100)

Estas disertaciones y conjeturas podrían ser o no. Lo cierto es que su salida del país sí estuvo llena de beneficios y apoyos muy irregulares para un exiliado político, aunque también se puede apelar al caudal familiar, que por supuesto no era poco.

Ahora bien, en Francia, hacia 1887<sup>109</sup> durante otro destacamento como diplomático, Salvador Quevedo y Zubieta fundó un diario llamado *Revue Exotique*. Es difícil precisar si él lo fundó o si sólo lo dirigió como editor en jefe. Ésta era una publicación que usó Salvador Quevedo y Zubieta para crear una ventana desde Francia hacia México, y acercar a los lectores

---

<sup>108</sup> Chantaca (2017) dice que “A los pocos meses de esta polémica, Salvador Quevedo y Zubieta se exilió en Europa por primera vez. En su camino, el barco en que viajaba naufragó y el escritor se vio obligado a refugiarse en Santo Domingo. Tras un tiempo breve, retomó su camino y llegó a París, desde donde se dirigió a la casa de un tío en Bayonne, Francia. Una vez recuperado de las complicaciones de su viaje, se trasladó a Madrid” (p.23). Esta investigación no encontró ningún dato sobre lo dicho por Chantaca, pero coincide con las evidencias expuestas a lo largo del presente trabajo.

<sup>109</sup> Su estancia en Francia en 1887 hace cuestionable la publicación de *¡Sepultados!* el mismo año en *República Literaria*, por lo que es posible que se hable de una reimpresión del cuento de 1881. No obstante, no se descartan las impresiones de Ana Laura Zavala (2023).

franceses a la cultura mexicana<sup>110</sup>. Si bien, este tipo de publicaciones sin duda estuvieron motivaciones políticas, en un intento por restablecer los vínculos entre México y Francia, ya que estos estaban muy desgastados después de los conflictos bélicos de las décadas anteriores, lo cierto es que, o no se tuvo el resultado deseado o la beligerancia de Quevedo y Zubieta no abonó a este fin. Más adelante se explica cómo la literatura de Salvador Quevedo y Zubieta tuvo la misma función en España e Inglaterra, con otros resultados.

*Revue Exotique*, sin embargo, es, al aparecer, una publicación de la que no hay registros suficientes en hemerotecas<sup>111</sup>, salvo tres ejemplares que se guardan en el sitio Gallica ([www.https://gallica.bnf.fr/](http://www.https://gallica.bnf.fr/)). Sin embargo, en esta hemeroteca de Francia puede encontrarse un artículo de *Le trait la d'Union* del 5 de febrero de 1887 que menciona dicha publicación:

M. Salvador Quevedo y Zubieta, le fondateur du *Lúnes*, journal hebdomadaire qui se publie a México vient de fonder a Paris una revue litararie: *Revue Exotique*.

Dans le premier numéro de sa revue M. Salvador Quevedo y Zubieta plaisante a peu vertement les parisiense propos de "Juarez", le drame de M. Gassier. Il leur dit ce que nous avons eu maintes fois l'occasion de dire nous memes dan ce journal, que lon montre, la plupart du temps, beau coup plans d'imagination que de connaissance du sujet, lors'quon ecrit a l'etranger sur le Mexique.

Voici les principaux passages de uno l'article de M. Quevedo:

Vous souvient-il, parisiens, de la premiere de "Juarez" au Chateau D'Eau? La pluie - pas uno pluie d'or- qui se déchaina sur ce drame, suffisait a lui donner le prestige d'uno nouveaute extraordinaire. Mais bien plus suprenants que cette grele de pomes et de marrons cuits, etaient los decors. les costumes, et tous les accesories dans lesquels prenait corps et vie l'idéc dramatique de M. Alfred Gassier. Oui, on voyait l'intention arrête de donner à la pièce la couleur

---

<sup>110</sup> En 1880 hay texto en prosa llamado "La Guadeloupe" firmado por "Un Voyageur". Por el tipo de prosa, puede inferirse que se trata de Salvador Quevedo y Zubieta. La prosa se acerca mucho al tono y el estilo de *Recuerdos de un emigrado*, que empezaría a publicarse en el *El Día* poco tiempo después. El texto trata sobre las implicaciones culturales, religiosas e históricas del nombre Guadalupe. No hay forma de corroborarlo ya que no hay más información, pero debe recordarse que Quevedo y Zubieta ya había publicado textos con pseudónimos antes.

<sup>111</sup> Claudia Chantaca recuperó un fragmento de *Revue Exotique* donde Quevedo y Zubieta explica las motivaciones de la publicación: "Mais il y a un écueil : c'est que tous les exotistes n'iront pas, à l'instar de Flaubert, sont étudier et déterrer les éléments de leur sujet jusque sur la côte africaine; les Goncourt, les puissants observateurs qui ont découvert un monde dans un bibelot japonais, ne sont que deux, et encore l'un est mort; c'est que Pierre Loti peut pas céder une parcelle de son génie à chacun des nombreux exotistes qui en manqueront, et qu'il n'y aurait pas non plus dans l'entrepont de son navire assez d'espace pour les promener par les pays inconnus.

Et ce qu'il en adviendra sera une étonnante contrefaçon d'exotisme. On lira de beaux romans exotiques, composés sans sortir de Paris, comme on boit du café de Cuba fabriqué avec la chicorée qui pousse dans les terrains vagues des Batignolles. Il n'y a pas comme certains Parisiens, pour consacrer et rendre plus dangereuse cette oeuvre de falsification littéraire. Ils y apporteront l'étroitesse d'esprit que leur donne la conscience de leur souveraineté dans l'art. Ils voudraient imposer leur façon aux sujets et aux caractères étrangers comme ils imposent à toutes les têtes la forme de leurs chapeaux. Leurs mains plient et taillent un homme ainsi qu'une étoffe. S'ils s'abattaient sur des habitants du coeur de l'Afrique, ils voudraient les habiller, les faire parler et agir comme des boulevardiers... extérieurs". (*Revue Exotique*, p. 3. Citado de Chantaca, 2017, p. 153)

locale qu'exigeit le sujet. L'auteur avait pris ses notes, interviévé peutetre, crayon et por te - feuilles en mains, quelques officiers de l'armeo expeditionnaire de Bazaino. De son co'é l'impresario s'était mis en campagne, et leurs doubles recherches amenèrent des données precieuses. on apprit qu'un mexicain pur sang doit porter un grand chapeau rond, une jaquette galonnée d'argent et un pantalon á rangées de boutons; que, pour représenter l'eveque mexicain Labastida, il n'y avait qu'á passer en noir ce meme chapeau, à en relever de chaque coté les ailes, et à poser la chose sur un homme à soutane; qu'en face du palais présidentiel de México, il y avait un jardin avec des statues et des vases à fleurs; que, etc. etc. Pais, la simplicité de cette machine scónique les ayant affrayes, ils pensèrent aux indiens emplumés qui hurlent dans les forets, l'element tatoué et antropophage.

Ce fut pourquoi une horde de Peaux-Rouges, rangés et enrégimentés, firent irruption au theatre du Chateau d'Eau. Auteur et impresario étaient dans leur droit: il s'agissait de resoudre par quelque moyen heroique la difficulté de la couleur locale. L'auteur fournit les peaux, l'impresario les badigeonna en rouge, ce qui fit Peaux-Rouges, et la couleur locale fut sauvée.

Vraiment, ils n'etaient pas trop mal à leur place, ces Peaux-rouges: le comiqué appelait le comique, la partie traitresse de l'armée mexicaine, qui fit cortège à l'entrée triomphale dans Veracruz de Maximilien empereur, était dignement représentée par ces régiments à plumes. Mais cela ne nous a pas empechés, nous, mexicains présents, d'etre portés à faire à faire à ce drame, avec la foule des galleries, une ovation de marrons cuits. (Le trait la d'Union. 5 de febrero de 1887. [www.https://gallica.bnf.fr](https://gallica.bnf.fr) ).

De este fragmento cabe destacar tres puntos:

1.- La defensa que hace Salvador a Quevedo y Zubieta a Juárez como figura emblemática de México. También defiende y trata de reivindicar la figura del mexicano y del indígena que es representado como *une horde de Peaux-Rouges*, denostando la ignorancia del europeo sobre México.

2.- La obra dramática "Juárez o la Guerra de México" de Alfred Gassier, tuvo una refutación escrita por Antonio de Paula Moreno en el mismo año, 1887. El autor, que fue partidario al Imperio y un católico recalcitrante<sup>112</sup>, defiende en su refutación no solo a Maximiliano, sino a Miramón y a Márquez, haciendo notar que el drama de Gassier no solo

---

<sup>112</sup> Existen muy pocos datos de este autor. La Enciclopedia de la Literatura en México dice de él: "Nació en Amozoc, Puebla, en 1848 y murió en Guadalupe, Hidalgo, en 1920. Alternó su dedicación al comercio con el periodismo y la literatura. Desde muy joven colaboró en diversas publicaciones. Fue redactor de *La Voz de México* y fundó *El Centinela católico*, *La Voz de Guadalupe* y el *Boletín mariano*". (Consultado en <http://www.elem.mx/autor/datos/2528> 20/04/2022)

carecía de fundamentos históricos para sostenerse, sino que desobedece la estructura de la dramaturgia. Aunque el principal argumento al inicio de su texto contra Gassier es sobre el retrato poco fiel y caricaturesco no sólo de Juárez, sino de los mexicanos que entran en escena como casi unos salvajes. Antonio de Paula Moreno hace una crítica sobre una escena de la reunión entre los imperialistas europeos y la comitiva mexicana conservadora:

Por la sensación que la presencia de Márquez causa en aquella reunión, y por algunas palabras de Lorenza Hernández a Jecker en las primeras escenas, se cree á dicho general el todo de México, cuando sólo era un jefe principal del partido conservador. Al decir la condesa Noemi que Juárez el villano había arruinado a Márquez, dan ganas de reír a mandíbula batiente. Ni Juárez era un villano y arruinó a Márquez. El partido liberal venció al partido conservador en aquella época, y a Márquez como uno de tantos jefes. Pero aquí el autor, parece que supone algo así como una quiebra mercantil en que México perdió los millones, poco o muchos que tenía en poder de Jecker.

En cuanto a llamar a este señor tigre y bestia, da el pobre autor otra de tantas pruebas de vulgaridad en sus apreciaciones. D. Benito Juárez era indio de raza pura, y la naturaleza no lo dotó de belleza personal, pero estuvo muy lejos de ser un bestia como Gassier pretende pintarlo (Paula Moreno, *Refutación al drama de Alfredo Gassier...* p. 8).

Lo interesante de la refutación de Paula Moreno es que, a pesar de ser un “conservador” no duda en defender a Juárez como símbolo de México ante los ataques de un autor extranjero. Puede inferirse que esto se debió en gran medida al ambiente reconciliatorio local que existía durante el porfiriato entre las facciones políticas que habían estado en conflicto años atrás. Paula Moreno, al igual que Quevedo y Zubieta, defiende retóricamente a los héroes patrios ante las diatribas extranjeras, quizá también como parte de cierta presión de Porfirio Díaz quien en esos años estaba mostrando el triunfo republicano al mundo. Continúa diciendo:

El Sr. Gassier tiene, á no dudarlo, un talento especial, y un criterio tan así... como las dos cualidades anteriores. Creíamos que al menos conocería algo más la historia de los acontecimientos que acerca del imperio tuvieron lugar en Europa, pero está tan ignorante de ellos, como de los que pasaron en México, y así se atrevió á escribir un drama histórico. ¡Pobre literatura Francesa con literatos como Gassier! (Paula Moreno, *Refutación al drama de Alfredo Gassier...* p. 8).

Esta refutación pertenece a una serie de “refutaciones” alrededor del tema de Juárez, publicadas hasta el siglo XX, que se dieron como escenario de enfrentamiento entre intelectuales alrededor

de la figura del icónico presidente liberal. Estas obras buscaban ser una contrarréplica y antítesis de lo dicho por Francisco Bulnes, los intelectuales anti-juaristas y algunos extranjeros que trabajaron desde la dramaturgia el tema del fusilamiento de Maximiliano I<sup>113</sup>: *El único Juárez: refutación a la obra de pretendida crítica histórica que, bajo el título de "El verdadero Juárez," escribió el diputado Francisco Bulnes* (1904) de Adalberto Carriedo, *Juárez; refutación a Don Francisco Bulnes* (1904) Genaro García<sup>114</sup>, *Bulnes a espaldas de Juárez. Morelia, Talleres de la Escuela I.M. Porfirio Díaz*, (1905), de José T. Pérez, *Muchos pájaros con una piedra: reflexiones sugeridas por la lectura del último libro de D. Francisco Bulnes titulado "Juárez y las revoluciones de Ayutla y de reforma": con una invectiva al bohemio tráfuga y una nota bene a propósito del ensayo de psicología histórica de XXX: innovación al cometa de Halley* (1906), de Manuel M. Alegre y *Juárez: como lo pinta el diputado Bulnes y como lo describe la historia* (1904), de Ramón Prida.

3.- Al final habla de los “mexicanos presentes” en la sala del *Chateau d'Eau*. Lo que indica que la presencia de mexicanos, escritores, artistas, políticos y diplomáticos era al menos lo suficientemente concurrida para que la publicación de Quevedo y Zubieta tuviera un impacto moderado, lo que indica que ya para estos años y dada la libertad con la que se expresa el jalisciense, las relaciones entre Francia y México ya estaban reestablecidas satisfactoriamente pues no hubo fricciones y Salvador Quevedo y Zubieta tuvo una estancia muy fructífera como estudiante de medicina y escritor en esos años.

El papel de Salvador Quevedo y Zubieta como periodista continuó a lo largo del porfiriato en diferentes periódicos mexicanos, pero lo cierto es que su labor periodística más importante fue en Europa, de donde salieron dos de sus mejores libros: *Recuerdos de un emigrado* y *Un año en Londres*, sus obras más importantes durante su exilio. Pero antes de abordar éstas, es necesario conocer el libro que motivó su destierro, que no es otro que el de *Manuel González. Gobierno en México. Adelanto de Historia*.

### **3.2.3. El discurso “histórico” alrededor de Manuel González**

La relación entre Francisco Bulnes y Salvador Quevedo y Zubieta es algo más que azarosa. Tal como Francisco Bulnes, Salvador Quevedo y Zubieta publicó diversas obras de corte histórico,

---

<sup>113</sup> Andreas Kurz menciona estas obras en *Maximiliano I. Ensayos sobre la recepción literaria de un episodio histórico* (2015).

<sup>114</sup> La obra de Francisco Bulnes *El verdadero Juárez y la Verdad sobre la Intervención y el Imperio* y la *Refutación* de Genaro García fueron publicadas el mismo año en Imprenta Ch. de Bouret, de la Ciudad de México, a la que estaba muy relacionado Quevedo y Zubieta.

retando directamente al régimen y a la ideología imperante de la República Restaurada. Resulta difícil precisar, debido a los años de publicación, si Salvador Quevedo y Zubieta hizo crítica de la historia motivado por el trabajo Bulnes o si fue Bulnes quien basó su trabajo en las obras disruptivas de Quevedo y Zubieta en contra de Manuel González en 1883, y que se publicaron hasta 1885, cuando Bulnes era ya un personaje abiertamente anti-juarista. Como se mencionó anteriormente, las obras críticas de Bulnes fueron publicadas hasta el siglo XX, aunque escritas con mucha antelación<sup>115</sup>, como es el caso de *El Verdadero Juárez* que fue publicada en 1904, de manera casi paralela a la refutación de Genaro García. Lo verdaderamente interesante es que ambas fueron impresas el mismo año en una editorial en estrecha relación con Europa y con Salvador Quevedo y Zubieta, la Imprenta CH. Bouret<sup>116</sup>, lo que hace suponer un vínculo, si no estrecho, al menos cercano entre autores y editores trabajando en proyectos similares. Tomando en cuenta que ambos ejercieron una dura diatriba al poder desde la crítica histórica es más que posible que el jalisciense conociera el trabajo crítico de Bulnes y viceversa, por medio de sus relaciones con la Imprenta Ch. Bouret. Sin duda los estilos son diferentes pero los fines que persiguieron sus obras históricas son muy similares. Más adelante se retomará este punto.

Para efectos de este apartado, son dos las obras que se describirán a continuación: *Manuel Gonzalez. Gobierno en México. Adelanto de Historia* (1885) y *Porfirio Díaz (septiembre 1830 —septiembre 1865). Ensayo de psicología histórica*. que tuvo una

---

<sup>115</sup> Es plausible que la información oficial y las cartas con las que Bulnes articula su crítica al gobierno de Juárez vinieran de primera mano, por lo que el trabajo documental de Bulnes provenía de la época de la Invasión y posterior, quizá durante la administración de Lerdo de Tejada. Esto sucedió mucho durante el periodo, ya que algunos libros, como se menciona a lo largo de esta investigación, fueron escritos en ciertos momentos relevantes, pero publicados muchos años después, a veces en otros países, obviamente porque representaban ciertos riesgos políticos para los autores. Es imperativo comprender las dinámicas de la publicación literarias, históricas y políticas en el siglo XIX. Laura Suárez de la Torre (2018) explica que, debido al elevado índice de analfabetismo, la publicación de libros en México era costosa y poco rentable: “es necesario señalar el reto al que se enfrentaron –y que encargaría el propio Rosa– puesto que a pesar de los alrededor de 170000 habitantes de la ciudad de México, la mayoría no sabía leer ni escribir, sólo 10% y con ingresos escasos, lo que obstaculizaba el negocio de la letra impresa”. (Suárez de la Torre, 2018, p. 21) Asimismo, proyectos que se publicaran en el extranjero llevaban tiempo e inversión: “Para entender la incursión [editorial] extranjera en el mercado mexicano es necesario recordar el incipiente comercio de libros que existía en México, pues tan sólo una docena de librerías se encargaban de satisfacer las demandas de un público que, aunque escaso por la elevada tasa de analfabetismo, requería de publicaciones en este momento de libertad de imprenta y transformación”. (p. 25)

<sup>116</sup> La Imprenta Ch. Bouret sirvió como una ventana política de México hacia el mundo, ya que incluía en su catálogo diversas lecturas de tipo político e ideológico muy diverso. Suárez de la Torre (2018) señala que “Disciplinas como la política contemplaron necesariamente autores franceses, Grégoire, Constant, Say, aunque la presencia de otros reputados escritores europeos, no necesariamente franceses, es evidente. Muchos títulos respondieron a las necesidades de organización y definición política de las naciones que se constituían en América. Por eso, la lectura de Burlamaqui, Beccaria, Bentham, Filangieri, Llorente, Pradt revela una cierta necesidad política, una cierta vanguardia y una diversidad de pensamiento y planteamientos; representan una cierta intencionalidad de parte del librero en respuesta al mercado mexicano en construcción, en un momento de definición política como lo manifiesta el hecho de que reputados políticos mexicanos como Lorenzo de Zavala, Tadeo Ortiz, José María Luis Mora o Mariano Otero, hicieron referencia a estos autores en sus obras, lo que habla de una lectura en su momento y de una asimilación de su pensamiento”. (p.65) Es decir que la librería y la imprenta sirvieron de escaparate ideológico a muchas escrituras disidentes, pero igualmente contenidas y aprobadas debido a las relaciones establecidas entre Francia y México en el porfiriato.



continuación llamada *El Caudillo Porfirio Díaz. Ensayo de psicología histórica* (1909). Esta última obra, que tuvo dos partes, la primera de 1906, fue firmada como anónimo debido a los ataques en contra del general Díaz, y la otra de 1909, firmada ya por Salvador Quevedo y Zubieta, resulta ser, irónicamente, un reconocimiento narrativo al legado histórico de don Porfirio. Los tres textos son de crítica histórica y se centran en el personaje para analizarlo de maneras tendenciosas y con muchas libertades creativas y ficcionales, aunque mostrando en algunos momentos cierto tono objetivo y documental, es decir, se usa la historia y sus datos duros para ensombrecer o iluminar a dicho personaje con un juicio totalmente arbitrario. Muy al estilo de Francisco Bulnes, Quevedo y Zubieta hace intervenciones personales a modo de acomodar el discurso histórico a conveniencia. Ya se ha explicado anteriormente, el papel de la retórica en la historia, y el papel de escritores como Francisco Bulnes, quien, siendo parte del régimen porfirista, gozaba de ciertas licencias para criticar al liberalismo y a la figura histórica de Juárez. El caso de Salvador Quevedo y Zubieta, en ese sentido, es muy similar.

Las biografías alrededor de Manuel González y los estudios que corroboran los datos sobre su contenido están expuestos por Lilia Vieyra (2017)<sup>117</sup> en la mayor parte de sus trabajos alrededor de Salvador Quevedo y Zubieta (algunos de esos libros se usaron para desarrollar el capítulo segundo del presente trabajo). Ahora bien, en el caso del libro de sobre Manuel

---

<sup>117</sup> Las fuentes consultadas por la autora son las siguientes: José Valenzuela, Georgette, *Síntesis temática de los acontecimientos por secretaría de Estado en la presidencia del general Manuel González: 1880-1884*, México, Universidad Iberoamericana, (1993); José Valenzuela, Georgette, *Los ferrocarriles y el general Manuel González. Necesidad, negocios y política, México*, Universidad Iberoamericana, (1994); Ponce Alcocer, María Eugenia Patricia, *La elección presidencial de Manuel González, 1878-1880 (Preludio de un presidencialismo)*, México, Universidad Iberoamericana, (2000); Villegas Revueltas, Silvestre, “Un acuerdo entre caciques: la elección presidencial de Manuel González (1880)”, en *Estudios de Historia Moderna y Contemporánea de México*, 25 (2003), pp. 115-148; Villegas Revueltas, Silvestre, “Compromiso político e inversión. El gobierno de Manuel González, 1880-1884”, en Fowler, William et al., *Presidentes mexicanos. Tomo I*, México, Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, 2004, pp. 249-272; Villegas Revueltas, Silvestre, *Deuda y diplomacia. La relación México-Gran Bretaña, 1824-1884*, México, Instituto de Investigaciones Históricas de la Universidad Nacional Autónoma de México, 2005; Villegas Revueltas, Silvestre, “Expansión del comercio mundial y estrategias de fomento al comercio durante el gobierno de Manuel González, 1880-1884”, en *Estudios de Historia Moderna y Contemporánea de México*, 29 (2005), pp. 41-92; Villegas Revueltas, Silvestre, “Compromiso político e inversión: El gobierno de Manuel González”, en Fowler, William (coord.), *Gobernantes mexicanos. Tomo I: 1821-1910*, México, Fondo de Cultura Económica, 2008, pp. 361-381; Gantús, Fausta, *Caricatura y poder político. Crítica, censura y represión en la ciudad de México, 1876-1888*, México, El Colegio de México, Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, 2009; Villegas Revueltas, Silvestre, “Los protestantes. Un tercero en discordia en la discusión entre liberales y conservadores sobre la tolerancia religiosa durante el gobierno de Manuel González (1880-1884)”, en Cano Andaluz, Aurora et al. (eds.), *Cultura liberal, México y España 1860-1930*, Santander, Ediciones de la Universidad de Cantabria, 2010, pp. 245-276; Salmerón, Alicia y Fernando Aguayo (coords.), *Instantáneas de la ciudad de México. Un álbum de 1883- 1884*, México, Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, Universidad Autónoma Metropolitana-Unidad Cuajimalpa, 2013; Sandoval García, Miguel Ángel. “Las elecciones presidenciales de 1880 en la ciudad de México. Un análisis municipal del proceso electoral”, tesis de licenciatura, Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, 2015; Ponce Alcocer, María Eugenia, “Misivas y negociaciones para la definición de candidatos al Congreso de la Unión en 1882. La correspondencia política como fuente para la historia de las prácticas electorales”, en Gantús, Fausta (coord.), *Elecciones en el México del siglo XIX. Las fuentes*, México, Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, 2015, pp. 385-418; Sandoval García, Miguel Ángel, “La contienda presidencial de 1880 vista desde la ciudad de México. Un análisis municipal del nivel primario de las elecciones”, en Gantús, Fausta, (coord.), *Elecciones en el México del siglo XIX. Las prácticas. Tomo II*, México, Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, 2016, pp. 119-154.

González, que no es una biografía, sino un libro de crítica social y abierta a su administración con un enfoque histórico, debe hacerse hincapié en que tuvo versiones diferentes y cada una de éstas tuvo motivaciones políticas muy diversas. Vieyra explica que antes de que terminara la administración de González, Salvador Quevedo regresó brevemente a México, en 1884, para regresar a Europa en 1885. Porfirio Díaz y sus partidarios creían que Manuel tenía la intención de instaurarse indefinidamente en la presidencia, por lo que iniciaron una campaña política para evitarlo.

El propio Quevedo tomó parte en estas acciones y se animó a redactar, por entregas, el texto *El general González y su gobierno en México. Anticipo a la historia*, en 1884, y al año siguiente *Manuel González y su gobierno en México. Anticipo a la historia*. El cambio entre una y otra edición es solo en la manera en que Salvador se dirigió a González, reconociendo en la primera su cargo militar y mostrando respeto a su investidura presidencial; en la de 1885, cuando González ya no fungía como el representante del poder ejecutivo, Quevedo y Zubieta solo usó el nombre y apellido para referirse a su administración. Es importante señalar que esta obra se basó en los artículos que Salvador publicó en el suplemento de *El Día*, que circuló en Madrid durante 1882, al que me referí antes, y al siguiente año reunió en un libro denominado *México. Recuerdos de un emigrado*. (Vieyra, 2017, p. 102)

Esta información que proporciona Vieyra en su investigación concluye dos cosas: que las relaciones laborales de Salvador Quevedo y Zubieta con el periódico español *El Día*, datan de 1882, y que en estos suplementos se publicaron parcialmente *Recuerdos de un emigrado* (1883) y *Manuel González. Anticipo a la historia* (1884). Mucho tiempo después de las ediciones de 1884 y 1885, apareció en 1928, en Madrid, la tercera edición de esta obra de Quevedo y Zubieta, bajo el sello editorial de Espasa-Calpe. “Llevó por nombre *Manuel González y su gobierno. Anticipo a la historia típica de un presidente mexicano*; en ella se puede apreciar similitud con el título que tuvo en 1885; al subtítulo se le agregaron algunas palabras que denotaban que González fue el precursor de actos “típicos” de otros mandatarios”. (Vieyra, 2017, p. 102) Este título trató de, más que ser subversivo, poner en evidencia el despotismo en las administraciones mexicanas hasta ese momento. No es posible saber si Quevedo y Zubieta tuvo injerencia en la elección de ese título. Empero Vieyra sostiene que

Es confuso definir con claridad a qué se refiere Quevedo cuando habla de la “historia típica de un presidente mexicano”, queda la duda si es por incluir en su gobierno a sus familiares o por el enriquecimiento que experimentó después de su mandato. Cabe decir que cuando Quevedo redactó su libro sólo tenía la experiencia de haber presenciado los gobiernos de Lerdo y Díaz,

y los parámetros del ejercicio del poder de esos gobernantes podrían resultar inexactos para dictaminar que los actos de González eran típicos de un mandatario. Llama la atención que luego del desempeño dictatorial de don Porfirio, Quevedo sostuviera sus juicios en contra de González y dejara incólume el nombre de Díaz, quien se mantuvo en el poder más allá de la voluntad general. Este aspecto refuerza la versión de que Salvador redactó el texto sobre González debido al apoyo que recibió de Díaz. (Vieyra, 2017, p. 102)

Hay que destacar brevemente que hubo un cambio en la edición de 1928 y los juicios contra González parecen ser más como una crítica general a las administraciones presidenciales mexicanas y no tan personales. Vieyra opina que “Esta opinión prefigura algún tipo de inconformidad con la administración de Plutarco Elías Calles”. (Vieyra, 2017, p. 103) La última edición revisada es la de 1956, que fue publicada por Editora Nacional y que al igual que otros títulos de Salvador Quevedo y Zubieta salieron como ediciones populares de bolsillo.

La obra formaba parte de la colección económica con un formato de bolsillo, cuya finalidad era promover la lectura y difusión de la historia a través de libros “buenos, bonitos y baratos”. Su portada y contraportada resultan atractivas, enfatizan en la intención de mostrar al autor de la biografía y al biografiado. En la portada aparece el rostro de Manuel González cuando era un hombre joven y en la contraportada se ve la cara de Salvador Quevedo en una edad madura. Así, la vida de González, redactada por Quevedo y Zubieta, tuvo cuatro ediciones con ligeras variantes en el título y subtítulo. (Vieyra, 2017, p. 103)

*Manuel González. Gobierno en México. Adelanto de Historia* es una obra que se publicó en 1884 y en 1885, una vez que Salvador Quevedo y Zubieta regresó de su exilio. Como casi todas sus obras, este libro se difundió originalmente por medio de la prensa. Lilia Vieyra explica:

Cuando González asumió el gobierno, Salvador orquestó una campaña periodística en su contra, por lo que recibió algunas amonestaciones, las cuales tildó de persecución. Asimismo, Quevedo aseguró que, por órdenes de González, recibió la oportunidad y el apoyo financiero de salir del país, lo que le permitió exiliarse en Madrid. Esta versión sobre los motivos que le obligaron a abandonar México es cuestionable, ya que presumía de dignidad y justicia; un hombre con estos valores difícilmente podría haber aceptado la ayuda de otro al que atacaba por ejercer el poder de manera “dictatorial”. Probablemente, Salvador asumió las órdenes de don Porfirio, que lo apoyó para ejercer la oposición al gobierno de González en Europa. Aunque Quevedo aseguró que salió de México debido a la presión que ejerció sobre él González y que vivió el exilio en España en condiciones precarias, habría que poner en tela de juicio esta

declaración, ya que al llegar a Madrid, en 1882, casi inmediatamente se incorporó a la redacción del periódico *El Día*. (Vieyra, 2017, p. 100)

Vieyra sugiere que existe la posibilidad de que, por órdenes de Díaz, Salvador recibiera ayuda de Ignacio Vallarta, quien había sido Secretario de Relaciones Exteriores bajo la primera presidencia del general Díaz, y Ramón Corona, ministro de la Legación de México en España. Fue Corona, según este supuesto, quien facilitó la estancia de Quevedo y Zubieta en Madrid.

Los lazos entre Quevedo, Vallarta y Corona eran parte de un entramado de relaciones de paisanaje, amistad e intereses políticos. Los tres eran jaliscienses; a Salvador e Ignacio los unía la fraternidad, mientras que Corona debió sentirse satisfecho de apoyar a un enemigo de Manuel González, ya que precisamente el año de 1882, en que Salvador salió de la república mexicana, el presidente González había frenado “de tajo” las aspiraciones presidenciales de Corona. Vale decir que Vallarta también sentía rencor hacía González, ya que este resultó el favorito de Díaz para apoyarlo en su camino a la presidencia; por ello, respaldar a Quevedo fue una forma de resarcir su herida. Por su parte, la reacción de Ramón fue alinearse a favor de la reelección de Díaz; de ese modo se comprende que buscara congraciarse con él y apoyara sus requerimientos, más allá de las fronteras nacionales. Es probable que Corona relacionara a Salvador con periodistas e intelectuales peninsulares que le abrieron la puerta en la redacción de aquella publicación. De este modo, Salvador escribió en las páginas del suplemento literario *El Día* los artículos: “México. Recuerdos de un emigrado”, los que posteriormente reunió en un libro que el gran intelectual y político Emilio Castelar le prologó, editado en París el año de 1883. (Vieyra, 2017, pp. 100-101)

El libro, además de tener un trasfondo político muy interesante, goza de una construcción narrativa poco habitual para un texto que pretende ser histórico. Está más vinculado a los artefactos narrativos y la construcción poética, entremezclando lo anecdótico con lo documental y una enorme licencia poética del autor, quien no duda en hacer intervenciones sarcásticas en contra del general González. Haciendo nuevamente uso del estilo mordaz y ciertamente agresivo de “Filinito”, su alter ego de *El Lunes*, Salvador Quevedo y Zubieta arremete en contra de González de manera personal y un tanto vil. El libro inicia

Por aquellos días, hacia principios de 1882 empezó a sangrarle a Manuel González el muñón del brazo amputado. Achaque común en la humana materia que se afecte y resienta de las impresiones del espíritu á ella ligado con fuerte amalgama. Aquel hombre parecía sentir, aguzadas, en el muñón, sus sensaciones conmovedoras, como si mas que un miembro mutilado, fuese una válvula de seguridad forjada por las balas para que por ella se escapase el fluido

sobreabundante de vida y de pasión que animaba á aquel hombre. En los momentos fugaces de ira ó de placer, agitábasele el muñón con estremecimientos convulsivos; pero cuando la sensación de placer y de dolor era más duradera y profunda, entonces como si el fluido animal escapándose en vigorosa corriente, rompiese el remate artificial del miembro incompleto, empezaba éste á gotear sangre á la manera que cuando el vapor de una máquina se acumula y se enfría en la válvula suele destilar exteriormente en densas gotas. (Quevedo y Zubieta, 1885, pp. 5-6)

La mención del miembro amputado de González sirve de metáfora a Quevedo y Zubieta para evidenciar la discapacidad, ineptitud y la corrupción de su gobierno, pero también de su propia persona, haciendo hincapié en el escarnio personal, ya que era por todos conocido que el general Manuel González sufría de severos complejos debido a la pérdida de su mano en la campaña de Tecuac. El apodo, “El manco de Tecuac”, era usado según otros biógrafos de manera despectiva para referirse a González. Existe, por un lado, un afán en desacreditarlo como funcionario, pero también por insultarlo como persona; Quevedo y Zubieta usa recursos estilísticos que rayan en lo ofensivo.

Ahora esto: ese hombre que pasa en lando (*sic*) tirado por frisonas regidos por cochero indígena de escarapela en el sombrero, enorme cuello y botas de caballero del Directorio, ese hombre que con el aire de un ensimismado parece no haber en su piel ni en su levita y se mira primero á sí mismo del pecho á los pies, luego mira al interior de su coche y enseguida se vuelve á saludar al que pasa como diciéndole: "¿qué os parece? ese hombre ayer pobre diablo, cualquiera, nada, hoy acaudalado, personage, todo, ese hombre arrastra una existencia que da lástima. El dinero le hormiguea en los bolsillos y en el cerebro pidiéndole la satisfacción de los más locos deseos y vanidades. Come, y se ahita de manjares raros, con nombres en francés para él ilegibles, que le indigestan y le hacen suspirar á su pesar por los frijoles con chile de su mesa de pobre; bebe, y el vino extranjero se le trasnocha en el vientre como la cena de Maritornes El mismo se trasnocha abandonado á placeres animales: ha desdeñado á la muger legítima como platillo empalagoso y va de lascivia en lascivia pasando á los brazos de una y otra Mesalina. (Quevedo y Zubieta, 1885, pp. 9-10)

Hay una severa carga de encono personal en la prosa de Quevedo y Zubieta, quien, como se ha explicado, provenía de una familia de enormes privilegios económicos y políticos, por lo que también se harán notar ciertas notas de racismo (en algunas partes de sus novelas desprecia abiertamente a los indígenas). No es de extrañar que, a pesar de decirse, “de dientes para afuera”, liberal, demócrata y republicano, personalmente se sintiera inclinado por despreciar a

las figuras que habían ascendido al poder por medio del triunfo republicano o que, como en el caso de Manuel González quien ocultaba un linaje español y que había sido conservador bajo las órdenes de Leonardo Márquez entre 1846 y 1861<sup>118</sup>, se asumiera como un ejemplo de lo que el triunfo liberal forjaba en los “héroes pobres” emanados del pueblo. Ya desde las publicaciones de *El Lunes* el jalisciense había hecho comentarios ofensivos contra Ignacio Manuel Altamirano, que puede suponerse dada esta evidencia, fueron de enorme carga ofensiva, al grado que los escritores hayan llegado a un desafío de muerte. Esta conducta explica también la fuerte contestación de Manuel Gutiérrez Nájera que se ha abordado anteriormente.

A lo largo de la obra sobre Manuel González las diatribas e invectivas de Salvador Quevedo y Zubieta se centran en la condición física del tamaulipeco y articula dichas analogías y metáforas respecto de la pérdida de la mano en tres temas principales: la fundación del Banco Nacional cuyos intereses y beneficios estaban manejados por agentes extranjeros, la deuda externa con Inglaterra y la relación contradictoria de los líderes liberales con los lujos y los inmuebles de Maximiliano I, quien durante su breve administración se encargó de embellecer, dar pompa y llenar de lujo los recintos oficiales como el Palacio Nacional, ocupados posteriormente por liberales que lejos estuvieron de renunciar a dichos lujos y por el contrario, como Manuel González hizo, se regodearon en la crápula del gasto desmesurado de los recursos públicos<sup>119</sup>. Dice de Manuel González:

Así, con cuatrocientos mil pesos entrados de pronto en su caja particular, un marmitón parisiense en su cocina, algunas cajas de buen Cognac y buen Burdeos en su bodega, y, enganchados á su carruaje dos caballos de tan soberbia estampa como los más arrogantes que puedan trotar en París por la calzada de los Campos Elíseos, con todo eso se sintió feliz, inmensamente feliz ¡Desgraciado! Fué poco después, cuando empezó á sangrarle el muñón...

---

<sup>118</sup> Esto lo sostiene Almendaro Setién en la tesis *La carreta militar de Manuel González en el Ejército Conservador (1846-1861)* (2005). Esto también lo menciona Villegas Revueltas (2003): “Durante la guerra de Reforma, el oficial conservador Manuel González había militado bajo las órdenes de José María Cobos y de Leonardo Márquez, haciendo de los territorios del Estado de México, Puebla y Oaxaca los lugares donde en diversas ocasiones se enfrentó al coronel Porfirio Díaz. Años después, su esposa Laura Mantecón, oaxaqueña de prosapia, lo convenció para que se acogiera al indulto del presidente Juárez que tenía por objetivo el de sumar fuerzas para combatir al ejército francés; quedó el coronel González bajo el mando del ya general Díaz. Los dos fueron hechos prisioneros en Oaxaca, luego se escaparon, y ya en pleno avance republicano ambos participaron en Miahuatlán y en la batalla del 2 de abril” (Villegas Revueltas, 2003, p. 186). González, según menciona Vieyra, hizo todo lo posible por ocultar su “origen español” y conservador, ya que esto contradecía los principios republicanos y el mito del ascenso del héroe liberal venido de la pobreza.

<sup>119</sup> Quevedo insistió en los rasgos españoles de González y aseguró que éste tenía raíces en la península Ibérica, lo cual usó como vehículo emocional para el lector mexicano que seguramente despreciaría dicha ascendencia. Hay que recordar que parte del “mito liberal” y el discurso en boga era el del origen humilde y mestizo de sus próceres. Lo mismo sucedería con Porfirio Díaz, pero desde otra primicia.

La fortuna le había enfermado, la fortuna le seguirá precipitando. (Quevedo y Zubieta, 1885, p. 30)

El libro es basto en mencionar todas las calamidades en la administración de González, incluido el terrible destino de los inmigrantes italianos condenados en la Hacienda de Barreto<sup>120</sup> hacia 1882, donde cientos murieron al llegar debido a las condiciones paupérrimas del viaje en tren y el resto al sufrir bajo un régimen de esclavitud. “El poeta Virgilio hubiera tomado á Barreto por vestíbulo de los infiernos” (Quevedo y Zubieta, *Manuel González...* p. 50) dice el escritor de Jalisco. Sin duda la terrible descripción de estos hechos tuvo como motivación principal denunciar en Europa las atrocidades del gobierno gonzalino. Sin embargo, hay una doble enunciación discursiva, ya que mientras trata de usar la tragedia de los inmigrantes italianos en Barreto como dispositivo de crítica, al mismo tiempo expresa sentimientos ciertamente xenófobos:

A México vienen pocos de esos judíos de aventura, porque la gran columna de ellos, bifurcándose en el Atlántico desfila desde Europa preferentemente hacia Nueva York y Buenos-Aires. Pero cuando, por caso raro, llega á México un emigrante sin patria, judío ó polaco, se aclimata en nuestro suelo de tal suerte que parece echar en él raíces y no poder vivir sin el jugo mexicano. Se hace al pulque, según reza una frase popular, y la razón es obvia: se les arma en poco tiempo personajes como en la venta manchega se armó en poco tiempo caballero á Don Quijote. No tienen más que presentarse, ostentar su cara bermeja y dejar oír su acento ultramarino para ser admitidos á la audiencia benévola y aun al trato íntimo de los grandes, de Palacio. (Quevedo y Zubieta, 1885, p. 16)

A esto se contrasta cierto aire nacionalista que sólo intenta provocar en los lectores mexicanos desprecio hacia lo extranjero, haciendo cierto énfasis en el saqueo económico que se hacía del país, pero manteniendo, al mismo tiempo, las relaciones con la prensa española en neutralidad. Es decir, que el texto es un dispositivo retórico que busca, por un lado, enardecer de manera

---

<sup>120</sup> La Hacienda de Barreto, en Morelos, fue un lugar donde se establecieron inmigrantes italianos y formaron colonias de trabajadores. Martínez Rodríguez (2010) menciona que: “La primera de ellas se estableció en 1881 en el rancho El Refugio, jurisdicción de Huatusco, en el estado de Veracruz. Más tarde, el director de la colonia buscó ampliarla adquiriendo los terrenos del rancho de Socapa, en Huatusco, propiedad de Florencio Suarez. La colonia se denominó Manuel González y se formó, aproximadamente, por 428 italianos, como señala un telegrama recibido en Veracruz el 19 de octubre de 1881: “Conduce el vapor Atlántico 428 personas que componen 88 familias -45 familias tirolesas, 19 de Lombardia y 24 del Véneto.” Particularmente en esta colonia, los italianos recibieron lotes con una extensión aproximada de diez hectáreas repartidas en tres zonas distintas, de primera, segunda y tercera calidad de la tierra” (p. 114) Martínez Rodríguez no menciona las condiciones paupérrimas que tanto refiere Quevedo y Zubieta, pero afirma que muchos inmigrantes italianos, al cabo de los años abandonaron las colonias. Salvador redacta su texto de acuerdo con la realidad que presencié durante los dos primeros años de gobierno de González. Nada más. Durante su exilio en 1883 pudo ser testigo de la dimensión internacional que cobró México bajo el gobierno de González, quien promovió la colonización, el comercio, la banca y las concesiones ferrocarrileras, pero seguramente toda esa información fue filtrada a conveniencia para su construcción retórica.

muy efectiva los sentimientos del lector mexicano y extranjero en contra únicamente de Manuel González, sus socios y sus aliados. Al igual que Bulnes, el discurso histórico de Quevedo y Zubieta resulta maniqueo, manipulador y parcial, limitándose a las diatribas, las polémicas y los encontronazos. Hace pasar su manifiesto de oposición política como un “libro de historia”, logrando, en cierto modo, no sólo que las preferencias políticas del momento se inclinaran a Díaz, sino que en el extranjero (donde se publicó parcialmente en diversos diarios) se reprobara a Manuel González, dejándolo muy mal parado en la opinión pública. El discurso histórico se vuelve, en el caso de Quevedo y Zubieta, un dispositivo político ficcional abiertamente beligerante y no un dispositivo de estudio científico<sup>121</sup>; es un “mecanismo de ficción” tal y como lo describe Hayden White (2003). El mismo Quevedo y Zubieta admite que:

El historiador, en este caso, más que determinar y aclarar cifras y nombres, quisiera dejar en blanco esta página, como si sintiese que tales cifras combinadas con tales nombres mancharían el papel á manera de salpicaduras de lodo. Secretas esas cifras como todo lo que es vergonzoso y tiene horror á la luz, no es posible fijarlas ni mucho ménos comprobarlas. No siempre se sabe que por un plato de lentejas ha vendido Esaú su derecho a la primogenitura. (p. 23)

¿Cómo es posible que un autor provinciano tan relativamente joven, de pronto, tuviera tanto poder para publicar y distribuir un libro como este? En primer lugar, habría que considerar que Salvador Quevedo y Zubieta tenía fuertes relaciones con la Imprenta Ch. Bouret en París y México, con la que podía publicar de manera independiente, tanto él como otros autores (incluidos Genaro García, Francisco Bulnes y otros más mencionados anteriormente). Dicha imprenta gozó de un financiamiento resulta difícil de precisar, y formó parte de los esfuerzos que se hicieron desde diferentes frentes políticos, como el de Emilio Castelar, Ramón Corona, Ignacio Vallarta o Porfirio Díaz, para dar un rostro a México en Europa. Si atendemos a lo que Lilia Vieyra sostiene en los dos textos que se han citado anteriormente, fue Porfirio Díaz quien patrocinó y usó hábilmente a Quevedo y Zubieta como agente discursivo en contra de González y eso explicaría las facilidades que tuvo también para publicar y establecerse sin problemas en

---

<sup>121</sup> Según Vieyra (2017), Quevedo y Zubieta “documentó su obra en los testimonios de políticos mexicanos que habían colaborado en el gobierno de González, pero que tuvieron algunos roces con el presidente y abandonaron el cargo. Este aspecto deja ver que los datos redactados por Quevedo en torno a González se basan en versiones de personas que podían falsear la imagen del mandatario debido al rencor de haber sido separados de sus funciones. Salvador menciona, entre ellos, a Francisco Landero y Cos, Vicente Riva Palacio, Jesús Fuentes Muñiz, Alfonso Lancaster Jones, Tiburcio Montiel y Antonio García Cubas, así como a Diódoro Batalla, Carlos Basave, Enrique Sort y Enrique M. de los Ríos, jóvenes estudiantes que se mostraban inconformes con los arreglos que González hacía de la deuda inglesa”. (p. 106) Es decir, que si sirvió de fuentes para asegurar lo dicho, empero, mantiene dichas fuentes en la opacidad.



Europa durante sus “exilios” y que hacia 1890 se volviera parte del régimen, gozando de apoyos para sus estancias como estudiante de medicina en París y posteriormente cónsul de Santander.

Los actos de González, referidos por Quevedo y Zubieta, permiten anotar que recibió la ayuda financiera de Díaz para publicar su libro, cuyo contenido desestabilizaba la imagen del mandatario y evitaban que se colocara en el interés del electorado para ocupar por segunda ocasión la presidencia del país. Con las cuatro biografías, queda de manifiesto que González, lejos de gobernar de acuerdo con los dictados de su compadre Díaz, ejerció una administración independiente y, en múltiples casos, sorteando los elementos de inestabilidad que su compañero y antecesor le puso en el camino. (Vieyra, 2017, p. 111)

Tras la derrota de González en las elecciones Porfirio Díaz retomó el poder en México, iniciando otro periodo en la escritura de Salvador Quevedo y Zubieta.

#### **3.2.4. Las biografías del General Porfirio Díaz**

El caso de sus libros históricos alrededor de Porfirio Díaz es muy similar y sólo puede entenderse por medio de las complicadas relaciones políticas de Quevedo y Zubieta con el poder. *Porfirio Díaz. Ensayo de Psicología Histórica* (1906) y *El Caudillo* (1909), éste último como una suerte de continuación del primer libro, fueron dos obras escritas por Quevedo y Zubieta y cuyo tema era el General Porfirio Díaz y su papel histórico en la vida política mexicana. El primer libro salió a la luz después de la publicación de *Memorias del General Porfirio Díaz* (1892) un libro que se hizo pasar como una autobiografía de Porfirio Díaz, pero que en realidad fue escrita por Matías Romero<sup>122</sup>. Aun así, la enunciación es en primera persona y el autor se asume como si fuera Díaz: “Nací en la ciudad de Oaxaca el 15 de septiembre de 1830. Mi padre fue José Faustino Díaz y mi madre, su esposa, Petrona Mory (sic). Aunque de origen español, mi padre era de lo que llamaríamos raza criolla” (Romero, *Memorias...* p. 12) Cabe destacar que el nombre materno en este libro es “Mory”, la variante andaluza, como lo escribió Huberto Howe Bancroft en *Vida de Porfirio Díaz* (1887) una de las primeras biografías del general. La principal diferencia en estos dos textos son sendas omisiones y alteraciones de datos en una y otra; tantas que resultan interminables y poco fructíferas para su análisis. Lo importante, para este trabajo, es comprender que Salvador Quevedo y Zubieta se sirvió de estos huecos en la vida privada de Díaz para articular el tema de sus libros y que no es otro que el del “verdadero” origen de Díaz y su papel en la historia de México. *Porfirio Díaz. Ensayo de*

---

<sup>122</sup> Para esta investigación no se revisó la versión de 1892 en la que el autor es supuestamente Porfirio Díaz, pero hubo una reimpresión de 1922 donde ya se menciona a Matías Romero como el autor y es la única disponible.

*Psicología Histórica* abarca muchos periodos y acontecimientos en la vida del héroe de la Batalla del 2 de abril, pero nos detendremos en tres, que son los principales golpes que Quevedo y Zubieta quiso atestar en la imagen de Díaz:

### **3.2.4a. La fecha de natalicio y el origen familiar del General Porfirio Díaz en palabras de Salvador Quevedo y Zubieta**

Salvador Quevedo y Zubieta exhibe por medio de una hipótesis un tanto descabellada, aunque plausible, la posibilidad de que la fecha de nacimiento del general oaxaqueño no fuera el día 15 de septiembre sino el 14. También hace énfasis en señalar que no era mixteco puro y que su familia tenía un origen criollo español, algo que ya había expuesto insistentemente sobre Manuel González. Esto obviamente orquestado con el fin de desacreditar a Díaz y las celebraciones de Independencia coincidentes a su natalicio. También, como lo quiso hacer con el “Manco de Tecuac”, desmitificar al héroe liberal de origen humilde. El libro inicia así:

“En la ciudad de Oaxaca, a los quince días del mes de septiembre de 1830 nació un niño bautizado con el nombre de Porfirio. — Padre, José Faustino Díaz. Madre, Petrona Mori...”

Diversas biografías, copiándose las unas de las otras, consignan uniformemente esos datos, sin considerar el error, tan frecuente en este bajo mundo, puede deslizarse desde esa primera frase de la primera página. Transcribamos el Acta o *fe de bautismo* que dichos biógrafos no se han dado la pena de publicar ni consultar.

“Un sello al margen que dice: PARROQUIA DEL SAGRARIO METROPOLITANO. — OAXACA. — El suscrito, cura del sagrario Metropolitano, certifica en debida forma : que el libro 77 de bautismo celebrados en dicha parroquia, folio 164, se registra la siguiente partida que a la letra dice:

“En la capital de Oajaca, á quince de septiembre de mil ochocientos treinta, Yo el teniente, Bauticé solemnemente á José de la Cruz Porfirio, hijo legítimo de José de la Cruz Díaz, y Patrona Mori; abuelos paternos, José Manuel Díaz, y Ma. Catarina Orosco; Maternos, Mariana Mori, Tecla Cortés,; fue padrino el señor Cura de Nochixtlán, Lic. D. José Agustín Domínguez á quien recordé su obligación y lo firmé con el S.C.S. Luis Castellano. Rúbrica. José Ma. Romero. Rúbrica. Al Margen : 847; 697; tachado; José de la Cruz Porfirio.” Es copia fiel de su original á que me refiero. Sagrario Metropolitano, Oaxaca, Agosto once de mil novecientos cuatro”. (Quevedo y Zubieta, 1906, p. 26)

Esta supuesta transcripción de la fe de bautismo difiere en muchos datos de la otra transcripción que hace Matías Romero en *Memorias del General Porfirio Díaz*.

«Secretaría del Estado Libre y Soberano de Oaxaca. Sección de...

«Una estampilla de cincuenta centavos cancelada debidamente con un sello negro que dice: — Parroquia del Sagrario de Oaxaca. Sagrario de Oaxaca, abril 26 de 1888. Registro. Libro 77. Folio 164. Partida 847. El Presbítero Juan María Muñozcano. Cura interino de la Parroquia del Sagrario de esta Santa Iglesia Catedral de Oaxaca. Certifico en debida forma: Que en el archivo parroquial que es a mi cargo se encuentra el libro setenta y siete (77) de bautismos en el que a folios ciento sesenta y cuatro (164) frente, se lee la partida ochocientos cuarenta y siete (847) del tenor siguiente:

«—En la Capital de Oaxaca, a quince de septiembre de mil ochocientos treinta. Yo el Teniente bauticé solemnemente a José de la Cruz Porfirio, hijo legítimo de José de la Cruz Díaz y Petrona Mori, abuelos paternos Manuel José Díaz y María Catarina Orozco; maternos Mariano Mori y Tecla Cortés, fue padrino el Señor Cura de Nochixtlán, Lic. Don José Agustín Domínguez a quien recordé su obligación y la firmé con el S. C. S.—Luis Castellanos. Rúbrica. —José María Romero. Rúbrica. —Al margen. —847. —José de la Cruz Porfirio. —Y a petición de la parte legítima expido el presente testimonio de la expresada partida, copiándola fielmente del original a que me remito. —Sagrario de Oaxaca, abril 26 de 1888. —Juan María Muñozcano. (Matías Romero, 1922, p. 490)

¿Por qué dos transcripciones diferentes? Hay que recordar que la primera publicación de *Memorias* escrita por Matías Romero data de 1892, y sólo se imprimieron cien ejemplares para que amigos o admiradores de Díaz la leyeran, por lo que resulta difícil corroborar la fuente original y esta investigación se apega a la versión de 1922. La versión de 1922 tiene una introducción del propio autor quien pudo, hasta ese momento, reconocer con relativa tranquilidad su autoría. Empero, lo realmente interesante es que, como se podrá observar, en el documento que publicó el Periódico Oficial en 1888, que es de donde bebe la fuente de Matías Romero, no se informa cuándo nació Porfirio, simplemente se anota la fecha en que se bautizó. Esta es, para Salvador Quevedo y Zubieta, la principal evidencia que sostiene su hipótesis sobre el natalicio de Díaz y que va a utilizar como dispositivo retórico y pilar argumentativo.

## ERRORCITOS

Este documento, sólo afirma que Porfirio fue bautizado el 15 de septiembre de 1830, pero no que nació el mismo día... Razones hay para creer que nació uno o algunos días antes. Sabido es por varios viejos oaxaqueños, íntimos amigos de la familia Díaz que el nacimiento fué *en la noche*. 1a. No es racional suponer que la misma noche, con una precipitación y á una hora insólitas, haya sido llevado á la Parroquia para un bautismo de urgencia (Esta urgencia ó precipitación del bautismo entraña cierta pugna con el adverbio solemnemente); 2da. El padrino fué Dn. José Agustín Domínguez, Cura de Nochixtlán, antiguo amigo de la familia Díaz, obligado á vivir en Nochixtlán... ¿Cómo pudo jamás venir al bautizo la misma noche del nacimiento? Suponiendo que por casualidad haya estado esos días en Oaxaca ¿se pudo así como así llamar á un Señor Cura de Nochixtlán para que se apresurase á llevar inmediata y solemnemente al niño á la fuente bautismal? Sólo un peligro inminente de la vida del niño pudo justificar esa precipitación. No hay ningún indicio de eso, sino al contrario, de un nacimiento fisiológico. (Quevedo y Zubieta, 1906, pp. 26- 27)

Hay una nota al pie de página más adelante donde Quevedo y Zubieta dice “La verdad es que el general Díaz, forzado por la elección que de ese día hicieron los amigos para festejarle, lo ha admitido como la fecha convencional de su nacimiento, sin desconocer por eso el 14 de Septiembre como la fecha real” (p. 27). No es posible asegurar si la información que proporciona Quevedo y Zubieta es verídica o no, o si la supuesta transcripción que hace de la “verdadera fe bautismal” de Porfirio Díaz es real, sobre todo, porque para precisamente crear esa duda se basa en contradecir a Matías Romero, quien también tiene como fuente un documento poco confiable como el ya mencionado expedido por el Periódico Oficial en 1888. Lo verdaderamente importante para este trabajo es hacer evidente las intenciones retóricas de Quevedo y Zubieta, quien, nuevamente, vuelve a usar la pluma como dispositivo discursivo político. No es posible escudriñar cuál fue la intención o necesidad real de este texto, pero lo que sí es que hace evidentes las imprecisiones de los estudiosos y biógrafos de Porfirio Díaz de la época. Entre esas imprecisiones destacan los orígenes de la familia Mori o Mory<sup>123</sup>, que distaba de ser mixteca y, por el contrario, tenía un origen español muy rastreable.

Para ese momento había ya algunos textos, sobre todo extranjeros, que habían estudiado y biografiado a Díaz: *Vida de Porfirio Díaz* (1887), de Howe Bancroft; *Mexico Illustrated, Federal District. Biography of General D. Porfirio Díaz* (1903) de John Reginald Southworth;

---

<sup>123</sup> Según Quevedo y Zubieta: “El Mory de Bencroft y otros, con y es una adulteración sajona” (Quevedo y Zubieta, *Porfirio Díaz...* p.30)

*Porfirio Díaz. Soldado y estadista* (1904) de John W. Foster. *Mexico: Das Land Und Seine Leute* (1900) de Heinrich Lemcke. Tanto Bancroft como Southworth aseguraron, con cierto grado de imprecisión, que Porfirio Díaz tenía una ascendencia andaluza y no era precisamente indígena mixteco. Foster cae en un lugar común y refiere que “su madre fue una zapoteca pura”. Quevedo y Zubieta explica que estas fuentes cometen contradicciones y errores, dice de Howe Bancroft:

“El padre de Petrona Mory, asturiano, cruzó el océano a mediados del siglo XVIII...” y casi a renglón seguido: “uno de sus hijos (de ese emigrante) Mariano vivía a principios de este siglo en la villa de Todocomo (no hay tal Todocomo!) con su esposa Tecla Cortés, y de esa unión había tenido una hija llamada Petrona Mory (1). (Contradicción según la cual “el asturiano que cruzó el océano a mediados del siglo XVIII” resulta primero padre, luego abuelo de Petrona Mory). (pp. 30-31)

Continúa señalando a los otros biógrafos y sus “errores”:

Southworth. — *Mexico Illustrated. Federal District. Biography of General D. Porfirio Díaz*. Liverpool, 1903. “The mother of Porfirio Díaz was Dña Petrona Mory, her asturian father having married a mixteca”, lo cual implica la afirmación falsa de que Porfirio Díaz es nieto directo de un asturiano.

*Lemcke. Mexico. Das land und seine leute* (El país y su pueblo). Berlín, 1900, obra escrita en alemán de la cual traducimos: “El padre de Porfirio descende de una familia asturiana; la madre era de origen indio”. Con lo cual se consuma el trastorno del árbol genealógico, cuyas ramas paternas acaba por robar la maternas su dirección hacía Asturias. (pp. 30-31)

Quevedo y Zubieta, súbitamente, cambia el tono documental y pasa a una prosa muy estilizada para describir la tierra de Nochixtlán, concretamente el pueblo Yodocono, de donde era originaria la familia materna de Díaz. Este cambio, obviamente, tiene como objetivo desplazar al lector a un paraje idílico, humilde e indígena que contraste con los supuestos orígenes europeos de Díaz, haciendo confusos los sentimientos del lector hacia el general. Esta intencionalidad tonal está tan bien lograda que resulta muy convincente y anuncia el estilo que va a impregnar en sus novelas del siglo XX, una mezcla de realismo y observación científica muy estética, dándole atributos al espacio que sobrepasan la objetividad:

La Estación de El Paríán (Ferrocarril México del Sur) á 57 kilómetros de la Ciudad de Oaxaca, está hundida en estrecho desfiladero. Un riachuelo corre cerca de la vía sobre lecho arenoso. Á

la derecha, (viniendo de Oaxaca) la muralla se eleva empinada como una muralla natural; á la izquierda, el escarpe, no tan brusco, deja espacio para un grupo de chacales y el primer peldaño de una cuesta que conduce hacia arriba en giros complicados.

El Parián no es más que una *cañada* de la montañosa Mixteca, que empieza a erizarse desde la próxima estación *Las Sedas*.

Hay que abordar la montaña á caballo por su lado accesible. Ni quien piense en coche!... Si éste fuera posible, la Mixteca dejaría de ser ella misma.

La cuesta se desarrolla de monte en monte, con unos cinco metros de anchura promedio. Cuando al cabo de una hora de trepar al paso lento del caballo que suda, se llega á la cumbre, siéntese una especie de mareo de montañas... Los ojos buscan de instinto horizontes libres... en vano! Nuevas cimas á lo lejos en sucesión tal que sugieren la idea de escalos fantásticos al infinito. Pero el terreno cambia, la vegetación que se observó a la subida, Ya no palmas reales de hojas abanicadas, ya no cactus (tunillas) erigiendo su penca solitaria ó en múltiples ramos de candelabro. El suelo calizo, yesoso en partes, cuarzoso a trechos, se cubre apenas de espinos y enebros. El sol reverbera sobre los tersos trozos silíceos donde el caballo resbala a menudo... Felizmente para el viajero, aparece de improviso un espacio arbolado!... Sorpresas de la Mixteca! Á la orilla del erial, un caserío cuyo techos de palma caldeada por el sol, negrean entre bosquecillos de granados, nísperos, sabinos y frondosas anonas. (pp. 38-39)

Para Quevedo y Zubieta, el espacio y el paisaje se vuelven el tema central de su prosa. Esto es evidente tanto en sus libros de memorias, como sus textos históricos, como en sus novelas. Su exploración del espacio y el paisaje, ya sea desde una minuciosidad morfológica que enuncia sus pretensiones científicas y entrecruza con metáforas y analogías poéticas muy bien logradas, creando un equilibrio entre el sentido objetivo y subjetivo de su prosa. El libro, entonces, transcurre entre dicha prosa estilizada y los datos históricos, el contenido documental e historiográfico, en el que incluye, fotografías reales del pueblo de Yodocono, además de unas supuestas fotografías de las propiedades familiares de Petrona Mori, sin duda, puestas ahí con una doble intención: complementar sus extensas intervenciones prosistas y evidenciar la prosperidad de la familia Mori, de la que dice Quevedo y Zubieta era de “relativa riqueza” (p, 29), para después decir “No queriendo el autor de este libro añadir nuevos motivos de confusión evitará detallar el abolengo más allá de ciertos puntos que conviene fijar” (p, 31). Esto

obviamente en un tono irónico<sup>124</sup> ya que las intenciones del autor no son otras que abundar a las contradicciones sobre el origen de Díaz, para poder crear más controversia y desdibujarlo como héroe mítico de las República Liberal surgido de la pobreza, cosa que ya había hecho con mucho éxito en el libro dedicado a Manuel González. La principal diferencia entre textos es que a Porfirio Díaz no le increpa de maneras tan agresivas y termina haciendo un documental textual y gráfico muy preciso y bien logrado de la zona mixteca, Magdalena de Yocondo, de dónde era oriundo Díaz. Quizá esta fue la razón, aparte del sentido humano con que retrata al general, en sus victorias y derrotas, que este texto terminaría teniendo una segunda parte con el consentimiento de Díaz en 1909; firmado ya, por Salvador Quevedo y Zubieta, quien salía del anonimato.

### **3.2.4b. Los altibajos de Porfirio Díaz en su carrera militar**

El autor hace énfasis en promover los altibajos militares de Díaz y exhibe los que considera tergiversaciones de Huberto Howe Bancroft<sup>125</sup> y Matías Romero. Hace hincapié en diversos eventos como su degradación de comandante al capitán en 1857, durante los movimientos del Plan de Ayutla. De ahí a las heridas que sufrió en combate siendo capitán. Es muy importante señalar la doble intención discursiva del texto, ya que por un lado presenta Porfirio como un militar joven poco valioso durante su primer ascenso en la carrera militar y deja de llenar de elogios al futuro general, como la mayoría de los textos biográficos hasta ese momento, probando que era un hombre vulnerable con altibajos, tanto como civil como militar; sin embargo, al mismo tiempo, muestra una faceta estoica y valiente de Porfirio Díaz a pesar de la derrota o las frustraciones profesionales. Quevedo y Zubieta dice: “Hasta el 3 de diciembre de 1856, el subprefecto ixtleco, a pesar de su guardia serrana y sus salidas militares fue un capitán irregular a semejanza de su padre. Dn. José de la Cruz... En tal fecha su grado de capitán fue legalizado por el siguiente despacho” (pp. 155-156). Después de estos dichos Quevedo muestra la transcripción de un reporte donde se asigna el puesto de capitán a Porfirio Díaz, que había

---

<sup>124</sup> Estas notas de ironía se notan en el párrafo anteriormente citado, donde dice “uno de sus hijos (de ese emigrante) Mariano vivía a principios de este siglo en la villa de Todocomo (no hay tal Todocomo!)” (p.30). El pueblo se llama Yodocono, pero Quevedo y Zubieta hace varios señalamientos para ridiculizar a Howe Bancroft y su desconocimiento del mixteco (Yodocono significa “Barranca honda”). A esto suma otras notas irónicas para atacar al mismo autor en sus impresiones genealógicas: “Contradicción según la cual “el asturiano que cruzó el océano a mediados del siglo XVIII” resulta primero padre, luego abuelo de Petrona Mory” (p, 30).

<sup>125</sup> A quien vuelve a corregir en tono irónico: “Dice el historiógrafo de San Francisco (Cal) M. Howe Bancroft: ‘Por el tiempo que ocurría la entrada de Álvarez a México, Herrera ocupaba Oaxaca acompañado de Porfirio, cuyos servicios fueron premiados nombrándole jefe político del Distrito de Ixtlán’. Así se escribe la historia de Oaxaca en California? No, Mr. Howe!. El pobre cabecilla Herrera cuya fuerza se acabó en la dispersión de Teotongo, llegó a Oaxaca -al derrumbe de Santa Anna; pero no fue más que ocupar la tumba, porque a poco de llegar, murió vulgarmente de tifo” (Quevedo y Zubieta, *Porfirio Díaz...*, p. 150) Es importante como a lo largo del texto Quevedo y Zubieta va a contradecir muchas de las fuentes biográficas de Díaz escritas hasta ese momento.

sido anteriormente comandante, lo que supone una degradación y un recorte de sueldo de 130 a 150 pesos hasta solo 60. Posteriormente dice:

¿Cómo puede ser nombrado Capitán, ocho meses después de haber sido nombrado Comandante? Es que no aceptó ni hizo tomar razón del primer despacho, expedido á raíz del triunfo contra García... Motivos privados en los cuáles entraba el deseo de no postergar a un íntimo y celoso amigo suyo — el capitán Joaquín Ortiz — determinaron esa no aceptación. Porfirio volvió a su montaña Ixtleca donde permaneció ocho meses o poco menos. (p, 157)

Sin embargo, más adelante concluye diciendo que Díaz salió airoso de esos eventos, como se ha mencionado, evidenciando dicho doble discurso:

La idea arraigada en aquella época de continuas guerras era que los buenos grados debían ganarse con sangre. Porfirio, no herido todavía, reconocía en su despacho la falta del sello de sangre que imprimen virtualmente en su margen las salpicaduras del combate. De ahí el vacío, y el agitarse en busca de heridas, preocupación de joven soldado. (p. 159)

El texto continúa más adelante con escenas importantes en la vida de Díaz durante la Invasión Francesa.

### **3.2.4c. La fuga de Porfirio Díaz tras su captura en Puebla.**

Uno de los aspectos más interesantes del acercamiento que hace Quevedo y Zubieta en su obra sobre el tema de la Batalla de Puebla es que no deja de elogiar a las fuerzas mexicanas y se encarga de ridiculizar a, por ejemplo, el Conde de Lorencez a quien llama “Conquistador frustrado” (p. 306). Resultaría muy extenso hacer un análisis completo del texto, por lo que para efectos de este trabajo se debe hacer hincapié en las motivaciones retóricas de Quevedo y Zubieta y no precisamente en la veracidad de los hechos históricos que narra. Como se ha dicho, el libro se encarga de contrastar diferentes fuentes que hablan de los sucesos que rodearon las hazañas militares de Porfirio Díaz, aunque no puede establecerse si son para elogiar a Díaz o si son para desmentir a sus biógrafos anteriores, ya que el mismo tono del libro resulta tendencioso. De Napoleón III hace una metáfora en el plano de las ciencias médicas al describir su invasión y sus proyectos expansionistas como un cadáver en un anfiteatro. Cosa muy similar al tema de la amputación en Manuel González para hacer analogía de la corrupción. Las intervenciones científicas y las continuas analogías sobre temas galenos serán más comunes en sus novelas del siglo XX: “Cuando una morbosidad complicada nos arroja a su víctima a la plancha de autopsia, sucede que cada órgano enfermo podemos erigir una teoría



racional acerca del *mecanismo de la muerte*. Así también cuando una dinastía cae, muchas teorías históricas se levantan... tantas cuantas sean los elementos causales que se consideran en el *mecanismo de la caída*. El derrumbe de la dinastía napoleónica en Francia ha dejado tras de sí un sinnúmero de teorías” (p. 261). Respecto de estas “teorías”<sup>126</sup> que cita el autor sobre las causas de la caída del Imperio de Napoleón III, una es la *teoría mexicana*, que explicaría el derrumbamiento de las dinastías napoleónicas y de los Habsburgos debido a la Batalla del 5 de mayo, que Quevedo y Zubieta insistirá en llamar el “Waterloo de Napoleón III” (p. 263). Dicha “teoría” reza, según Quevedo y Zubieta, que “si Napoleón cayó y con él la Francia de 1870, porque de 1862 a 1865 la expedición intervencionista de México estuvo pecuniaria y militarmente a su pueblo: es la teoría MEXICANA profesada por pensadores de primer orden: Emilio Castelar, Thiers, Julio Favre, etc” (p. 259). Para dichos pensadores, empero, esta *teoría mexicana* va en detrimento de Europa, más que en gloria para México, por lo que no es muy clara, en un principio, la intención de Quevedo y Zubieta. De las opiniones de Castelar, por ejemplo, resalta: “la bandera napoleónica deshonrada en los desastres de México” y “la fugaz corona de Maximiliano que, al rodar por los suelos se lleva consigo nada menos que la corona de Napoleón” (p. 261). O la de Thiers que dice: “la guerra de México costaba 12 millones francos por mes” (p. 261). Y Favre que: “El valor y heroísmo de nuestros soldados obtuvieron victorias estériles” (p. 261). Quevedo apunta que, para la prensa alemana, que gozaba en ese momento el triunfo de la Guerra Franco-Prusiana la *teoría mexicana* fue bien recibida (quizá debido a la animadversión de los germanos hacía Francia en ese momento); el autor traduce parte del libro *Der Nationalkrieg gegen Frankreich von Oskar Hocker-Liepzig 1900*:

En la ardiente zona tropical la estrella de Napoleón palideció más y más su autoridad en el ejército y la confianza de su pueblo en su feliz destino, se debilitaron como si esa autoridad y esa confianza dependieran condicionalmente de la victoria en México. Con este primer desastre comienza el abatimiento de la dinastía napoleónica. La tragedia de Querétaro arrojó su sombra sobre el Océano, hasta el resplandeciente París y el recuerdo del sacrificado Habsburguer. (p. 262)

El hecho de que Quevedo y Zubieta contraste opiniones, fuentes y mencione la dichosa *teoría mexicana* sólo es para reforzar que Porfirio Díaz estaba de acuerdo en que algo similar sostenía

---

<sup>126</sup> El autor no es muy claro respecto de las otras teorías que pudieran explicar de manera histórica la caída de Napoleón III, lo que hace suponer que sólo intenta poner las fuentes de la época en dinamismo con su texto y su discurso.

las causas liberales que triunfaron en la expulsión de los franceses. Cita entonces las memorias de Matías Romero, que supuestamente había escrito Díaz<sup>127</sup>:

La intervención francesa en México constituye una segurísima lección para los gobiernos que atenten contra la autonomía de los pueblos más débiles y para los ciudadanos de un país que se unen al ejército invasor. Su resultado fue desastroso para todos los que tomaron parte en ella, sin distinción de categorías ni nacionalidades. Á Napoleón le costó el trono, á la Francia la terrible humillación de retirar su ejército ante la amenaza de los Estados Unidos, sabiendo bien lo que le esperaba a su protegido, y la vida de Maximiliano. (p. 262)

El tema de la “teoría mexicana” sólo sirve para mostrar el discurso oficialista respecto de la expulsión de los franceses y el papel de Díaz como héroe y prócer de la patria, aunque no es muy claro si está a favor de ese oficialismo o no. Más adelante, en el Capítulo III, “Algunas verdades Extra-oficiales y Anti-poéticas”, Quevedo y Zubieta habla de algunos pormenores de la Batalla de Puebla, citando los partes militares de Zaragoza, el General Colombres y al mismo Porfirio Díaz, respecto de la temeraria carga de caballería con la que se liquidó al ejército francés, al punto de citar a un historiador de nombre Manuel Santibañez diciendo que “era segura la destrucción del ejército francés en su fuga vergonzosa” (p. 296). No obstante, el escritor jalisciense vuelve a retomar contra Díaz (en un sentido indirecto y apelando al sentido histórico) al hablar de ciertas verdades que provienen de “investigaciones personales”. Dice:

Habla el autor:

Investigaciones personales (en otras fuentes contemporáneas del hecho me han concluido a introducir nuevos detalles del hecho) me han conducido á introducir nuevos detalles... El oficial de órdenes que llevó a Porfirio la primera orden de retromarcha era cierto capitán cuyo aspecto, entonación y ademanes acusaban la ebriedad en más que primer grado. (p. 297)

Si bien esta aseveración sobre el estado de ebriedad de algunos oficiales mexicanos queda justificado por el mismo autor más adelante y la atribuye a la falta de alimento, descanso y como única forma de estimulante, “el organismo fatigado de aquellos fugitivos de Acultzingo, largo tiempo insomnes bien batidos y mal nutridos pedía materiales de oxidación activa” (p. 297), ciertamente no deja de tener connotaciones negativas muy sutiles que hacen evidente una supuesta ineficacia del ejército mexicano. Dicha connotación, muy sutil, no deja de ser controvertida y temeraria teniendo en cuenta el contexto del libro. Salvador Quevedo y Zubieta

---

<sup>127</sup> Matías, Romero, *Memorias del General Porfirio Díaz*, México: Biblioteca Histórica de *El Universal*. p. 208. (1922)

no habla sólo de casos de ebriedad sino de casos de cobardía en las filas: “Verdad: No todo fue valor del lado mexicano”, “Todo un batallón desfalleció” y “Verdad: lo ilógico del triunfo”<sup>128</sup> (pp. 300-301), son frases que están inmersas, casi escondidas, en una enorme retahíla discursiva que no deja claro si el autor está criticando la defensa mexicana o si está justificando algunas actitudes negativas del Ejército Mexicano. También apunta a las cronistas oficiales diciendo: “Estos señores han abusado en sus crónicas de las cargas mexicanas a la bayoneta, cuando sabido es que las bayonetas escaseaban entre nuestros combatientes del 62” (p. 301) para contrapuntar después, citando al autor francés Pierre Lacombe, que habla negativamente sobre la carga de bayonetas en *La Guerre et L’Homme* de 1900<sup>129</sup>: “Cualquier fuerza que resuelve a servirse de la bayoneta está por el mismo hecho á medio camino del triunfo, porque casi siempre el enemigo no acepta la lucha retrocede... (...) Lo único que olvidan o no saben decir es que cuando les ha llegado el turno de ser *cargados* á la bayoneta, se han echado atrás á su turno... Eso no lo toman en cuenta!”. (p. 302). Esto de cierta manera minimiza la actuación de Díaz y de la retirada efectiva de las fuerzas francesas por el empuje de las fuerzas mexicanas. Sin embargo, como se ha indicado, este doble discurso está muy bien construido a modo de que resulte difícil saber si está criticando o justificando la oficialidad discursiva del régimen<sup>130</sup>.

Finalmente, hay detalle que resulta mínimo y discreto en medio de toda la cascada de fuentes, réplicas y contra-réplicas de información. Es un dato tan tímido que pasa desapercibido en el libro, pero que sin duda resultaría un golpe muy fuerte a la imagen del General omnipotente que se había gestado desde la oficialidad del Régimen. Quevedo y Zubieta intenta, por medio de fuentes extraoficiales, investigaciones personales y testigos inasibles<sup>131</sup>, evidenciar el hecho de que Porfirio Díaz no escapó del Edificio Carolino<sup>132</sup> de la ciudad de

---

<sup>128</sup> El autor incluye dos citas, una de Zaragoza, que surge de sus informes militares, y otra de Díaz, de las *Memorias* escritas por Matías Romero. Por un lado, el General en Jefe en Puebla dice: “Nuestra aspiración á la victoria es poco lógica supuesta nuestra desventaja en armamento” (p. 300) y Díaz confirma: “Esta victoria fue tan inesperada que nos sorprendimos verdaderamente con ella” (p.303).

<sup>129</sup> Se infiere que la traducción es de Quevedo y Zubieta.

<sup>130</sup> Respecto de la batalla del 2 de abril resulta interesante contrastar las tres versiones diferentes sobre las hazañas de Díaz durante el sitio en Puebla. En el capítulo “El sitio de Puebla” contrasta las versiones del desempeño en batalla de Porfirio Díaz en tres direcciones: según el texto de Matías Romero *Memorias del General Porfirio Díaz*; el Coronel Carrión en su libro *Historia de Puebla*; y Bancroft de su libro *Vida de Porfirio Díaz*. Este ejercicio de Salvador Quevedo y Zubieta, que se justifica como una intención historiográfica, es sin duda otra estrategia retórica. Sin duda el texto se opone por completo a la invasión francesa y menciona a los “traidores” y a las “comitivas traidoras” que siguieron al sitio de Puebla, pero sin duda, es también un intento por criticar directamente el discurso oficial del régimen.

<sup>131</sup> Como las cartas que supuestamente dejó a sus captores y de las que no hay registros. Entre ellas cuenta las del guardia que vigilaba a Díaz, el teniente Schizmandía, con quien el general oaxaqueño cultivó una supuesta amistad que, es posible, contribuyera a su fuga.

<sup>132</sup> Quevedo y Zubieta menciona dos fugas, una primera fuga de una casa ubicada “en la calle Victoria, número 7, perteneciente a un señor Izunza” (p. 336), tras la derrota en Puebla. La segunda fuga, extraordinaria y que él menciona como poco creíble, en El Carolino en 1865.

Puebla por obra de su ingenio y astucia, sino (señalando discretamente), por el propio Maximiliano I quien, si bien no lo liberó, no hizo nada para evitar su escape. Este argumento, del que no hay pruebas y el autor se fía de documentos inasibles, sospechas y de su propia investigación, sin duda fueron en detrimento de la imagen de Díaz. “Hubo en esa fuga de Puebla algo de automatismo enérgico que ha precedido á los actos trascendentales de nuestro hombre... Ni preparativos meditados, ni cohecho de guardianes, ni previsión de ser detenido y aprehendido con más rigor...” (p. 339). Más adelante observa:

Ha habido muchas dudas sobre la resolución del Problema que Porfirio Díaz se propuso en el Carolino (hoy Colegio del Estado) de Puebla. El Conde de Keratry en su precipitada obra dice á este respecto: “Todo hace sospechar que el mismo emperador Maximiliano arrastrado por un sentimiento generoso, aunque imprudente, había mandado que se facilitase su evasión (la de Porfirio Díaz). (p. 375)

Continúa más adelante:

En la ciudad de Puebla abundan los escépticos que consideran como una fábula su evasión por desprendimiento... “¡Casi salió por la puerta!” (...) La incredulidad ha venido por varios motivos: 1º La altura respetable de las azoteas del Carolino. (...) 2º Las relaciones de varias historias han sido hechas con poca precisión. (p. 375)

A pesar de explicar más adelante que la fuga de Porfirio Díaz fue más que plausible, no deja de ser interesante la exposición de diferentes fuentes que se contradicen y causan en el lector la duda razonable sobre el caso. Salvador Quevedo y Zubieta supone favorablemente el escape de Díaz, pero, por medio de su relato y exposición de ideas, es evidente que busca sembrar la duda en los lectores, sobre todo si estos fueron opositores al régimen. *Porfirio Díaz. Ensayo de Psicología Histórica* no funciona ni como ensayo ni pertenece al plano de la psicología social (o al menos no a lo que conocemos hoy como psicología social pues no aborda ninguna escuela de pensamiento concreta). Más bien es una compilación documental de textos que buscan cuestionar la oficialidad histórica y las diversas biografías de Porfirio Díaz con base en un “sustento científico” que resulta más bien retórico. Se basa fundamentalmente en fuentes que nunca son citadas correctamente<sup>133</sup> o que resultan inescrutables, en las *Memorias* escritas por Matías Romero y en una serie de investigaciones personales que podrían tener o no un carácter ficcional. No debe soslayarse que el libro fue publicado en Francia por un autor anónimo ya

---

<sup>133</sup> Esto es sin duda a propósito, ya que Quevedo y Zubieta había ganado una medalla por precisamente su tesis en medicina.

que resulta obvio la implicación política de todo lo que en éste se vierte y esa es la principal evidencia para suponerlo como un libro que intentó, en su momento, servir a las fuerzas políticas opositoras de Díaz.

Empero, en 1909<sup>134</sup>, el autor publica *El Caudillo*, que es la segunda parte de *Porfirio Díaz. Ensayo de Psicología Histórica*, que para esta fecha ya no era de un autor anónimo y Salvador Quevedo y Zubieta admitía abiertamente su autoría. *El Caudillo*, como segunda parte, reivindica al General Díaz, quien está en la antesala de la Revolución Mexicana y con la figura política de Madero golpeando fuertemente su administración. Los dos libros, que al final forman una sola obra, terminaron siendo ya no una crítica al dictador, sino una apología y acercamiento humano al caudillo militar, cuyos altibajos más que suponer algo negativo, se vuelven a su favor. Salvador Quevedo y Zubieta, quien había demostrado ser políticamente muy voluble y contradictorio “sorprendía” nuevamente inclinándose a la balanza a favor de Díaz, formando parte de su círculo de intelectuales, científicos y diplomáticos (aunque ya lo era desde 1897 cuando ingresó al cuerpo diplomático de México y se desempeñó como cónsul en Santander, España). Esto lo llevaría a ser nuevamente “emigrado” sin siquiera salir de México, ya que fue expulsado de la literatura nacional que emergió de la Revolución y que lo consideró, justificadamente, un porfirista conservador que vivió pegado al poder. Salvador Quevedo y Zubieta, en su papel de “historiador” trató de canalizar los discursos en diversas direcciones con fines meramente políticos, utilizando muchas veces la ficción y los dispositivos retóricos. En los dos casos citados en este trabajo, puede hacerse evidente que los fines que persiguió se lograron muy parcialmente.

### **3.2.5. Libros de memorias: Literatura autobiográfica de Salvador Quevedo y Zubieta**

Hay que regresar un poco en el tiempo, ahora que se comprende cómo se articuló el discurso histórico de Salvador Quevedo y Zubieta. Ahora bien, es necesario exponer que, durante su primer exilio, a causa de los enfrentamientos con Manuel González, en 1883, Salvador Quevedo y Zubieta escribió y publicó *Recuerdos de un emigrado*, una recopilación de historias, en forma de memorias estilizadas, con un enorme refinamiento en el lenguaje, donde se evoca un México muy elegiaco<sup>135</sup> por medio de una prosa poética muy bien trabajada. Publicado

---

<sup>134</sup> En 1908 fue nombrado cónsul en Saint Nazaire, Francia.

<sup>135</sup> Curiosamente, en 1882, Manuel González, nombra a Manuel Payno cónsul en España, en una suerte de exilio privilegiado. Manuel Payno, había tenido mucha injerencia en los movimientos políticos y se promulgó en contra de la Constitución de 1857 y fraguó una conspiración fallida contra Juárez. De esa misma forma, muchos escritores e intelectuales mexicanos fueron comisionados en el extranjero.

originalmente por entregas en el periódico español *El Día*, desde el año 1882, la obra funcionó como el testimonio de un escritor mexicano que acercaba el mundo americano a los europeos. Como se señaló anteriormente el libro fue publicado más adelante en Madrid con un prólogo de Emilio Castelar<sup>136</sup> en el Estudio Tipográfico de los Sucesores de Rivadeneyra, la editorial del rey Alfonso XII de España<sup>137</sup>. Se reedita en 1888, en Imprenta de CH. Bouret<sup>138</sup> y en 1912 nuevamente en España, pero por una editorial menor<sup>139</sup> (ver imagen 9 y 10).

---

<sup>136</sup> Emilio Castelar y Ripoll (Cádiz, 7 de septiembre de 1832-San Pedro del Pinatar, 25 de mayo de 1899) fue un político, historiador, periodista y escritor español, presidente del Poder Ejecutivo de la Primera República entre 1873 y 1874.

<sup>137</sup> Emilio Castelar escribe en su prólogo a *Recuerdos de un emigrado* como fue la conmoción por la noticia de la muerte de Maximiliano I de Habsburgo durante una recepción de Napoleón III. Es importante señalar que es muy perceptible el tono condescendiente y amable de Castelar para con el finado emperador y cierto nivel de reprobación hacia su fusilamiento. Puede ser que este prólogo, escrito por un español, a pesar de ser un consumado liberal, contribuyera a la asociación que se hizo de Quevedo y Zubieta con el Segundo Imperio, y por ende se le calificara de conservador y monárquico, algo que no fue necesariamente cierto. Castelar escribe:

Todavía recuerdo la hora del desengaño y la cara que ponían los poderosos del Viejo Mundo al saber cómo se acababa de caer la fortaleza de sus ilusiones en el Nuevo. Paréceme ver aquella escena en la gran ceremonia del certamen celebrado para repartir los premios conseguidos en la última Exposición Universal por todos los expositores del mundo. La fugaz corona de Maximiliano, al rodar por los suelos, se llevaba consigo nada menos que la corona de Napoleón. El grande tropezó en la vieja España para morir, después de aquel crimen, bajo el sombrío suelo de Waterloo; y el pequeño tropezó en la nueva España para morir, después de aquel crimen, bajo el sombrío cielo de Sedan. La noticia nefasta llegó á la corte de las Tullerías cuando se preparaban los Emperadores para las fiestas del trabajo. En aquella hora última de su poder, como que resplandecía con llamarada más viva el Imperio, por lo mismo que se hallaba más próximo á la muerte. Aún recuerdo, como si la viera hoy mismo, la célebre fiesta, enaltecida por la presencia de innumerables príncipes, entre los que resplandecía y descollaba el principal huésped entonces de Napoleón, el Sultán de Constantinopla, muerto después tan desastrosamente. Se habían agotado los recursos del arte y de la industria sin dar más de sí que aumento de tristeza, pues parecía el palacio de la Exposición, donde acababa de llegar la nueva del desastre de Maximiliano á los oídos de su protector, un gran teatro adornado con todos los esplendores del babilónico lujo imperial y henchido con todas las notas de armoniosa música para celebrar siniestros funerales: que aparecía el Emperador como un frío cadáver, y el Imperio como una fugaz sombra. (Quevedo y Zubieta, *Recuerdos de un emigrado*, 5)

<sup>138</sup> Laura Suárez de la Torre (2018) explica que la Librería de la Viuda de Ch. Bouret fue la editorial más prestigiosa del porfiriato y tendió muchos puentes entre Francia y México: “La famosa librería de la ciudad de México era conocida por el amplio catálogo de libros que ofrecía, por los reputados autores que publicaba, por las novedades editoriales que vendía y por los parroquianos que la visitaban. Al finalizar el siglo XIX, libros científicos, manuales escolares, de arte, religiosos, almanaques, etc., constituían parte del amplio fondo de su librería. Su nombre resultó ser un lugar común en el ámbito cultural mexicano. No obstante su lustre, muy poco se sabe acerca de la fundación y del funcionamiento y menos aún de los problemas financieros e incluso de la quiebra que sufrió en sus primeros años”. (p.2)

<sup>139</sup> La Imprenta Ch. Bouret tuvo dos direcciones tal y como se puede ver en la imágenes incluidas de *Un Año en Londres* de 1885 con dirección en París y *Recuerdos de un emigrado* de 1888 con dirección en la Ciudad de México.

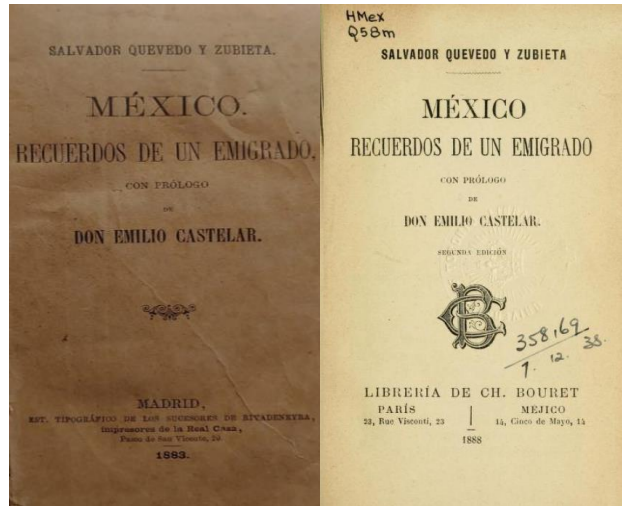


Imagen 8 y 9. (Quevedo y Zubieta, 1883/1888. Fuente: Elaboración del autor)

No será reimpresso hasta cien años después por la Universidad de Washington, en su forma íntegra, con una traducción al inglés. Posteriormente, en 2018, por *The World Books* para su distribución y comercialización, como parte de los estudios hispánicos de mexicanos fuera de México en las principales universidades del mundo. Los manuscritos originales de la edición de 1883 sólo están disponibles para su revisión en archivos digitales en la Universidad de Princeton y Universidad de Montreal. Este libro fue el resultado de su exilio por los roces ya mencionados con Manuel González y los intelectuales mexicanos desde 1881.

Por otra parte, en 1885, durante su estancia en Francia, el autor publica *Un año en Londres. Notas al vuelo*, texto que se expide en París por la Imprenta de Ch. Bouret, 23 Rue Visconti (ver Imagen 10).

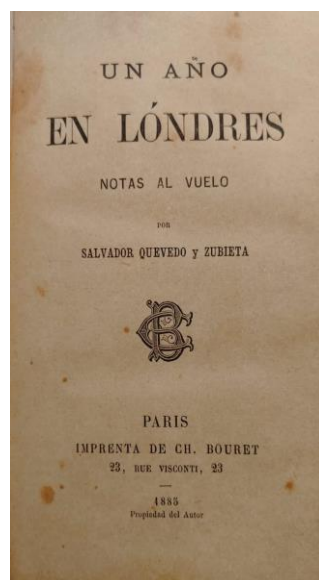


Imagen 10. (Quevedo y Zubieta, 1885. Fuente: Elaboración del autor).

Este libro se escribió entre 1883 y 1885, poco después de la publicación de *Recuerdos de un emigrado*, como señala el mismo autor en el prefacio:

En Setiembre de 1883 el que estas páginas ha escrito llegó a Londres, y en Setiembre de 1884 partió de esa ciudad. Como los artículos contenidos en ellas fueron hechos en el transcurso de ese tiempo, al ser coleccionados para formar libro, tenía este que llamarse UN AÑO EN LONDRES. (...) Durante su AÑO EN LONDRES el autor estuvo fungiendo de corresponsal de un diario de Madrid, de otro de México y de colaborador de una Revista hispano americana de Londres. Entre correspondencia y correspondencia sobre asuntos generales de actualidad entre un artículo por ejemplo sobre la guerra de Sudán y otro sobre la guerra de China, el autor vagaba de calle en calle por el inmenso Londres ó recogido en sí mismo se suponía a escuchar en la soledad de un parque su lejano rumor de fragua ó lo admiraba en la infinita repetición casi uniforme de sus casas y torres y líneas de chimeneas humeantes paseando por los ferro-carriles tendidos sobre los tejados. (Quevedo y Zubieta, 1885, pp. 1-2)

*Un año en Londres* es una recopilación de artículos publicados en diferentes diarios, tal y como *Recuerdos de un emigrado*, sin embargo, hay algo que resulta interesante ya que la diferencia más marcada y evidente en dichos textos es el tono del autor, quien, durante su estancia en Londres, se ve a sí mismo más como un corresponsal que como un exiliado político melancólico; esto permite que su escritura esté más cerca de la crónica periodística que de las memorias estilizadas. En este sentido, *Un año en Londres* guarda más objetividad con los hechos presentes para el autor, que de los recuerdos subjetivos publicados un año antes. De esta obra no hay reediciones posteriores y no está disponible en archivos digitales. Hay pocas menciones de este libro en hemerotecas y resulta difícil saber en qué diarios mexicanos o españoles se publicó exactamente. Hay una reseña, empero, que se hizo en el periódico español *El Guadalete* el domingo 28 de diciembre de 1885 donde puede leerse:

No por ser tomadas al vuelo carecen de exactitud y mucho ménos de amenidad las notas del Sr. Quevedo y Zubieta, antes al contrario, parece que armado realmente con la perspicaz vista de pájaro, ha podido ver en una sola mirada y retratar en una plumada, lo que á otro hubiera sido difícil observar y describir en mucho tiempo.

Un año de residencia en Londres podrá parecer tiempo más que suficiente para adquirir cuantos datos sean necesarios a objeto de describir la gran ciudad. (“Un año en Londres”. *El Guadalete*, 25 de diciembre de 1885)

El papel de corresponsal de Quevedo y Zubieta le sirvió para que la publicación fuera una ventana a Londres para lectores españoles.



Porque si hay una nación poco y mal conocida en España, es Inglaterra. Ya que á cada paso, y siempre con justicia, lanzamos en rostro á los franceses el ningún conocimiento con que de nosotros hablan y escriben, cometemos un muy grave pecado al pintar los ingleses y la sociedad inglesa como generalmente la pintamos. Y con esta circunstancia agravante, que al paso que á un extranjero todo son en nuestra patria dificultades para estudiar el país y su situación verdadera a causa de la dispersión de los documentos, imperfección y atraso de las estadísticas, morosidad de las autoridades en suministrar datos, dificultades de comunicaciones, etc., etc., en Inglaterra todo es llano y fácil, porque todo se encuentra hecho a mano, de suerte que tan difícil como es conocer España, es fácil estudiar y tener noticia exacta de lo que es Inglaterra ó Francia ó Alemania. He aquí por qué éste, como otros muchos pecados nuestros, no tienen disculpa posible. (“Un año en Londres”. El Guadalete, 25 de diciembre de 1885)

La labor de Quevedo y Zubieta, resultó muy provechosa para la prensa española ya que gracias a esta publicación podían hacerse una idea de las costumbres capitalinas inglesas y contrastar la cultura hispánica con la anglosajona, que resultaba muy disímil no solo en lo político, sino en lo ideológico y económico. En ese sentido, la obra de Quevedo y Zubieta tuvo una recepción muy favorable de los lectores españoles; estos textos sirvieron como puentes para comprender a México con *Recuerdos de un emigrado* e Inglaterra por medio de *Un año en Londres*.

Ahora bien, ambas obras presentan la visión de un extranjero quien, lejos de su país, hace reflexiones sobre la cultura “mexicana” para marcar un contraste respecto del Viejo Mundo, donde vive debido al exilio. En el caso de *Recuerdos de un emigrado* es más evidente un tono melancólico y quejumbroso por el exilio político; no sucede así en *Un año en Londres* ya que, si bien Salvador Quevedo y Zubieta es mexicano, lo cierto es que está fuertemente vinculado a España por sus relaciones familiares, así que, de cierta manera, se asume como un agente de la cultura hispánica<sup>140</sup> en Londres. Entonces, la principal diferencia que presentan es que *Recuerdos de un emigrado* es un texto que evoca a México para mostrarle al lector español el exotismo americano desde la voz poética de un emigrado y *Un año en Londres* es una descripción detallada del mundo anglosajón, que se acompaña de un paralelismo respecto de la cultura hispánica, tanto española como mexicana. Ambas obras tienen como principal

---

<sup>140</sup> Como descendiente de una familia criolla y de arraigada tradición en Jalisco, es en cierta medida un sujeto colonial que focaliza Europa, tal y como lo describe Rolena Adorno (1988). Es muy común que, en el siglo XIX, los valores del criollismo novohispano estuvieran aún presentes, ya que el país era relativamente nuevo, y los valores coloniales de trescientos años no desaparecieron por completo. Ahora bien, estos valores novohispanos estaban relacionados al conservadurismo y esa es quizá otra de las razones por la que suele vincularse a este autor con esa corriente ideológica.

narrador al autor quien se asume, muchas veces, como un testigo de los eventos pasados y presentes o como un narrador de sucesos históricos muy trascendentes.

### **3.2.5a. Recuerdos de un emigrado y su papel en la política exterior mexicana**

*Recuerdos de un emigrado* ofrece una visión muy particular sobre diversos aspectos de la cultura y la historia mexicana, con la perspectiva que sólo puede dar la distancia objetiva para observar y recordar desde otro país, (con un telescopio y no con una lupa). El autor se detiene, entre otras cosas, en sus impresiones sobre la cultura indígena y la criolla/mestiza mexicana, algunos personajes históricos como Benito Juárez y Manuel Lozada y, en cierta manera, en la importancia que para México tuvo el Segundo Imperio, en especial la figura aurática de Maximiliano de Habsburgo, a quien compara en cierto momento con Jesucristo y hace del Cerro de las Campanas una metáfora del Gólgota<sup>141</sup>. No sería el único ni el último mexicano que escribiera sobre Maximiliano. Dos novelas llegaron a ver la luz en torno a esos temas (aunque con el tema es tratado con cierta animadversión en contra del austriaco): *El Cerro de las Campanas* (1886) y *El sol de mayo* (1886) de Juan A. Mateos; el poeta Manuel Puga y Acal, también de Jalisco, traduciría y escribiría el prólogo *La intervención francesa y el imperio de Maximiliano en México* (1906) del francés Emile Olivier, donde se hace una suerte de apología a la intervención y a sus partidarios en México, pero sobre todo una crítica al sistema de ideas que provocó una guerra que bien pudo evitarse y que trajo desgracias a ambos continentes. Pero más allá del tema imperial, Quevedo y Zubieta también aborda temas de la cotidianidad, colocando la mirada sutilmente en el costumbrismo imperante de la época, aunque estableciendo una relación entre el progreso y los avances de la Revolución Industrial con respecto al pueblo, la cultura mexicana y la tradición. Se aleja de la lengua popular y los lugares comunes y trata de mirar al futuro desde la estética clásica, sin apartar la importancia que tiene, según su ideología, para México, la tradición que se había heredado del virreinato. Algo ciertamente anacrónico pero que resulta efectivo en términos literarios y le da enorme valor a un libro autorreferencial. En cierta forma, reconcilia la tradición con el progreso. El libro, además, buscaba establecer, desde sus cimientos, un vínculo entre la recién consolidada República en México con el Estado Español, que, si bien estaba para estos años en medio de la

---

<sup>141</sup> En Europa la imagen de Maximiliano y Carlota se dibujó en esa dirección. Kurz (2015) señala la novela *Kaiser Maximilian I oder Schicksal und Kaiserkrone* de 1867 de Edmund Mühlwasser y *Mexico oder Republik und Kaiserreich* de Arthur Storch. Estos textos hacen énfasis en la tragedia y lo injusto e inclemente del gobierno de Juárez. A esta narrativa se suma, por ejemplo, una obra dramática *Maximilian's Glück und Ende* de Rudolph Bieleck, donde el príncipe Habsburgo tiene un paralelismo con Jesucristo, en el Cerro de las Campanas, una suerte de Gólgota cuando dice “Vergieb/ O Herr, auch Du! Denn sie wissen nicht, was/ Sie Thun” que se traduce como “Perdona, oh señor, tú también. Porque no saben lo que hacen” (Kurz, 2015, p. 34). Para Bieleck, resultaba muy importante remarcar el salvajismo de la cultura mexicana, incapaz de gobernarse y subordinada a las ideas liberales y reformistas.

Restauración Borbónica, hacía finales de la década del setenta había experimentado con una República Española. En el prólogo de *Recuerdos de un emigrado*, Emilio Castelar, quien fuera presidente de dicha República Española, entre 1873 y 1874, dice:

Los libros publicados en Europa respecto á la joven América por americanos, unen al mérito intrínseco de sus calidades literarias y científicas, el extrínseco de su especial utilidad para quienes ignoran, tanto como los europeos, las cosas de Ultramar. Apenas podemos inscribir en nuestra memoria la lista de los errores cometidos por la casta de los políticos en el Viejo Mundo al resolver el problema de sus relaciones con el Nuevo. Se ha necesitado que pasaran múltiples sucesos y muchos años para imbuir á la reacción europea el sentimiento de su impotencia en América. (Quevedo y Zubieta, 1883, p. 1)

Como se ha señalado, el libro en España sirvió como referente para los estudios de literatura mexicana en Europa que intentaban entender América y la Nación Mexicana como un constructo de la conquista y la iglesia<sup>142</sup>, pero también como una república que se asumió liberal, democrática y progresista. En ese sentido, esta obra tiene un propósito político, que es el de mostrar al Viejo Mundo el equilibrio democrático que habían logrado las fuerzas políticas mexicanas después de los conflictos bélicos de las décadas anteriores. Como bien señala Lilia Vieyra (2021), se puede tomar como válida la tesis de que Salvador Quevedo y Zubieta fuera financiado por Ramón Corona y *Recuerdos de un emigrado*, que gozó de infinidad de facilidades para su publicación y distribución, tuviera un fin político.

El desacato del general Corona a los designios de los presidentes a los que servía se evidenció en el apoyo que otorgó al periodista jalisciense Salvador Quevedo y Zubieta, quien abandonó México por desacuerdos con el gobierno de Manuel González y se estableció en España donde su paisano, el general Corona, apoyó su colaboración en periódicos madrileños donde escribió artículos que propagaron una buena imagen tanto de su patria como del militar diplomático. (Vieyra, 2021, p. 69)

---

<sup>142</sup> En un artículo llamado “América”, escrito por Diderot para la *L'Encyclopédie* en 1751 se hace evidente un desconocimiento que existía en Europa sobre América. En el texto, un tanto exagerado, se establece que el liberalismo son las únicas armas que cuentan los americanos y los salvajes para alcanzar la libertad y el progreso. Para Diderot, los males de América son producto de la iglesia española y el control que ejerce sobre los “buenos salvajes” de México y Perú. Solo las colonias británicas y francesas del norte han alcanzado, según el pensador francés, la ilustración. Este artículo hace evidente la primera pugna entre el liberalismo y el conservadurismo en América. Resulta obvio que las facciones conservadoras europeas, contrarrestaron, a lo largo del siglo XIX, los ideales de la Revolución Francesa y el liberalismo triunfante en Estados Unidos.

La ventaja política que buscaba Ramón Corona era la de reparar las relaciones entre México y España, relaciones que habían sufrido deterioro y, a través de la prensa o de lo que se denominó la Legación Mexicana, visibilizar los vínculos más que las animadversiones: “El ejercicio periodístico de la Legación Mexicana constituye una actividad significativa para identificar los aspectos en que se sustentó la reanudación de relaciones entre ambos países, luego de los episodios de la intervención Francesa y el Imperio de Maximiliano que representaron obstáculos, ya que tanto México como España se veían con recelo” (Vieyra, p. 69). Entonces *Recuerdos de un emigrado* fue, también una herramienta política que buscaba apelar a los estrechos nexos culturales entre México y España y esa pudo ser la razón por la que su estilo apela a un refinamiento estético, más que a una narrativa propia de un libro de memorias. Siendo así, entonces eso justifica mucho el tono conciliador que el libro tiene al momento de abordar temas sobre la conquista o el Segundo Imperio, y sustenta su discurso en la hispanidad como un lazo indisoluble entre los dos países que comparten lengua y tradiciones (y en cierto sentido apelando a la latinidad y no solo a la hispanidad). Ahora bien, la singularidad en la obra de Quevedo y Zubieta radica precisamente en la visión que el jalisciense tiene de México como emigrado, entrecruzando directamente sus referentes personales con sus referentes inmediatos europeos<sup>143</sup>, esto se traduce en un estilo narrativo que no sólo busca ser una herramienta discursiva conciliadora, sino que ésta es muy diferente a la de sus contemporáneos mexicanos y prorrumpa en una estética más propia a los estilos parnasicos europeos, aunque no lo suficiente, creando una expresión híbrida muy particular.

Tejed sobre la trama de esa primera noticia étnica los hilos representativos del pasado de cada circunscripción indígena, las cuales eran tantas, que los *tenuchcas* ó mexicanos para establecerse en el valle tuvieron que disputar el terreno palmo á palmo á más de veinte agrupaciones enemigas; enlazad entre, ellas los cuadros conmemorativos de tantas porciones diezmadas por la peste y por la guerra, de las cuales cada una tiene su lengua aparte, sus tradiciones especiales y su leyenda propia, desde Tezcuco á Chimalhuacan, desde Chimalhuacan hasta las tribus nómadas del Septentrión; entretejed todo eso, y tendréis la prodigiosa urdimbre histórica del México antiguo, urdimbre sobrecargada de figuras extrañas como una greca gótica, llena de dioses que hablan á solas y en las sombras con los sacerdotes para pedirles sangre, de sacrificadores que se cubren con la piel de las víctimas, de hechiceras que cabalgan por los aires para evocar el pasado y conjurar los agüeros; mescolanza informe de

---

<sup>143</sup> De la literatura europea siempre toma la influencia academicista que Francisco Pimentel sostenía como piedra angular de la estética literaria de América.

reyes buenos y justicieros en las gradas del estrado y bárbaramente crueles en los escalones ensangrentados del teocalli (Quevedo y Zubieta, 1883, p. 39)

En muchos sentidos el autor trata de tender puentes y paralelos entre la historia mexicana con la historia europea, cosa que en algún momento hizo Lucas Alamán (autor que con el que Quevedo está al parecer, en desacuerdo a pesar de tener un pensamiento similar en muchos momentos). *Recuerdos de un emigrado*, también suma una nota interesante por la forma en la que las memorias estilizadas de Quevedo y Zubieta tratan de equilibrar la tradición virreinal y la gloria prehispánica<sup>144</sup>. Desde el exilio, el autor se sumerge en sus recuerdos y conocimientos para extraer, como si fueran puñados de rocas al fondo de un río, fragmentos olvidados de historia nacional, escenas cotidianas, personajes barridos por el mar del tiempo y momentos personales, tanto en situaciones cruciales del país, como en la intimidad intrascendente. Su narrativa es muy compleja, aunque no por ello carece de cierta poesía popular que busca tener el carácter nacional mexicano propio y diferente al español. Mientras los escritores mexicanos de la época, en su mayoría, usan el lenguaje coloquial, el humor o el folclor típico como único medio expresivo, Quevedo y Zubieta se regocija con las complicadas metáforas y aliteraciones que le ofrecen el lenguaje por medio del campo, pero también las concentraciones urbanas y el ferrocarril<sup>145</sup>. *Recuerdos de un emigrado* es un texto que está más cerca de la prosa poética que al texto periodístico o a la crónica, como sí lo está *Un año en Londres*, lo que lo convierte en un texto muy difícil de clasificar. Ahora bien, esto no significa que el tono del autor pierda las características mexicanas o que sea una copia del estilo literario español o francés, por el contrario, el carácter mexicano en el estilo literario se mantiene a lo largo de la obra, como cuando evoca a la Ciudad de México:

Mis trabajos son de descripción y no de ciencia; obra, no de nociones, sino de recuerdos. A favor de ellos he vuelto á ver las llanuras del Anáhuac, con sus volcanes emblanquecidos, sus laderas cubiertas de magueyes, y sus xacales, cabañas indianas, agrupadas en ranchos al borde del camino; más allá, he visto el valle donde se alza México, con sus líneas de blancas azoteas, sus canales donde bogan las chalupas atestadas de verdura, y sus pueblecillos frescos y frondosos, canastillos de truenos y eucaliptus donde canta el zentzontle, tendidos como un cinturón de follaje y de armonía en torno de la gran metrópoli de la América latina. (Quevedo, 1883, p. 9)

---

<sup>144</sup> Durante el libro hace menciones sobre la grandeza de Anáhuac y su pueblo, mientras que la última parte está dedicada a Sor Juana Inés de la Cruz, como estandarte de toda la cultura mexicana que se heredó del virreinato y la iglesia.

<sup>145</sup> En cierto sentido, su estilo anunció el modernismo, como sucede con Gutierrez Nájera o Puga y Acal.

El autor hace también una relación simbiótica e indisoluble entre el pueblo y la máquina, cuando habla del ferrocarril<sup>146</sup>. La enorme maquinaria a vapor sería un vehículo expresivo muy importante para el autor, tanto en *Recuerdos de un emigrado*, como en *Un año en Londres*, pero también en sus novelas posteriores, como *En tierra de sangre y broma*. En su obra de 1883, Salvador Quevedo y Zubieta dice

Cuenta la historia de la conquista de México, que cuando llegó Cortés á las playas del Anáhuac, los habitantes, que nunca habían visto caballos, tomaban á éstos y á los conquistadores que los montaban como una sola y conjunta persona. El hombre siempre es el hombre, lo mismo el semiculto de Europa que el inculto de América; lo mismo el de hoy que el de hace tres siglos. Y algo nuevo que sale de la esfera de sus conocimientos, y sin consentir su ignorancia ni rendirse á la duda, se explica á su manera y según sus nociones los fenómenos que percibe. Es esto, sin duda, lo que ha hecho exclamar cerca de mí á una descendiente de la Malintzi al ver por primera vez una locomotora, lo mismo que han exclamado los populachos de todas partes: ¡Los caballos van dentro! Pero, pasada la primera impresión, las indias del camino se familiarizan poco á poco con el prodigio, y lo estupendo del primer día pasa á ser lo natural y ordinario de los que le suceden. Desde entonces no hay estación de ferro-carril tan apetitosa y animada como la mexicana: rica con todo el arte de su cocina nacional y con todos los dones sale la campesina á ofrecer al viajero las chalupas hirviendo en el comal, los tamales envueltos en hojas de maíz y los frutos del trópico hinchando hasta el asa los chiquihuites. Pasa la platanera, con su penca de amarillas bananas; llega la marchanta de piñas, ostentándolas, divididas en discos transparentes que destilan miel; acude el pulquero con sus ollitas de blanco licor espumoso, y las enchiladas sobrepuestas en la batea exhalan su acre aroma en aquella atmósfera digna de los festines de un Camacho americano. (p. 24)

Finalmente, el libro hace mención a Sor Juana Inés de la Cruz, quien sirve de vínculo para establecer, desde la figura del criollo y el sincretismo entre América y España. Equipara a Sor Juana Inés de la Cruz con otras figuras femeninas de la poesía y como uno de los nombres más ilustres en la Historia Mundial.

El dulce perfil de un bello carácter, el fondo fascinador de una vida noble y tortuosa, unidos á los resplandores del alma ilustre, objeto de nuestro recuerdo, son causas bastantes para que intervenga en él ese sentimiento; y cuando con ellas se combina el encanto que dan á una figura

---

<sup>146</sup> A diferencia de las novelas costumbristas, donde el caballo es el transporte ideal para establecer el discurso literario, para Quevedo y Zubieta es el ferrocarril, que hacia 1883 era una realidad en Europa, pero que en México apenas comenzaba a ser parte de la vida cotidiana. El ferrocarril va a ser un *leitmotiv* muy importante en la narrativa de Quevedo y Zubieta, por ejemplo, *En Tierra de sangre y broma*, una novela que trata sobre La Decena Trágica y que fue publicada en 1921, el tren que viaja de Veracruz a México domina el hilo narrativo de la primera parte de la novela y sirve como vehículo expresivo para mostrar los paisajes y la tradición.

inmortal las formas delicadas y bellas de la mujer, y el brillo de su espíritu llega hasta nosotros al mismo tiempo que nos envía sus perfumes su corazón de virgen ó de madre, entonces la simpatía que inspira, siquiera sea á través de los siglos, tiene algo de tierno que convierte el sentimiento en pasión, y la admiración en culto. Por eso se quiere tan bien en España á Santa Teresa de Jesús, en Francia á Mme. de Sevigné, y en México á Sor Juana Inés de la Cruz. (pp. 371-372)

*Recuerdos de un emigrado* consta de diversos capítulos en los que se tratan diversos y variados temas: “Ferro-carriles”, “El indio de México en la historia”, “El indio de Nayarit y el Tlatoani Manuel Lozada”, “El indio de México en su carácter y en su industria”, “El náhuatl y el habla castellana en México”, “El rancharo”, “El lépero”, “La intervención Europea en México y el fusilamiento de Maximiliano”, “La Virgen de Guadalupe”, “Iturbide y el Sr. Navarro Rodríguez”, “Sor Juana Inés de la Cruz”. En cada uno de estos fragmentos el autor hace uso de una pluma muy refinada y compleja donde expone no sólo el conocimiento de su nación, su cultura y de su tiempo, sino que también trata de tender diferentes puentes de diálogo entre las diferentes lógicas que se movían en México y España. Un texto muy importante no sólo para comprender la literatura del periodo sino para hacer una revisión histórica del papel de los diferentes actores culturales de México. Pero para su análisis final dejaremos el último capítulo de esta tesis.

### **3.2.5b. *Un año en Londres. La crónica de un hispano en el extranjero***

*Un año en Londres*, por su parte, es un libro que intenta ser una crónica precisa para comprender a la sociedad anglosajona, abriendo esa ventana a lectores de habla hispana interesados en el tema. Sobre todo, partiendo del hecho que España e Inglaterra han sido históricamente antagónicos. El mismo Quevedo y Zubieta, en su prefacio, explica que

El autor de este libro ha pensado y hablado así, en el recogimiento de su situación de extranjero en medio de una inmensa ciudad de lengua y costumbres tan diferentes de las suyas; pero impórtale añadir que al escribir, siempre ha tenido en torno de él un círculo ideal de lectores compuesto de los hombres de su idioma y de su raza. Para ellos piensa, con ellos habla, con sus parientes del Mediodía, sus hermanos del trópico, con todos los que piensan con él bajo los mismos puntos de vista y hablan con él esta hermosa lengua española tan decaída y despreciada hoy en el mundo, pero por la cual tenemos que luchar, y nuestra mejor lucha se hará demostrando á los otros pueblos disímbolos a nuestro que por ella, mal ó bien, los analizamos, por ella los traemos á la observación popular y por ella afirmamos nuestra presencia en el gran cuadro de la vida. (Quevedo y Zubieta, 1885, p. 8)

Hay que señalar dos cosas: la primera es que el autor, no se asume como un mexicano, sino como un sujeto hispano o un representante de la hispanidad. Esta forma de enunciación es diametralmente opuesta a *Recuerdos de un emigrado*, donde sí se asume como un mexicano en el exilio. Hay que tener en cuenta que Salvador Quevedo y Zubieta tuvo muchas conexiones familiares con la península ibérica y que, desde Jalisco, su estado natal, la visión de mundo era completamente criolla. Es decir que para 1885, y tras un exilio, él no se asume como mexicano sino como un corresponsal español. Las verdaderas motivaciones de este libro no se pueden escudriñar, pero puede inferirse que el jalisciense deseó hacer un trabajo corresponsal de crónica y experiencias en Inglaterra como un ciudadano español, en un sentido más pragmático y obedeciendo a las estrategias editoriales.

Con ellos habla, no como un maestro que trata de enseñarles algo nuevo ni iniciales en oculta ciencia, sino como un hombre que vuelve á su patria de largo viaje y cuenta a sus amigos y compatriotas lo que ha sentido y lo que ha visto allá, en una especie de mundo aparte, en la metrópoli de una raza prepotente que despierta nuestra rivalidad, pero á la cual deberíamos aproximarnos más y tratar mejor de comprenderla, aunque no sea sino para cooperar á que el funesto CHAUVINISME, la reclusión egoísta de los países que apenas conocen algo de sí mismos y nada de los demás, no siga oponiéndose á que los hombres entren á ser ciudadanos de la patria universal.

Réstale, por último, al autor añadir tras la digresión ya larga de este preámbulo, que habiéndose comenzado la impresión de este libro en París á tiempo que él se alejaba para América, dejó el trabajo de corrección al cargo exclusivo de la casa editora, y se lava por tanto las manos sobre ciertas erratas, inevitables cuando la vigilancia directa del autor no ayuda al cajista para aclararle las partes oscuras del original. New York. Octubre 20 de 1884.

S.Q.Y.Z. (Quevedo y Zubieta, 1885, p. 8)

Cuando dice “una raza prepotente que despierta nuestra rivalidad” parece más que habla desde esa identidad española más que de la mexicana. Habla en primera persona en plural de manera interesante y esto puede evidenciar las motivaciones de este libro. Debe tenerse en cuenta que la rivalidad entre el imperio hispánico y el británico se remonta al siglo XVI y quizá ese “nosotros” se vincula a una identidad española nutrida por el seno familiar del escritor. Podría, empero, suponerse que se refiere a que la Intervención Francesa en México estuvo acompañada de Inglaterra cuando ambas naciones llegaron a Veracruz en 1862. Pero cabe aclarar que la invasión fue tripartita y España estuvo incluida en dicha invasión, además de que sólo Francia la consumió, ya que tanto Inglaterra como España se retiraron. En todo caso, podría referirse



también al anglosajón americano, pero el libro trata de Inglaterra no de Estados Unidos, nación vecina con la que México guarda cierta rivalidad y recelo. Con esto puede asumirse que Salvador Quevedo y Zubieta, en este libro, al asumir no una identidad mexicana sino española, es consciente y consistente con su sistema de creencias y su tradición familiar. Por lo tanto, partiendo de este principio, es un libro completamente ajeno a *Recuerdos de un emigrado*. Chantaca (2017) propone que

Al cambiar de lector ideal se modifica también la perspectiva del exiliado, de modo que, en *Un año en Londres* el afán del escritor era transmitir a los hispanohablantes sus impresiones sobre una ciudad extraña mientras en *Recuerdos...* dirige a los europeos fragmentos de su patria y el ejercicio le permite reconstruirse a sí mismo mediante la memoria. No podemos pasar por alto el desajuste entre estas dos publicaciones y las obras inmediatas, escritas en lengua francesa durante su estancia en París, debido a que este rasgo delimita tres grandes etapas en su escritura, las cuales describen una progresión en el sentimiento de extrañeza del exiliado: a) un movimiento cuasi-científico descriptivo, el autor intenta, desde su sistema y con sus propios medios, distinguir al otro; b) la reminiscencia de la raíz, donde descubre signos de sí mismo en la cultura anfitriona y, c) una etapa integrativa en la cual su individualidad logra comunicarse con los otros y construye un discurso intercultural. En cierto sentido, escribir en una lengua ajena es un comportamiento dialógico que altera identidades, la de quien escribe por contaminación y la imaginaria o representada por tratarse de una interpretación (Chantaca, 2017, pp. 62-63)

En este orden de ideas, *Un año en Londres* resulta un proyecto literario-periodístico en el que Quevedo y Zubieta parece construir un universo autorreferencial a través de un diálogo consigo mismo ya que los ensayos que componen el texto constituyen una interpretación de la realidad representada. Ahora bien, para 1885, año de la publicación, las pretensiones políticas de Ramón Corona habían cesado (Vieyra, 2021), por lo que el supuesto financiamiento que recibió Quevedo y Zubieta de él ya había expirado y tuvo que emprender otro proyecto editorial, esta vez financiado, quizá, por los diarios españoles que habían tenido buena aceptación gracias, en parte, a las publicaciones de Quevedo y Zubieta. Muchas de sus obras, como *Recuerdos de un emigrado*, *Récits Mexicains* y *Un año en Londres* estuvieron promocionándose en periódicos españoles, al parecer con gran éxito y remuneración económica. Esto sostiene la idea de que desde 1885, y con la publicación de *Un año en Londres*, Salvador Quevedo y Zubieta ganó un considerable prestigio en España y patrocinios editoriales suficientes que le permitieron continuar con su carrera de escritor con un éxito moderado y establecer relaciones con

distinguidas imprentas y librerías en París, como Ch. Bouret. Eso sin contar los apoyos que recibió para sus estudios de medicina por parte del gobierno mexicano y por el caudal económico de su familia<sup>147</sup>. Si bien *Recuerdos de un emigrado* había tenido un éxito moderado, lo cierto es que mucho fue gracias al apoyo político y las facilidades que le dieron Ramón Corona y Emilio Castelar, ya que Salvador Quevedo y Zubieta apenas tenía veinticuatro años cuando emigró de México entre 1880 y 1881, lo que hace difícil pensar que lograra todo él sólo. Para 1885, ya sin el apoyo político de sus dos mecenas, *Un año en Londres* fue la punta de lanza de su carrera como escritor en Europa, sobre todo en España, y es quizá esa la razón de identificarse como un sujeto vinculado a la hispanidad peninsular más que a la identidad mexicana.

Y es que *Un año en Londres* para nada es un libro menor, a pesar de que el lenguaje es menos estilizado y está más cercano a la crónica tiene pasajes extraordinarios que sin duda cautivaron a los lectores españoles que estaban ávidos de conocer la cultura británica. Porque los recorridos que hace Quevedo y Zubieta no son superficiales, sino que escarba en la intimidad de la ciudad y de las casas inglesas, mostrando lo más humano de las escenas cotidianas hasta lo más infecto de la barbarie del capitalismo y la Revolución Industrial. Para efectos de este capítulo se enuncian tres fragmentos que son los mejor logrados y los más dignos de mención. El primer capítulo, “Locomoción”, que vuelve a abordar el tema del ferrocarril, dibuja un panorama completamente diferente al que hiciera de México en su anterior libro:

Allá, por donde el Támesis desarrolla ondulando su cinta negruzca, veía el trabajo de locomoción complicarse y crecer; veía las multitudes de vehículos, compuestas de todas las

---

<sup>147</sup> En primer lugar, hay que señalar que Salvador Quevedo y Zubieta fue un médico y un abogado, más que un escritor. Su tesis de medicina ganó un premio galardón muy importante, a pesar de haberse titulado con cierta edad, en 1894, a los 38 años de edad, una vez cesados sus problemas políticos en México. Por otra parte, Milada Bazant señala que “Durante el Porfiriato existieron tres prácticas educativas de alumnos y profesores en el extranjero: los que salieron del país para realizar la parte empírica del plan de estudios de sus carreras, aquellos que se fueron a seguir cursos universitarios y los profesores que visitaron instituciones superiores u hospitales para conocer, profundizar o ampliar sus conocimientos científicos con el objetivo de poder implantarlos en México. En la mayoría de los casos el gobierno porfirista pensionó a los estudiantes y profesores; sin embargo, hubo algunos casos de alumnos cuyos gastos fueron sufragados por ellos mismos o por sus familias” (Bazant, 2008, 331). En su trabajo Bazant señala a Salvador Quevedo y Zubieta como uno de los beneficiarios por estas políticas: “En 1903 el doctor Salvador Quevedo y Zubieta se trasladó a Viena, Berlín, Londres y Nueva York para estudiar otorrinolaringología. Según informó al subsecretario de Instrucción Pública, Justo Sierra, inicialmente, durante el mes de julio, aquél se inscribió en un “curso práctico de paga” en el hospital Saint Antoine, formulado especialmente para doctores por el afamado facultativo francés Lermoyés. Al mes siguiente se trasladó a Berlín, después a Viena, Londres y, por último, a Nueva York, en cuyas ciudades adquirió, con reconocidos médicos, los conocimientos prácticos en la especialidad mencionada. Quevedo y Zubieta radicó sólo cinco meses fuera del país y vivió, según las misivas enviadas, preocupado por el monto de las pensiones que no le llegaban, y sugería “tomando consejo del Consulado de México en Berlín y de otros mexicanos aquí presentes”, que le enviaran el dinero por adelantado por medio de una agencia financiera de Londres. (Bazant, 2008, pp. 344-345) No hay forma de establecer si gozó de apoyos por parte del gobierno de Díaz, entre 1888 y 1894, pero sin duda tenía recursos suficientes para costearse una estancia en Francia.

especies, desde el *cab* al furgón a fluir de todas partes sobre el gran río como enjambres de hormigas que atacasen una serpiente muerta: trenes precipitándose por encima a través de los puentes de hierro ó por debajo del túnel subfluvial, triples hileras de coches y carromatos discurriendo pesadamente sobre los puentes de piedra, los *steamboats* y *steamyachts*, gentiles tranvías del agua, surcando el dorso plomizo de ese que los poetas ingleses del periodo clásico llamaban el *Father Tames*, y como para que nada falte en ese gran concurso de todo lo que rueda en Londres, hasta los velocípedos, esos vehículos de las soledades, hechos para marchar por los terraplenes, á los largo de las sombrías alamedas, se deslizan allí también bajo el tumulto de los puentes, entre los bordes del río y los jardines del *Embankment*. ¡Que bella debe ser esta gran ciudad en movimiento, contemplada así, desde el punto de vista de los pájaros! (Quevedo y Zubieta, 1885, p. 4)

Cuando habla del “punto de vista de los pájaros”, el autor lo hace desde sus propios conocimientos y experiencias en la aerostática. En la novela *En tierra de sangre y broma*, escrita también en una enunciación autobiográfica, el personaje escribe sobre su estrecha relación con Joaquín Cantoya y Rico, quien fuera el precursor de la aerostática en México. Es posible que hubiera tenido la experiencia de viajar en globo, cosa queda sugerido en *Un año en Londres*, pero que *En tierra de sangre y broma* se relata con precisión. Aunque sin duda, el aspecto más relevante de este fragmento es la imagen gris del ferrocarril londinense que resulta ajena a la del colorido de la estación mexicana en *Recuerdos de un emigrado*. Por medio de estas dos imágenes el autor no sólo diferencia los espacios culturales, sino que le otorga cualidades inorgánicas a la sociedad británica, mientras que llena de cualidades orgánicas a la mexicana, para crear ese contraste entre una sociedad industrializada y otra dónde la industria y el progreso están en desarrollo y lo que se vive es la tradición. Y no solo en ese tema, cuando explora las diferencias entre la patrona madrileña y la *landlady* británica, lo hace coloreando los espacios con un tono que da una sensación grisácea y azulada, como el paisaje inglés que está envuelto en el hollín de las fábricas incansables.

A la patrona de Madrid corresponde en Lóndres la *landlady*, que subarrienda algunos *furnished apartments* de su casa, y suele también proveer á la nutrición (*board*), del subarriendatorio ó lo que se llama en España *tomar huéspedes con comida*. Son dos tipos paralelos, pero que por la ley geométrica del paralelismo, jamás se aproximarán, por la misma razón que el puchero jamás llegará á confundirse con el *roast-beef*. (Quevedo y Zubieta, 1885, p. 128)

Mientras que, por un lado, el autor hace énfasis en la calidez y el temperamento, si bien busco, ciertamente bonachón de la patrona madrileña, a quienes describe como “calculadora” (p. 132)

y de “carácter reñidor” (p.136), de las mujeres inglesas que tienen un emprendimiento similar dice:

Después de ese boceto al carbón, la patrona inglesa (*landlady*) resulta pálida, repulsiva al lápiz naturalista que no ama las figuras silenciosas y correctas. El perfil humano que, como los líquidos, toma la forma del recinto que le contiene, adquiere líneas bruscas y salientes contornos cuando se proyecta en la casa de huéspedes madrileña conglomerada en mal determinada división con la casa de al lado, de arriba y abajo, turbada de continuo por los cantos o riñas de los vecinos y salpicada por las aguas puercas que arrojan de las cocinas sobre el patio común. Figuras de tal lineamiento no caben en la casa inglesa aislada y perfectamente circunscrita como el carácter de los hombres que la han construido y la habitan. (Quevedo y Zubieta, 1885, p. 139)

Continúa más adelante, para explicar la interacción social inglesa:

La *dinner*, sencilla y severa como un canto llano, está contenida dentro de una pauta de tres líneas infranqueables: *soup*, *meat pudding*. Cuando más, suele haber dos platos de vianda: el uno que sirve la *landlady*, el otro *vis á vis* de la cabecera. Los platillos se distribuyen según su orden diplomático al sabio árbitro de la *lanlady*. (...) La *landlady* preguntará al huésped que por qué no como, pero si es buena inglesa no le preguntará porqué no habla. He estado en una mesa de veinte comensales en que, desde la sopa al *pudding* no oí á los hombres más que estas palabras: *Not, thank you* y *Yes, please*. Son el alfa y el omega del comedor inglés. — ¿Quiere Ud. repetir? — *Yes, please*, y se alargaba el plato ó: *Not, thank you*, y se hace una reverencia. (Quevedo y Zubieta, 1885, p. 146)

Es importante destacar que por medio de estos ejemplos se hace evidente el cambio de tono y estilo en la prosa del autor, quien cambia de una prosa estilizada a, como se ha señalado, a la crónica más cercana al periodismo. Hay que destacar que el autor, además, puntualiza, por medio de estos detalles cotidianos, las diferencias culturales entre España e Inglaterra. No se detiene ahí, sino que también menciona el papel del teatro en la sociedad británica, que moldea su pensamiento y sus costumbres, haciendo una diferencia sustancial con España, así como también el hecho de que una ciudad con tales niveles de progreso industrial llega a tener un lado oscuro y lúgubre donde la miseria y la pobreza muestran una realidad poco halagadora.

Un solo elemento espiritualista llena esas cabezas: es *spirit* de la taverna. Se da ese nombre al *brandy*, *wisky*, *gin*, y en general á todas las bebidas en que predomina el alcohol. La *public house* (taberna) es el paraíso del pobre. Salido de su habitación hedionda ó del taller fatigoso, encuentra en ella, algunas veces, el comfortable de luz, de fuego y de elegancia que reina en

muchas, y siempre un vaso, en cuyo fondo, como en la copa de Musset, está el olvido. De allí, salen todas esas pobres familias inglesas, intoxicadas por el spirit. El marido es un sileno, la mujer es una vacante, y si el chiquillo en brazos pide leche o pan, se le unta en la boca un dedada de miel para aturdir su hambre... Sobre este punto cuanto se diga es poco. La bebida alcohólica que, en otros países es la pasión del joven ardiente o del viejo entristecido por los achaques, traspasa aquí los límites de edad y de sexo. (p. 47)

La actitud del autor, para con la cultura inglesa, suele ser en este libro, un poco tendenciosa, tomando en cuenta que, a lo largo de *Recuerdos de un emigrado*, “romantiza” el consumo de alcohol por medio de herramientas narrativas exotistas, mientras que, en sus comparaciones con España, en *Un año en Londres*, hace menciones folclóricas del consumo de vino en Madrid. Esto sin duda fue una estrategia que sirvió muy bien para los fines que perseguía la prensa española de la época. *Un año en Londres* consta de varios capítulos en los que Salvador Quevedo y Zubieta describe el mundo anglosajón de manera muy puntual, aunque cayendo de pronto en los juicios de valor desmedidos: “Locomoción”, “El día de Guy Fawkes”, “El londres malo”, “El Londres bueno”, “Londres de noche”, “El teatro”, “La exposición de salud”, “La patrona y la landlady”, “La religión”, “Los ingleses”, “Las inglesas”, “La Nochebuena”, “El periódico”. A través de estos fragmentos, Quevedo y Zubieta hizo críticas mordaces a la sociedad británica, sus vicios y los excesos violentos de su cultura, sin duda para atraer a los lectores hispanos ávidos de entretenimiento a partir del escarnio. Quevedo y Zubieta había sido exiliado de México por ese tipo de publicaciones en el diario *El Lunes* y por sus burlas a Manuel González por haber quedado manco. Así que, consciente del efecto de ese tipo de escritura, intenta ganar lectores en una sociedad que antagoniza a los ingleses. Ese fue, quizá, el éxito de su libro. Sin embargo, el mexicano no deja de reconocer los avances culturales y en cierto sentido la distancia económica y la diligencia política de los anglosajones protestantes. Un libro de contrastes que cumplió su cometido inmediato y colocó a su autor en la escena literaria de Europa.

### **3.2.6. La Narrativa de Quevedo y Zubieta**

La obra estrictamente narrativa de Salvador Quevedo y Zubieta resulta muy breve y se divide prácticamente en sus textos escritos y publicados en Francia en la década del ochenta y las novelas con tema revolucionario que se publicaron en el siglo XX. Para fines prácticos de esta investigación se revisaron solo un cuento, tres novelas y un texto de “narraciones mexicanas”, debido a que fueron las que se pudieron encontrar íntegras y, en el caso de las obras escritas y publicadas en francés, fueron las que se lograron traducir.

Siendo muy joven, en 1880<sup>148</sup>, se había titulado como abogado y según Carmen Vidaurre (2014), colaboró siendo estudiante de bachiller, desde la edad de quince años, en *La Alianza Literaria*, una de las revistas más populares de la época bajo el pseudónimo de “Arturo” y “también utilizó otros seudónimos, como: Filintos (o Philintus) y Triboulet” (Vidaurre, 16). En *La República Literaria* publicó uno de sus primeros textos *¡Sepultados!*<sup>149</sup>, un texto que “incluye numerosos elementos propios de las propuestas estéticas románticas, que habían iniciado un proceso de renovación formal, en la segunda mitad del siglo XVIII, caracterizado, entre otros aspectos, por modalidades enunciativas mediante las cuales se recuperaba la subjetividad y la expresión de lo emotivo, pero también, variadas formas de lo popular” (Vidaurre, 2014, p. 16). Estas cualidades estéticas de finales del siglo XVIII, que podrían ser ciertamente anacrónicas para finales del siglo XIX serían una constante en la escritura de Quevedo y Zubieta. El relato es simple: un escritor genio llamado Juan Zurdo escribe una obra monumental que puede cambiar el curso de la literatura. El protagonista es un joven escritor guatemalteco que viaja a Francia con enorme esfuerzo para presentar su texto a un editor, no obstante, es rechazado y cuando por fin consigue que se reciba su texto, este es literalmente sepultado bajo una pila de cuentos, novelas y poemas que nadie va a leer jamás y que nunca verán la luz. No obstante, de manera fortuita y muchos años después, el texto de Juan Zurdo llega a editarse y se vuelve un éxito. El texto exhumado de ese sepulcro editorial lleva a los editores a buscar en Guatemala a Juan Zurdo, quien ahora es un campesino que ha perdido toda capacidad de volver a escribir, perdiendo su genio para siempre.

Respecto de este texto, el sábado 18 de abril de 1896 se reseñó por primera vez en México el cuento del señor Quevedo y Zubieta, quince años después de su publicación original<sup>150</sup>. En dicha reseña, la de 1896, escrita por “El Portero del Liceo Británico”, un

---

<sup>148</sup> Esto es señalado por Salvador Iván Rodríguez Preciado, en “Salvador Quevedo y Zubieta y la primera Psicología Social en México (1906-1935): ¿Rigor científico Vs. Licencia poética?” (2003). Sin embargo, la edad que se ha propuesto es la de veintiún años, cuando en realidad tenía veinticuatro.

<sup>149</sup> No es muy clara la verdadera fecha original de publicación ya que Vidaurre la señala como uno de sus primeros textos entre 1880 y 1881, cuando usaba el pseudónimo “Filinito” en *La República Literaria* y *El Lunes*. Vidaurre identifica en este relato la influencia de la estética romántica, principalmente, en la búsqueda por representar la subjetividad y la cultura popular, si bien posee elementos que tienden hacia el realismo. (Vidaurre, 2014, p.16) Ana Laura Zavala (2023) menciona el año de publicación en 1887, también en la *República Literaria*. Chantaca coincide en este punto con Zavala: “El autor mantuvo contacto con la prensa mexicana y en 1887 publicó el cuento “¡Sepultados!”, en *La República Literaria* que más tarde se incluiría en la antología *Narraciones mexicanas* con el título “¡Enterrados vivos!”” (Chantaca, 2017, p.24). Ya se ha citado que participó en ese periódico entre 1880 y 1890, por lo que es posible que se publicará dos veces. Se hace hincapié en esto para hacer notar las diferentes controversias en los años de publicación de sus obras.

<sup>150</sup> La única vez que este texto se reeditó, lejos de aquel periódico decimonónico que lo vio surgir y desaparecer, fue en 2002, gracias al excelente trabajo de rescate de la Dra. Magdalena González Casillas, en su *Antología de letras románticas en Jalisco, siglo XIX*. Un tomo solo disponible en la Universidad Autónoma de Guadalajara.

pseudónimo que resulta difícil de escudriñar, se menciona lo original de la obra de Quevedo y Zubieta y de su influencia marcada por los estilos franceses.

Este escritor se educó en la escuela francesa que sucedió á los apasionados entusiasmos del romanticismo, en esa literatura descreída, byroniana, que viendo rotos todos los ídolos del pasado y evaporados todos sus ideales, sólo puedo exhalar amargos reproches, sarcasmos y censuras: pero conservó lo que jamás perderá el arte francés, su inagotable fecundidad, su originalidad, su espíritu cintilante y sus formas helénicas.

Y mucho de esto hay en el estilo del Sr. Quevedo y Zubieta, escritor enteramente francés en su esencia y en sus líneas exteriores: era precioso, puesto que se amamantó con libros franceses y en Francia hizo y terminó su carrera profesional.

Sin embargo, en los trabajos literarios y científicos de este literato no hay la menor sombra de exotismo: el lenguaje es correcto, gramatical, recortado por un patrón académico sin una falta de sintaxis, sin un galicismo de esos que abundan en la literatura azul imperante<sup>151</sup>. Sólo la línea, el giro elegante, la frase breve y aguda conserva este autor del medio-ambiente en que se formó.

¡SEPULTADOS! es un cuento enteramente francés: su argumento recuerda el admirable artículo de Victor Hugo intitulado “Imbert Gaulois” y es también el tema mil veces parafraseado del bohemio joven que gasta su juventud pobre y miserable en una obra literaria, musical ó artística, y que no logra alcanzar publicidad, ni gloria ni fortuna, y muere en un hospital ó en una bohardilla olvidado y desconocido. (*El Siglo Diez y Nueve*, sábado 18 de abril de 1896)

Ciertamente, la escritura de Salvador Quevedo y Zubieta estuvo marcada por influencias extranjeras que, por su tipo de educación, leyó directamente en francés o, como fue el caso de las letras clásicas, en latín<sup>152</sup>. Si bien, su edad debe contarse a partir de su verdadera fecha de nacimiento, lo cierto es que ya desde muy joven había participado activamente como colaborador e incluso, según el Tomo Tercero del *Interregno Universitario de la Universidad de Guadalajara*: “En 1879 fue nombrado profesor de Gramática y Literatura Españolas en el

---

<sup>151</sup> El término “azul”, en este contexto, hacía alusión a los modernistas que estaban influenciados por Rubén Darío. Luis González y González (1989) llamó la “Centuria Azul” a esta generación de escritores jaliscienses nacidos entre 1855 y 1870 a la que pertenecieron Puga y Acal y Quevedo y Zubieta, pero a la que al parecer el segundo trataba de desmarcarse, al menos, hasta ese momento. (González y González, 1989, p. 175) Guzman Moncada (2002) menciona el papel de Puga y Acal como crítico de toda esa generación de liberales modernistas a la que se mantuvo al margen, llegando incluso a contraponerlos con ellos a pesar de presumir ser un precursor del simbolismo, el decadentismo y el parnasianismo en México. Si bien él fue un anticlerical y un anticonservador, no fue de buena gana un liberal y criticó también a la prensa y a los poetas como Gutierrez Nájera ligados al poder.

<sup>152</sup> Ya se ha establecido en capítulos anteriores los programas educativos jesuitas que tuvieron enorme fuerza en ciudades como Guadalajara.

Liceo de Varones del Estado de Jalisco” (enciclopedia.udg.mx/). Es decir que ya era profesor incluso antes de graduarse como abogado y publicar una de sus obras más conocidas en la época.

Ahora bien, respecto al cuento *¡Sepultados!*<sup>153</sup>, es importante señalar que Quevedo y Zubieta, por medio de su protagonista Juan Zurdo, critica duramente a los estilos de su tiempo, señalando las deficiencias estilísticas respecto de lo que él mismo considera el valor estético de la literatura. En la escena en la que el editor Mr. Teigne le pregunta sobre el estilo literario en la obra del protagonista sucede esta escena:

—¿Qué especie de libro es ese?

—Mi libro hace el bien y hace la luz: nada más; respondió zurdo<sup>154</sup>.

—Eso, dijo Teigne enfadado, es a lo más una frase hecha. Veamos... Dígame. V. a qué escuela de las que reinan o han reinado en Francia pertenece su obra... ¿Es *romántica*?

—No, señor; los románticos gustan demasiado de volar. Trabajadores alados, se diría que no escriben más que para algunos raros aereonautas. Mi libro está escrito para gente de a pie.

—¿Entonces, es *naturalista*?

—No señor; el naturalismo degenera en micrografía. Es la literatura molecular. Si para referir cómo Pedro mató a Pablo me entretuviera en describir el nudo de la corbata de Pedro y el cordón de los botines de Pablo, los lectores cerrarían mi libro antes de llegar al hecho. La abundancia de detalles embaraza la página.

Hoy por hoy, se aplaude con fervor ese trabajo chino de detalles microscópicos; es un capricho de la moda pero la posteridad se reirá. Ella no aceptará ciertos grandes libros naturalistas sino a beneficio de inventario y a condición de numerosas mutilaciones.

---

<sup>153</sup> Partiendo de lo dicho por Carmen Vidaurre respecto de las colaboraciones de Quevedo y Zubieta en *La República Literaria*, este cuento debió publicarse entre 1881 y 1883, antes de su primer exilio. Además que el tono y el estilo parece muy juvenil y menos pulido que sus obras narrativas y prosísticas de 1883.

<sup>154</sup> El cuento se transcribió de la fuente original y está disponible en internet como parte de esta investigación. El único texto que existe de su primera publicación no tiene fechas, por lo que resulta difícil precisar una.

Primera Parte:

[http://blogs.e-consulta.com/blogs/nuevoconsultario/nota/ensayo/sepultados?fbclid=IwAR26i6ZU0xpRu6y2LqX2F1HH1ZJqzi9LhA\\_tMeVUuI0KONV2J9TBwIuZxVA](http://blogs.e-consulta.com/blogs/nuevoconsultario/nota/ensayo/sepultados?fbclid=IwAR26i6ZU0xpRu6y2LqX2F1HH1ZJqzi9LhA_tMeVUuI0KONV2J9TBwIuZxVA)

Segunda Parte:

[https://blogs.e-consulta.com/blogs/nuevoconsultario/nota/ensayo/sepultados-1?fbclid=IwAR1AA7nYDMukXVZ5lxykbcZM\\_aycrrIvE8MFfK9GkyMdA4ui4XR\\_cnfg13Q](https://blogs.e-consulta.com/blogs/nuevoconsultario/nota/ensayo/sepultados-1?fbclid=IwAR1AA7nYDMukXVZ5lxykbcZM_aycrrIvE8MFfK9GkyMdA4ui4XR_cnfg13Q)



—¡Bah! ¡Bah..! interrumpió Teigne con aire burlón. En ese caso, ¿estará V. más bien por el espíritu que por la materia? Su libro ¿será tal vez *psicológico*?

—No señor; yo no he pensado todavía en aventurarme por vericuetos y encrucijadas del alma humana. Y además, para *ponerme en el movimiento*, como se dice por aquí, me sería preciso afiliarme a la singular psicología que se practica en Francia: se toma una alma francesa, una alma parisiense corrompida en medios de prostitución, donde la noción moral falta al alma como la noción del colorido al ciego de nacimiento... Y en seguida se la presenta en un libro diciendo: He ahí cómo es el alma humana.

—Es V. algo difícil, joven... ¿Estará V. pues, acaso, por el *lirismo* o por el *decadentismo*? ¿Su libro es *parnesiano*<sup>155</sup> o *decadente*...?

—No señor. No tengo el honor de permanecer a la clase de los rimadores. Cuando era pequeñito solía yo divertirme en buscar todos los consonantes de mi sobrenombre *Zurdo*. Después, he creído que debía pensar y escribir en calidad de hombre de mi siglo; me he dicho a mí mismo que un retardo de cinco minutos para rimar mi frase y otro tanto para lanzar mi idea a las estrellas, me haría perder algunas veces el tranvía y otras el tren. A causa de esto, mi libro no es *parnesiano sideral*, ni siquiera *parnesiano pedestre* (sic).

Decadente, tampoco. La oscuridad y el arcaísmo, erigidos en sistema literario, produjeron en Italia los *conceptistas* y en España los *gongoristas*, dos clases de escritores tratados de locos apreciables por sus compatriotas de hoy. Siendo así, no tengo deseos de que los franceses del porvenir releguen mi libro a la biblioteca del Hospital de Dementes de Chareton. Mi libro no es decadente. (Quevedo y Zubietta Salvador, *¡Sepultados!*, [www.blogs.e-consulta.com](http://www.blogs.e-consulta.com))

El cuento *¡Sepultados!* si bien es una obra de juventud, ya delimita de manera el estilo de Salvador Quevedo y Zubietta, que es precisamente un estilo que intenta ser abiertamente opuesto y anacrónico respecto de los estilos imperantes, pero también con un conocimiento muy acertado de las corrientes europeas como el decadentismo o el parnasianismo, que él ya conocía de primera mano. Ahora bien, Ana Laura Zavala (2023) señala, respecto del breve ensayo con el que inicia el cuento, que

Más allá del tono irónico, considero importante destacar algunos aspectos expuestos (...), pues pervivirían en la narrativa polémica y crítica sobre el decadentismo en la prensa. En su ensayo de definición de la categoría de genio [según Quevedo y Zubietta], quien enuncia el discurso evidencia cierto determinismo social y biológico, muy propio del enfoque positivista en boga,

---

<sup>155</sup> En el texto original está escrito “parnesiano”. Quizá se deba a un error en la edición.

según el cual, como toda condición psicofísica, se debía tener una predisposición para la escritura, la cual solo se desarrollaría si las condiciones del medio y las circunstancias eran propicias. Esas ideas devendrían uno de los pilares de la crítica antidecadente posterior, que apoyaría este *dictum* en las formulaciones del filósofo, crítico y escritor francés Hippolyte Taine<sup>156</sup>, uno de los difusores fundamentales de los principios de ese sistema de pensamiento aplicado al arte, como se verá más adelante a propósito de las ideas de Jesús Urueta sobre el decadentismo y su floración en el medio mexicano. (Zavala, 2023, p. 33)

Ana Laura Zavala, quien propone que el cuento se publicó en 1887, señala que dicho texto da a conocer el conocimiento de Quevedo y Zubieta sobre el decadentismo, el simbolismo, el parnasianismo y el naturalismo<sup>157</sup> de primera fuente.

Como se observa, en la diferenciación entre movimientos literarios que expone el personaje, el decadentismo se singulariza mediante dos categorías que, aunque pertenecen a campos semánticos diversos, se conjugan estableciendo un vínculo de causa-efecto entre creación/estilo y cuerpo/patología. De esta suerte, Juan Zurdo señala como uno de los rasgos formales de esa corriente la confección de un estilo oscuro, ininteligible, falta de claridad y objetividad —cualidad que sí identifica, por ejemplo, en el naturalismo y su tendencia hacia la representación casi “microscópica” de la realidad—, a lo que contribuiría el uso de arcaísmos, es decir, de voces en desuso que no resultaban comunes para los lectores modernos y que producían un efecto de desfamiliarización. Según el personaje, ese rasgo escritural descendía de modo directo de dos tradiciones que, significativamente, no se localizaban en Francia, pero que, al final, desembocaban en ella en forma de síntoma y enfermedad. Estilo y locura establecían, así, un binomio que estructuraría buena parte de los juicios críticos —pero también de las creaciones— acerca del decadentismo en México. (Zavala, 2023, p. 34)

Continúa más adelante:

---

<sup>156</sup> Zavala hace evidente que Quevedo y Zubieta, al igual que Francisco Bulnes, estuvo influenciado por Taine y su filosofía. Quevedo y Zubieta también estuvo relacionado con el pensamiento de Taine. Chantaca explica que “La propuesta de Quevedo y Zubieta sigue a Taine, quien afirma que para hacer historia es preciso abandonar la abstracción y atender al hombre por entero: “corporal y visible que come, que anda, que combate, que trabaja [...] procurad ver á los hombres en su taller, en sus escritorios, en sus campos, con su cielo, su suelo, sus casas, sus trajes y sus comidas”. A partir de estas consideraciones es posible afirmar que su planteamiento apunta a fundamentar la historia en un “ver como descubrir o revelar”; movimiento que difiere, en su perspectiva, del hacer teórico: “dejad á un lado la teoría de las constituciones y de su mecanismo, de las religiones y su sistema, y procurad ver á los hombres”. Taine se pronuncia a favor de la experiencia en investigación, pues al parecer la aplicación de la teoría al discurso histórico le significa una serie de preconcepciones que prejuician nuestra comprensión de lo real. No podemos pasar por alto que la inquietud de Taine responde al aire epocal, en específico a la defensa de las ciencias del espíritu, ya que la simulación de la mirada por la que propugna cree suplir una “deficiencia” del trabajo científico ejecutado por la historia en razón de su objeto de estudio” (Chantaca, 2017, p. 148)

<sup>157</sup> Carballo (2001) asegura que mantuvo una relación estrecha con Émile Zola, pero no se encontraron evidencias que sostuvieran esos dichos. Algunas fuentes señalan que Salvador Quevedo y Zubieta como médico tuvo contacto con figuras destacadas de Francia y que, en ese sentido, fue también cercano a Federico Gamboa, pero no se hallaron evidencias para corroborar esos datos y por tal motivo no se citaron para esta investigación.

Ciertamente, llama la atención la ausencia de referencias literarias específicas en relación con ese movimiento en el relato quevediano, más aún cuando el escritor se encontraba por aquellos años en el epicentro de la bohemia —recuérdese que Quevedo y Zubieta radicó en Francia de 1885 a 1895—, donde el apelativo “decadente” venía empleándose en el terreno literario al menos desde 1857 con la publicación de *Las flores del mal* de Charles Baudelaire y, con mayor insistencia, hacia 1887, con la emergencia de un grupo de escritores, encabezados por Anatole Baju, que se autoproclamaron seguidores de esa tendencia literaria. Aunque este silenciamiento bien pudo deberse al desconocimiento de las producciones de aquellos escritores, aventuro que la omisión derivó más bien de las preferencias estéticas de Quevedo y Zubieta, quien se inclinó por un realismo claramente tamizado por su estudio y ejercicio de la medicina mental; de ahí, me parece, su obvio distanciamiento de una corriente literaria asociada a la demencia. (Zavala, 2023, p. 34)

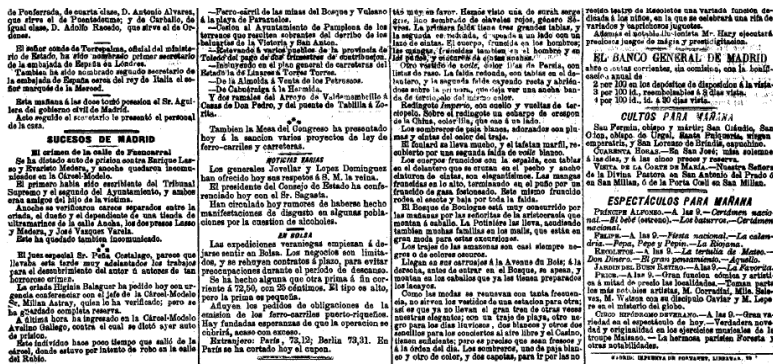
Por lo expuesto respecto de *¡Sepultados!* y las diferentes controversias alrededor de este texto y su publicación en la prensa mexicana, puede precisarse esta falta de exactitud para abordar la literatura de Quevedo y Zubieta y la relación de las corrientes extranjeras con los escritores mexicanos. Lo cierto es que el jalisciense, ya fuera desde 1881, antes de su exilio, o en 1887, después de éste, siempre estuvo en contacto directo con las corrientes europeas, leyéndolas en su lengua original e inmerso en el contexto, tal y como José Manuel Hidalgo Esnaurrizar o Manuel Puga y Acal. Al mismo tiempo que conocía mejor que nadie las propuestas poéticas de Europa, estaba también muy adentrado en el conocimiento de las estructuras nacionales y tradicionales (desde el barroco, el clasicismo, el romanticismo y el costumbrismo). Esto dio a su escritura cierto tono un tanto versátil, aunque incierto y atonal, ya que, en su juventud, criticó duramente el decadentismo, el naturalismo y las corrientes imperantes, pero más tarde en su madurez adoptó dichas corrientes, cuando éstas ya estaban más que caducas en México y el discurso realista revolucionario era lo que dominaba las publicaciones, repitiendo este patrón de anacronismos a lo largo de sus publicaciones. En cierto sentido, Quevedo y Zubieta parecía estar en desacuerdo con las modas y siempre iba varios pasos atrás y a los lados en el concierto de las letras, nunca sumándose a las corrientes, por el contrario, regresando siempre a estilos pasados o periféricos; quizá esta es otra razón de su escaso reconocimiento en las letras nacionales. Sin embargo, este “manierismo anacrónico”, más que ser un defecto, resulta ser la mayor virtud en su escritura ya que si bien, apela a estilos caducos y a maneras “conservadoras”, siempre escribe poniendo en dinamismo los temas que fueron actuales en su tiempo, dando a su narrativa un valor muy interesante a la luz de los siglos. Hay que tener en cuenta que, durante el porfiriato, hubo también un regreso a las tradiciones artísticas, sobre

todo al neoclasicismo, y que el espíritu cultural de finales de siglo estaba marcado por el estricto “conservadurismo” de los “científicos”, y posteriormente de los “ateneístas” revolucionarios. Rodríguez Preciado menciona que “No deja de ser interesante que la generación que queda comprendida en el lapso biográfico de Quevedo y Zubieta incluye a aquellos personajes que aparecen entre el ocaso de los científicos juaristas y el amanecer de los ateneístas revolucionarios. Aunque no se trata bien a bien de un grupo sobresaliente en lo literario, con la salvedad del grupo mencionado de poetas modernistas y a diferencia de lo que serían las generaciones avecindadas, sí puede afirmarse que es una generación que replantea la forma de las estructuras sociales, intelectuales, y acaso el uso de las instituciones” (Rodríguez Preciado, 2003, p. 103). A continuación, se hace un trabajo breve de análisis de sus obras más emblemáticas.

### 3.2.6a. La influencia francesa: *Récits Mexicains* y *L'Étudiante*

En este apartado se va a revisar el estilo de las obras narrativas del escritor jalisciense y analizar como textos paralelos a la lengua española, presentando diversos fenómenos estilísticos y lingüísticos muy interesantes. Luis Arias González, propone que la elección de Francia como lugar para su segundo exilio se relaciona con el pensamiento positivista hacia las últimas décadas del siglo, el avance científico y las vigorosas corrientes que convivieron en un mismo espacio: “Francia era el hogar de los nuevos movimientos literarios que vinieron a renovar las letras a finales del siglo XIX, realismo, naturalismo, parnasianismo y simbolismo.” (Arias, 2019, p. 117)

En 1888 aparecieron varios anuncios promocionando *Récits Mexicains* como el del 8 de abril o del 6 de julio del mismo año (ver imagen 11 y 12).



**GRAN BALNEARIO DE ALCEDA**

Este magnífico establecimiento, primero en su clase, se halla abierto desde el 10 de Junio al 30 de Septiembre. Sus profundos aguas son muy eficaces en toda clase de herida, eczemas y afecciones cutáneas. Son termales, y su cantidad es aproximada a los 200,000 litros por hora. No la hay mayor, se halla situada en el valle de Toranzo, al más extremo y bello de Alceda, cerca de la línea férrea, estación de Alceda, y a gran hotel no tiene rival en España. Para más detalles, dirigirse al Administrador en Alceda.

**FABRICA «AURER»**

ALONSO MILLAN Y CIA. S. A.

**BILBAO**

Tubos de hierro soldado para construcción de agua, vapor y gas.

Yarnes y accesorios para distribución de agua.

Depositos de agua para instalaciones.

Cuchillas para afilar y toda clase de objetos forjados.

AMERICANA S. A.

CRUZ, 1, 25 Y 47

**RÉCITS MEXICAINS**

(PERSONES MEXICAINS)

por

**SALVADOR QUEVEDO Y ZUBIETA**

ENVIÉS UN DÓLAR PARAGUAYO

PARÍS - BOULVARD DES FILLES DU CALVAIRE - 113

VILLE DE BRÉSIL - 113

Annonciations - Cécilia - Nueva erred - Parigiello.

MILANOS - M. J. J. J.

La Francia es un país que ofrece una gran variedad de cosas interesantes. El viajero que desea visitar este país encontrará en él todo lo que necesita para su viaje. El viajero que desea visitar este país encontrará en él todo lo que necesita para su viaje.

**EL OIA**

de venta en París a diez céntimos cada número en el extranjero al precio de 2 pesetas Al extranjero, en la adición de los gastos de envío y de la tarifa de la imprenta.

El OIA es un periódico que publica los más interesantes y curiosos datos de la actualidad internacional y nacional. Es el más completo y actualizado de todos los periódicos que se publican en el mundo. Su contenido es de gran interés para todos los que desean estar al día de lo que acontece en el mundo.

Imagen 11. Fuente: hemerotecadigital.bne.es

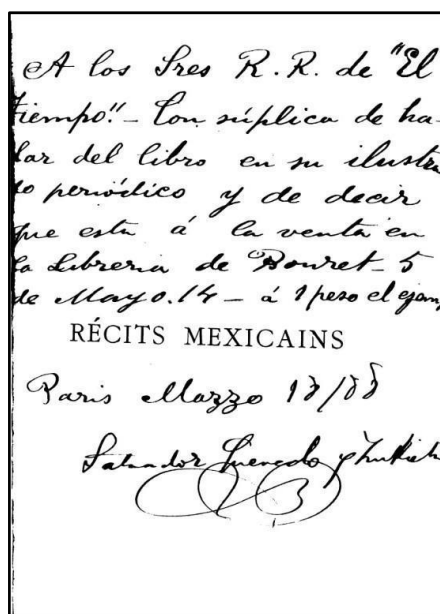
Imagen 12. Fuente: hemerotecadigital.bne.es

En la prensa española se hizo mucha promoción de estos libros lo que resulta sumamente interesante. Al parecer las relaciones de Quevedo y Zubieta y la prensa española, de la mano con su amistad con Emilio Castelar, le permitieron tener muchos privilegios para la promoción de sus libros. *Récits Mexicains* fue escrito entre 1885 y 1888, durante la segunda estancia de Quevedo y Zubieta, seguramente después de la publicación de *Un año en Londres*. El autor, como explica en su prólogo, intenta definir los términos *récits* (narración), *nouvelle* (noticias) o *épisode* (episodio) para distinguirlo de *roman* (novela). Es decir, que el autor intenta hacer solo narraciones o episodios de la historia y la sociedad mexicana para acercar a los lectores franceses a la cultura del país. Es posible que la intención del texto obedezca a dos cosas: un interés genuino de lectores francófonos por “lo mexicano” o un acercamiento a México y su tradición literaria desde la lengua francesa para fortalecer los lazos tan desgastados entre los dos países tras las guerras, cosa que venía gestando desde *Revue Exotique* en 1887<sup>158</sup>. Escrito durante su estancia como estudiante de medicina en la Universidad Sorbona de París, cuyo

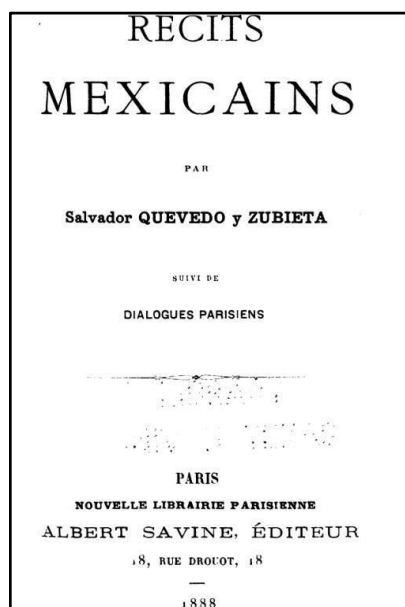
158 Precisamente su trabajo en *Revue Exotique* y como cónsul de Saint Nazaire hace suponer que no pudo publicar originalmente *¡Sepultados!* en 1887 en *La República Literaria*. Además de que su prosa desde 1883 se nota mucho más trabajada y *¡Sepultados!*, por su hechura parece un escrito de juventud. Por esa razón se toma como cierta el año de publicación original que propone Vidaurre de 1881. La de 1887 puede ser una reimpresión.

financiamiento estuvo a cargo en parte por el gobierno de México<sup>159</sup>; de ser este el caso, se infiere que nuevamente, como en el caso de *Recuerdos de un emigrado*, el texto tuviera implicaciones políticas.

Para esta investigación se revisaron dos versiones de *Récits Mexicains*, la primera en formato físico de la Universidad Pública de New York y que fue adquirida en facsímil en 2021 luego de que se imprimiera el mismo año como parte de una reedición de la *ULAN Press*. La otra edición revisada fue en formato digital de la Universidad de Texas en Austin<sup>160</sup> que se encuentra en el repositorio de Hathi Trust desde 2022. La versión original de este libro fue publicada por la *Nouvelle Librairie Parisienne*, y no en la Imprenta Ch. Bouret. como los otros textos de Quevedo y Zubieta. No hay diferencias respecto de las ediciones salvo que la edición de la Universidad de Texas presenta una dedicatoria de Salvador Quevedo y Zubieta que dice: “A los Sres. R.R. de ‘El Tiempo’ con réplica de hablar del libro en su ilustre periódico y de decir que está a la venta en la Librería de Bouret, 5 de mayo 14, a un peso el ejemplar. París, marzo 13/88”. Ya se habló de su difusión en el periódico *El Día*, pero esta dedicatoria implica que también este libro fue promocionado en el periódico español *El Tiempo*, donde también el autor estaba bien relacionado.



A los Sres R.R. de "El  
Tiempo!" - Con réplica de ha-  
blar del libro en su ilustre  
periódico y de decir  
que está a la venta en  
la Librería de Bouret - 5  
de Mayo. 14 - a 1 peso el ejem.  
RÉCITS MEXICAINS  
Paris marzo 13/88  
Salvador Quevedo y Zubieta



RECITS  
MEXICAINS  
PAR  
Salvador QUEVEDO y ZUBIETA  
SUIVI DE  
DIALOGUES PARISIENS  
PARIS  
NOUVELLE LIBRAIRIE PARISIENNE  
ALBERT SAVINE, ÉDITEUR  
18, RUE DROUOT, 18  
1888

<sup>159</sup> No se encontraron registros específicos de los apoyos del gobierno a Quevedo y Zubieta, pero sí de otros recursos, como se ha señalado anteriormente en el texto de Bazant (2008). Se infiere que pudo haber ido también con recursos familiares. No obstante, por el contenido del texto, puede suponerse lo primero.

<sup>160</sup> El link para revisar esta versión es el siguiente:

<https://babel.hathitrust.org/cgi/pt?id=txu.059173024369611&view=1up&seq=13>



Esto quiere decir que el texto tuvo mayor difusión de la que se cree y por el hecho de dar la dirección de la Librería de Bouret en la Ciudad de México<sup>161</sup>; se infiere, entonces, que el libro, no sólo tuvo una distribución en España y en Francia, sino que también en México para lectores francófonos. Este no puede ser un detalle menor e implica, desde las palabras del autor, que el texto tuvo presencia en México y que de alguna forma estuvo dirigido a lectores específicamente de habla francesa, algo muy común en el periodo entre los círculos más elitistas del porfiriato (debe recordarse que el libro no fue traducido al español hasta 2002). En ese sentido, *Récits Mexicains* para nada intenta ser un texto dirigido a las clases populares y, por el contrario, trata de hacer una serie de “narraciones” donde expone diversos escenarios de la sociedad y cultura mexicana, desde la lengua francesa, bajo los estilos literarios franceses y con una focalización completamente europea. En prólogo explica:

Ce livre avait été annoncé depuis quelque temps dans une revue littéraire sous le nom d'Épisodes Mexicains. Au cours de l'impression, quelques personnes firent à l'auteur des objections au sujet de son titre. Cela pouvait aller à la rigueur - lui disait on- mais le mot "Épisodes" avec un qualificatif, n'avait, jamais été employé en français (comme il l'est en espagnol) pour désigner un certain genre du roman.

On lui citait à l'appui les *Episodios* de Pérez Galdós, dont la traduction française ne porte que le nom de *Nouvelles*. Donc, comme il ne tenait pas à faire passer un titre frappé ou du moins soupçonné de contrebande, il a dû le changer. Néanmoins, le titre: “Episodes mexicains”, retranché dans la première page du livre est resté dans les folios des pages pairs.

Qu'il soit permis à l'auteur de ne pas le regretter. Est-ce que tout serait dit de ce que les rhétoriciens ont divisé les œuvres d'imagination en prose en deux classes: le *roman* et la *nouvelle*? Le *roman* est grand; la *nouvelle* est petite. (Quevedo y Zubieta, 2021, *Récits Mexicains*, pp.3-4)

La categorización que hace del autor sólo le sirve para justificar el estilo de su narrativa, que es una mezcla entre naturalismo, episodio histórico (en el sentido que le da Pérez Galdós) y relato, pues propiamente no son cuentos (los considera más cercanos al concepto *nouvelle*) y mucho menos se acerca a la narrativa propia de la novela (*roman*). Sin embargo, los textos mantienen mucho de la prosa estilizada que lo caracterizó en *Recuerdos de un emigrado*. En

---

<sup>161</sup> Si se revisa la portada de *Recuerdos de un emigrado* de 1888, se ve que la Imprenta Ch. Bouret, tiene dos direcciones, una en París y otra en México, y la dirección en México es 5 de mayo # 14, tal y como aparece en la dedicatoria.

realidad, lo que intenta hacer es una suerte de experimento literario por medio de una intervención lingüística entre el español y el francés, como explica más adelante en el mismo prólogo.

C'est sur cette dernière caractéristique de ses Récits que l'auteur insisterait s'il ne tremblait avec le lecteur devant la longueur des préfaces. Il se bornera à dire que c'est avec des détails fictifs et sur un certain fond de réalité qu'il en a ourdi la trame. Dans le besoin de donner leurs parts à l'Art et au Fait, il les a entremêlés de telle sorte, qu'il lui serait difficile de déterminer où le vrai commence et où cesse le fictif.

Cela pour matière de Récits: quant à leur forme, l'auteur n'a qu'une confession à faire. Il les a pensés en espagnol; il les a écrits en français. Si tous ceux qui écrivent faisaient la même chose que lui, l'auteur sait bien que la langue française aurait nécessairement plus d'un horizon à recevoir; mais elle deviendrait universelle. Il faut bien qu'une langue souffre un peu pour devenir la première du monde. (Quevedo y Zubieta, 2021, pp.7-8)

Cuando dice que la lengua francesa “tiene que sufrir un poco” sin duda se refiere a la “adulteración” que ha hecho en esta por medio de las formas sintácticas y poéticas del español. No sería raro, ya que recordemos que en *Un año en Londres* se asumió como un paladín de la hispanidad. “Il les a pensés en espagnol; il les a écrits en français”, del mismo modo que se hicieron evidentes estas intervenciones en la novela *Las víctimas del chic*, como se enfatizó anteriormente, pero ahora como una verdadera expresión híbrida ya que si bien el acto de escritura ahora sí se concreta en otra lengua, enuncia desde el español. Estos rasgos de bivocalidad van a ser muy comunes en los escritores emigrados.

El libro consta de ocho narraciones: “Cecilia”, “Juarez Errant”, “Periquillo”, “Escontzin” y “Dialogue Parisiens” que se divide a su vez en “Le Français langue universelle”, “Ensevelis” y “Monsieur Sévère”. Para efectos prácticos de este breve análisis se aborda el discurso histórico y estilístico en “Juarez Errant” y “Escontzin” ya que son los que mejor reflejan el carácter nacional de la narrativa mexicana escrita en francés. *Juarez Errant* es un “episodio” en el que se plantea el papel de Juárez como un presidente errante en el país durante la ocupación francesa y el gobierno de Maximiliano. Como señala en su prólogo, el autor estaba influenciado por los “Episodios” de Pérez Galdós y mantiene esa conexión con la narrativa histórica, mezclando lo ficcional con el tema histórico, partiendo de lo verosímil del relato en función de lo verdadero. El estilo es sobrio y se mantiene dentro del realismo histórico de los



estilos de la época. La narración trata de crear un punto objetivo entre la visión de los monarcas sobre el territorio ya que desconocían México, y en cierto sentido fueron víctimas de una situación política que no podían imaginar. Su desconocimiento no solo del territorio, la lengua y la sociedad en general se hace visible en esta escena:

Tous les matins elle demandait.

— Quelles nouvelles de Juarez? Où est-il maintenant?

Puis, selon les renseignements, elle marquait au crayon sur une petite carte du Mexique le point où devait se trouver le *rebelle en fuite*.

Ce matin-là, comme elle venait de quitter l'alcoba impériale, elle entra suivie de trois dames d'honneur dans le salon tendu de soie rouge. C'était le cabinet de travail de Maximilien.

L'Empereur était là, accoudé à la grande table marbrée qui occupait le milieu; les secrétaires autrichiens prenaient sous sa dictée des notes sur des emplois publics à distribuer, et quatre chambellans mexicains se tenaient autour, debout, avec des mines de garçon police.

Charlotte s'approcha du groupe, et plus pressée que d'ordinaire, elle lança sa question quotidienne:

— Quelles nouvelles de Juarez? Où est-il maintenant?

On aurait dit qu'elle était sous l'obsession de quelque cauchemar de la nuit, car il y avait dans sa demande un accent de vague anxiété. Les secrétaires levèrent la tête. Ils eurent l'air de laisser la parole à l'Archiduc. Mais Maximilien ne répondit pas. Il se contenta de tendre à l'Impératrice le numéro du jour du *Diario del Imperio* (Journal de l'Empire), lui indiquant du doigt un entrefilet.

Charlotte lut que:

Le *cabecilla* (petit rebelle) Juarez était arrivé dernièrement à Chihuahua, mais qu'il quitterait bientôt cette ville et sortirait du sol mexicain à la seule rumeur de l'approche des armes impériales.

C'était là à peu près le contenu de l'entrefilet.

— Chi-hua-hua! s'écria la Belge, appuyant difficilement sur chaque syllabe. Elle déposa le journal et déplia sa carte de poche du Mexique.

— Où est-ce donc, Chi-hua-hua? demanda-t-elle.

Elle avait éntendu la carte sur un coin de la grande table, Maximilien, indifférent, continua sa dictée; les secrétaires se remirent à écrire, tandis que les chambellans, d'un seul mouvement officieux, accoururent près de Charlotte. Chacun se pencha sur la carte, chacun allongea son index vers le point géographique demandé.

L'Impératrice avança son crayon, prolongea jusque là la ligne en zig-zag qui marquait la route fugitive du rebelle, et elle répétait avec sa prononciation gracieuse à force d'être maladroite:

— Chi-hua-hua... Chu-hua-hua...

Décidément, le nom chatouillat son oreille.

— C'est une ville de l'Empire à ce qu'il paraît, n'est-ce pas? — ajouta-t-elle.

— C'est là, fit observer à L'Impératrice un chambellan de grande taille, que ce trouve cette espèce de peaux-rouges qui s'appellent *Apaches*.

— Alors je m'explique le nom, reprit la Belge... Chihuahua!... oui; cela paraît le cri d'un peau-rouge.

— Et c'est là, dit une dame d'honneur, anxieuse de placer son renseignement; c'est là qu'il y a de petits chiens qui vivent enfoncés sous terre.

— C'est donc dans un pays de sauvages et de petits chiens que Juárez s'est fixé? interrogea malignement la fille de Léopold.

— Oui, Majesté, reprit le petit chambellan, tout joyeux de pouvoir lancer son trait satirique: il est maintenant en situation de se faire peau-rouge.

— Ou de se faire petit chien, s'écria d'une voix aiguë une dame d'honneur.

Et tous rirent, particulièrement, Charlotte. Elle partit d'un grand éclat, d'un de ces rires saccadés et nerveux qui trahissaient alors sa joie, qui plus tard devaient trahir sa folie. (Quevedo y Zubieta, 2021, pp. 87- 89)

Es muy importante destacar este fragmento pues hace evidente las intenciones del autor. Quevedo y Zubieta, más que retratarlos históricamente como una pareja de invasores malignos o incompetentes, los hace ver como un par de extranjeros inocentes y en cierto modo ignorantes e ingenuos de la situación<sup>162</sup>. Que Carlota tenga que ubicar Chihuahua por medio de un mapa de bolsillo, que confunda todo lo indígena con pieles rojas y hable de los “pequeños perritos” es un poco condescendiente y discursivamente trata de darle un aire infantil que se relaciona con su locura, que para el año de publicación de *Récits Mexicains* ya era un hecho conocido por todos. Esto sin duda con el afán de mantener congraciados a los lectores europeos que simpatizaban con la monarquía y cuyo retrato trágico de Carlota y Maximiliano era bien recibido. En ese sentido, el texto tampoco encumbra a Juárez como una figura heroica y monumental, por el contrario, lo hace ver más humano y, en cierto punto, vulnerable políticamente en su papel de “presidente errante”.

La narración es obviamente ficcional, pero toca algunos hechos históricos poco tratados hasta ese momento. Se divide en tres partes: el traslado errante de la administración de Juárez

---

<sup>162</sup> Algo ciertamente falso, ya que su conocimiento de México y su sociedad fue más completo de lo que se puede suponer. Pero, como se ha señalado, las obras que se escribieron en su momento sobre Maximiliano y Carlota, en América y Europa, rozaban extremos.

a Chihuahua, desde la perspectiva de los monarcas europeos tras su llegada en la instalación en la Ciudad de México y en la perspectiva del mismo Juárez como un hábil político que logra mantener unida a la República; los acontecimientos en El Paso del Norte (Ciudad Juárez) con la llegada de Juárez y sus interacciones con algunos personajes históricos como Lerdo de Tejada, el Gral. Lampazos (Francisco Naranjo) y los gobernadores norteños que se sentían separados de la Federación, así como algunos hombres importantes de El Paso Texas con quienes Juárez arregló un sin fin de negociaciones. Finalmente, el texto habla sobre el triunfo de Juárez sobre los monarcas y el fusilamiento de Maximiliano I en el Cerro de las Campanas en Querétaro, las causas y las consecuencias del hecho que causó un enorme debate en Europa y se moldeó la forma en la que sería visto México en el extranjero. La narración trata de crear un punto objetivo entre la visión de los monarcas, quienes desconocían México y, en cierto sentido, fueron víctimas de una situación política que, como el extenso territorio de Chihuahua, les era inexpugnable. *Juarez Errant* tiene, como toda la obra de Quevedo y Zubieta una motivación política y usa el realismo histórico del episodio nacional para tratar de tender puentes y diálogos entre México y Europa como resultado de una relación metalingüística en el discurso histórico.

Quevedo y Zubieta pone en tela de juicio la objetiva cientificidad del discurso histórico y lo hermana con la ficción literaria, de suerte que los contenidos ideológico-culturales subyacentes al primero se hallan bajo un tratamiento subjetivo propio de la interpretación poética. Por ello, ante el paratexto que señala el carácter histórico de toda su narrativa, hemos de considerar que ésta es el resultado de una relación metalingüística con el discurso histórico. (Chantaca, 2017, p. 147)

*Escontzin*<sup>163</sup>, por otro lado, cuenta el relato de un accidente ferroviario<sup>164</sup> “Ce fut là à peu près le cas d'un accident resté célèbre dans le pays: celui du 23 juin 1881” (Quevedo y Zubieta, 2021, p, 174). Basado también en hechos históricos acaecidos en la sierra Morelos, el texto, por su construcción y sus formas estilísticas, a diferencia de *Juarez Errant*, sí entra en la categoría de cuento. La diégesis es simple: una empresa española está construyendo un puente ferroviario en la barranca de Escontzín, Morelos. El dueño de dicha empresa es Don Perpetuo Enredo y él quiere cobrar desmesuradamente al gobierno por una obra construida con prisas y

---

<sup>163</sup> El texto fue traducido por Naomi Domínguez Juárez en 2022. Se usa la traducción en español junto al original en francés para poder entender el sentido del relato.

<sup>164</sup> El accidente de Escontzin fue también documentado por Manuel Gutiérrez Nájera.

sin supervisión adecuada. Crispín y Petronila es una pareja de indígenas que vive en matrimonio o amasiato: la belleza de Petronila encandila a don Perpetuo quien termina “robándole” la mujer a Crispín que se vuelve la burla de los obreros y los soldados que se encuentran en la obra. La inauguración de la obra se apresura debido al cobro que don Perpetuo quiere hacer para ir a vivir a la ciudad de México con mucha holgura. Petronila, ahora en el papel de amante del español sueña también con esa fortuna y con vivir en la capital con otras damas. Crispín, invadido por los celos y la ira intenta recuperar a su mujer en vano, por lo que el día de inauguración con hacha en mano, afecta a uno de los pilares del puente, que venía de la estación cercana con sobrepeso y empujado por dos locomotoras a toda velocidad en plena tormenta. La fatalidad llegó y todos los pasajeros, incluida Petronila, cayeron al barranco y murieron entre fuego, explosiones y acero retorcido; nadie sobrevivió. Al día siguiente vieron a Crispín buscando a Petronila entre los restos carbonizados. Perpetuo Enredo, quien no se subió al tren, mandó a matar a Crispín y cobró el seguro. La historia, según, se la contó al autor un testigo: el ingeniero Pedro Carril. Ahora bien, fuera de sí el relato es histórico, verídico, verosímil o ficcional, lo cierto es que el texto tiene características muy particulares que se adelanta y se acerca formalmente al cuento modernista en muchos sentidos. En primer lugar, se aleja del tono moralizante del costumbrismo y está más cerca del lirismo trágico de Manuel Gutiérrez Nájera en *Cuentos frágiles* de 1883. Tal y como en *La Mañana de San Juan* de Nájera, Quevedo y Zubieta trabajó la diégesis a niveles muy diversos que convergen en un foco de alta tensión. La tragedia de un niño que se ahoga y el descarrilamiento de un tren, por ejemplo, se convierten gradualmente, debido a la manipulación del lenguaje y a la estilización de la prosa, en un relato de morboso lirismo que va pasando por varias etapas de intensa desolación melancólica. *Escontzin*, en este sentido es también muy similar al cuento *Fragatita* de Alberto Leduc; si bien publicado en 1896, mucho después que *Escontzin* y en pleno auge modernista, los dos textos guardan ciertos elementos estéticos similares. Ambos coinciden en un uso del lenguaje muy depurado en las expresiones, dejando de lado el refinamiento y los términos un tanto rebuscados del modernismo más burgués, y optan por la palabra simple y sencilla, pero sin soslayar del todo la musicalidad de las frases y parlamentos (cosa que sí está presente en Gutiérrez Nájera). Empero, estos relatos comparten lo que llama Pupo Walker (1972), respecto de las características del cuento modernista, una “desolación melancólica” (p, 471), en frases como: “Y las estrellas no podían ayudarle” en el caso de Nájera, “Cintilaron sus pupilas negras como cintilan siempre las de la gente de color, cuando ven sufrir a un blanco” en el caso de Leduc y “Crispín levantó la cabeza como un buey que ha sido guillotinado” en el caso de Quevedo y Zubieta. Difieren en el uso del espacio natural y casi bucólico, la sierra en

*Escontzin* y la playa en *Fragatita*; el hombre invade de manera agresiva, sufriendo las consecuencias de dicha invasión, que en el caso de *La mañana de San Juan* resulta ser una presa, pero que enuncia un ambiente artificial creado por el hombre y anuncia la desgracia al no pertenecer a este ambiente natural. En los cuentos de Leduc y Quevedo y Zubieta, la mujer es símbolo de la naturaleza que es invadida y transformada irremediamente hasta la muerte. No así en *La mañana de San Juan*, pero de la misma forma, el personaje femenino, la madre, muere irremediamente como una víctima colateral de este nuevo mundo que surge del progreso. En esos tres elementos femeninos se recarga la melancolía de la que habla Enrique Pupo Walker. Hay dos fragmentos en *Escontzin* que caben señalarse en este sentido:

Nada se movía en la oscura noche. El aire tibio de esta región baja parecía fijar todo en un estado de inmovilidad y languidez. Y todo el tiempo todo vibraba, susurraba, crepitaba, mientras bajo la calma visible la elaboración de la vida continuaba muy activamente. Era el gran susurro de la naturaleza en la *cálida tierra*.

Las plantas crujían como animales. De la hierba, las lianas, el follaje en forma de abanico de los plátanos y el *zapote* salía un sinfín de vagos murmullos como si fueran el crepitar de la savia burbujeante. Luego, el rumor de la vasta vida animal que se arrastra o se desliza bajo el aliento fertilizante de los climas tórridos. El grito agudo de los grillos fue respondido por el zumbido de las miríadas de tarántulas y de los *alacranes*.

Las serpientes siseaban, el pequeño cenzon piaba medio dormido en el follaje. De vez en cuando el *clarín de la selva*, por un momento despierto, hacía sonar su nota aflautada y armoniosa, entre tantos sonidos discordantes. Y allí, en el claro, cerca de la cinta gris de la vía en construcción, los ruidos humanos se sumaron a los demás. Estos indios roncaban con fuerza.

De repente, a eso de las diez, hubo un gran alboroto en los grupos de durmientes. Los que seguían en los vagones se tiraron al suelo, todos se agitaron, se levantaron, gritaron:

—¡El zorrillo! (Quevedo y Zubieta, pp. 90-91)

El tema de la naturaleza mexicana endémica es muy importante a lo largo de la obra de Quevedo y Zubieta, sobre todo en su narrativa y en este caso el zorrillo sirve como símbolo de premonición y desgracia, ya que el animal orina sobre las vías del tren previo a la desgracia. En el texto original hay una intención del autor por enseñar al lector francés no solo el ambiente cálido de la sierra mexicana sino la fauna y la flora que podrían presentarse como exóticas, lo que convierte a *Escontzin* en una narración con cierto grado de exotismo. En el texto original hay una serie de explicaciones al pie de página con lo que el autor intenta explicar el contexto natural y social de la narración, tal y como lo hacía Hidalgo Esnaurrizar, pero esta vez no se

dirige al lector de habla hispana sino al lector francés que desconoce palabras y términos propios de México.

El preámbulo de la desgracia está magníficamente escrito, poniendo énfasis en la tormenta anunciada; tal y como tragedia griega, ni los desventurados pasajeros ni los encargados del tren hicieron caso a las advertencias del clima y a las imprudencias obvias como que el tren tuviera dos locomotoras, una empujando adelante y otra atrás. El siguiente fragmento condensa

Sin embargo, espesas nubes oscurecieron el horizonte; se extendían hacia el oeste, elevándose poco a poco. Alrededor de las siete el sol se puso tristemente en un crepúsculo plomizo. Al mismo tiempo se levantó viento del noroeste; ráfagas húmedas azotaron a la multitud del convoy, que se deslizó rápidamente en la oscuridad creciente. Un profundo silencio había seguido al ruido de la partida en la multitud. La tormenta se acercaba; dos o tres truenos estallaron secamente. Luego, grandes gotas cayeron lentamente. Tres minutos más tarde, estaba lloviendo fuertemente como llueve en tierra caliente... El tren seguía pasando a toda velocidad, cortando el viento. Lo habían puesto a todo vapor como si quisiera escapar de la tormenta en vuelo. Desgraciadamente este camino de Morelos se oponía al andar en línea recta. Había que hacer las vueltas de los laberintos, para cumplir revoluciones enteras en el espacio de un minuto. Este vértigo fatal. Esta carrera desesperada había durado ya dos horas y seguíamos bajo la lluvia y los rayos. Eran las nueve; el tren llegó a la llanura de Malpaís.

Quienquiera que hubiera estado en aquella llanura; quien, a la luz de los relámpagos, hubiera visto pasar aquel tren con dos locomotoras, una y otra silbando, rugiendo, con sus negras crines ondeando al viento... podría haber dudado de que estuviera atestado de gente. Inmóviles, apretujados, tendidos desordenadamente, los trescientos viajeros no formaban más que una masa confusa sobre los andenes chorreantes, golpeados por la lluvia. (Quevedo y Zubieta, pp. 92-93)

*Escontzin* no es formalmente un cuento modernista<sup>165</sup>, pero sin duda, la estancia en Francia, la influencia directa de los estilos franceses y la fuerte relación que tenía Quevedo y Zubieta con las corrientes literarias mexicanas más tradicionales, le permitieron ser un adelantado en este sentido, tal y como Gutiérrez Nájera o José Martí. En ese orden de ideas, su estilo, al igual que el de Rubén Darío en la prosa, tiende a ser en *Récits Mexicains* un género híbrido. Pupo Walker opina que las cualidades del cuento modernista es precisamente esta hibridación de géneros y

---

<sup>165</sup> El estilo está completamente alejado de *¡Sepultados!* donde se negaba al decadentismo, el simbolismo y el parnasianismo; estilos con los que sin duda convivió directamente durante su estancia en Francia.

estilos, y que es parte fundamental de Darío tras la publicación de la revista *Azul...*<sup>166</sup> y de sus cuentos<sup>167</sup>:

A pesar de los hallazgos de Darío en la narrativa breve, sus cuentos suelen ser un género híbrido. Salvo unos pocos textos, casi todos sus relatos contienen una especial imbricación de la secuencia narrativa y el lenguaje poético. Y no es que se trate de simple blandura estructural. Esa ambivalencia de escrituras es, en su caso todavía más que en el de Nájera. una consecuencia del desdoblamiento que percibimos en la persona de un narrador que se reserva los privilegios del discurso poético y que hasta se excluye de la trama para contemplarla desde fuera y meditar sobre las implicaciones estéticas o filosóficas del relato en cuestión. (Pupo Walker, 1972, p.474)

Estas implicaciones estéticas, que en palabras también de Pupo Walker (1992), guarda el cuento modernista se concentran en la “imposibilidad de reconciliar el ideal estético que rige la creación con el mundo” (Pupo Walker, 1992, pp. 518-519), lo que crea una relación tensa y conflictiva entre el lenguaje estilizado del relato y el mundo trágico que envuelve. “Tal actitud conflictiva, conduce con frecuencia a la evasión contemplativa que se deleita en las texturas y el semblante de lo bello y exótico” (Pupo Walker, 1992, p. 519). En ese sentido, y partiendo de los otros relatos mencionados, *Escontzin* acaricia las formas e intenciones de lo que a la postre sería el cuento modernista, sin embargo, hay que señalar que Salvador Quevedo y Zubieta, para este momento es ajeno a los movimientos latinoamericanos (está enemistado con los escritores mexicanos) y su escritura se enfoca más bien en quehaceres políticos; *Récits Mexicans* más que un libro de “narraciones mexicanas”, tiene una intención diplomática: mostrar a los lectores franceses la cultura, historia y sociedad mexicana, tal y como *Recuerdos de un emigrado* en su momento, sólo que sin el tema del exilio, y buscando reestablecer los vínculos entre las dos naciones (cosa que inició en 1887 con la revista *Revue Exotique*). Puede inferirse que esa es la principal intención de escribirla en francés y buscar por medio de paratextos y pies de página explicar la región a los europeos<sup>168</sup>. La prosa de Quevedo y Zubieta,

---

<sup>166</sup> Curiosamente publicada en 1888, igual que *Récits Mexicans*, lo que confirma que el modernismo estaba muy anunciado antes de esta fecha.

<sup>167</sup> Pupo Walker (1972) explica que “Darío se inicia como narrador hacia 1885 o 1886, con sus cuentos, *A las orillas del Rhin* y *Las albóndigas del coronel*. Son, aún, textos ingenuos y vacilantes” (p. 473). Dice después: “. Sus cuentos de *Azul* son, en varios órdenes, lo más importante del libro, porque, como ya señaló Enrique Anderson Imbert, «innovó más en los cuentos y prosas poemáticas que en los versos». Allí dio a conocer *El pájaro azul*, *El rey burgués*, *El rubí* y *El fardo*, relatos que ampliaron considerablemente el horizonte de la narrativa hispana y que, por muchos años, serían modelos para toda una legión de escritores” (p. 474)

<sup>168</sup> Claudia Chantaca (2017) explica que “Ahora, sabemos que los paratextos constituyen un nivel fundamental que determina la recepción de la obra, pues comportan el primer acercamiento entre el enunciador y su público/lector. En la obra de Quevedo y Zubieta, prólogos y epígrafes a menudo se construyen con una primera metalepsis que indica la presencia del narrador o bien

como hemos visto, dio varios saltos entre su primer texto literario registrado *¡Sepultados!* (1881), a sus primeras obras de tipo autorreferencial y autobiográfica *Recuerdos de un emigrado* (1883) y *Un Año en Londres* (1885). *Récits Mexicains* termina de construir las intenciones narrativas del jalisciense en este periodo de su vida. Su siguiente trabajo, sin duda, está completamente influenciado por el naturalismo francés y se aleja de la narrativa mexicana.

### 3.2.6b. El naturalismo en *L'Étudiant. Notes d'un carabin*

El 15 de junio de 1889, se anunció su novela naturalista escrita en francés en el periódico *El Día* con la siguiente nota:

*L'Étudiant. Notes d'un carabin*, por Salvador Quevedo. París, 1889.

La casa editorial de Marpou y Flammarion acaba de publicar esta novela, que es una colección de curiosísimos estudios del barrio Latino, hecha por el distinguido escritor mexicano Sr. Quevedo y Zubieta, que algunas veces honra las columnas de *El Día* con artículos que aprecian seguramente en cuanto valen los lectores. *L'Étudiant* es la historia de los amores de un estudiante y una estudiante de medicina, alterados por el estudio. Un doctor que hace trabajos relativos á la fecundación artificial, interviene entre ellos, y su intervención, cómica al principio, concluye en drama.

Hay en este libro una crítica finísima de la enseñanza, de los exámenes, de la admisión de las mujeres en las escuelas superiores. Con más espacio daríamos mención más extensa sobre su contenido. A falta de él nos limitaremos a decir, como síntesis de nuestro juicio, que el libro parece hecho por espíritu parisiense y que los trabajos del Sr. Quevedo y Zubieta, escritos en francés, no desmerecen de la galanura, la gracia y la concisión, con que maneja la lengua de Cervantes. (“Suplemento cultural”. *El Día*, 15 de junio de 1889)

Esta novela escrita en francés, al puro estilo naturalista de la época es un texto único en la bibliografía de Quevedo y Zubieta y de la literatura mexicana<sup>169</sup>. A diferencia de sus trabajos posteriores, que no habían sido formalmente ni cuento ni novela, a pesar de que la estilización del lenguaje da para considerarlos textos literarios (incluidas sus memorias), ciertamente este

---

hace referencia a una figura autoral que aparece como comentarista en notas a pie de página dentro de los textos. (...) En general, el escritor utiliza este recurso como mofa (vituperio) al despliegue de cultura literaria realizada por sus contemporáneos, además de analizar el argumento de la obra presentada. Sirva de ejemplo una nota a pie de página de la novela *Las ensabanadas* donde se explica el término “Poligenesia”, acuñado por el narrador para calificar el comportamiento de una familia de ensabanadas, equiparable a la “generación de la vida en un gallinero.” (Chantaca, 2017, p. 29-30)

<sup>169</sup> No puede considerarse literatura francesa ya que formalmente no se reconoce como tal en ningún catálogo de literatura naturalista francesa. Así que más bien pertenece a la novela naturalista mexicana, sólo que esta fue escrita en francés y no en español.



es el primer trabajo plenamente literario de Salvador Quevedo y Zubieta. Imbuido en el ambiente francés y en pleno auge del naturalismo de Émile Zola, Salvador Quevedo y Zubieta sorprende con una novela “autobiográfica” sobre sus experiencias como estudiante de medicina en París. *L'Étudiante* narra una relación amorosa entre dos jóvenes universitarios, Robert y Betsy, cuyo romance termina de modo trágico luego de que la joven fuera forzada a participar en un experimento radical de inseminación artificial. La novela se divide en tres partes: el prólogo, la transcripción de las memorias del estudiante inglés, Robert C. y el relato de las acciones tras la inseminación de Betsy, con el apoyo de un narrador testigo, quien, sin ser partícipe de los acontecimientos, afirma haber investigado lo suficiente para concluir y complementar la historia del manuscrito. La historia es la siguiente:

En su primer año como estudiante de medicina, el inglés Robert C. traba relación amorosa con una joven francesa de bajos recursos procedente de una pequeña comunidad en el Pas-de-Calais. Al poco tiempo, el vínculo entre los amantes se deteriora, pues Betsy, la estudiante, comienza a trabajar en la investigación del Profesor Rouff, controversial académico cuyas facultades de docencia han sido cuestionadas por alumnos y directivos debido a lo peculiar e innovador de su proyecto: crear “un hombre artificial”. La adjuntía es absorbente y las notas de Betsy decaen; tras reprobado los primeros parciales su salud, visiblemente afectada, causa sospecha entre sus compañeros. El punto más alto del argumento es el episodio donde la joven delira a causa de una misteriosa fiebre y concurren en su habitación tanto el Dr. Rouff como uno de los amigos de Robert, Phillip Gómez. Los sollozos de la estudiante y los gritos de alarma del profesor indican una posible violación, hecho que no se esclarece, pues inicia el período vacacional y los jóvenes vuelven a casa. Robert realiza la crónica de su viaje, pero al comenzar el relato del regreso, su discurso se interrumpe de manera abrupta con frases sueltas y una escritura irregular. Aquí se incluye una nota explicativa sobre el malestar que los hechos venideros producen en el estudiante inglés; el texto fragmentario introduce a la nueva voz, revirtiendo el carácter testimonial de la obra:

Ici le manuscrit qui contient les notes du carabin s'embrouille de plus en plus... L'écriture devenue informe, irrégulière, peint les sursauts d'une main fiévreuse. Le style haché, illogique, fait des cabrioles fort décadents... on sent que le “carabin” —sous le coup d'impressions terribles— a perdu un peu la tête. Ce qui force le “préfacier” à redresser les notes, à suppléer à certaines absences, et à prendre pour son compte la fin du récit. (Quevedo y Zubieta, 1889, *L'Étudiante*, p. 266)

A esto se suman también las ágiles descripciones del autor quien entremezcla sus propias experiencias en París y Luxemburgo, como estudiante, respecto del personaje ficticio Robert. Tal y como en *Las víctimas del chic*, el autor se convierte en *flaneur* y se sumerge en la ciudad francesa como un embelesado extranjero que no contiene su emoción al recorrer la ciudad:

Il faisait beau. Je n'avais pu résister à ce besoin de locomotion qui pousse le Parisien, certains jours, hors de son quartier. Me souvenant que je devais une visite banale à une banale Mme L..., de l'autre côté de l'eau, je saisis ce prétexte pour lâcher mes livres, et à deux heures de l'après-midi, sur la place Saint-Sulpice, je prenais l'omnibus du Panthéon-Courcelle. Je monte sur l'impériale ce balcon qui marche. Qu'il est dur ce banc en grilles de bois de l'impériale, alors l'eau nous inonde sous les parapluies ruisselants, ou que la bise souffle impétueuse à nos oreilles! Qu'il s'amollit, qu'il a de doux bercements de hamac, grâce à quelques tièdes rayons de soleil!

Parti brusquement de la solitude de mon quartier, que je n'ai quitté que très rarement pendant cet hiver, j'éprouve à travers le boulevard Saint-Germain et jusqu'au parc Montceau cette fascination de ville enchantée dont Paris seul a le secret. C'est partout le même mouvement d'un monde en éveil, une marée montante de gens pimpants qui courent, de tous les points de la ville vers des fêtes ignorées. Le cordon éternel des fiacres ouverts, qui passent et disparaissent dans un carnaval de cochers, des cochers gris, des cochers noirs, des cochers bleus de leurs chapeaux cirés et de leurs gilets saignants. Par-ci, par-là, dans le flot vivant qui roule, ne laissant dans l'âme qu'une vague sensation d'infini, des détails subits jettent à nos yeux des scintillations éblouissantes. C'est la grâce altière d'un landau dont le passage rapide ne nous a permis de distinguer qu'un amas de dentelles s'envolant sous une ombrelle. C'est la petite voiture de la marchande de fleurs portant la récolte de plusieurs jardins. C'est parfois le chignon fugitif d'une blonde, le sourire alléchant d'une toilette, d'une tournure, d'un profil entrevus, perdus aussitôt.

Au loin, c'est par moments la vision de longues perspectives. Dômes, arcs, portiques, des lointains ensoleillés, bordés de maisons blanches à perte de vue. Puis ce sont les symétries théâtrales de Paris qui se révèlent tout à coup la Madeleine et la Chambre des députés, dont les frontispices se regardent dans une ligne qui a pour centre la masse élancée de l'obélisque; l'arc de triomphe, s'élevant au haut de la chaussée des Champs-Élysées comme au sommet même d'une colline. L'église de Saint-Augustin, comme celle de la Trinité faisant servir les maisons voisines à l'harmonieux encadrement de leurs façades; des statues placées par hasard devant des arbres qui entourent de verdure leurs blanches nudités.

Paris qui a souffert, Paris qui a grelotté cinq longs mois sous la pluie, sous la neige; Paris qui a pâli de tristesse devant le ciel gris, semble s'éveiller tout entier par un de ces beaux

jours de printemps. Les aspects souriants surgissent de tous les coins, les maisons et les passants ont le même air de. renouveau. On se demande si cette ville est la même qu'il y a un mois....  
(Quevedo y Zubieta, 1889, p. 89-92)

Después de un período vacacional en el curso escolar, el embarazo de Betsy es notorio y sumerge en la duda a Robert respecto a su paternidad. Cuando éste la confronta, la situación se enrarece y ella lo señala como responsable del acto apelando a una extraña escena imaginaria en la que Betsy habla de un supuesto paseo en los Jardines de Luxemburgo, donde se efectuó la concepción. Sin embargo, al no poder explicar los hechos y no poder asegurar ningún contacto sexual, Robert supone que Betsy ha sido utilizada por el Dr. Rouff para sus experimentos de inseminación. Al percatarse de esto, la joven pierde por completo la cordura hasta su desenlace fatal. Chantaca (2014) explica respecto del naturalismo en la obra que

los pasajes descriptivos funcionan como anuncios de un cambio epistemológico en el sujeto, pues a medida que opera su inmersión en la cultura gala, su percepción se amplía. La historia se construye por una cadena de epifanías ya que el hallazgo de la vida parisina y sus espacios descrito por el joven médico, es siempre catáfora de una transformación narrativa; no sólo en cuanto al contenido, pues implica el adelanto de una función distributiva, también expone a la mirada como síntoma de cambio en la racionalidad ciega del determinismo biológico.  
(Chantaca, 2014, p. 41)

La novela resulta, ciertamente, muy original para su momento, a pesar de su tema amoroso que es excepcionalmente trágico; pero lo interesante, desde su escritura, es cómo exalta la vida cultural parisina a través de la descripción de la ciudad, las prácticas urbanas relacionadas con el arte en los cafés literarios y, desde luego, en las universidades y los centros de estudio científico de finales del siglo XIX, donde estos experimentos, aberrantes en ese momento, eran parte de la discusión médica, tanto como la resurrección de los muertos por medio de la electricidad o la hibridación de especies. Siendo relativamente joven, Salvador Quevedo y Zubieta retrata a la perfección el ambiente estudiantil y bohemio en el que, sin duda, estuvo inmerso y del que se sintió inspirado. Estas cualidades descriptivas del entorno y la sociedad extranjera, sin duda, son fruto de sus experiencias con sus textos anteriores. A mayor inmersión en la cultura francesa, el narrador se vuelve un observador del fenómeno y un intérprete de la historia y la narración, que emerge de sus memorias y experiencias evidencia sus juicios sobre la esfera social. Chantaca propone que

Esta perspectiva hace coincidir a la narración del mexicano con el programa de “La novela experimental”, de Zola, pues se entiende que el poeta es analista del hombre, y la literatura, el instrumento para el estudio de los procesos sociales, tal como operan el químico y el físico sobre la materia inorgánica o como el fisiólogo lo hace sobre los cuerpos vivos. El determinismo lo domina todo. Es la investigación científica, es el razonamiento experimental que combate una a una todas las hipótesis de los idealistas y que reemplaza las novelas de pura imaginación por las de observación y experimentación. (Chantaca, 2017, p. 159-160)

En *L'Étudiante*, México es representado sólo de manera simbólica. Se hacen mínimas alusiones respecto de la flora cultivada en el jardín botánico de la Facultad de Medicina, cuando se señala un “nopal”, pero eso es todo; este “alejamiento” de México puede inferirse con una necesidad poética del autor de asumirse completamente en la escritura francesa. Marta Portal opina que al ser “la pluma de un autor mexicano, la novela, poco conocida, podría tomarse por obra de naturalistas franceses” (Portal, 1981, p. 204) y en ese sentido, debe proponerse una discusión profunda para delimitar sus cualidades como novela naturalista francesa o mexicana. Sin embargo, hay que tomar en cuenta lo que dice Chantaca sobre esta idea del francés como lengua universal, y que aparece también en *Récits mexicains* donde “afirma que [el francés para ese momento] es el ‘nuevo latín’, un lenguaje idóneo para la comunicación del pensamiento científico y de las artes, al adecuarse a la sensibilidad del hombre moderno, por contraposición a la lengua inglesa, a la que juzga útil para el comercio por la sencillez de su gramática” (Chantaca, 2017, p. 157). Desde esta lógica se infiere que los escritos en francés de Quevedo y Zubieta también corresponden a los de un hombre de su época que trata de asimilarse al medio en el que se desenvuelve.

El emigrado jalisciense pasa de ser espectador foráneo a miembro de una comunidad, al experimentar de primera mano los procesos formativos que ésta administra. Decimos “transculturación” porque en las producciones de su periodo en Francia no hay una pérdida de la identidad, y tampoco niega sus raíces culturales; el autor encuentra afinidad con los valores del sistema galo y toma de ellos, pero también persiste en su determinación de hacer notar a México. (Chantaca, 2017, p. 153)

Lo verdaderamente importante es que no se debe relacionar la propuesta estilística e idiomática del autor con el llamado “afrancesamiento” de la cultura mexicana durante el porfiriato, ya que estos resultan muy parodiados en sus novelas posteriores *La camada* (1912) y *México marimacho* (1933) y tampoco debe entenderse como una importación escueta o una imposición del francés por el mero capricho del autor, sino que debe entenderse como un manifiesto

poético propio. Chantaca explica que “no hace traslado de las tribulaciones nacionales al escenario europeo ni intenta explicar la circunstancia política del país galo. Antes bien, su planteamiento es una apología de la comunicación que excede los límites del código lingüístico y señala que toda traducción no es sólo gramatical y sintáctica, sino un hacer interpretativo que pone en términos de un punto de vista ajeno, lo propio” (Chantaca, 2014, p. 36)

### **3.2.6c. *La camada* y el Caso Arroyo**

La novela *La camada* (1912) es la más conocida de las novelas de Quevedo y Zubieta. Es la obra que mencionan todos los autores que en algún momento se acercan o analizan la obra del jalisciense y que, por supuesto, se han citado en esta investigación. A pesar de que es la novela más leída de Quevedo y Zubieta y fue la que tuvo mejor recepción, no sólo en su tiempo sino posteriormente, sigue siendo, como todas las demás obras, un tanto gris en el panorama de las letras mexicanas. Se le compara muchas veces con *Tomochic* de Heriberto Frías, en el sentido de que es, supuestamente, una precursora del género de la Novela de la Revolución. Sin embargo, *La camada*, en ningún sentido, se relaciona con el género ni estaba tampoco cerca del espectro crítico hacia el régimen porfirista que posicionó Frías en su novela de 1893. *La camada* trata sobre el famoso “atentado” contra el general Porfirio Díaz, a manos de Arnulfo Arroyo, un conocido dipsómano con tendencias anarquistas quien supuestamente dio una “trompada” a Díaz durante un desfile el 16 de septiembre. Muchas versiones se dieron en diferentes periódicos y publicaciones amarillistas de la época que tacharon lo sucedido de “atentado contra la vida” y “acto terrorista”. Resultaría muy extenso condensar toda la información respecto de esta controversia, ya que muchos historiadores y expertos ponen en entredicho que siquiera hubiera tal idea de atentado, y quizá sólo fue el empujón de un hombre ebrio que estuvo en el momento menos indicado en el lugar menos indicado. Esa discusión se deja de lado para fines prácticos de esta investigación. Pero lo que sí es importante señalar es que la novela está lejos de ser crítica al régimen, y mucho menos en ser precursora de la Novela de la Revolución Mexicana; sí hace una dura crítica al amarillismo de los medios impresos y periódicos (quienes fueron los culpables de exacerbar el dichoso atentado a tal punto que Arnulfo Arroyo terminara sufriendo una cruel muerte a manos de sicarios desconocidos), pero nada más. La novela señala y denuncia a los jefes policiales y los mandos medios en la administración capitalina, pero no va más allá. Hay muchas versiones sobre el hecho, extensas y controvertidas, que debido a las manipulaciones de los periódicos de la época dificultan hacer

un trabajo historiográfico correcto. Lo que queda claro es que *La camada* hace de la prensa el verdadero blanco de sus críticas.

La novela trata sobre el médico ministerial Pedro Flon quien se encarga de atender a los heridos de las constantes reyertas alcohólicas que acontecen en las noches en la capital. También es el encargado de levantar las actas de defunción de los fallecidos, ya fuera por causas naturales o provocadas. Flon atiende entre tantos heridos y ebrios a una mujer atractiva y fuera de lo común, quien al parecer padece de histeria y delirios enfermizos “propios de la mujer” e “inexplicables para los hombres”. Flon queda fascinado por su belleza y una vez que ella es dada de alta, hace todo lo posible por encontrarla y saber de ella. La encuentra, casualmente, secuestrada en la casa de Eduardo Velázquez, quien fuera Jefe de la Policía y de los Cuerpos Médicos Ministeriales; una persona importante en la ciudad y con muchas conexiones políticas. Al parecer la atractiva joven de nombre Elvira Reséndiz había sido víctima de esclavitud y explotación sexual a manos de hombres de poder (de la política y el clero) quienes, por medio de drogas y “polvos”, logran mantener a la mujer en trances de los que no recuerda nada, salvo en sus breves lapsos de lucidez en que es injustamente tratada de “loca” por querer escapar (incluso se soborna a expertos y eminencias para corroborar el diagnóstico de histeria y evitar que la muchacha diga la verdad de su condición como víctima). Flon hace lo posible para acercarse a Elvira con intenciones románticas y heroicas al saberla presa en “La Casa de las Cariátides”, una residencia de Eduardo Velázquez; Arnulfo Arroyo aparece, circunstancialmente en la novela, como un alcohólico muy conocido por increpar constantemente a las autoridades, en especial a la policía, culpable de atropellos y de corrupción. Durante una reyerta en la calle entre un empleado de gobierno y un estudiante de medicina, la policía hace un arresto injusto y brutal contra el joven galeno, quien recibió golpes por parte de un reconocido burócrata, sólo por un mal recibido piropo a una dama. La noticia del arresto en los periódicos fue amarillista, retratando al joven estudiante como un criminal peligroso que fue vencido por un burócrata ejemplar y por las fuerzas del orden, listas para someter a todos los villanos. Arnulfo Arroyo, va a prisión, junto al estudiante precisamente por exhibir y denunciar en las calles este suceso a punta de gritos. A Pedro Flon, durante su guardia como médico ministerial, le toca atender a Arroyo y al estudiante; las circunstancias lo llevan a ciertas averiguaciones sobre Elvira, sacando a relucir ciertas verdades sucias que ya eran conocidas por él mismo y por todos, como los actos de corrupción de la policía y la tergiversación de hechos de la prensa, que como en el caso anterior, manipulaba los hechos facilitando a los corruptos salirse con la suya. Salen a relucir también la expedición de falsos

certificados de defunción y el tráfico de influencias en el gremio médico, sobre todo por petición de Eduardo Velázquez, jefe de la Policía. Velázquez, para salir de todos los problemas acarreados por Elvira Reséndiz, quien es un cabo suelto importante en sus actividades degeneradas y para distraer a la prensa amarillista de un escándalo sexual que involucra también la muerte de un cura, planea un atentado falso contra “El Caudillo” y usa como chivo expiatorio a Arnulfo Arroyo a quien ya conoce por sus exabruptos políticos en público. El ingenuo Arnulfo es convencido de que si se atrevía a pegar una trompada a Don Porfirio Díaz no sólo sería visto como un héroe en las calles, sino que recibiría alcohol suficiente para saciar su vicio indefinidamente; su rencor al régimen se vuelve parte de sus motivaciones a llevar a cabo dicho “atentado” y sella su suerte. Una vez que se lleva a cabo el desafortunado evento, Arroyo es llevado a prisión donde es ejecutado por la misma policía al mando de Eduardo Velázquez, quien trata de borrar todas las evidencias de su participación. Sin embargo, las investigaciones a cargo de Manuel González son más profundas; finalmente es acusado y enviado a prisión junto con todos los implicados, incluidos el grupo de abusadores de Elvira Reséndiz. Eduardo Velázquez termina muerto en un aparente suicidio. La prensa hace eco de todas las mentiras vertidas en el caso dejando una sensación de que jamás se podría conocer la verdad. Elvira, ya sin cordura, va a buscar, en compañía de Flon, la fosa común donde yacen todos los implicados de su cautiverio, quienes, sin nombre, se pierden entre la putrefacción.

La novela más que hacer una denuncia al régimen, es una denuncia a la prensa amarillista y sensacionalista de ese momento, que fue la culpable de todos los sucesos nefastos de la trama, pues las mentiras y exageraciones de los periódicos hacen que los personajes tomen decisiones precipitadas. La manipulación de hechos de la prensa amarillista, que copiaba el modelo estadounidense con peores resultados, son el motor de la novela y de las interacciones entre los personajes, incluyendo a Porfirio Díaz, quien muestra su rostro más implacable contra los implicados debido, en gran parte a los dichos de periódicos sensacionalistas, y no tanto a lo sucedido. No obstante, la denuncia social que hace Quevedo y Zubieta, también va hacía instituciones públicas como la policía y un corrupto sistema de salud donde impera el nepotismo, el clientelismo y nunca la ciencia ni el bien de los pacientes. También denuncia, de manera escabrosa, y por medio del personaje de Elvira Reséndiz, el rapto y la esclavitud sexual de mujeres en diversas casas de placer donde estaban sometidas por medio de drogas, además de la denuncia sobre la necrofilia en los anfiteatros, donde Flon conoce ciertas actividades ocultas entre sus compañeros; lo que le motiva a buscar un idilio romántico con una “paciente

viva”, es decir, Elvira<sup>170</sup>. La novela tiene un corte realista y se apega a los hechos históricos del “Asunto Arroyo” tal y como estuvieron documentados en su tiempo. También, a diferencia de *L'Étudiante*, es una novela que aborda el tema de la medicina de manera más profunda, haciendo evidente el conocimiento de Quevedo y Zubieta sobre el tema. También, como parte del gremio periodístico al que perteneció, tuvo acceso seguramente a todo el material y las referencias a notas periodísticas, como señala Salvador Preciado, que son correctas en lo documental. A pesar de los temas escabrosos antes señalados, la novela no puede ser naturalista porque nunca aparecen los temas propios de la corriente literaria, como lo son el determinismo social, la animalidad sexual o la pretensión de imparcialidad; a pesar de que se trata de ahondar en el alcoholismo y sus degeneraciones en el individuo, la novela no consigue establecer nunca un tono naturalista y siempre se decanta por el tema histórico, que si bien resulta interesante, es intrascendente y se pierde en las pretensiones literarias del autor, quien hace un uso exagerado del lenguaje y vuelve a adornar su prosa de referencias clásicas y grecolatinas, lo que entorpece la lectura y aleja al lector del tono realista y naturalista. La novela es muy extensa y la exposición de ideas y tramas secundarias se extiende mucho, complicando la lectura y prolongando los hechos del atentado que pasan a un segundo plano. El dichoso atentado no sólo resulta inocuo, sino que las motivaciones y consecuencias no quedan muy claras y están pobremente expuestas. A diferencia de *L'Étudiante*, donde sí se apegó al naturalismo, quizá por motivaciones más bien geográficas, en *La camada*, el tono resulta irregular y en cierto sentido poco homogéneo. La crítica social no logra ser contundente pues se aleja de la cúpula del gobierno, haciendo mella solo en los cargos medianos. Esto, sin duda, debido a la posición política de Quevedo y Zubieta en el año de publicación (1912), que nos indica que la hechura y escritura tuvo lugar durante la administración de Díaz, cuando el autor era parte del grupo de intelectuales del régimen. A pesar de ser la novela más laureada del escritor, ciertamente resulta menor en muchos aspectos, respecto de sus obras anteriores y posteriores. Sin embargo, hay cosas muy interesantes que deben señalarse, ya que la misma construcción compleja de la prosa es una antesala a las corrientes literarias del siglo XX (además de que es la novela con menos carga autorreferencial o testimonial del autor). Salvador Quevedo y Zubieta en muchas partes

---

<sup>170</sup> El texto dice: “Así, Flon rehusaba dirigir su sexualidad por los ordinarios senderos; en el brote anormal sus deseos se apartaban de los ideales admitidos por el común de los enamoradores noveles. Cierta que los horrores de la comisaría, las reñidoras desmelenadas y mugrientas, le hacían suspirar por algo delicado. Pero que no le hablaran de la joven ejemplar que baja los ojos ruborosa y retira el pie bajo el asiento al oír un vocablo (¡tan impúdico!) como “pantorrilla.” Tampoco de la otra que, al fagonazo de la declaración, contesta tranquilamente: “voy a consultar a mi mamá si puedo corresponderle.” Muñecas automáticas, de un pasivismo tal, que le helaba la sangre! “Mi Dulcinea tiene que ser activa ó no ser, decía Flon; puesto que yo, al revés de Don Quijote, nací pasivo para el amor.” (Quevedo y Zubieta, 1982, p. 37)



construye una prosa vertiginosa y caótica en la que la enunciación del narrador se dibuja y desdibuja con diferentes voces entremezcladas para mostrar el estado de euforia y desinhibición de las drogas que consumía Elvira:

¡Oh jóvenes sencillas, que os confesáis cada ocho días de pecadillos que os atraen consejos de judibundería exquisita! Que no mostréis del pecho ni la raíz, del pie ni la punta Que vuestros sentidos velen contra el demonio en acecho Que no veáis, oláis, oigáis, ni toquéis, cosas que puedan contaminar vuestra alma, purificada en la estufa esterilizante de la gracia. ¿Y porqué no hablarles de los peligros del gusto, sentido en que concurren las maquinaciones de Satanás y cómplices? Así, Yelázquez les distribuía polvitos, en comida ó bebida, según recónditos designios. ¿Las quería somnolentes? Polvitos núm. 1; sulfonal, trional etc. ¿Las deseaba delirantes? Polvitos núm. 2; haxix, mariguana ¿Pretendía simplemente excitar el sistema neurogenital? Para ello poseía varios polvitos de números y efectos progresivos. A esta serie pertenecían los del núm. 3 que, por mandato señorial, puso Cándido en el consomé y la cerveza. ¿Entraban en su composición partículas de vulgar estricnina? Así parecía, porque Elvira sintió a poco moversele interiormente algo como manubrio que tendió sus nervios con la energía artificial de ese alcaloide<sup>171</sup> (Quevedo y Zubieta, 1982, p. 113-114).

Continúa:

Aquellas idas y venidas a pie y a caballo por la callejuela de su vivienda, desde antes que ascendiera a Inspector general. . . .Los recados apremiantes con la Celestina. . . .Que "le pondría casa," que "hasta lo harían por la Iglesia," aunque no por lo civil. . . .Ella lo despachó a que se entendiera con él, su confesor, que bajaba del pueblo cada ocho días a dar el pasto del alma a sus ovejitas de la capital: tres o cuatro hembritas penitentes. Luego las mañan del cura para entretenerlo, las exhortaciones a ella para evitarlo como al mismo Luzbel en persona. Y aquella tarde, js. oscura, en que Yelázquez, recién nombrado Inspector general, la sorprendió al paso con su padrecito, cuando salían de la Santa Veracruz, tras media hora de sacristía. Se empeñó Don Eduardo en que su carretela de bandera azul los siguiese al paso, a lo largo de la acera de San Juan de Dios. ¡Y con qué mezcla de despecho y de ironía los iba mirando! ¡Qué siniestro sentido descubrió en las palabras que le volvían al oído!. . .aquellas con que Don Eduardo, al apearse del coche, abordó al protector: "oiga, padrecito, no me ande haciendo mala obra, porque le irá mal. (Quevedo y Zubieta, 1982, p. 115)

La escena anterior trata de condensar en una ráfaga diferentes situaciones temporales y espaciales durante los trances de Elvira cuando sufría los abusos. Dicha herramienta narrativa

---

<sup>171</sup> Se refiere tal vez a la cocaína.

es utilizada también cuando trata de describir en una sola escena la complejidad de las actividades degeneradas de Eduardo Velázquez:

Entretanto, Don Eduardo, medio despierto, se desperezaba. La noche había estado “cargadita” decía él. Después de lo de Elvira, había salido a cenar fuera, con su amigo Vicencio, inspector de la 2a, en un “reservado” de la Concordia. Sopa de ostiones, beefsteak, pavo, etc., rociados de tinto y copitas variadas. Los recuerdos y esbozos de ideas flotaban entre sueño y vigilia. “No cobraron las copas ni el tinto” ¡Maldito italiano, marmitón en jefe de la Concordia! Sabe que así se me zafa de multas. Luego, cuando estuvimos bien templados por las copas, nos fuimos de ronda... Vengan acá chaqueta, jarano y espuelas vengan el tordillo, la pistola y la canana repleta de tiros! .... Comenzó la ronda nocturna contra expendedores y borrachos. . . . ¡Estuvo buena! Para algo es uno Inspector, para inspeccionar. ¡Conmigo no juegan cantineros ni pulqueros! ¡Quieren encerronas después de las diez pues que les cuesten!. .... Multa a Manuel Prendes, el del Mirador de la Alameda .... Había luz y voces a puerta cerrada, minutos después de las diez. Hace tiempo que no me regala pavo relleno; ¡pues multa!. . . . Multas y palos. . . .”Así se gobierna”, dijo el Caudillo. Aquel pulquero de “la Venus dormida”, en el barrio de los Ángeles, bebía, encerrado con el gendarme que había “dejado su punto”. Le quité el palo al gendarme.... y duro con él en las costillas! Multa y también palos al pulquero, porque no quería pagarla. Estuvo rebueno, ¡qué caray! Y vuelta al centro. Una asomada al Principal. Daban la Revoltosa. Le sale bien á la Soler, como que lo es. . . .Trae revueltas algunas familias, gallineros, en celos del gallo Hematamoe con Amparo, en la Teja Ganado nacional . . .Tomé aquella de Zapotlán, porque se parece á Elvira. . . .¡Nada de pagar! Eso me quita el gusto. (Quevedo y Zubieta, 1982, p. 123)

La novela nombra en muchas ocasiones a Porfirio Díaz como “El Caudillo”, seguramente para crear esa sensación de censura en el lector y como guiño intertextual a su propio libro. Debe recordarse que los desencuentros entre Díaz y el autor, si es que alguna vez existieron, para el año de la publicación ya eran algo quimérico. La novela no hace ninguna crítica formal al régimen y se queda en la superficialidad de un evento aislado que no provocó ninguna movilización social ni repercutió en los movimientos revolucionarios que, para el año del atentado, 1897, eran un pronóstico latente en el país. Es una novela que no puede, desde el lado estrictamente histórico y social, ser precursora de la Novela de la Revolución como algunos especialistas sugieren. Pero sí, es una novela que anuncia los estilos narrativos vigorosos del siglo XX y en ese sentido la prosa es muy adelantada a su tiempo, a pesar de que el autor vuelve a arrastrar su estilo exagerado y estilizado a sobremanera, recurriendo a las referencias clásicas inasibles. Nuevamente, sin comprometerse con ninguna corriente y más bien siendo un estilo

de escritura ecléctico, rozando el modernismo, el realismo y las intenciones sociales del naturalismo y el episodio histórico (sin ser nada de esto), Quevedo y Zubieta logra una novela compleja en su prosa y su construcción literaria, pero que no alcanza a superar sus libros de memorias o la prosa que desarrolló en francés. Serían sus novelas post-revolucionarias las que lo lograrían, a pesar de ser más desconocidas.

### **3.2.6d. *En Tierra de Sangre y Broma: La Decena trágica y el fin de la Belle Époque en México.***

Quevedo y Zubieta, como se ha visto, no formó parte del selecto grupo de escritores que fundaron y escribieron el género Novela de la Revolución mexicana ni tampoco de quienes se atribuyen ese canon; sin embargo, eso no le impidió escribir sobre el tema. Si bien la novela *La camada* “anuncia tímidamente” el género y la sucesiva narrativa mexicana que se estaba gestando, ciertamente se mantiene en el discurso realista de corte histórico, tal y como lo estableció Pérez Galdós, haciendo de la novela casi un “episodio nacional” de poco impacto más que un texto de carácter revolucionario. Bien apuntó Domínguez Michael (2019) quien la describe acertadamente como una “narración antianarquista en torno al ridículo intento de magnicidio del general Díaz” (Domínguez Michael, p. 219).

Durante el conflicto que acaeció entre 1910 y 1921 poco o nada se sabe del jalisciense quien se dedicó, al parecer, completamente a la medicina y a su labor como abogado. En 1922, durante el final del conflicto y siendo él mismo ya un escritor proscrito del panorama mexicano de las letras, publicó *En tierra de sangre y broma*, una novela que se centra en los días anteriores y posteriores a la Decena Trágica, en la que hace una crítica irónica a los procesos históricos de México, donde todo es “Más broma que sangre” o “Más sangre que broma”. Con un marcado discurso antihuertista<sup>172</sup>, pero haciendo énfasis también en la ineptitud maderista, golpeando de paso a los antecesores y predecesores del conflicto, Quevedo y Zubieta entrega una novela madura y de una calidad asombrosa. No obstante, el autor, nuevamente, no se relaciona con el tema agrario ni campesino y por el contrario se sumerge en el tema ciudadano y en los meses de antesala y los días de conflicto que sacudieron a las personas de la capital antes y durante el golpe de Estado de Victoriano Huerta; La narración toca, en su mayoría, a gente común y corriente, ciudadanos de a pie de la ciudad y de la provincia, pero también sumando el componente narrativo de la burguesía y la aristocracia que veían su mundo resquebrajarse

---

<sup>172</sup> A diferencia de otros escritores como López Portillo y Rojas, que se pronunció a favor de Victoriano Huerta, Quevedo y Zubieta, como la mayoría de mexicanos se pronunció enérgicamente contra el golpista en esta novela.

no sólo por la huida de Díaz y la llegada de Madero, sino porque la guerra indeseable, siempre peleada en las provincias y en los lejanos campos de batalla, llegaba a sus hoteles y restaurantes, a sus cafés y boutiques. Ese tema sin lugar a dudas le da un valor indiscutible a la novela a la luz de las décadas ya que abre una ventana a un mundo que resulta casi inasible y poco explorado, en parte a la proliferación de novelas muy al estilo de *Los de abajo* de Azuela, *El Indio* de Gregorio López y Fuentes o *La sombra del Caudillo* de Martín Lius Guzmán; pero en parte también a que el mismo discurso nacionalista excluyó todo aquello que proviniera del porfiriato. Debe recordarse el papel político que la Novela de la Revolución tuvo para la construcción nacional y el discurso oficialista post-revolucionario.

La novela tiene una diégesis muy simple: nuevamente relata las peripecias de un joven egresado de medicina, Jorge Albán, quien regresa a México tras concluir sus estudios en Europa y hace un largo viaje en barco desde España hasta el puerto de Veracruz; el mismo viaje que hace el general Bernardo Reyes, quien ya planea una estrategia política contra el recién electo Francisco I. Madero. La novela inicia temporalmente en la antesala al golpe de Estado y hace un recorrido por los eventos que circundan este trágico evento y a sus protagonistas. Se encarga de recoger las impresiones generales de la sociedad, antes, durante y después de la muerte de Francisco I. Madero; dichas impresiones que van de los elogios a las diatribas visibilizando un panorama social y político de polarización y tensión. Durante el trayecto de España a México Jorge Albán conoce a una mujer francesa adinerada llamada Madame Capel con quien inicia un flirteo; ella va a ser su conexión simbólica y afectiva con el mundo europeo que deja atrás. Una vez que baja del barco, redescubre las maravillas naturales del país y de su gente a través de un viaje por ferrocarril, donde explora la naturaleza endémica, sobre todo del maguey y el pulque, que se vuelve tema central en los primeros capítulos; Madame Capel aprende por medio de Jorge Albán sobre la exuberancia de la cultura mexicana haciendo numerosos contrastes con la sociedad europea. En este sentido vuelve a estar presente, nuevamente, el tema del extranjero que el autor ha explorado a lo largo de todos sus libros. Llegando a la capital, concreta un compromiso afectivo con Soledad Cantoya<sup>173</sup>, una maestra de música que representa al tipo de mujer de la época: la aristocracia de buena familia con la que pueden establecerse vínculos matrimoniales sólidos. Por otro lado, durante un viaje a la Huasteca, como parte de sus servicios profesionales como médico y maestro, conoce a Tana con quien establece una simple relación

---

<sup>173</sup> Pertenece a la insigne familia Cantoya, cuyo miembro más famoso fue sin duda Don Joaquín Cantoya y Rico, quien fuera incursor de la aerostática durante el porfiriato. La novela lo menciona en muchos pasajes, sobre todo durante la prueba de uno de sus artefactos durante la Decena Trágica.

sexual pasajera, (hecho por el cual desean “amarrarlo” con brujería) y para evitar conflictos con la comunidad tiene que llevar a Tana a la capital como parte de un “compromiso” no oficial de matrimonio. Tana es una mujer mestiza, trabajadora y que, por su formación agraria tiende a estar del lado de las huestes revolucionarias que buscan un cambio para la sociedad mexicana. Al tiempo, mantiene otra relación sexual con Madame Capel, como parte de esa conexión simbólica con el mundo que dejó atrás y al que se aferra con desesperación, ya que su compromiso con Soledad Cantoya lo aleja de todo tipo de libertad. Los conflictos afectivos y amorosos entre los implicados se dan durante la antesala del golpe de estado de Victoriano Huerta, quien participa en la narración junto a una lista de militares golpistas que visitan tugurios y tabernas al lado del dipsómano militar, permitiendo dar al lector un paseo formidable por la Ciudad de México. El golpe de estado se fragua y se lleva a cabo mientras los actores históricos como Belisario Domínguez, Gustavo Madero y Pino Suárez toman sus respectivos papeles en los hechos fidedignos que la novela narra. El conflicto se intensifica y se dan los ataques “erróneos”, el “fuego amigo” y las sucias estratagemas de Huerta y sus comitivas sobre la ciudad y a los edificios civiles durante la refriega de fuego a La Ciudadela, cosa que sorprende a todo el mundo ya que comienzan a morir personas de manera arbitraria, incluyendo a las clases burguesas y aristócratas que no pueden creer el grado de ineptitud del gobierno para someter a los supuestos rebeldes, comandados por un muy conocido Bernardo Reyes y otro más famosos Félix Díaz, quienes eran respetados entre aquellos círculos selectos. Así que las familias insignes deciden abandonar sus lujosas casas, dejando a los ciudadanos comunes en medio del terror. El joven médico, quien visita a sus respectivos intereses amorosos alrededor de la ciudad, es de pronto tomado prisionero y es abandonado por todas las mujeres a las que pretendía, excepto por Tana quien le hace ver la importancia de la lucha social y de las injusticias a las que está sometido el pueblo. Finalmente, el golpe de Huerta es exitoso y toma el poder con la ciudad en ruinas. El joven estudiante, quien una vez visitó los hoteles y restaurantes lujosos de la capital, codeándose con la crema innata de la sociedad mexicana, tiene ahora que tomar un fusil y luchar por una causa justa: la Revolución, la democracia y la libertad. La narración tiene lugar en muchos lugares importantes durante el golpe de Estado y hay personajes históricos que tienen participación e interacción con el protagonista, Jorge Alban, quien convenientemente para la trama se encuentra en el lugar adecuado de los hechos y tiene conversaciones convenientes con los implicados en ambos bandos. La prosa es muy pulida y tiene pasajes muy bien contruidos y con un lenguaje muy estilizado que se aleja del realismo por momentos, pero que da enorme carga épica y vigor a las escenas de masacre y guerra:

De una gran parte distribuidos habían sido los cadáveres en montones, en el atrio de la Catedral. Allí, donde los pétreos cuchillos aztecas hendieron víctimas en honor de Huitzilopochtli, se alzaba un montón. Otro frente al Palacio Municipal, allí, donde la Inquisición Hispana celebraba ahorcaduras y chamusquinas con los herejes. Al cabo de los siglos, la comedia sangrienta se repetía en el mismo teatro. Una aurora densa y gris, llena de reflejos metálicos, oreaba los rojos charcos coagulados. La gran plaza con su aspecto desierto, sus fúnebres silencios, parecía reposar de algo trágico; para siempre resplandeciente de sol, cruzada por seres impávidos, contentos de provocar la muerte, irradiaba los instintos raciales de alegría siniestra. Y ahora los lagartos humanos, tendidos al borde de la acera, no bien consumada su destrucción de los vivos, se divertían en fusilar a las estatuas. Una bala desgarró el manto de Ceres; otras perforaron el muslo de Venus, la púdica, abrieron troneras en sus redondeces calípgas. Mnemosina, madre de las musas y diosa de la Historia, culpable de apuntar en sus tabletas nuestras epilepsias, resultó clareada en las divinas pantorrillas. Luego, la bala perdida de un lagarto amputó la mano izquierda de Mercurio; y el dios del comercio siguió imperturbable en su actitud de lanzarse, símbolo completo del comercio mexicano, cuyo destino lo condena a moverse balaceado por los bandidos. (Quevedo y Zubieta, 1956, p. 334)

La novela tiene un estilo muy complejo que está totalmente desfasado de la Novela de la Revolución en el sentido estilístico, ya que no se enfoca en retratar los problemas sociales ni hacer una crítica al sistema de cosas, por el contrario, critica incluso el pensamiento maderista, al que juzga de inepto y enajenado con la magia y el esoterismo. La novela hace analogías históricas complejas y paralelismos muy rebuscados entre los referentes sociales e históricos y sus equivalentes europeos o grecolatinos (algo muy propio de Lucas Alamán). Incluso la novela critica el cambio que plantea la Revolución para los hombres de campo:

La masa [el pueblo huasteco] lo contemplaba [a Jorge Albán] sin pestañear.

— ¿Y don Porfirio Díaz?

— ¿Sabéis quién fue Don Porfirio Díaz?

La masa pestañeó. Varios se expresaron.

— Sí; ese era el rey.

— ¡Viva el rey!, gritaron en coro.

Jorge Albán apuntó en su carnet: “En la Huasteca los analfabetas son realistas”.

Luego se le clavó entre ceja y ceja que este ciento por ciento de iletrados eran felices por su misma ignorancia. ¿Para qué enseñarles a leer...? El chapopote al borde del río; en valle y montañas, por zonas escalonadas, plátanos, mangos, mameyes, alternando con la pomona europea; la tórrida caña y la templada uva, todo el cesto repleto colgado por el buen Dios al alcance de la mano. Bajo la esplendencia solar, el aire embalsamado por el cedro y la vainilla: muy pocas necesidades... ¡Los huastecos, en su semidesnudez eran ricos! ¿Qué ganarían con leer? Encenagarse en la literatura criminal de los sensacionistas, intoxicarse de política con los editoriales. Mejor estaban así, en una dulce subconsciencia contentos de someterse a un lejano y misterioso Carlos V. (Quevedo y Zubieta, 1956, p. 275)

Este fragmento sin duda refleja el pensamiento positivista científico propio del porfiriato al que estuvo adscrito el autor y que era con el que más comulgaba. La novela rebosa de estas intervenciones donde, además, hace críticas a la misma revolución maderista. Si bien, Quevedo y Zubieta está evidentemente en contra de Huerta, la novela, más que intentar incluirse en el sentimiento revolucionario, hace una crítica a todas las huestes militares sin comprometerse con las causas; si bien las obras que componen la Novela de la Revolución hacen una severa crítica a los grupos revolucionarios y hacen evidente la cruel injusticia que arrastra la guerra, los textos que componen el género lo hacen para describir y comprender el cambio social e histórico que se gestó en la lucha; la novela de Quevedo y Zubieta, en cambio, lo hace apelando a la nostalgia del viejo régimen. El texto resulta confuso, como sus textos históricos que ya se han mencionado anteriormente, creando ambigüedad y ambivalencia respecto de la posición política del mismo. En algún punto habla de la alianza militar del ejército federal maderista en los años de lucha en Chihuahua, cuando Huerta, el villano histórico de la novela, fue al mando del ejército, acompañado de Villa, a pelear ineficientemente contra Pascual Orozco:

De allí resultó el Huerta fantasmagórico, guerrero imaginario a quien el maderismo se abrazó como a poste salvador de hierro candente... Jefes y oficiales que le acompañaron a Chihuahua con la División del Norte han hablado. Descórrese el velo de la fachada oficial y aparece que su dirección de la campaña anti-orozquista se redujo a emitir, entre constantes libaciones, órdenes vagas de ataque, siempre encerrado en su carro dormitorio y cantina, como para suicidarse en caso necesario. (...)

Del lado federal algo como seis mil infantes; unos mil jinetes mandados en parte por el coronel Rábago, en parte por el antiguo bandolero de Chihuahua, reciente general Francisco Villa; como artillería sesenta cañones bajo la dirección de Rubio Navarrete, conceptuando al “primer artillero de la nación”. Del lado rebelde siete mil chusmáticos escasos y una artillería

lamentable con piezas incompletas unas, otras improvisadas en Chihuahua, por vía de aparato. Ese balance permitió a Huerta avanzar sin lucha. (...) (Quevedo y Zubieta, 1956, p. 248)

Esta ambigüedad discursiva, que se apega convenientemente al discurso realista e histórico<sup>174</sup>, propone una ambigüedad también en personajes históricos como Madero o Villa a quien va dirigida también la crítica histórica, cosa que había hecho ya en sus textos sobre Manuel González y Porfirio Díaz.

Francisco Villa, el héroe facineroso a quien la revolución maderista debiera como a Orozco el triunfo de Ciudad Juárez sobre los federales de Porfirio Díaz. Dos hermosas yeguas había robado Villa a su paso por una hacienda. Verlas huerta en la estación de Jiménez, prendarse de ellas y tomarlas para sí mismo fueron actos tan naturales como la oposición de Villa, enamorado de sus hembras equinas. Los héroes de Homero se batían por mujeres, Elenas, Briseidas; los mexicanos de la decadencia contienden por yeguas. Huerta mandó fusilar al recalcitrante por insubordinación frente al enemigo. Se formó el cuadro de ejecución. Viendo la irremediable, el guerrero Villa soltó las yeguas y se arrodilló pidiendo a Huerta perdón de sus culpas. De este episodio quedó prueba fotográfica que se reprodujo después en la prensa de la capital, con el general bandolero clavando una rodilla en tierra y quitándose suplicante el sombrero de general texano. (Quevedo y Zubieta, 1956, p. 249)

De esta escena verosímil, cuya veracidad está puesta en duda, sin duda es un gesto de animadversión de Quevedo y Zubieta a los caudillos del pueblo. Esto refuerza el punto que se ha explorado en esta investigación: la ficcionalidad en el discurso histórico, que fue una constante en la obra del jalisciense, junto a su enorme ambivalencia discursiva e ideológica.

Ahora, estas críticas históricas que hace Quevedo y Zubieta bien pueden entenderse como parte de lo confuso del enfrentamiento armado, bien llamado “La bola”, y que está reflejado en todas las novelas del género de la Novela de la Revolución, sin embargo, en el caso de Quevedo y Zubieta este caos desatado por la guerra maderista no llevaba a ningún fin provechoso, y por el contrario, desde sus cimientos, según Quevedo y Zubieta, estaba corrupto: “los mexicanos de la decadencia”. Es decir, que las motivaciones de su crítica histórica son en detrimento, en cierto punto, de la Revolución misma y a favor, muy veladamente, del orden social anterior. Uno de los puntos que ataca vehementemente, por ejemplo, es la conocida predisposición de Francisco I. Madero y su hermano por el espiritismo y la astrología. En la

---

<sup>174</sup> Incluso vuelve a mencionar fuentes inasibles, como en anteriores textos: “Jefes y oficiales que le acompañaron a Chihuahua con la División del Norte han hablado”



novela, el mismo Pino Suárez reconoce, en un diálogo, cómo durante la breve administración maderista tuvo una importancia muy fuerte estas pseudociencias como parte de los modelos de educación y cultura<sup>175</sup>. Dice Pino Suárez a Jorge Albán, respecto de la obtención de una plaza como profesor de arte o ciencias:

— (...) Los métodos europeos nos salen tan incongruentes como el patinaje sobre cascajo... Si quiere usted escalar un profesorado durable, nada de oposición, dedíquese a cualquier especialidad abstrusa, fuera de concurso. ¿Es usted capaz de cultivar algo abstruso?

— ¿Cómo qué?

— Como la Astrología o la Alquimia en sus aplicaciones al siglo XX; como la Metempsicosis y sus afinidades con el más acá y otros ocultismo. Da usted una conferencia enigmática. Mientras sus oyentes menos entiendan, más abierto estará usted su camino para los Altos Estudios (p. 253)

La obra de ningún modo es una apología al porfiriato, pero tampoco es un texto que refuerce la idea de cambio desde la lucha armada del pueblo o la democracia a través del voto. Ni siquiera toca el tema agrario y retrata a los protagonistas de la historia como seres abyectos, imprudentes, ineptos o traidores. Al final, el desenlace de Jorge Albán con la mestiza Tana, con quien engendra un hijo, que pudiera ser en cierta forma metafórica un “hijo de la Revolución”, resulta un tanto falso y poco creíble respecto del resto del texto. Sin embargo, la dialéctica que crea el texto alrededor de las diferencias sociales acierta mucha originalidad. Caben destacar varios puntos muy importantes de la narración:

- a) El tema irónico de *Sangre y Broma* y su función como parte de la psicología histórica que se expresa de manera dialéctica. El autor articula a lo largo de la extensa novela los momentos en que la historia de México parece una broma esperpéntica y ridícula hasta que los hechos que la circundan se tiñen de sangre dejando ver su lado más trágico. La novela hace diversas reflexiones sociales sobre la historia de México desde la conquista hasta el evento que narra intercalando los conceptos *Sangre y Broma*, *Causa y Consecuencia* o *Analogía e Ironía* como parte de un concepto binario de su propuesta dialéctica histórica en su narrativa.

---

<sup>175</sup> La novela se refiere también a Francisco I. Madero por su apodo “El Chaparro”.

- b) La indiferencia de las clases sociales privilegiadas respecto de los problemas sociales que acontecen. Esto se hace evidente en dos pasajes. El encuentro en el Hotel Iturbide entre Madame Capel y Jorge Albán donde se murmura en el café, los bares y los restaurantes sobre la “conspiración” y el “golpe” contra Madero, cosa que no preocupa a ese sector de la población y por el contrario causa cierto entusiasmo (p. 303-311). Otro evento importante es el vuelo del globo de Don Joaquín Cantoya y Rico, el *Vulcano II*, que fue cubierto por los medios de comunicación de la ciudad mientras la ciudad era sitiada y se contaban los muertos en las calles. El globo aerostático no logra elevarse debido a una bala perdida y esto provoca el enojo de los asistentes, más interesados en el evento aerostático que en la tragedia de la ciudad (p. 315-325)
- c) El enorme contraste de los personajes femeninos protagonistas. Soledad Cantoya, Madame Capel y Tana. La primera, hija de Ciriaco Cantoya, hermano de Don Joaquín Cantoya y Rico. Maestra de música y de características virginales. Madame Capel es, por el contrario, una representación de la mujer francesa desenfadada de la época, que goza de libertad sexual y económica, muy similar a los personajes femeninos de *Las víctimas del chic*. Tana por el contrario, representa todos los valores revolucionarios del trabajo y la humildad del pueblo campesino e ignorante que está dentro de la lucha armada.
- d) La descripción y mención de lugares destruidos y para el año de la publicación, desaparecidos, lo que permite que la novela goce de cierto valor documental. Tal es el caso del Hotel Iturbide, el Café de la Ópera, el Jockey Club; los restaurantes Gambrinus y Bach, *Le Petit París*, el edificio del Y.M.C.A y el periódico Nueva Era.

*En tierra de sangre y broma* es una novela muy extensa y de enorme complejidad que trata de concatenar una tesis de dialéctica histórica con la narración de los hechos que acontecen antes, durante y después de la Decena Trágica, evento que convulsionó y cambió el rostro de México y dio pie a un nuevo y más violento episodio de la Revolución Mexicana, dando pie a una serie de tropiezos que culminaría en un fracaso al proyecto democrático de Madero.

## Capítulo 4. Análisis estilístico de *Recuerdos de un emigrado*

### 4.1. *Recuerdos de un emigrado*. Estilística, identidad y semiosfera

*Recuerdos de un emigrado*, obra brevemente explorada a lo largo del capítulo tercero de esta investigación, es una excepción en la de por sí excepcional literatura del escritor y médico jalisciense. El tema central del texto, como se ha mencionado anteriormente, es la experiencia de la emigración, que se convierte en un recurso literario para explorar la identidad y la nostalgia histórica. Independientemente de las motivaciones políticas de la obra, Quevedo y Zubieta reflexionó profundamente sobre su identidad en el exilio. La distancia geográfica y cultural lo lleva a cuestionar la historia y sus personajes, más que hacer un retrato autobiográfico o un análisis histórico de precisión; la obra refleja su lucha por mantener una conexión con su tierra natal y su identidad mexicana (que a estas alturas puede establecerse como una identidad criolla con enormes vínculos con España). A través de sus “recuerdos” (que más bien son disertaciones sobre la historia y el arte), que podrían ser reales o no, el autor destaca la importancia de la tierra y cultura en la construcción de la identidad. Es decir, que el tema verdadero del libro es el de la identidad mexicana como construcción social y política que sirve de vehículo discursivo en España para mostrar México al mundo. A lo largo de la obra, el autor utiliza los supuestos recuerdos como una forma de mantener su conexión con su tierra natal; se convierten, supuestamente, en un refugio emocional y en un vínculo con su pasado, ayudándolo a sobrellevar la distancia y la nostalgia. Esta narrativa de adaptación e integración proporciona una visión del autor en su búsqueda de un sentido de pertenencia en tierras lejanas. Emilio Castelar (partiendo de algunas imprecisiones temporales respecto de lo que pudo o no pudo presenciar Quevedo y Zubieta y ubicándolo erróneamente en su papel en el periodo del Segundo Imperio), dice en el prólogo:

Su autor cuenta la historia que ha presenciado él mismo; y al contarla despierta en los lectores vivísimo interés, como suelen cuantos narran las escenas en que han sido testigos, los hechos en que han tomado parte, ó que, por lo menos, con sus propios ojos han visto, conociéndolos de la profunda y varia manera que conocen su propio ser, vida é historia. Fáltales á estas narraciones las bellas perspectivas que da el tiempo á los horizontes lejanos y las ideas desprendidas de sucesos ungidos y consagrados por el recuerdo casi religioso de la memoria humana en su templo secular de la vieja historia. (Quevedo y Zubieta, 1883, pp. XVI-XVII)

Releyendo la obra es obvio que mucho de su contenido de ninguna manera pudo ser un “recuerdo” del autor y más bien resulta una interpretación de éste sobre algunos episodios

históricos. Asimismo, hay que establecer que el exilio del autor, en primer lugar, fue más bien voluntario y como se estableció en el capítulo anterior, tuvo motivaciones políticas específicas, por lo que desde aquí se puede cuestionar al texto en su carácter como memorias de exilio. En sus propias palabras, él dice:

Allá se las tenga con esos mis pobres hijos, y yo, entre tanto, me lavo las manos. Así nacen los hijos del destierro (voluntario, pero destierro al fin): un poco incompletos, medio tuertos, medio cojos, con manchas más visibles que la del pecado de Adán, víctimas inocentes de otra culpa original que consiste en no tener bajo los ojos corpóreos el ejemplar que se trata de describir, los documentos auxiliares, tan escasos fuera del lugar donde se producen los hechos reseñados, y, sobre todo, ese testimonio vivo y palpitante de la realidad presente, que con nada se suple, ni con los libros, ni con los conceptos y las narraciones de testigos.

Sólo temería que esa nube de polvo de oro con que se envuelven las cosas ligadas á nuestro recuerdo con el mágico prestigio que les atribuye nuestra simpatía, hubiese turbado un tanto mis ojos y me hubiese hecho ver demasiado espléndida la naturaleza, demasiado bueno el indígena del país, demasiado brillante su historia pero, en fin, todo esto puede importarle á V. demasiado poco; mas si V. considerase que ésta puede servirle como un medio indirecto de presentar al lector ciertas ideas preliminares que son de estilo, le autorizo á V. para que la publique al frente de mis “Recuerdos”. (Quevedo y Zubieta, 1883, p. 5)

Sin comprometerse en ningún movimiento literario concreto, el autor se sumerge profundamente en sus propios pensamientos y emociones a lo largo de la narración. Utiliza un tono personal y emotivo para transmitir sus experiencias y sentimientos como emigrante. La obra está impregnada de una profunda melancolía, lo que refleja la subjetividad del autor y su supuesta conexión emocional con la tierra natal que ha dejado atrás. Todo esto como una estrategia retórica, más que poética. Quevedo y Zubieta usa descripciones detalladas y evocativas para pintar imágenes vívidas de los lugares, personajes y eventos que rememora durante su emigración. Estas descripciones no solo sirven para contextualizar la narración, sino que también contribuyen a crear una atmósfera intensamente emocional. El autor muestra un profundo apego a la naturaleza mexicana, que evoca a la distancia refiriendo paisajes, escenas y elementos naturales con un lenguaje poético que enaltece su belleza y poder evocador. La naturaleza lejana de México se convierte en un reflejo de las emociones y pensamientos del autor, lo que subvierte el panteísmo egocéntrico y se convierte en otra cosa. El autor a menudo recurre a la imaginación y la fantasía para expresar sus pensamientos y sentimientos; tiene un ritmo musical y poético que contribuye a la experiencia emocional de la lectura utilizando la

cadencia y la musicalidad del lenguaje para enfatizar sus reflexiones y sentimientos. El vínculo que existe entre la prosa y su identidad es muy fuerte, aunque cabe resaltar que dicha identidad reflejada en la obra poco tiene que ver con el México campesino o rural. Si bien hace reflexiones del campo, tal y como lo hace en el resto de sus novelas y libros de memorias, se centra primordialmente en sus sentimientos hacia el México criollo. Su prosa está llena de imágenes vívidas, metáforas exquisitas y una riqueza léxica que cautiva a un lector extranjero, a quien va dirigida primordialmente la obra y es desde la nostalgia, tema recurrente en la prosa de Quevedo y Zubieta, que conecta con el lector español interesado en el exotismo americano, usando a su vez, las formas estéticas propias de las tradiciones hispánicas. Esta fusión del pasado y el presente crea una sensación de atemporalidad y un vínculo emocional con la Historia y la tradición, previamente seleccionada, a las que va a referir Quevedo y Zubieta. Hay que recordar, en ese sentido, el papel propagandístico que tuvo el libro en España desde su publicación en el diario *El Día*, antes de su publicación en 1883. Esta tensión entre la exploración de lo personal y lo íntimo y la conciencia de un mundo en transformación es una característica intrigante de la prosa de Quevedo y Zubieta que se acerca formalmente a la prosa modernista, sin serlo y sin tener, al parecer, esas pretensiones o no estar seriamente vinculado cronológicamente con el movimiento. Su conexión con las tradiciones barrocas gongorinas, neoclásicas o los movimientos simbolistas, parnasianos o naturalistas provienen de su estatus social, su formación académica en Jalisco y sus propias vivencias personales ligadas a su identidad<sup>176</sup> (algo que fue muy común entre los escritores jaliscienses contemporáneos suyos, como se explicó en capítulos anteriores).

En contraste con las visiones estáticas de la identidad, Bajtín sostiene que la identidad es un proceso dinámico y en constante cambio. Esta perspectiva se basa en la idea de que la identidad se construye a través de la interacción dialógica con los demás y con el mundo circundante. Cada encuentro y conversación contribuye a la formación y transformación de la identidad. Para Bajtín dicha relación se establece en el “Yo para mí, el otro que no soy yo, el otro para mí mismo” (Bajtín, 2000, p. 24-25)<sup>177</sup>. El conocimiento del “otro” a su vez determina el conocimiento del “yo” y viceversa. El “yo” existe, porque existe el otro y en esa diferencia

---

<sup>176</sup> Tanto Bajtín como Lotman se centran en la comunicación y el lenguaje como fenómenos centrales de estudio. Bajtín se enfoca en la comunicación dialógica y la interacción entre voces en el discurso, mientras que Lotman se concentra en la comunicación semiótica y la construcción de significado en los textos culturales. Bajtín introduce conceptos como la heteroglosia (la coexistencia de múltiples voces en el discurso) y la polifonía (la diversidad de perspectivas y voces en la comunicación). Estos conceptos pueden conectarse con la noción de Lotman de que los textos culturales son polisistémicos y contienen múltiples capas de significado y referencias.

<sup>177</sup>Para Bubnova el trinomio es: “yo-para-mí, yo-para-otro, otro-para-mí” (Bubnova, 2006, p. 103)

se pueden reconocer. “Al contemplar como un todo a una persona, que se encuentra afuera y frente a nosotros, nuestros horizontes concretos realmente vividos no coinciden” (Bajtín, 2000, p, 32), es decir que solo tenemos una parcialidad del conocimiento del *otro* y un excedente de visión de cosas que él mismo no alcanza a ver. Pasa exactamente desde el *otro* hacia el *yo*, por lo que sólo el diálogo y el intercambio de información se transforma en acto ético y estético. Los artistas de todo el siglo tuvieron que establecer su identidad a partir de la alteridad con otros sujetos discursivos; el criollo tuvo que absorber los elementos europeos y los elementos americanos y conciliarlos en sus planteamientos estéticos y sus discursos.

Partiendo de lo que dice Bubnova (2006) de que Bajtín vincula toda comunicación, oral y escrita, a un estricto sentido vocálico, donde la literatura resulta un acto de cualidades sonoras, entonces el contacto que se tuvo con diversos textos, a lo largo de las décadas, tanto con la tradición como con las importaciones europeas estuvieron en constante dinamismo. Pintura, arquitectura, poesía, novelas, teatro, todo entró en diálogo y apropiación. Tanto la tradición clásica entró en diálogo con el romanticismo, como lo fue en acto reflejo y así sucesivamente con las demás corrientes que se iban desarrollando en Europa y que en América se hibridaron bajo muy diversas lógicas. Entran en diálogo a pesar de las diferencias diacrónicas y diatópicas. Para el criollo, tanto lo clásico como lo romántico, como lo realista, lo naturalista está en dinamismo en su entorno, incluyendo la heterodoxia y la tradición; el canon y la ruptura. En ese sentido, cada obra es heterogénea y responde a sus propias lógicas. Es por eso que resulta muy complicado, como se mencionó en el segundo capítulo, homologar o encasillar los fenómenos literarios desde el siglo XVII, pasando por el XVIII y el XIX<sup>178</sup>.

Para Bajtín hay tres actos primordiales a los que recurre el narrador para generar la palabra bivocal pasiva<sup>179</sup> y estos son **estilización**, **narración** y **parodia**, que conforman los

---

<sup>178</sup> Como señala Alejos, un enunciado está abierto a una respuesta en cualquier momento del tiempo, porque la memoria está compuesta por palabras y comunicación y en algún momento alguien responderá a esa enunciación. “El sujeto es una unidad abierta al tiempo, es un participante de la vida social, con capacidad de reacción y creación propias frente a lo planteado por las circunstancias concretas. Éste es un planteamiento contrario al de teorías sistémicas donde el sujeto se encuentra definido por las reglas y relaciones estructurales de un sistema cerrado” (Alejos, 2006, p. 51). Como se señaló desde un principio, lo clásico, en América, no es un sistema cerrado, por el contrario, es un sistema dinámico que tardó en reconocerse con el romanticismo europeo, que al final consigue edificarse sin dejar de dialogar permanentemente con lo normativo que mantiene su voz, llegando casi intacto, desde el costumbrismo, el realismo, el naturalismo, hasta el modernismo. Ahora bien, cuando se habla de voz, en este sentido, no se sujeta a las expresiones meramente orales o escritas, sino al todo un conjunto intrincado y complejo de significados y significantes que entran en juego entre los sujetos discursivos (simbología, arquitectura, música, teatro, danza, etcétera). Las posibilidades, en este sentido, pueden ser infinitas, por eso es un fenómeno translingüístico y cultural, no obstante, las precisiones que hace Bajtín son respecto de los sujetos que enuncian las voces en juego. Para Abadie (2013) esto se desenvuelve en medio de una “conciencia semiótica, más que una biológica” (Abadie, 2013, p. 95), es decir, de sujetos plurales. Bajtín construye, cuando se han sumado diversas voces, el principio de la palabra bivocal, ya sea pasiva o activa, como herramienta terminológica que sirve muy bien para explicar este punto.

<sup>179</sup> Para Bajtín “la palabra bivocal puede ser activa y pasiva. Esta división le permitirá explicar de manera más clara a qué se refiere cuando piensa en «orientación» hacia la palabra ajena. En la bivocal activa, la palabra ajena influye activamente en el discurso del autor, haciéndolo cambiar bajo su sugestión –polémica oculta y diálogo–, en la bivocal pasiva la palabra ajena

medios por los cuales el narrador domina esas voces exógenas. La estilización se entiende, bajo esta lógica, como una apropiación lingüística del otro, es decir, “el autor cita un estilo y lo hace evidente en la narración, pero no entra en conflictos con él, sino que lo asume como una de las voces que componen la voz del autor” (Abadie, 2013, p. 92). Los escritores mexicanos, ya desde tiempos de la Arcadía y la Academia de Letrán, reproducían discursos extranjeros y los estilizaban a su modo, creando así nuevas formas a partir de las palabras ajenas que se iban apropiándose, pero inadvertidamente, obedeciendo la tradición novohispana, asunto que señala el mismo Salvador Quevedo y Zubieta en *Recuerdos de un emigrado*.

Quizá esa es la razón por la que el autor, en *¡Sepultados!* se cuestiona la validez del romanticismo, pero un acercamiento a sus escritos podría explicar las complicadas dinámicas del siglo XIX entre las diferentes facciones. En el caso de *L'Étudiante* o *Récits mexicans* de Quevedo y Zubieta también se presentan fenómenos bivocálicos de estilización, ya que el autor se apropia de las formas francesas, pero enuncia desde el español mexicano; es decir estiliza las voces ajenas en un complejo sistema de reinterpretación dialógica que subraya la importancia de la comunicación como un diálogo constante entre voces múltiples. Según Bajtín, ningún enunciado es un producto aislado; en cambio, cada acto de habla se desarrolla en el contexto de una "polifonía" de voces. Estas voces representan diferentes puntos de vista, ideologías y perspectivas que convergen en el discurso. La heteroglosia, otro concepto presente en las obras escritas en francés por Quevedo y Zubieta, se refiere a la coexistencia de múltiples voces y discursos en un mismo espacio narrativo, pero también cultural. Esta heterogeneidad lingüística desafía cualquier intento de homogeneizar la identidad y subraya la diversidad inherente a la experiencia humana. La heteroglosia también enfatiza la intertextualidad y la interconexión de diferentes discursos en la construcción de la identidad. En el contexto del México colonial y posteriormente en el siglo XIX la heteroglosia es particularmente relevante ya que desempeñó un papel clave en la formación de la identidad criolla mexicana. Dicha identidad, dada toda la evidencia vertida en esta investigación, era la de Salvador Quevedo y Zubieta<sup>180</sup>.

---

está absolutamente indefensa en manos del autor que la opera –estilización, narración (relato) y parodia–. En la palabra bivocal pasiva el autor adquiere un papel dominante, pero que no anula la voz con la que dialoga” (Abadie, 2013, p. 92).

<sup>180</sup> Tanto la teoría de Mijaíl Bajtín como la de Iuri Lotman son fundamentales en el ámbito de la semiótica y la teoría literaria, aunque provienen de tradiciones intelectuales diferentes (Bajtín del círculo lingüístico de Moscú y Lotman de la escuela de Tartu-Moscú). A pesar de sus diferencias, existen áreas de convergencia y complementariedad en sus enfoques, lo que permite relacionar ambas teorías de manera interesante: Bajtín se enfoca en la comunicación dialógica y la interacción entre voces en el discurso, mientras que Lotman se concentra en la comunicación semiótica y la construcción de significado en los textos culturales. La coexistencia de múltiples voces en el discurso, la polifonía, puede conectarse con la noción de Lotman de que los textos culturales son polisistémicos y contienen múltiples capas de significado y referencias inmersas en semiosferas perfectamente delimitadas por fronteras dinámicas.

Dámaso Alonso destacó la importancia de la relación entre el contenido temático y la forma de expresión en una obra literaria. Para él, el estilo y los recursos estilísticos utilizados por un autor no son simples adornos, sino que son fundamentales para la comprensión e interpretación del contenido de la obra. Consideraba que el estilo es una manifestación del pensamiento y las emociones del autor. Dichas emociones están vinculadas directamente a la identidad y las relaciones del medio y los sistemas polisistémicos en los que el escritor está en dinamismo. Por otro lado, Bajtín argumenta que la identidad se forma en la interacción con otras identidades y el diálogo y la multiplicidad de voces influyen en el estilo literario. Esto podría interpretarse en la literatura como la influencia de diversas voces, discursos y contextos culturales en el estilo de un autor. Dámaso Alonso podría examinar cómo estos elementos heterogéneos se reflejan en los recursos estilísticos utilizados en una obra. Expresión de la identidad a través del estilo.

Dámaso Alonso, al analizar los recursos estilísticos, explora cómo un autor utiliza el lenguaje para expresar su identidad en un contexto de diálogo y multiplicidad de voces. El estilo literario se convierte en una herramienta para manifestar la identidad del autor, así como para responder a las influencias y las voces en constante cambio en su entorno literario y cultural, que en el caso de Salvador Quevedo y Zubieta no es para nada estático. La Estilística de Dámaso Alonso considera cómo el estilo literario se convierte en un espacio donde se manifiesta y se negocia la identidad del autor. Ahora bien, mientras que la Estilística se enfoca en los recursos estilísticos en el contexto literario, la semiosfera de Lotman considera la interacción de diversos sistemas semióticos en la cultura en general. Ambos enfoques enriquecen nuestra comprensión de cómo se generan y se transmiten los significados en el ámbito de la literatura y la comunicación cultural, por lo que ambos enfoques reconocen la importancia del lenguaje y la comunicación en la literatura y la cultura. La Estilística de Dámaso Alonso se centra en cómo el estilo literario utiliza el lenguaje para expresar significado, mientras que la Semiosfera de Lotman aborda el lenguaje como uno de los sistemas semióticos dentro de la cultura. Por un lado, Lotman destaca la interacción y la dinámica entre diferentes sistemas semióticos en la semiosfera cultural, cosa que se ha explicado a lo largo del primer capítulo. La estilística de Dámaso Alonso, por el otro, considera cómo el estilo literario se relaciona y se cruza con otros sistemas semióticos, como la iconografía, los símbolos culturales y los códigos lingüísticos, para enriquecer la comprensión de una obra literaria. En este caso debe entenderse que el contexto del autor, tanto en México como en Europa, es ajeno a los movimientos literarios nacionales de su tiempo y esto se traduce en el ya mencionado anacronismo al momento de construir su poética.



En este sentido, *Recuerdos de un emigrado* puede analizarse por medio de múltiples sistemas que dialogan entre sí alrededor del sujeto cultural y sus actos de escritura concretos, y donde su integración ofrece un marco holístico para el análisis de la comunicación literaria y cultural, subrayando la importancia de la interdisciplinariedad en estos campos. El lenguaje se convierte en el medio a través del cual se expresan pensamientos, emociones e identidades culturales y personales. Estas perspectivas abordan la noción de identidad, ya sea como un reflejo de la voz del autor en el estilo literario (Alonso), como un proceso dialógico y polifónico o como una construcción en el contexto de múltiples sistemas semióticos (Lotman). La intersección de estas perspectivas ofrece una comprensión más profunda de cómo se manifiesta y se interpreta la identidad en la comunicación literaria y cultural. Bajtín y Lotman, como se ha visto, destacan la multiplicidad de voces y sistemas semióticos en la comunicación cultural. La estilística de Alonso podría considerar cómo estas voces y sistemas influyen en el estilo literario y en la expresión de la identidad del autor. La integración de la estilística de Dámaso Alonso, la teoría de identidad y polifonía de Bajtín y la noción de semiosfera de Lotman enriquece nuestra comprensión de la comunicación literaria y cultural. Este enfoque multidisciplinario subraya la importancia de considerar cómo el lenguaje y la comunicación se utilizan para expresar la identidad en contextos literarios y culturales. La intersección de estas perspectivas ofrece un marco analítico holístico que promueve una comprensión más profunda y enriquecedora de la complejidad de la comunicación en la literatura y la cultura. Además, destaca la relevancia de la interdisciplinariedad en la investigación académica en estos campos, fomentando un enfoque más integral y enriquecedor para el análisis literario y cultural y una comprensión más amplia del periodo.

Dichas reflexiones y disertaciones han permitido articular el argumento de que Salvador Quevedo y Zubieta acciona una praxis literaria divergente y distribuida en varias fronteras signícas, no solo conceptuales sino espaciales y temporales. Las divergencias de Salvador Quevedo y Zubieta son políticas, en la mayoría de los casos, como lo fueron sus libros de historia ampliamente explorados en el capítulo anterior, pero dichas divergencias del autor también estuvieron motivadas a desavenencias personales y rencillas irreconciliables con los movimientos literarios oficiales encabezados por sus principales enemigos a nivel personal: Manuel Gutiérrez Nájera y Ignacio Altamirano. Y es más que probable que su estilo fuera de los márgenes de la literatura hegemónica estuviera motivada por dichos exabruptos personales y su necesidad de refugiarse en “lo clásico” y en “lo anacrónico” (tal y como fue el caso de muchos escritores de Jalisco como Puga y Acal o Barragán Toscano) estuviera motivada por esos sentimientos. Esta es quizá la razón por la que, desde sus primeros textos, como

*¡Sepultados!* existiera en el autor una negación para pertenecer o estar vinculado a las corrientes en boga, cosa que fue la constante en su obra literaria, siempre estando en contrapunto a los movimientos y sin ceñirse a ninguno, por el contrario, atacándolos con virulencia. Lo que sí es claro es que su obra está ligada fuertemente a su identidad criolla, a su identidad como un sujeto heredero de la hispanidad e incluso a su formación profesional, ya que sus principales novelas incluyen siempre a un alter ego estudiante o practicante de medicina. Su mexicanidad, esa de la que habla en *Recuerdos de un emigrado*, es una mexicanidad criolla y citadina que se encuentra desligada del campo. Damaso Alonso explica que las motivaciones de un escritor en la composición de su estilo obedecen a las subjetividades que atraviesan al sujeto enunciador y el uso de lenguaje está maniatado a esto. “Estamos de nuevo en el punto de la indagación peculiarmente literaria, es decir, en el vínculo significante-significado, pero tratamos ahora de caminar en dirección inversa, desde el significado hacia el significante. (...) Entran aquí, además, y han de ser tenidos en cuenta los datos biográficos, no en cuenta datos muertos, como duermen por los manuales de historia literaria, sino en cuanto nos iluminan posiciones estéticas y aun modalidades de la expresión”. (Alonso, 2006, p. 151)

Como señala Alonso, no sólo son las herramientas lingüísticas y los recursos retóricos los que entran en juego, es también el contexto histórico, biográfico; afectivo, psicológico lo que se sucede en la toma de decisiones de un autor para elegir tal o cual palabra, tropo, tono, fonema; sílaba, ritmo, etcétera. “Como es imposible divorciar lo afectivo y lo conceptual, ambas perspectivas deben ser objeto de la misma atención de la Estilística” (Alonso, 2006, p. 177). El estilo de un autor también está supeditado a sus relaciones afectivas con el mundo, cada decisión que toma durante su praxis creativa está sujeta a su visión personal: su estilo es el conjunto de todo ello y éste tiene un dispositivo material que se registra, invariablemente, en los significantes. El significado de la obra se intuye por el análisis de significantes. Dámaso Alonso llama a eso Forma Externa. Se analiza el exterior para llegar al interior; de afuera hacía adentro. Y cuando se dice externo, Dámaso Alonso se refiere exclusivamente a dispositivos materiales del significante; no puede cometerse el error de interpretar la vida del autor con su obra. Es por eso que el análisis debe ser objetivo y sincrónico: la interpretación del lector es fundamental porque en él se completa la relación poética. No ingenia intuiciones espontáneas, sino reflexivas, pues la literatura se mimetiza con sus propias experiencias durante la excitación de la obra de un creador; el arte del lector es el arte de la “impresión”. (...) a la Estilística no le interesa, o no le debería interesar (o sólo en determinados momentos, y por razones pre-estilísticas) la procedencia de estos elementos; para ello lo mismo tiene que haya llegado por la vía de reflexión y tradición o por elementales y directísimos reflejos. Digámoslo de una vez:

esto es así porque la estilística estudia organismos; estructuras sincrónicas de valores. (...) El análisis estilístico actúa sobre los valores de una estructura sincrónica: nada más sincrónicamente orgánico que el poema, la más perfecta realización del lenguaje, última posibilidad, última condensación significativa del lenguaje. (...) La indagación estilística es sincrónica”. (Alonso, 2006, pp. 178-179)

Por el momento volvamos al significante, que para Alonso es “la materia registrable físicamente; la única dificultad que nos opone es la del número casi infinito de relaciones que en él están implicadas. Si el significante es materia concreta, físicamente registrable, el significado no es – después de todo- más que nuestra propia intuición del poema. Hemos especulado con él como si fuera pájaro en mano. No; el significado no es analizable, no es aprehensible; es inefable”. (Alonso, 2006, p. 179) A este último concepto Dámaso Alonso lo llama Forma Interna. ¿Por qué es imposible analizar el significado y después los significantes? Porque al invertir la Forma Externa, de adentro hacia afuera, perdemos la perspectiva. Sería entender el significado y después interpretar el porqué de las elecciones del autor en su praxis. Y eso sólo lo puede saber el autor. Alonso hace hincapié en que la Forma Interior en el análisis puede ser el futuro de la estilística y de los estudios literarios. Apunta que: “Habrá que penetrar en la maraña de los elementos afectivos, volitivos, en toda la red de reacciones del autor frente al pasado o a lo contemporáneo, frente a las cosas y los hombres; frente a las obras de arte y de literatura.” (p. 370). No obstante, para efectos de esta investigación, sólo se hace mención de la Forma Interna para aclarar el concepto de Forma Externa, que es la metodología que se ha de usar. Las categorías impuestas por la historia de la literatura no profundizan; la estilística trata de responder interrogantes desde la lengua, no desde las categorías. “(...) tenemos que considerar el fenómeno literario como un cosmos, como un universo cerrado en sí, e investigar su ley particular –su sistema de leyes-, lo que le constituye y le constituye único” (p. 357). Dámaso Alonso continúa:

Estilo es todo lo que individualiza a un ente literario: a una obra, a una época, a una literatura. El estilo es el único objeto de la investigación científica de lo literario, El “estilo” es la única realidad literaria. El estilo es la obra literaria, es decir, con nuestra terminología, el “signo”, en cuanto único, la misteriosa manifestación concreta, el misterioso fenómeno, en el que se ligan significado y significante, forma interior y forma exterior: un cosmos de realidades espirituales, intuitivamente seleccionadas y ahormadas, y un complejo de realidades físicas concretas (fonemas o su representación gráfica) que ahora ya cubre, representa y mágicamente evoca aquel cosmos. Sí, cuando en el signo consideramos su invencible peculiaridad, lo llamamos

estilo. (...) Cada ciencia investiga distintos órdenes de fenómenos de la realidad. En lo literario no hay más realidad fenoménica que el estilo, o sea, el signo en su unicidad”. (Alonso, 2006, pp. 428-430)

Si bien, lo afectivo envuelve todo, la intuición literaria se separa en la intuición científica, aunque de los elementos afectivos hay que separar los imaginativos. “Es decir, aquellos en que reside la capacidad de la obra literaria de suscitar en nosotros representaciones sensoriales. Entiendo, pues, “imagen” como un concepto cuyo contenido puede atañer a cualquier sentido humano: imágenes visuales, táctiles, auditivas, olfativas, etc” (Alonso, 2006, p. 430). En este sentido todo lo expuesto por Damaso Alonso apunta que el estilo del autor está determinado por los espacios físicos y temporales en los que se desenvuelve. Salvador Quevedo y Zubieta, como otros muchos autores, no escribe naturalismo sólo porque sea una moda o porque haya leído las traducciones desde ultramar. Él se ciñe brevemente a la corriente por su viaje a Francia como estudiante de medicina. De hecho, la obra *L'Étudiante*, como casi todos sus textos, tiene una enorme carga autorreferencial y autobiográfica, y retratan fielmente sus sentimientos respecto a su integración como sujeto discursivo dentro de la semiosfera francesa de finales del siglo XIX. Lo mismo sucede con *Un año en Londres* o *Recuerdos de un emigrado*. Cada uno de sus textos, incluyendo sus textos históricos, están enunciados como manifiestos de identidad criolla en todos los sentidos. El autor nunca trata de asumirse lejos de sí mismo ni de su identidad criolla privilegiada o sus ideas políticas reaccionarias, y si bien es un liberal republicano de palabra, lo cierto es que puede coquetear con los sentimientos monárquicos (a los que no es ajeno por su tradición familiar) y a las ideas conservadoras. *Recuerdos de un emigrado* es la muestra más evidente de su estilo terminantemente criollo, sus imágenes “clasiquinas”, “gongorinas” y ciertamente su estilo “conservador”.

Es importante partir del hecho de que *Recuerdos de un emigrado* no es un texto de memorias formalmente, sino una colección de algunos episodios nacionales en los que el autor hace una interpretación sobre lo que él comprende como su realidad. Emilio Castelar, quien fuera el prologuista del libro, yerra en ubicar al autor como un testigo de los hechos alrededor de la tragedia de Maximiliano I y al decir, como se explicó anteriormente, que la obra es una recopilación de memorias y de hechos de los que fue testigo el autor. La obra, si bien está unificada como un solo texto en su primera versión de 1883, lo cierto es que fue publicada en los primeros meses de ese año. Entre 1882 y 1883 se publicaron en el diario español *El Día*, por lo que puede inferirse, debido a lo irregular de los mismos, que no existía una primera intención de hacer un libro de memorias, sino que fueron impresiones personales de Salvador

Quevedo y Zubieta que posteriormente fueron recogidas bajo el título *Recuerdos de un emigrado*. Algunas, quizá, escritas desde México por anterioridad a su exilio<sup>181</sup>. La mayoría de los hechos narrados no pudieron ser atestiguados por el autor y más bien obedecen a otra lógica, que es la de reinterpretar y subjetivar algunos aspectos de la historia y la cultura de México desde su óptica, como es el capítulo destinado a Manuel Lozada, a la tragedia de Escontzín o el texto dedicado a Sor Juana Inés de la Cruz (figura importantísima de la tradición novohispana con la que estaba muy familiarizado).

El texto se divide en diferentes capítulos donde el autor se hace notar por medio de una pluma muy refinada que es el vehículo expresivo para poder accionar una serie de imágenes del paisaje, la cultura, la realidad y la historia mexicana como él creía entenderla y descifrarla. Aunque cabe señalar que su enunciación parte de la visión criolla, colocando el tema del campo o el mundo indígena como una otredad. Asimismo, el texto hace ciertas reivindicaciones a personajes conservadores como Manuel Lozada, quien fuera un militar oriundo de Nayarit, de origen indígena y mulato, quien, tras la proclamación de la Constitución Federal de 1857, que suprimió la propiedad comunal, combatió a los liberales y se convirtió en cacique de buena parte del estado de Jalisco, tomando Tepic en 1859. Hay que destacar también, en este sentido, el texto sobre Maximiliano de Habsburgo, que hace visible ciertas inclinaciones monárquicas del autor, pues trata, por un medio impreso, de congraciarse con muchos lectores europeos que tomaron la noticia del fusilamiento en Querétaro con enorme indignación.

Si bien existe un capítulo dedicado a Benito Juárez, este es de enorme neutralidad y se mantiene en los lugares comunes acerca de la figura icónica del político liberal sin ahondar más de lo necesario. Empero si remarca su importancia histórica y su estatus como héroe nacional. Salvador Quevedo, como es natural en su escritura, es muy ambiguo y no puede establecerse fehacientemente si está a favor o en contra de Juárez. De Juárez dice:

Y hé aquí cómo el instinto popular, independientemente del fallo de la Historia, atribuye su alta significación patriótica á ciertos nombres Estados Unidos es Washington; la América del Sur es Bolívar; México antiguo es Guatimotzin (malamente Moctezuma) y México moderno es Juárez. Muchos hombres habían brillado en México antes de este último; pero ni Hidalgo ni Itúrbide alcanzaron ese grado de *pronomination* que, en cierto modo, identifica al suelo y al héroe. (Quevedo y Zubieta, 1883, p. 48)

---

<sup>181</sup> Exilio que el mismo autor reconoce como voluntario:

Resulta muy ambivalente que se reconozca el papel de Iturbide en el mismo escaño que el de Hidalgo y al mismo tiempo se esté hablando de Juárez en comparación con Washington o Adams. Y esta trampa discursiva y retórica no deja claro si hay una ironía implícita o es un argumento histórico. Por otro lado, cuando habla de los mexicas y los pueblos indígenas, siempre lo hace manteniendo la distancia étnica, cultural e histórica, amparando límites de otredad. Para Salvador Quevedo y Zubieta existe una gloria prehispánica, sí, pero esta no construye por sí sola a México, por el contrario, es la raíz; sin embargo, deja claro que lo que construye al país es la presencia y la permanencia de lo europeo en América.

Se infiere que *Recuerdos de un emigrado* tiene como intención mostrar los vínculos que existen entre la identidad del sujeto discursivo, el estilo y la literaridad de la obra como parte de las diferentes semiosferas en las que el autor se desarrolló y enunció el discurso. Pero para ello hay que partir de la lógica identitaria de Salvador Quevedo y Zubieta, quien a lo largo del texto parece plantear diversas ideas sobre la identidad mexicana en diversos espectros étnicos y culturales, pero también políticos. La "otredad" según Lotman (1996) se refiere a la idea de que la cultura y la comunicación se construyen a través de la diferencia y la oposición. Lotman argumenta que la comprensión y la comunicación sólo son posibles cuando se establece una distinción entre "lo propio" y "lo ajeno" o entre "nosotros" y "el otro". Esta diferenciación es fundamental para la creación de significado y para la construcción de la identidad cultural. Lotman (1996) utiliza el concepto de "otredad" para analizar cómo las culturas se definen a sí mismas en relación con las culturas extranjeras o "otras".

Partiendo de ahí es posible notar que Salvador Quevedo y Zubieta siempre hace una división muy marcada entre los elementos de la ciudad y la provincia, separándolos como campos de significados completamente diferentes. Como se observó en el capítulo anterior, el ferrocarril es un buen punto de partida para mover sus intenciones estilísticas

Trenes de lujo para 500 invitados, entre los cuales asistieron el Presidente, los ministros, otras muchas autoridades y casi todos los miembros de la prensa; rancheros con haces de cohetes apostados de trecho en trecho, á lo largo del camino, para saludar al tren, con una música de truenos; la *Guardia rural*, ejército muy mexicano, de sombrero ancho y zarape rojo, escalonada desde México en vistosas partidas; arcos de *tzempaxochitl* y *santa-maria*; banquete en Cuautla, poblacioncita de mucha historia y de mucha naturaleza; todas las esquilas á vuelo; docenas de bombas explosivas (cámaras) estallando en los aires; discursos, brindis y bailes. Nada faltó para que la alegría fuese completa en aquella romería, cuyo santo era el vapor, ese dios del siglo. (Quevedo y Zubieta, 1883, pp. 26-27)

A partir del ferrocarril como, símbolo de progreso y renovación de la República y el Estado moderno, el autor vuelve a la imagen del indígena para hacer un contrapunto

Pero no siempre anda el diablo en la máquina de las locomotoras; el dios (*deus ex machina*) reaparece en ella, apenas pasa el triste día en que el rey del infierno le ha jugado á San Miguel una escapatoria. ¡Feliz el indio de México que puede ver á ese dios descoger sobre su suelo su vaporosa clámide, estrechando al hombre con el hombre a través de extensiones desiertas, y derramando en una zona el cuerno abundante, henchido con los frutos de otra! Testigo asombrado de los triunfos y los desastres del progreso moderno, no lo sería si sus abuelos, en vez de haber visto la luz en Hispano-América, la hubiesen visto en la América inglesa. (Quevedo y Zubieta, 1883, pp. 35-36)

Es importante señalar que el autor siempre usa cursivas para hacer notar las palabras en náhuatl o los modismos populares propios de México. Esto, en primer lugar, se infiere como un recurso para ayudar a distinguir al lector español las palabras que le puedan resultar desconocidas, pero, primordialmente, se infiere una demarcación lingüística, desde su condición de criollo, de ese mundo indígena que observa desde lejos. Recordemos que eso fue una constante en su libro *Un año en Londres* donde más que un mexicano, se asume como un portavoz de la hispanidad.

Ese indio que se alimenta con *atolli* y *tortillas*, que duerme sobre la estera (*petate*) tendida en el suelo, que en el valle de México vende flores y legumbres, en Michoacán fabrica tejidos y en Jalisco hace ánforas y muñecos de barro; ese indio que vive silencioso, pobre y casi inactivo sobre el terruño de su pueblo; que, como estado social, tiene la ignorancia y la miseria; como política, el retraimiento; como religión, la superstición; como arte, la alfarería, la escultura y la música, en condiciones rudimentarias; ese indio es el miembro de una raza estancada, pero que se la ve correr arrolladora y ascendente en la edad antigua, y que en los tres siglos de la dominación española, como también en el siglo actual, ha hecho flotar en la superficie de la humanidad sus grandes hechos, sus hombres de luz y de esfuerzo, como un testimonio de que vive y de que puede levantarse de su estancamiento. (Quevedo y Zubieta, 1883, pp. 41-42)

Ciertamente Salvador Quevedo y Zubieta poco se preocupa en la escritura del náhuatl, como es el caso de Tenochtitlán que escribe “Tenuchtitlán” o “Tenoxhtitlán” de manera arbitraria. Cabe resaltar que, a lo largo de las citas presentes en este capítulo, el autor escribe el náhuatl tal de una manera muy similar a como aparece en las Crónicas de Indias (algo que pudo ser

algo deliberado). No está conectado de ninguna manera a las lenguas indígenas, a las que considera fundamentales para la cultura mexicana, pero a las que sigue viendo desde la distancia. Sobre sus reflexiones alrededor de la lengua náhuatl dice:

De formación eminentemente polisintética, es ella, sin duda, una de las lenguas más expresivas del universo. El *nahuatl* aparte de tener un gran poder de síntesis que le permite expresar en una sola palabra los diversos elementos de una oración complicada, está dotado de un sistema de partículas (formas *reverenciales*, *afectuosas* y *contemptivas*), que sirven peregrinamente para vincular en la expresión las ideas con los afectos. El mexicano de la conquista, lo mismo que el que ahora ha conservado la lengua indígena, no se acomodaba a presentar sus ideas, sino por medio de una de esas formas con cuya intervención explicaba sus sentimientos más íntimos hacia las cosas. (Quevedo y Zubieta, 1883, p. 165)

Continúa:

¡Brillante serie de adposiciones, nacidas a la vida del lenguaje humano, todas fluidas y ardientes, al calor de la pasión y al entusiasmo del sentimiento; hilo de perlas caído del seno del Verbo creador sobre la urna sonora y vibrante de las lenguas indianas; ya no con el acento de vuestro viejo imperio, resonais en el suelo de mi patria, ni vuestras armonías apagadas se hacen oír del mundo más que los cráteres mudos del Popocatepetl y del Ixtlacihuatl... Lengua hecha, como la griega, para la filosofía más levantada y el arte más puro y condenada al silencio por la misma ley biológica que hizo a ésta morir y corromperse a los bordes del Eurotas, allá queda oscura y escondida en los pueblecillos indígenas del Anáhuac, y apenas si sus muertas armonías susurran como ecos perdidos en la importada lengua de Cervantes. (Quevedo y Zubieta, 1883, p. 169)

Empero, a pesar de la distancia que marca desde su escritura respecto del mundo indígena, no puede evitar compararlo con la antigüedad europea y otorgándole cierta predestinación a la conquista<sup>182</sup>.

---

<sup>182</sup> En ese mismo orden de ideas, Salvador Quevedo y Zubieta se refiere al lépero mexicano como otro.

Antes he dicho que es la risa; pero una risa singular entre todas las risas del mundo. Desde luego, no es la horaciana, ni la de Juvenal, ni ninguna risa clásica; ni la de Mefistófeles, ni ninguna risa romántica; más pertenece a la risa estoica de Diógenes desde su tonel, con la diferencia de que el lépero no pediría a Alejandro que se hiciese a un lado para no privarle del sol, sino que se burlaría de él porque se lo quitaba.

El sarcasmo, un sarcasmo acre y punzante sale de sus labios, plegados en eterna muequecilla; se desprende de sus vestidos miserables, se revela en su andar calladito (*sic*) y quisiéramos decir oblicuo, y emana de su sombrero gacho y su frazadita, por entre los cuales ve al mundo como el diplomático ve al adversario por sobre sus anteojos. (Quevedo y Zubieta, 1883, p. 223-224)



Es ciertamente un pueblo-rey, como el latino, ese pueblo de la Tenuchtitlán, y no es posible prever los límites que hallaría á su tarea no interrumpida de asimilaciones y conquistas, si la aguja del gran cuadrante no hubiera marcado en el siglo XVI el minuto histórico de la fusión de los dos mundos, verificada en provecho del plan divino de la unidad. (Quevedo y Zubieta, 1883, pp. 42-43)

Agrega más adelante que el mexicano “de ahora, cuando lanza su espíritu á los días de la conquista, es español y no indígena, y pone el sufragio de su alma y las simpatías de su corazón del lado donde batallaba Cortés y predicaba el padre Olmedo” (Quevedo y Zubieta, 1883, p. 45), validando el valor de la cultura hispánica y reafirmando así su identidad criolla<sup>183</sup>.

En ese sentido, la prosa de Salvador Quevedo y Zubieta, caracterizada por los constantes contrapuntos y ambigüedades retóricas y discursivas, reflejada muy bien este pensamiento dialéctico. Lo intrincado de su prosa no permite establecer límites claros en su pensamiento que parece más bien pragmático, no decantándose por nada y solo explorando el lenguaje por medio de la narración histórica que resulta un tanto épica:

Sopla el viento de libertad, y *Axayactl* cierra denodadamente el paso á Cortés á la cabeza de sus hordas tlaxcaltecas, que se revuelven y mueren, combatiendo entre las patas de los caballos del conquistador, bajo el fuego de sus cañones y al pié de sus fortines coronados de arcabuces contra cuyo fuego no tienen más que sus impotentes armas indianas; el pueblo de la Tenoxtitlan apedrea y mata á Moctezuma y arremete contra los *hijos del sol* hasta formar en su tomo una tan triste noche que hace verter lágrimas de dolor y desesperación al Aquiles castellano; agoniza Guatimoc sobre las rojas ascuas desafiando al tormento; los honderos insurgentes hacen vacilar el poder vireinal desde las cimas de las Cruces, y dentro de los muros de Cuautla; rechaza Zaragoza, desde las cumbres de Orizaba, con sus reclutas serranos de Puebla, á los veteranos franceses, y destruye Juárez para siempre la omnipotencia europea en América. Pero sopla el viento de servidumbre, y entonces el indio encoge su alma y pliega su cuerpo: es un ser que

---

<sup>183</sup> Respecto de la raza indígena, a partir de la frenología marca una distancia étnica. “La frenología no se sorprende ante su cráneo, clasificado entre los *mesaticéfalos* constituido generalmente bajo un índice facial de 78,1, y no señalado por otras singularidades que la depresión frontal y la exagerada prominencia de los pómulos ; es la estética de los gustos , de las pasiones y de los movimientos anímicos, la que se siente sobrecogida y medita abundante ante ese ejemplar humano sellado desde d nacer con yo no sé qué signo de tal melancolía. El indio de México es rudamente triste; su melancolía tiene algo de áspero, como si estuviese cerrada á la esperanza, y el dolor interno que en otros ojos es lágrima, en los suyos es un fulgor de siniestra atonía. El paganismo creó la sonrisa lúbrica en los labios de la bacante y el cristianismo imprimió en el rostro de la Magdalena la tristeza penitente que gime y espera; pero el culto al *Tonatiuh* azteca, las comuniones caníbales ante el dios Huitzilopochtli, y después un cristianismo extraño, mezclado de supersticiones é idolatrías, no han producido en el indio más que una gravedad rígida, copiada de la faz del ídolo ó de los toscos crucifijos que abren sus brazos de *ocote* en los altares indígenas de México”. (Quevedo y Zubieta, 1883, p. 134-135)

apenas se mueve y apenas se presenta de pié; sólo se encuentra bien sentado en *cucullas* descansando la cara entre las manos, y en esa posición de ensimismamiento y de atonía sólo espera que se le diga quién es su amo... “Se llama Itzcoatl, Ahuitzotl, Moctezuma, Lozada”. (Quevedo y Zubieta, 1883, pp. 92-93)

Lo épico de su prosa tiene su mejor escenario en el choque entre Manuel Lozada y Ramón Corona, símbolos inequívocos de la lucha de las facciones liberales y conservadoras. Por un lado, a pesar de que es clara su oposición a la figura de Lozada como bandido y militar, y su favoritismo a Ramón Corona, Salvador Quevedo y Zubieta no puede dejar de presentarlo como una figura homérica, casi justificando su actuar violento y despiadado como militar y como cacique. De él dice:

Vivía allí, por los años de 185... en uno de los pueblos que se agrupan en torno de Tepic, ciudad principal del Nayarit, un hombrecillo medio indio, medio europeo, medio mulato, porque de todo había en su faz de color cobrizo, de frente deprimida y pómulos salientes, acentuada por una áspera barba que acusaba en él el predominio de una raza distinta de la indígena. Procedía, según es fama, de español y de mulato; pero nacido en un centro de indios, adquirió de ellos los hábitos, las inclinaciones y el carácter. Se llamaba Manuel Lozada: vestido como un pobrecillo, sin otras prendas que el calzón y la camisa de burdo lienzo, el sombrero de palma y los *guarachis* con que guarnecía en los días solemnes sus pies, de ordinario descalzos. (Quevedo y Zubieta, 1883, pp. 59-60)

Continúa:

Se decía meterse de *bandido*, como se puede decir ahora en España meterse de torero. Era una profesión engalanada en cierto modo, á los ojos del vulgo, con los colores poéticos de la vida aventurera, sostenida á fuerza de continuos combates y orillada siempre al borde del peligro. (Quevedo y Zubieta, 1883, pp. 63-64)

Es importante señalar que Quevedo y Zubieta justifica en cierta manera el actuar violento e irracional de Lozada, cosa que se repetirá en Maximiliano, pero desde un sentido trágico, no dejando claro cuál es su posición respecto de este personaje que adquiere tintes de antihéroe. Manuel Lozada, como bandido y como caudillo de la causa conservadora, sin duda fue un personaje muy importante en la zona de Jalisco y Nayarit, donde seguramente gozó de cierta simpatía popular y su legendario llegó al joven Quevedo y Zubieta. La narración sobre Lozada,

inspirada sin duda en anécdotas que recordó de su juventud, resulta muy compleja. Por un lado, hace un retrato del caudillo conservador, dibujándolo en su absoluta brutalidad, pero dándole a su vez un retoque apologético y en cierto sentido épico, llamándolo “Polifemo” (p.117) en varias ocasiones. Asimismo, además de las referencias clásicas, trata de conectar emocionalmente con el lector sobre las motivaciones del personaje, quien roza lo violento y lo trágico<sup>184</sup>:

Tal fué, sin duda, lo que se verificó en Lozada cuando sintió en el corazón los azotes aplicados al cuerpo de su madre. Desde entonces empezó á ejercer el bandidaje con cierta especie de rabia, é infundió en su cuadrilla un espíritu de crueldad que se revelaba en cada jomada. El que en sus principios no era más que un humilde ladrón cuatrero, se trasformó en un capitán que cazaba hombres con el mismo empeño que había puesto en atrapar bueyes. (Quevedo y Zubieta, 1883, p. 75)

Continúa:

La persecución se hace entonces contra ellas, pobre bandada de palomas fugitivas, que, á pesar de que corrían á gran prisa por entre riscos y despeñaderos, vuelven todas á las garras de sus

---

<sup>184</sup> En algún momento, el autor también apela a las emociones religiosas y las motivaciones culturales del personaje, no dejando claro si la narración es una crítica o una apología a Lozada:

Los dos partidos de reaccionarios y liberales luchaban, caían y se levantaban, como si fueran unas figuras de ajedrez sometidas á la acción de dos jugadores impacientes. De una parte se gritaba religión y de la otra libertad; palabras que llegaron á los oídos de Lozada bajo la forma de un problema binómico que demandaba una solución en su turbido espíritu.

La elección era dudosa. La religión, que es sobre la tierra lo que hay de más bueno, se alía en la conciencia humana á la ignorancia y al crimen, que es sobre la tierra lo que hay de más malo; como si la naturaleza próbida, enemiga de las absolutas corrupciones, así como deja gérmenes de flores en los estercoleros, hubiese querido dejar el perfume del pensamiento religioso en las almas más abyectas.

El bandido de México, como el de casi todos los países, es profundamente devoto: reza una oración antes de cada una de sus expediciones, encomienda á la Virgen el éxito de sus asaltos, y sin que le ocurra ninguna objeción, establece dentro de su alma una gran fe en la complicidad de lo sobrenatural y divino con sus propias maldades. (Quevedo y Zubieta, 1883, pp. 82-83)

Asimismo, Quevedo y Zubieta narra una escena sobre un supuesto lienzo que regaló el mismo Maximiliano I a Manuel Lozada. Si bien, esta anécdota puede tener más un contenido ficticio, ciertamente tiene la intención, por la manera en la que está construida de retratar a Lozada con mayor garbo.

El mensajero imperial, en compañía de algunos militares de alta graduación, después de un largo y difícil viaje por todo el interior del país, llega al pueblecillo de San Luis, donde reside Lozada ordinariamente. — “¿Está en casa su Excelencia?” — pregunta á una india con aspecto de criada, y que no es más que una de tantas mujeres del cacique. — “¿Qué Excelencia?” — pregunta ésta, que oye por primera vez la palabra. — “El señor general” — “¡Ah! ya entiendo Manuel no está aquí; se ha ido á las yuntas”. El mensajero y sus acompañantes se dirigen al sitio indicado y encuentran á un hombre vestido con calzón y camisa de burdo lienzo, cubierto con un ancho sombrero de palma y calzado con *guaraches* de ásperas correas, el cual, con una mano en la esteva del arado y armada la otra con el *otate* que le sirve para hostigar á la yunta de bueyes, escarda tranquilamente la tierra. — “¡Eh! diga V. hombre, ¿dónde está Su Excelencia el señor general Lozada?”. El hombre, sin soltar la esteva, se echa hacia atrás su ancho sombrero, y encarando su mala catadura con el interpelante, le contesta de altiva manera: — “¡Usted mande!” — “¡Y bien! decid dónde está el señor general”. — “Presente está: yo soy Manuel Lozada”. (Quevedo y Zubieta, 1883, pp.112-113)

milanos que las detienen y aprehenden, verificándose en seguida uno de los episodios más tristes, de tantos como resaltan en esta historia de matanzas. Primero habían sufrido la lujuria del sultán; después gastó en ellas Lozada toda su lujuria de tigre carnicero. Se les mutilaron los pechos; se las asaeteó desde los pies hasta la cabeza, y cuando en las ansias de la agonía pedían la muerte como un beneficio, se les concedió haciéndolas rodar por despeñaderos, en cuyo fondo fueron á ofrecer sus carnes despedazadas á los *zopilotl* y á los *coyotl* animales menos salvajes que los bandidos del Nayarit. (Quevedo y Zubieta, 1883, p. 79)

Ahora bien, como contraste inmediato a Manuel Lozada, surge el personaje histórico más importante relacionado con Salvador Quevedo y Zubieta: Ramón Corona.

Un nombre surge bajó mi pluma, al llegar al desenlace de está reseña, que no siendo en sus principios más que una monografía histórica, tiene qué dejar de serlo en su final, para dar paso á la gran figura de la revolución liberal de México, que repuesta y fortalecida con el alma de Juárez y el corazón de otros caudillos, prepara y consuma la catástrofe de la reacción conservadora y de la tiranía intrusa del tercer Bonaparte, arrastrando en pos de ellas el solio dorado de Maximiliano, la espuela mariscalca de Bazaine y la tiara temporal de Labastida, sobre los cuales va á estrellarse, al fin, con un ruido de huesos quebrantados, el *tlatoichpalli* de Manuel Lozada, que baja rodando desde una de las cumbres del Nayarit. (Quevedo y Zubieta, 1883, p. 100)

Continúa:

Hombre del pueblo, nacido en una pequeña villa de las orillas del Chápala, empleado en un trabajo casi mecánico en un mineral del Nayarit, apenas salido de la adolescencia, sin dinero, sin ciencia, sin armas, Ramón Corona llama á su lado á algunos de sus compañeros de trabajo, y á los gritos de “¡Muera Lozada!” y “¡Viva la libertad!”, sale del Real de Motaje (nombre del mineral) hacia cualquier parte donde pueda encontrar una partida de tropa lozadeña que le proporcione el bautismo de sangre. Más que rebelión militar parecía aquello una travesura de calaveras, dirigida por un audaz muchacho de veinte años. (Quevedo y Zubieta, 1883, p. 101)

Salvador Quevedo y Zubieta ofrece un escenario bélico de enorme carga épica al narrar el encuentro militar entre Lozada y Corona:

Está el ejército de Lozada posesionado de una cumbre, y á la vista de él, separados por una profunda cañada, está la tropa liberal de Corona. En esta mutua posición los indios provocan é

insultan á los soldados liberales, que, hostigados por sus gritos de mofa y de injuria, se levantan con ánimo de lanzar á los indios de su orgullosa posición. Los cañones estorban para esa empresa; los fusiles no sirven más que de garrotes cuando se trata de subir hacia un enemigo resguardado contra las balas por su misma posición; y en tanto que se avanza arrastrándose por los escarpes, el enemigo esgrime desde la altura una arma de titanes: los peñascos. La piedra ciclópea, la enorme masa de granito es desencajada, por medio de palancas, de su secular alveolo, y en el momento oportuno, por donde menos se la espera, salta impulsada por ocultas manos: el proyectil-mole comienza por bajar pausadamente, con aspecto inofensivo; pero apenas ha dado cuatro tumbos, cuando vertiginoso y rugiente se precipita, derribando caballos y hombres; yendo á detenerse hasta más allá del pié de la montaña, donde vuelve á su inmovilidad, mostrando cuajarones de sangre y pedazos de sesos disueltos, en vez del musgo y el liquen que ostentara allá en la cumbre, á donde Dios la subió y de donde la bajan los hombres.

Por entre ese tropel de monstruos desencadenados, ascienden los soldados liberales por todos los flancos de la montaña, y cuando, al fin, mermados en número y en fuerzas, llegan a la deseada cúspide, se entabla allí un combate cuerpo á cuerpo, con el cual, después de haberse perdido centenares de hombres, muertos por las piedras rodantes, no se ha ganado para la libertad de México más que un sitio elevado y un pequeñísimo número de indios muertos ó prisioneros, porque todos los demás, prácticos en los vericuetos de la montaña, han sabido alejarse á tiempo, yendo á reunirse en otra cima cercana, desde donde con más brío y encarnizamiento amenazan y provocan á las fuerzas republicanas.(Quevedo y Zubieta, 1883, pp. 107-108)

Como se ha señalado a lo largo de este capítulo, el autor desarrolla su prosa a través de un lenguaje complejo, que resulta muy cercano a las formas barrocas y neoclásicas que se encuentran muy lejos de los estilos de su tiempo. En el caso particular de esta escena, destaca un lenguaje épico que roza también lo romántico creando una sensación de muchos matices en la lectura otorgándole a su voz narrativa mucha originalidad. Este texto, como muchos de los del autor y algunos otros poetas jaliscienses de su generación anuncia, de cierta forma, el modernismo que se desarrollaría unos años más tarde y que sería la corriente artística predominante en América Latina en las últimas décadas del siglo XIX.

Ahora bien, quizá el punto de mayor interés sobre *Recuerdo de un emigrado*, subyace en las reflexiones que el autor hace sobre Maximiliano de Habsburgo y su muerte. Tratada más como una tragedia que como una narración histórica, su disertación sobre Maximiliano, su papel político y social en México y su fusilamiento en Querétaro, nuevamente no dejan muy

claro si es una apología al príncipe austriaco o si es una crítica al sistema político que infructuosamente representó. Salvador Quevedo y Zubieta por momentos parece justificar a Maximiliano en su andanza y actuar, tal y como lo hace con Lozada, pero dejando en claro que la invasión y la imposición de un emperador en virtud de intereses extranjeros eran contrarios a los ideales republicanos. Es importante reiterar que este libro sirvió en su momento para dar a conocer a México en Europa en un momento de reconciliaciones, por lo que el mismo tono del libro tiene como obligación y objetivo condenar las intervenciones extranjeras en las jóvenes repúblicas americanas, pero sin ofender o agraviar innecesariamente a los lectores europeos que tuvieran inclinaciones a favor de las monarquías. Si bien Castelar, quien prologa el libro, fue presidente de la breve primera República Española, ciertamente para el año 1883, la monarquía había sido restituida, por lo que los arrebatos ideológicos podrían ser más conflictivos que reconciliadores. Se infiere que esa es la razón del porqué de ese tono tan confuso y ciertamente ambiguo para hablar de Maximiliano y su efímero Imperio.

La repulsión del invasor y la caída de Maximiliano, á quienes Lozada había apoyado militarmente con su ejército de indios, á pesar de las estipulaciones de neutralidad, ajustadas anteriormente con el gobierno liberal, no determinaron ninguna variación apreciable en aquella su soberanía salvaje, ni tampoco la determinó la restauración definitiva de la República. El gran patricio Juárez, que tan heroicamente restituyera á su autonomía una nacionalidad absorbida, detuvo su obra de reconstrucción liberal ante las montañas del Nayarit, resignándose á una lamentable transacción con la barbarie: así filé como aquel poder y aquella tierra, tan inquebrantable el uno como inaccesible la otra, subsistieron por mucho tiempo. (Quevedo y Zubieta, 1883, p. 115)

Véase que dice “La repulsión del invasor y la caída de Maximiliano”, separando los acontecimientos como si fueran hechos aislados. Y es que, partiendo de todo lo señalado a lo largo de esta investigación y partiendo de la lectura de sus otras obras, puede inferirse que, en muchos sentidos, Salvador Quevedo y Zubieta a pesar de declararse liberal tuvo muchas inclinaciones políticas a favor de las monarquías. Hay que recordar que la primera edición del libro fue por medio del Estudio Tipográfico de los Sucesores de Rivadeneyra, la editorial del rey de España. Asimismo, Emilio Castelar en su prólogo escribe congraciándose con las monarquías y lamentando la trágica muerte de Maximiliano I. Esta es la razón para suponer que el texto más que ser un libro con motivaciones históricas o de un simple libro de memorias es un texto apologético que usa como vehículo una prosa compleja e intelectual para desarrollar

su retórica histórica. *Recuerdos de un emigrado* es en ese sentido es la antesala de sus textos posteriores donde va a usar esta misma fórmula de contrapunto para hacer crítica histórica.

Silencioso está el Cerro de las Campanas, apagados los ecos de aquella detonación de la fusilería republicana que resonó por todos los ámbitos del mundo, y frío el cadáver del ajusticiado de Querétaro bajo las bóvedas del panteón de las Capuchinas de Viena; pero la desgarradora carcajada de una princesa loca turba el silencio del patíbulo y la paz de la urna mortuoria; los Lorenas y los Habsburgos hacen soplar sobre la bandera de México un aliento de maldición, como si les pareciese que su rojo color está hecho recientemente con la sangre de su familia, y desconciértase la serenidad del pensamiento que contempla hacia atrás el trágico suceso. (Quevedo y Zubieta, 1883, p. 243)

La forma en la que habla de Maximiliano I es, sin duda, en un tono complaciente y casi de admiración; si bien a lo largo de la obra hace enormes críticas a la invasión y al imperio espurio, por lo general trata de suavizar su trato hacia el príncipe austriaco, y en momentos como este, incluso usar un lenguaje grandilocuente con él.

Era, sin duda, uno de esos hombres superiores á su propia casta Real, en quienes lo que hay de esplendor de cuna y otros brillos de convención, se siente ofuscado por lo que hay en ellos de natural y de humano. Dotado de grandes cualidades; el talento, el espíritu de estudio y de progreso, el ímpetu generoso, el valor caballeresco, se desearía haberle visto, más como hombre que como príncipe, llegar á México á la manera con que llegó Byron á Grecia, Garibaldi á la América del Sur y después á Francia, y como han ido á las naciones en lucha todos esos grandes emigrados que no han llevado á un país que no es el suyo otro título de intervención que la piedad para los débiles, el socorro para los vencidos, el sentimiento que arrastra á los héroes en favor de los pueblos caídos que luchan por el suelo en que nacieron; sentimiento muy noble y muy humano que reúne á todos los hombres en torno de la misma causa universal del derecho ultrajado, y en virtud del cual el combatiente extranjero se hace hermano del pueblo oprimido, que no sucumbirá sino señalándole y diciendo á su patria como el Crucificado á María : “Madre, hé ahí á tu hijo”. (pp. 255-256)

Quevedo y Zubieta hizo lo posible para que su prosa, que resulta compleja entre tantas aliteraciones y figuras poéticas, tocara el tema de la invasión como algo ajeno a Maximiliano, o al menos para no señalarlo directamente. Sin duda, debido a esa enorme animosidad del autor hacia el espurio emperador Habsburgo, *Recuerdos de un emigrado* le valió ser considerado un

conservador y monarquista a favor del Segundo Imperio, algo que resulta incierto, como se ha señalado a lo largo de la investigación, pero que pone en discusión estas conceptualizaciones tan cerradas respecto del liberalismo y el conservadurismo en el siglo XIX en México. Su condena al fusilamiento del príncipe, si bien resulta tímida, es sin duda una estrategia para congraciarse con los lectores europeos en un periodo de pacificación entre naciones.

(...) los Lorenas y los Habsburgos hacen soplar sobre la bandera de México un aliento de maldición, como si les pareciese que su rojo color está hecho recientemente con la sangre de su familia, y desconciértase la serenidad del pensamiento que contempla hacia atrás el trágico suceso, cuando en el seno de Europa oye pronunciar, como expresión de una creencia vulgar, una palabra como ésta: ¡Asesinato! (pp. 243-244)

Quevedo y Zubieta articula un drama histórico, una tragedia en torno a la pareja imperial, en el mismo sentido épico de la literatura clásica, como si un sino o destino inasible e infranqueable los persiguiera desde el momento en que fueron nombrados para gobernar México. Este sentido trágico e ingenuo (que tiene un eco en *Récits Mexicains*), sin duda no sólo obedece a las preferencias literarias del autor, sino que le permite articular un discurso que absuelve a Maximiliano y a Carlota de cualquier reproche histórico.

Lloraba la reina Amelia, abuela de Carlota, al ver emprender á la pareja imperial una expedición que reprobaba; lloraba Carlota misma desde Miramar, y á su entrada en Veracruz, como si su delicado instinto de mujer le hiciese prever el abismo que le aguardaba, y el príncipe austríaco sentía soplar entre sus cabellos el aliento de una profecía fatídica, al recitar involuntariamente aquellas estrofas italianas salidas de no se sabe dónde.....

*Massimiliano, non te fiddare*  
*Torna al castello de Miramare*  
*Il trono fracido di Moctezuma*  
*E nappo Gallico colmo di spuma*  
*Il timeo Danaos chi non ricorda*  
*Sotto la clamide trova la corda*

Todo, en torno de aquel Emperador, le hablaba de muerte. Consultaba la historia del país á que llegaba, y al verla convertida en una especie de *Morgue* sangrienta de cadáveres acribillados, al contemplar entre ellos los héroes de la Independencia y de la Reforma, mostrando en sus cráneos ó en sus cuellos las huellas del fusilamiento ó de la horca, parecíale como que la historia



le contestaba: “Si eso ha pasado á los que este pueblo aclama y bendice como sus libertadores , ¿ qué te esperas tú, cuyo nombre tiene que pronunciar con el de Bonaparte, uniéndolos en el mismo murmullo de maldición ?”. (p. 270)

Sin embargo, nuevamente, Salvador Quevedo y Zubieta articula un discurso contrario, en este caso exponiendo la crueldad con que también el austriaco trató a los liberales y sus huestes. Como se ha mencionado a lo largo de esta investigación, estos cambios abruptos y en contrapunto son una constante en su obra, que en este caso no dejan percibir cuál es la afinidad política e ideológica del autor, quien a momentos coquetea con los dos espectros políticos que se convivían en México, haciendo evidente que las fronteras entre los tipos de liberalismo, el conservador y el estrictamente liberal, eran enormemente desdibujadas y en escala de grises. *Recuerdos de un emigrado* es un texto que permite ver esta realidad en los textos producidos durante el periodo donde no todo eran absolutos. De Maximiliano, por ejemplo, así como usa un tono de admiración, también lo tiene de condena.

Nada más terrible y sanguinario pueden contemplar los ojos, vueltos á ese triste pasado de mi patria, que la alianza celebrada entre Maximiliano y el mariscal Bazaine para extinguir á fuerza de fusilamientos de encrucijada la obra de la resistencia nacional. Cuando se ve á Maximiliano poner su nombre al pié de una ley asesina en que á los guerrilleros y soldados liberales no se les permite ni pedir él indulto y cuando se ve á Bazaine expedir á los jefes militares una circular en que decía : “No admito que se hagan prisioneros. Todo individuo, cualquiera que sea, tomado con las armas en la mano, será matado. No habrá en lo de adelante ningún canje de prisioneros”; cuando esto se ve, se llega á creer que esos dos hombres se empeñaban en esgrimir con sus manos unidas el tajo en que soñára Calígula para cortar con él, de un solo golpe, la cabeza de un pueblo patriota.....

Continúa:

Nada faltó á aquel reinado de terror, que tuvo también su *baile de las víctimas*. Era la víspera del día en que se promulgó la ley que instituía el asesinato jurídico para los defensores de México, cuando se celebró en el palacio de la vieja Tenoxtitlan una fiesta de aparatosa alegría, en la cual bailaron las *cuadrillas de honor* los principales personajes de aquella corte, entre los cuales sobresalían las figuras de Maximiliano, del general Bazaine y de Carlota. Algo como un rayo desprendido de las regiones de la eterna justicia ha herido las cabezas de todos aquellos danzantes de una fiesta de muerte, matando á unos con la muerte misma del cadalso , y lanzando á otros en las sombras de un destierro sin honor y una caída sin gloria. Bazaine arrastra en

España su espada cubierta del orín oprobioso de que son tomadas las armas en las casas de empeño; una casa de empeño y una igual ignominia es lo único que queda en la Habana á Márquez, otra figura principal de aquella corte, y la princesa de Bélgica está condenada, en su locura, á ver á sus compañeros de la fiesta del 2 de Octubre , bailando en torno de ella, ya no las cuadrillas de honor, sino la *Danza Macabra*. (pp. 275-277)

Finalmente, como abogado, el autor explica el *locus acti* (p. 285) en el procedimiento judicial de la condena al príncipe Habsburgo, volviendo a recurrir a la ambigüedad discursiva y no dejar claro si está a favor de la condena o si es una crítica a ella. Por un lado, al parecer, y en palabras que cita el autor, no había un poder legítimo para sentenciar un fusilamiento y al mismo tiempo el condenado no tenía el derecho de reclamar ya que él mismo era quien agravió a la nación mexicana.

Eso es lo que se desprende de la declaración presentada al fiscal por Maximiliano, en la cual, después de pedir que si se le consideraba como ex-emperador debía ser juzgado por un Congreso, decía: *En caso de no ser así , no puedo ser tratado de otra manera que como corresponde á un archiduque de Austria, con cuyo título nací y que ningún poder puede quitarme y luego añadía, que en virtud de sus privilegios de archiduque solamente podía ser entregado prisionero á un buque de guerra austríaco.*

*¡Singular exaltación de la defensa propia, que llevaba al jefe de un poder invasor hasta reclamar que se le hiciese volver, para ser juzgado, á Austria, su patria! (284)*

Este artefacto discursivo, donde no deja claro sus intenciones retóricas, da la impresión que busca más convencer al lector del injusto fusilamiento que de lo contrario. Apela además a la carta de Víctor Hugo para reforzar este punto que resulta extremadamente connotativo.

Fué el gran poeta francés Víctor Hugo el que asumió ese papel, por medio de una carta dirigida á Juárez, en los momentos en que la Europa, llena de ansiedad, se preguntaba cuál sería el desenlace del drama de Querétaro. Escrita con el mágico estilo de su genio, aquella carta pedía la vida, no del príncipe, sino del hombre, y compendia su sentido y su objeto en el precepto del Decálogo: “No matarás”. (294)

Es necesario hacer notar, que *Recuerdos de un emigrado* es un texto tan irregular debido a la forma en la que fue escrito y publicado en primer lugar, que carece de unidad y no es del todo homólogo, esto obedeciendo a un espíritu que se abría paso con las corrientes importadas de

Europa y que encontraron en el modernismo y mundonovismo una voz identitaria latinoamericana que buscaba precisamente el “mundo nuevo” y el tema social partiendo de la racionalidad en pro de la renovación, haciendo énfasis en el hombre social y político, pero sin olvidar la tradición como eje articulador del americano, en este caso, el criollo o sujeto americano. En cierto sentido, si bien Quevedo y Zubieta no se circunscriben a ninguna corriente en particular, su prosa está bañada de los ideales estéticos de estos movimientos. En algún momento hace una crítica a un historiador español de nombre Navarro que publicó en esos años un texto llamado *Iturbide* y que iba en detrimento de las luchas de independencia. Salvador Quevedo y Zubieta no hace más que salir a criticar belicosamente, como fue su costumbre, a este personaje y de paso, criticar la ignorancia de Europa respecto de los asuntos en América, tal y como lo hiciera años más tarde al defender a Juárez en su revista. Y es que Salvador Quevedo y Zubieta, sabedor de los asuntos de Europa, conocedor de las corrientes literarias del Viejo Mundo de primera mano, no niega su compromiso político como hombre americano, precisamente en esta idea de renovación. Él no niega el legado de el Viejo Mundo, tampoco ignoró las profundas raíces permeables del Nuevo Mundo, por el contrario, como sujeto discursivo y político (aspectos que están fuertemente ligados en su obra) clama por la emancipación y la autodeterminación histórica y literaria.

Por lo que hace al presente y al porvenir del pueblo cuyo movimiento de emancipación considera, hé aquí cómo se expresa el Sr. Navarro: “Cerca de medio siglo hace que se proclamó la independencia de México, y que allí domina con los fugaces imperios de Iturbide y Maximiliano, la República, ora federal, ora unitaria. ¿Qué cultura social alcanza aquel país? El mundo sabe que existe México, como sabe que existen esas turbas de caníbales en África, por las frecuentes hecatombes humanas que entre ellos celebran. ¿Qué mayor riqueza alcanza? Arruinada está su agricultura, perdido su comercio, sus ricas minas se encuentran abandonadas, como Tejas y la California en poder de los Estados Unidos. ¿Qué es de aquellas universidades, qué de aquellos suntuosos conventos, qué de aquellos soberbios edificios, qué de los innumerables colegios que España edificó en prueba de su barbarie? Ruinas y escombros todo, cuarteles y casas de prostitución, y allí donde resonaba la voz serena y augusta de la ciencia, las aves nocturnas dejan oír su lúgubre graznido, ó el vicio y el crimen celebran sus báquicas orgías. ¿En dónde, en dónde están los mexicanos contemporáneos ilustres? ¿Qué muestras ha dado de sí esa nueva generación amamantada á los robustos pechos de la República? Que se nos cite una nueva ilustración”. (pp. 325-326)

A estas afirmaciones del señor Navarro el autor jalisciense le contestó con furia y sin dejar nada en el tintero, como fue su costumbre, dejando ver que, si bien tenía simpatías por Iturbide o Maximiliano, eran eso, simpatías y en el fondo era un republicano consciente de la libertad ganada con sangre. Y es en esos momentos donde puede verse al liberal radical del que hablaron en los diarios españoles y que menciona Ramírez Vuelvas. Puede inferirse, entonces, que Recuerdos de un emigrado es un testimonio vibrante y complejo del pensamiento de la época y de las diferentes motivaciones estéticas del periodo que comprende las últimas décadas del siglo XIX, donde convergieron diferentes movimientos y estilos en un constante intercambio dialógico e hibridaciones extraordinarias.

Es muy importante leer y releer los textos de Salvador Quevedo y Zubieta, ya que son una ventana a otras formas de comprender la historia de México en el momento en el que fue escrita y diseñada. Sin duda, el autor escribe con las vísceras y el arrebató en muchos momentos, así como es ambiguo y contradictorio, pero ese es un rasgo que puede arrojar mucha luz para comprender cómo eran las diversas formas de pensamiento en un momento histórico de construcción nacional.

## **4.2. Conclusiones**

Salvador Quevedo y Zubieta no sólo es un escritor muy poco estudiado sino que resulta extremadamente periférico en los estudios históricos y literarios nacionales, ya que se soslaya mucho la influencia que tuvo no solo él sino muchos otros protagonistas e intelectuales del periodo: algunos se han mencionado aquí como los olvidados José Manuel Hidalgo y Esnaurrizar, Refugio Barragán Toscano o Manuel Puga y Acal, quienes fueron muy influyentes e importantes durante las últimas décadas del siglo XIX y que, sin embargo, fueron olvidados y minimizados al punto de que se subestiman por completo sus obras y el impacto e innovación que causaron en el momento de ser publicadas. Los errores, omisiones e imprecisiones en la manera de abordar su vida y su obra, así el escaso corpus literario y documental que existe hacen evidente que no se articule una comprensión total del periodo y se sigan repitiendo los mismos lugares comunes una y otra vez. Puede inferirse que un autor periférico o raro, poco estudiado e infravalorado por la crítica se deba a una producción pobre y escueta, a obras inasibles, o bien, a que interactuó en menor medida en el campo intelectual de su momento respecto de sus contemporáneos, pero ese no es el caso de Salvador Quevedo y Zubieta. Profesor y latinista a temprana edad, el jalisciense incursionó en todos los géneros literarios de

maneras muy precoces y sus incursiones en la literatura y el periodismo fueron tan vigorosas como sus estudios en leyes y medicina; Chantaca (2017) propone que sus temáticas fueron “1) la ruptura entre los niveles diegéticos de la obra con un uso particular de los paratextos, 2) la hibridación genérica, 3) el vínculo entre ficción e historia, 4) la clasificación de los tipos sociales y su interacción en ambientes urbanos y, ligado a ello, 5) la relación lengua y cultura”. (Chantaca, 2017, p. 29)

Lo acucioso de esta investigación permite visibilizar el papel de Salvador Quevedo y Zubieta en el panorama nacional, en relación y contrapunto con otros escritores emigrados o con inclinaciones disidentes, ya que no solo fue un prestigioso médico, abogado de carrera y un hábil diplomático, sino que en verdad formó parte de los eventos que dieron forma al porfiriato y que su papel, tanto en México como en España y Francia, dista mucho de ser el de un simple cronista o escritor de memorias y relatos mexicanos que fue exiliado por sus afinidades ideológicas, sino que fue una pieza fundamental en el andamiaje político y cultural de México en el extranjero.

Su papel como exiliado, porfirista; liberal o conservador queda en entredicho ya que pueden verse algunas notas de complicidad con las cúpulas del poder para que Salvador Quevedo y Zubieta, (gracias quizá a sus privilegios familiares) se desarrollara como lo hizo, entre círculos ciertamente elitistas, en situaciones complejas en las que no puede involucrarse a cualquiera, siendo un comodín de las políticas liberales del régimen (políticas que fueron tan volubles, mutables y plásticas como los escritos de Quevedo y Zubieta). En este sentido, puede concluirse que la vida y obra de Salvador Quevedo y Zubieta transcurre entre dos proyectos de construcción de la identidad mexicana: el nacionalismo liberal de la República Restaurada y el nacionalismo revolucionario de principios del siglo XX. Su formación, de tipo liberal conservadora, no estuvo completamente en conflicto con los ideales del liberalismo republicano y su acercamiento al positivismo o a las diferentes propuestas estéticas de finales del siglo XIX influyeron en su obra periodística y literaria, que, si bien nunca fue homogénea, y se diversificó de múltiples maneras, sí fue paralela de los estilos de la época. A ello se suma una marcada vocación crítica contra el discurso oficial, desde la República Restaurada hasta el Porfiriato, aunque jugando papeles importantes en la política, lo que hace suponer que su trabajo formó parte de los engranajes políticos e ideológicos de su época. Por otro lado, su representación de los movimientos sociales tras la Revolución Mexicana se hizo desde otros puntos de enunciación como lo fue el caso de Arnulfo Arroyo en *La camada* o la Decena

Trágica en el caso de *En tierra de sangre y broma*, apartándose concienzudamente de los novelistas del género.

En ese sentido, es necesario hacer énfasis en que, como se demuestra en esta investigación, Salvador Quevedo y Zubieta no perteneció a ninguna facción conservadora o liberal en específico y más bien se movió en las esferas de poder de maneras convenientes y diplomáticas, encajando exitosamente en todas: de ahí sus pronunciamientos que parecían a favor de Maximiliano I para mantener cierta cordialidad con lectores europeos mientras hacía una defensa belicosa a favor de Juárez y a la República en algunos diarios para delimitar la soberanía mexicana en Francia. Sus libros de “Historia” se volvieron comodines políticos en tiempos de conflictos electorales, sirviendo como hoja de doble filo, según la edición y sus intenciones. Eso queda demostrado por dos motivos: La participación de la Imprenta de Ch. Bouret (con dirección en París y en la Ciudad de México), que imprimió algunos de los libros más transgresores para el régimen de Díaz, pero también algunas de las refutaciones a favor siendo un organismo editorial que tejió muchas redes y relaciones muy complicadas (que plantean muchos más estudios al respecto). La independencia editorial de Imprenta Ch. Bouret le permitió al autor jugar ese papel sin censuras ni brújulas y en completa libertad, pero no sólo a él sino a muchos autores mexicanos que establecieron relaciones artísticas, diplomáticas, ideológicas y políticas con Europa. Tampoco puede soslayarse su papel como médico de influencia en el ramo de la medicina ya que fue un impulsor de la ciencia en México, tema que se exploró poco en esta investigación, pero que puede consultarse de fuentes bibliográficas especializadas. Finalmente, su trabajo como cónsul en España y en Francia le permitió tener un papel preponderante en la política exterior del gobierno de Díaz, lo cual hace evidente el uso de sus libros como dispositivos discursivos y propagandísticos, siendo parte, al parecer, de sus tareas políticas.

Salvador Quevedo y Zubieta no perteneció formalmente a ninguna corriente mexicana, ya que su escritura fue muy irregular y esto se debió a la forma en que su trabajo se publicó, siempre desde la marginalidad política. Si bien se le considera en algunos casos como un escritor realista y naturalista, lo cierto es que dada la evidencia que se ha mostrado a lo largo de esta investigación, es más bien una excepción en el catálogo de escritores mexicanos. Si sus estancias en Francia, Inglaterra y España le permitieron estar en contacto con corrientes específicas con las que pudo nutrir su trabajo, lo cierto es que tampoco fue un modernista, un decadentista; un romántico, un naturalista o ningún otro calificativo, sino más bien fue un autor

anacrónico que siempre estuvo dando pasos atrás (y a los lados) en el concierto de las letras. Puede decirse que dio ciertos adelantos respecto de las corrientes que se desarrollaban en México, pero sin duda lo hizo sin la intención de innovar. Al estar completa e irreparablemente enfrentado a los demás escritores mexicanos es improbable que tuviera la intención de estar en medio de la discusión nacional al lado de Gutiérrez Nájera, en los elogios de Ignacio Altamirano o en las reseñas de Guillermo Prieto. Sus libros en francés son, en ese sentido, el resultado de sus privilegios y no de un manifiesto poético. Sus textos, que funcionaron más como recursos propagandísticos sobre México en el extranjero, iban siempre en oposición a lo que se escribía en el país, desde su extinto diario *El Lunes*, hasta sus novelas revolucionarias del siglo XX. Salvador Quevedo y Zubieta no es una referencia ni una influencia dentro de la literatura mexicana y no fue un actor importante en la construcción del discurso nacional oficial. Sin embargo, su prosa, leída en su momento más en España y Francia, abrió una ventana importante para dar a conocer a México durante el porfiriato. Y no fue el único, ya que otros escritores, ya fuera desde el exilio o no, tuvieron diferentes puntos de enunciación para construir lo que hoy se comprende como literatura nacional. El epicentro capitalino, si bien marcó la hegemonía, no fue el único generador de discursos y, por el contrario, hay una enorme variedad de periferias y fronteras culturales que conforman “lo mexicano” en el periodo y comprender esto abre el panorama de estudios sobre la literatura mexicana del siglo XIX. Quevedo y Zubieta pertenecen a la frontera que se gesta en el estado de Jalisco y sus colindancias: En su escritura convergen una serie de fenómenos e imaginarios muy particulares que difieren del discurso de la capital. Salvador Quevedo y Zubieta, queda como un sujeto cultural que se traslada entre las fronteras de la semiosfera cultural mexicana, pero también entre las fronteras de ultramar. Lotman (1996) ve la frontera como un lugar de creatividad cultural, donde los elementos podían encontrarse y dar lugar a nuevas formas culturales, narrativas y significados. Esta creatividad cultural podía enriquecer tanto a los sistemas culturales individuales como a la cultura en general. Es por eso que pensar en él como una literatura regional de Jalisco también puede ser conflictivo, ya que su escritura se gestó y estuvo plenamente vinculada a las voces exógenas europeas que fueron absorbidas e hibridadas por un sujeto cultural que se halla lejos de los epicentros culturales capitalinos y también jaliscienses, y que al mismo tiempo está en dinamismo con éstos. Los textos de Quevedo y Zubieta deben comprenderse como los de un sujeto cultural que se encuentra lejos de las fronteras de lo que se conoce como “literatura mexicana” o “Historia de México”, pero que traduce e interpreta este sistema de signos. En ese orden de ideas, *Recuerdos de un emigrado* es un producto cultural y semiótico que se encuentra vinculado a las demarcaciones de la

cultura y la política mexicana del periodo y al mismo tiempo está fuera de estas fronteras, por lo tanto, absorbe diferentes tipos de enunciación poética, simbólica y cultural en un proceso de traducción y apropiación<sup>185</sup>.

No hay duda que el siglo XIX mexicano está lleno de nombres importantes y cada uno aporta de manera significativa al tejido cultural de lo que hoy se conoce como literatura mexicana. Las diferencias ideológicas y los diversos posicionamientos estéticos más que estar divididos estaban en un diálogo de matices polifónicas donde se construían los discursos nacionales. Muchas voces y muchos sujetos discursivos. Como ya establecimos a lo largo de esta investigación, existieron en el siglo XIX diferentes fronteras que delimitaron la literatura mexicana. En México no puede considerarse un fenómeno de ruptura y continuidad en los movimientos y corrientes artísticas, pero sí una estrecha relación dialógica de diferentes voces en diversos momentos en espacios semióticos. En el caso de la escritura del siglo XIX, hay que partir propiamente de que fue un fenómeno completamente criollo (con muy reducidas excepciones). Salvador Quevedo y Zubieta, que perteneció a círculos intelectuales muy cerrados en el Estado de Jalisco y posteriormente en Europa, prorrumpió los valores nacionalistas desde otro punto de enunciación, no sin esto dejar de pretender un carácter nacional, ya fuera desde las publicaciones en México como en el extranjero. En el caso de *Recuerdos de un emigrado*, Si bien es una escritura desde el “exilio”, siempre está condicionada por los valores tradicionales del criollo jalisciense.

Ahora bien, el criollo mexicano de finales del siglo XIX es, en su mayoría, el hombre de ciudad con aires cosmopolitas; para las últimas décadas del siglo la distinción no es étnica sino económica. Para este momento de la historia estamos hablando de actores de la literatura mexicana a finales del siglo XIX que son sujetos generadores y receptores de discurso. Para los escritores, poetas y artistas mexicanos de este tiempo hay un número importante de voces exógenas que los atraviesan y con las que dialogan constantemente. Es importante comprender que en el caso de Salvador Quevedo y Zubieta la relación vida-obra es muy estrecha por lo que precisar una es comprender la otra, y abundar en la identidad del autor como sujeto discursivo

---

<sup>185</sup> Ya se ha citado con anterioridad en el capítulo primero estas dinámicas que refiere Lotman: “La no coincidencia del lenguaje en el que A1 codifica el mensaje y aquel con cuya ayuda A2 realiza la descodificación —lo cual es una condición inevitable de toda comunicación real—, puede ser examinada a la luz de dos modelos ideales. El primero tendrá por objetivo la circulación, en una colectividad dada, de los mensajes ya existentes. Desde esta posición será ideal la identidad entre los códigos C1 y C2, y todas las diferencias entre ellos serán tratadas como un ruido dañino. El segundo tiene por objetivo la elaboración de nuevos mensajes en el proceso de la comunicación. Desde este punto de vista, la diferencia entre los códigos será un mecanismo útil y funcionante. Sin embargo, este mecanismo, por su naturaleza, se basa en paradojas estructurales”. (Lotman, 1996, *La Semiosfera I*, p. 45)



permite comprender el alcance y la intencionalidad de sus textos, que siempre tuvieron un carácter político. No es posible establecer cuáles fueron los alcances de la influencia de Salvador Quevedo y Zubieta en los escritores de su tiempo, pero sin duda, sí fue un escritor leído y comentado, entre los círculos de gente con sus afinidades políticas. Partiendo de esta idea, resulta inescrutable comprender los alcances de su obra, pues estos pertenecen a la recepción por parte de lectores y no tanto de escritores a los que haya influenciado y por lo mismo haya tenido eco en la historia de las letras nacionales. Pero sin duda una relectura y revalorización actual respecto de estos textos permitirá abrir una brecha para investigaciones futuras, ya sea en el campo de la historiografía, la literatura o los estudios culturales de México.

## Bibliohemerografía

- Abadie, Nicolás. “Las formas artísticas-discursivas de la palabra bivocal y las posibilidades del dialogismo”. *Revista Dialogía* n. 7 (2013) pp 89-104
- Adorno, Rolena. “El Sujeto Colonial y la Construcción cultural de la identidad”. *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*. Año 14, No. 28, Historia, Sujeto Social y Discurso Poético en la Colonia, pp. 55-68 (1988)
- Alamán, Lucas. *Historia de Méjico. Tomo I y II*. México: Imprenta de J. M. Lara. (1849-1850)
- \_\_\_\_\_. *Disertaciones sobre la historia de la República Mejicana. Tomo I*. Impreso en papel mejicano déla fábrica de los Sres. Benfield y Marshall, en la imprenta de D. José Mariano Lara, calle de la Palma núm. 4. (1844).
- Alejos, José. “Identidad y alteridad en Bajtín”. *Acta Poética* 27 (2006) pp. 45-61
- Almendaro Setién, Georgina. *La carrera militar del General Manuel González : en el ejército conservador 1846-1861. Tesis para obtener el grado de Maestría en Historia*. México: Universidad Iberoamericana (2005).
- Altamirano, Ignacio Manuel. *La literatura nacional tomo I*. México: Porrúa (1949)
- Álvarez Arregui, Federico. "Modernidad y liberalismo en el siglo XVIII", en Ambrosio Velasco Gómez (coord.), *Humanismo novohispano, Independencia y liberalismo: continuidad y ruptura en la formación de la nación mexicana*. México, Universidad Nacional Autónoma de México (2009).
- Alonso, Dámaso. *Poesía Española*. México: Gredos (2006).
- Anderson, Benedict, *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*. México: Fondo de Cultura Económica. Colección Popular (2005).
- Anderson, M.S. *La Europa del siglo XVIII*. México: FCE (1996)
- Arias, Luis. “Salvador Quevedo y Zubieta. La vida de un emigrado” en *El fulgor y la flama. Estudios de escritores de Jalisco*. México: Secretaría de Cultura de Jalisco. Colección Humanidades. (2019).
- Arrom, José Juan. “Esquema generacional de las letras hispanoamericanas”. *Revista Taurus* N. 1 (1961)
- Azuela, Mariano. *Cien años de novela mexicana*. México: Ediciones Botas. (1947)

- B. Ceballos, Ciro. *Panorama mexicano (1890-1910)*. México: UNAM. (2006)
- Baeza de la Cruz, Carlos. *Tapatíos conservadores durante el siglo XIX e inicios del XX*. México: Universidad de Guadalajara Centro Universitario de Ciencias Sociales y Humanidades División de Estudios Históricos y Humanos (2015)
- Balfour, Sebastián. “Revisionismo Histórico y la Guerra civil”. *Pasajes: Revista de pensamiento contemporáneo*, ISSN 1575-2259, N°. 19, pp. 61-65 (2009)
- Barthes, Roland et al. *Análisis estructural del relato*. México: Editorial Tiempo contemporáneo. Colección Comunicaciones. (2005)
- \_\_\_\_\_ *La preparación de la novela*. México: Siglo Veintiuno Editores. (2005)
- Barragán Toscano, Refugio. *La hija del bandido o los subterráneos del Nevado*. Guadalajara: Tipología de El Católico. (1887)
- \_\_\_\_\_ *La hija del bandido o los subterráneos del Nevado*. Estados Unidos: Stockero Inc. (2007)
- Bazant, Mílada. “Estudiantes y profesores mexicanos en el extranjero, 1880-1912” en *Cátedras y catedráticos en la historia de las universidades e instituciones de educación superior en México. II. De la ilustración al liberalismo*, María de Lourdes Alvarado, Leticia Pérez Puente (coords.), iisue-unam, México, pp. 331-352. (2008)
- Bajtín, M. Problemas de la Poética de Dostoievski. Siglo XXI Editores. (1981).
- \_\_\_\_\_ *Estética de la Creación Verbal*. Siglo XXI Editores. (1981).
- \_\_\_\_\_ *La Cultura Popular en la Edad Media y en el Renacimiento: El Contexto de François Rabelais*. Alianza Editorial. (1993).
- \_\_\_\_\_ *Problemas de Dostoievski*. Ruedo Ibérico. (1973).
- \_\_\_\_\_ (1986). *El Problema del Texto en Lingüística, Filosofía y Otros Campos de las Humanidades*. Siglo XXI Editores. (1986).
- Benjamin, Walter. *Tesis sobre la historia y otros Fragmentos*. México: UACM. Ítaca. (2008)
- \_\_\_\_\_ *La obra de arte en la época de su reproductibilidad técnica*. Buenos aires: Ediciones Godot. (2019).
- Bhabha, Homi. “The other question”: difference, discrimination and the discourse of colonialism”. *Literature, politics and theory*. London: Mathovern, pp. 148-172 (1986).

- Blancarte, Roberto. "Las Fuentes del conservadurismo mexicano". México: Colegio de México.
- Brading, David. "Francisco Bulnes y la verdad acerca de México en el siglo XIX" en *Historia Mexicana*. México, enero-marzo de 1996, volumen XLIX, El Colegio de México, p. 649.
- Brushwood, John S. *México en su novela*. México. FCE (Colección Breviarios). México. (1973).
- \_\_\_\_\_. *The romantic novel in Mexico*. EUS: The University of Missouri, Columbia. (1954)
- Bubnova, Tatiana. "Voz, sentido y diálogo en Bajtín". *Acta Poética* 27 (2006) pp 97-114
- Bulnes, Francisco. *Sobre el hemisferio norte, 11,000 leguas. Impresiones de viaje a Cuba, los Estados Unidos, Japón, China, Cochinchina, Egipto y Europa*. México: Imprenta de la Revista Universal (1875).
- \_\_\_\_\_. *El porvenir de las naciones hispanoamericanas*. México: Imprenta de Mariano Nava (1899).
- \_\_\_\_\_. *El verdadero Juárez y la Verdad sobre la Intervención y el Imperio*. México: Librería de la V.de CH. Bouret (1904).
- Cabrera, Conrado. *La creación de imaginario del indio en la literatura mexicana del siglo XIX*. México: BUAP (2005)
- Campos, Marco Antonio. "La Academia de Letrán", en *Literatura Mexicana*, vol. VIII, no. 2 México: UNAM, (1997) pp. 572, 591.
- Camba, Úrsula. *Persecución y modorra: Inquisición en la Nueva España*. México: Turner. (2019).
- Cano Vargas, Alexander. "De la historia de las mentalidades a la historia de los imaginarios sociales". Colombia: Universidad de Medellín. *Ciencias Sociales y Educación* vol 1. N. 1, pp, 135-146 (2012).
- Canto Mayén, Emiliano. "La versión oficial del segundo imperio mexicano". México: Universidad de Yucatán. Tomado de *El Historiador ante el nuevo milenio. Memorias del I Encuentro Regional de Sureste de Estudiantes de Historia*. Juan Cristóbal León Campos (compilador). pp. 235-243 (2005).
- Calderón, Mario. *Historia y cultura mexicana a través del lenguaje*. Estados Unidos: University of Texas at El -Paso/Eón. (2010)
- \_\_\_\_\_. *La Academia de Letrán*. México: Ediciones Valparaíso. (2018)
- Canseco González, Morelos. *De la epopeya un gajo*, México: Editorial Las Ánimas (2015)

- Carballo, Emmanuel. *Diccionario crítico de las letras mexicanas del siglo XIX*. México: Océano/Conaculta (2001)
- \_\_\_\_\_. “Reflexiones sobre literatura mexicana siglo XIX”. México: ISSSTE (1999). Impreso.
- \_\_\_\_\_. *Historia de las letras mexicanas en el siglo XIX*. México: Universidad de Guadalajara (1991). Impreso.
- Carredo, Alberto, *El único Juárez: refutación a la obra de pretendida crítica histórica que, bajo el título de "El verdadero Juárez," escribió el diputado Francisco Bulnes*. Oaxaca : J.S. Soto, (1904).
- Carrillo Muttoni, Fernanda. *Reinvención del origen del sujeto americano en El Entenado de Juan José Saer*. Informe final de seminario de grado “Poéticas neobarrocas latinoamericanas de fin de siglo” para optar al grado de Licenciada en Lengua y Literatura Hispánicas. Universidad de Chile (2012)
- Chantaca, Claudia. *Metaficción e Historia en la novelística de Salvador Quevedo y Zubieta*. Tesis para obtener el Doctorado en Humanidades. México: Universidad Autónoma Metropolitana (2017)
- \_\_\_\_\_. “La ciudad en la obra de Quevedo y Zubieta”. Revista *SymCity* núm 5. (2017) pp: 1-11.
- \_\_\_\_\_. “Autorreflexividad y novela. Aproximaciones a la obra de Salvador Quevedo y Zubieta”. México: Universidad Nacional Autónoma de México. Localización: Destiempos. Revista de Curiosidad Cultural, N°. 42, Diciembre-Enero, (2014) pp. 34-49.
- Chierif Wolosky, Alejandro. “La teoría y metodología de la Historia Conceptual de Reinhard Koselleck”, en *Historiografías 7*. Universidad de Zaragoza. pp. 85-100. (2014)
- Croce, Benedetto. *Breviario de Estética*. Madrid: Espasa-Calpe (1967)
- Curtius, Ernest. *Literatura europea y Edad Media*. México: FCE (1976)
- De Paula Moreno, Antonio. *Refutación del drama de Alfredo Gassier “Juárez o la Guerra de México”*. México: Imprenta de Francisco Díaz de León. (1887)
- Del Palacio, Celia. “Las publicaciones satíricas y literarias de Guadalajara (siglo xix)” *Estudios Jaliscienses*. Núm. 116, mayo. (2019). pp. 5-22.
- Del Paso, Fernando. *Noticias del Imperio*. México: FCE (2012).

- Díaz Cayero, Alberto. “Las tensiones entre el federalismo y el centralismo fiscal y las constituciones”. Tomado de *Cien ensayos para el Centenario. Constitución política de los Estados Unidos Mexicanos*. Gerardo Esquivel (coordinador) México: UNAM. pp 109-127 (2017).
- Díaz de Ovando, Clementina. *Un enigma de los ceros. Vicente Riva Palacio o Juan de Dios Peza*, México, UNAM, (1994)
- Díaz de la Serna, Ignacio. “El artículo ‘América’ en la Enciclopedia de Diderot y D’Alambert”. NORTEAMÉRICA. Año 4, número 1. pp 163-204 (2009).
- Espejel Mena, Jaime. “Liberalismo, conservadurismo y administración pública”. México: *Tlamelaua*, Revista de Ciencias Sociales. Facultad de Derecho y Ciencias Sociales. Benemérita Universidad Autónoma de Puebla. Nueva Época, año 10, No 40. pp. 22-47 (2016).
- Feria, Miguel Ángel. “El canon Parnasiano en la poesía modernista mexicana”. *NRFH*, LXIV, núm. 2 (2016).
- \_\_\_\_\_ *La poesía parnasiana y su recepción en la literatura hispánica*. Madrid: Universidad Complutense de Madrid.
- Florescano, Enrique. “Nueva imagen de la independencia y del siglo XIX” en *Relatos e Historias en México*, núm. 33-39 (2008)
- Fowler, William. *El conservadurismo mexicano en el siglo XIX*. México; Benemérita Universidad Autónoma de Puebla (1999).
- Francisco Pacheco, Joaquín. *Italia. Ensayo descriptivo, artístico y político*. México: Imprenta de Andrade y Escalante. (1860)
- García, Genaro. *Juárez; refutación a Don Francisco Bulnes*, México: Imprenta de Ch. Bouret, (1904).
- Ginzburg, Carlo. *El queso y los gusanos*. Madrid: Espasa-Calpe (2016)
- \_\_\_\_\_ “Mitología germánica y nazismo. Acerca de un viejo libro de George Dumezil” en *Mitos, emblemas, indicios. Morfología e Historia*. España: Gedisa (1999).
- Glantz, Margo. *Obras reunidas III. Ensayos sobre la literatura popular mexicana del siglo XIX*. México: Fondo de Cultura Económica. (2014).

- Glass, Elliot S. *México en las obras de Emilio Rabasa*. México: Diana (1975).
- González y González, Luis. “La ronda de las generaciones. Los protagonistas de la Reforma y la Revolución Mexicana”. En *Todo es Historia*. México: Editorial Cal y Arena. (1989)
- González Montesinos, Carlos, *El general Manuel González. El manco de Tecuac*, México, Impresión Comunicación Gráfica, (2000).
- González, Manuel Pedro. *Trayectoria de la novela en México*. México: Editorial Botas. (1951)
- González Navarro, Manuel; Reyes Lagunes, Isabel, “La mémoire des citoyens sur les événements et les personnages du Mexique” *Groupe d'études de psychologie. Bulletin de psychologie*. Núm. 517. pp 33 (2012)
- González Navarro, Moisés. (1952). *El pensamiento político de Lucas Alamán*. México: Fondo de Cultura Económica.
- González Obregón, Luis. *Breves noticias de los novelistas mexicanos en el siglo XIX*. México: Tipografía de O.R. Spíndola y Compañía (1889).
- González Peña, C. *Historia de la literatura mexicana*. México: Porrúa (2012).
- Gruzinski, Serge. *La guerra de las imágenes*. México: FCE. (1994).
- Guzmán Moncada, Carlos. “Manuel Puga y Acal y la crítica de su tiempo”. *Estudios Jaliscienses Vol. 50*. México: El Colegio de Jalisco (2002).
- Guzmán Muñoz, María del Socorro. “Rutas y andanzas de dos revistas literarias: *Aurora Poética de Jalisco* (1851) y *El Ensayo Literario* (1852)” (2017).
- Hale, Charles (2009) “Emilio Rabasa. Liberalismo, conservadurismo y revolución”, en Pani, Erika (coord.) *Conservadurismo y derechas en la historia de México. Tomo II*. México: Fondo de Cultura Económica. pp 397.434 (2009).
- Haber, Stephen; Mallon, Florence; Knigth, Alan; Van Young, Eric; Kay Vaughan, Mary; French, William; Lomintz, Claudio, Socolow, Susan. “The Worst of Both Worlds: The New Cultural History of Mexico” en *Mexican Studies*. núm 13 (1997).
- Helsen, Silke. “La coronación de Agustín I. Un ritual ambiguo en la transición mexicana del antiguo régimen a la Independencia” México. Revista *Historia Mexicana* del Colegio de México. Vol. 61. N. 4 (2012).
- Heredia Correa, Roberto, "Los clásicos y la educación del siglo XIX", en Ignacio Osorio Romero et al., *La tradición clásica en México*, México, Instituto de Investigaciones Bibliográficas-Universidad Nacional Autónoma de México, pp. 169-187 (1991).

- Hernández Jaimes, Jesús. "Actores indios y Estado Nacional: las rebeliones indígenas en el sur de México 1842-1845", en *Estudios de Historia moderna y contemporánea de México*, núm. 26, pp .5-44. (2003).
- Hernández Prado, José (coord.). *Heterodoxias liberales. Aproximaciones teóricas e históricas al liberalismo*. México: Universidad Autónoma Metropolitana Azcapotzalco, (2007).
- Hernández Suárez, Marisol. *Flor de Liz: direcciones del modernismo mexicano*. México: (2014)
- Herrera Zapién, Tarsicio. *Historia del humanismo mexicano: sus textos neolatinos en cinco siglos*. México, Porrúa (2000).
- Homero, *La Ilíada*. Madrid: Gredos (2000)
- Ibarra Chávez, Fernando. "Los inicios de la crítica literaria en el México independiente": José María Heredia y José Justo Gómez de la Cortina. *Literatura Mexicana*". (2018)  
 Disponible en: <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=358253653001>
- Jiménez, Camilo y Caro, Hernán D. "Pierre Bayle Pirrón del Diccionario Histórico y Crítico", en *Ideas y Valores* vol. 56. núm. 134. pp. 93-117 (2007).
- Jiménez Marce, Rogelio. "La pasión por la polémica. El debate sobre la historia en la época de Francisco Bulnes" Instituto de Investigaciones Doctor José María Luis Mora (2000)
- Koselleck, Reinhart. *Historias de conceptos Estudios sobre semántica y pragmática del lenguaje político y social*. España: Editorial Trotta (2012).
- Kurz, Andreas. *Maximiliano I de México. Ensayos sobre la recepción literaria de un episodio histórico*. México: Ediciones Eón/Universidad de Guanajuato.
- Kusch, Rodolfo. *América Profunda*. Buenos Aires: Exordio. Editorial Bonum (1975).
- Leduc, Alberto. *Fragatita*. México: Tipología El Fénix. (1896) Recuperado de: <https://mexicana.cultura.gob.mx/es/repositorio/detalle?word=fragatita&r=0&t=2>
- Lemus, George, *Francisco Bulnes. Su vida y sus obras*. México, Ediciones de Andrea, Colección Studium. (1965).
- Lomnitz, Claudio. "Barbarians at the Gate? A Few Remarks of the Politics of the "New Cultural History of Mexico" en *Hispanic American Historical Review*, num 79, pp 369-383 (1997)
- Lotman, Iuri M. "La Estructura del Texto Artístico." Editorial Siglo XXI, 1972.  
 \_\_\_\_\_ *La Semiosfera I: Semiótica de la Cultura y del Texto*. España: Editorial Cátedra, (1996).



- \_\_\_\_\_ *La Semiosfera II: Semiótica de la Cultura, del Texto, de la Conducta y del Espacio*. España: Editorial Cátedra, (2000).
- \_\_\_\_\_ *Sobre la Semiosfera*. Ediciones Siglo XXI, 2009.
- López Portillo y Rojas, José. *Algunos Cuentos*. (1956)
- \_\_\_\_\_ *La parcela*. México: Editorial Porrúa (2000)
- M. Alegre, Manuel. *Muchos parajos con una piedra : reflexiones sugeridas por la lectura del último libro de D. Francisco Bulnes titulado Juárez y las revoluciones de Ayutla y de reforma : con una invectiva al bohemio tráfuga : y una nota bene a propósito del ensayo de psicología histórica de XXX : innovación al cometa de Halley*. México: Tip. y Lit. "La Europea" de J. Aguilar Vera y Cía, (1906)
- Martínez, José Luis. *La Expresión Nacional*. México: Oasis (1984)
- Martínez Luna, Esther. "Fray Manuel Martínez de Navarrete y la Arcadia de México". Actas XIV Congreso AIH (Vol. IV) UNAM.
- Martínez, Martín. Jaime. "Una visión tragicómica de la Revolución. En tierra de sangre y broma de Salvador Quevedo y Zubieta". En Lorente Medina, Antonio; De Navasscués, Javier. En *Narrativa de la Revolución Mexicana: realidad histórica y ficción*. México: Editorial Verbum. (2011) pp. 105-120.
- Martínez Rodríguez, Marcela. "El proyecto colonizador de México a finales del siglo XIX: Algunas perspectivas comparativas en Latinoamérica". *Secuencia*, (76), (2010) pp. 101-132.
- Matías, Romero, *Memorias del General Porfirio Díaz*, México: Biblioteca Histórica de *El Universal*. p. 208. (1922)
- Meler, Enrique. *El camino del cisne*. Buenos Aires: Ediciones del Signo (2010)
- Meyer, Jean. *La tierra de Manuel Lozada*. México: Centro de estudios mexicanos y centroamericanos. Colección Historia de Nayarit. (2009).
- Mijangos, Pablo. *The Lawyer of the Church: Bishop Clemente de Jesús Munguía and the Ecclesiastical Response to the Liberal Revolution in Mexico (1810-1868)*. Dissertation Presented to the Faculty of the Graduate School of The University of Texas at Austin in Partial Fulfillment of the Requirements for the Degree of Doctor of Philosophy Texas: University of Texas at Austin. (2009).
- Moradiellos, Enrique. "Revisionismo historiográfico y Pseudo-revisionismo político". Curso de Historia aplicada avanzada. España: Universidad de Extremadura.
- Moreno, Roberto. "La Inquisición para indios en la Nueva España. Siglos XVI y XVII". PDF. Online.

- Morín, Edgar. *El cine o el hombre imaginario*. Barcelona: Paidós Comunicación. (2001)
- Muñoz Fernández, Ángel (comp.) *Los muchachos de Letrán. José María Lacunza*. México: Factoría Ediciones. (2004)
- Navarro y Rodrigo, Carlos. *Agustín de Iturbide. Vida y Memorias*. México: Mpola Editor. (1906).
- Noriega, Alfonso. *El pensamiento conservador y el conservadurismo mexicano*. México: UNAM. (1972).
- O 'Gorman, Edmundo. *México. El trauma de su historia*. México: Universidad Nacional Autónoma de México (1977).
- \_\_\_\_\_. "Meditaciones sobre el criollismo". México: Memorias de la Academia Mexicana (1975).
- Olivier, Emilie. *La Intervención Francesa y El Imperio de Maximiliano*. Guadalajara: Tipología de la Escuela de Artes del Estado. (1906).
- Ortiz Dávila, Juan Pablo. *Incipit, Tragedia: El discurso conservador en torno a la Guerra de Tres Años. Fundamentos, desarrollo y expresión: 1855-1860*. Tesis para obtener el grado de Doctor en Historia Moderna. México: Instituto José María Luis Mora. (2010).
- \_\_\_\_\_. "El humanismo conservador: letras clásicas y política a mediados del siglo XIX". México: Signos Históricas, núm. 31, enero-junio. pp. 38-87 (2014).
- Osorio Romero, Ignacio. "Latín y neolatín en México", en Ignacio Osorio Romero et al., *La tradición clásica en México*, México, Instituto de Investigaciones Bibliográficas-Universidad Nacional Autónoma de México, (1991)
- Pacheco, José Emilio. "Manuel Gutiérrez Nájera: el sueño de una noche porfiriana". México. *Letras Libres*, febrero (2000). pp 20-23
- Palti, Elías José. *La invención de una legitimidad. Razón y retórica en el pensamiento mexicano del siglo XIX (un estudio sobre las formas del discurso político)*. México, Fondo de Cultura Económica. Sección de Obras de Historia (2005)
- Pani, Erika. *Para mexicanizar el Segundo Imperio. El imaginario político de los imperialistas*. México: El Colegio de México. Instituto de investigaciones Dr. José María Luis Mora (2001).
- \_\_\_\_\_. *El segundo imperio. Pasados de usos múltiples*. México: CIDE, FCE, (2004).

- Pastor, María Alba. “Contrarreforma y criollismo. Nueva España entre 1560 y 1630”. *Ibero-amerikanisches Archiv, Neue Folge*, Vol. 22, No. 3/4 , pp. 247-266 (1996)
- Paz, Octavio. “Manierismo, barroquismo, criollismo”. *Revista Canadiense de Estudios Hispánicos*. Vol. 1, No. 1, pp. 3-15 (1976)
- Pimentel, Francisco. *Historia crítica de la literatura y de las ciencias, los poetas*. Alicante: Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, (2014). Digital.
- Prida, Ramón. *Juárez: como lo pinta el diputado Bulnes y como lo describe la historia*. México: Impr. de E. Sánchez, (1904)
- Prieto, Guillermo. *Memorias de mis tiempos*. México: Patria (1958)
- Portal Nicolás M. “Una «desconocida» novela mexicana de la Revolución y un prólogo mexicanista de Castelar”. *Anales de Literatura Hispanoamericana*, 10, 201. (1981)
- Pupo Walker, Enrique. “El cuento modernista. su evolución y características” en Íñigo Madrigal, Luis. *Historia de la Literatura Hispanoamericana. Tomo II. Del neoclasicismo al modernismo*. España: Ediciones Cátedra (1993)
- \_\_\_\_\_. “Notas sobre los rasgos formales del cuento modernista”. Madrid: *Anales de Literatura Hispanoamericana*, 1, 469. (1972)
- Quevedo y Zubieta, Salvador. *Manuel González y su gobierno en México. Anticipo a la Historia*. México: Establecimiento Tipográfico Montealegre #61. (1885) Impreso,
- \_\_\_\_\_. *Recuerdos de un emigrado*. Madrid: Estudio Tipográfico de los Sucesores de Rivadeneyra (1883) Impreso.
- \_\_\_\_\_. *Recuerdos de un emigrado*. París: Imprenta de Ch. Bouret, 23 Rue Visconti. (1888) Impreso.
- \_\_\_\_\_. *Récits Mexicans*. EUA: ULAN PRESS (2021)
- \_\_\_\_\_. “Récits Mexicans”. *babel.hathitrust.org*. Publicado el 2022-08-05. URL: <https://babel.hathitrust.org/cgi/pt?id=txu.059173024369611&view=1up&seq=13>. Consultado el: 2023-01-15
- \_\_\_\_\_. *Porfirio Díaz. Ensayo de Psicología Histórica*. París: Imprenta de Ch. Bouret, 23 Rue Visconti. (1906) Impreso.

\_\_\_\_ *En tierra de sangre y broma; novela histórica contemporánea*. México: G. Sisniega y hno. (1921). Impreso.

\_\_\_\_ *En tierra de sangre y broma; novela histórica contemporánea*. México: Editora Nacional S.A.. (1956). Impreso.

\_\_\_\_ *La camada*. México: Publicaciones y Bibliotecas Cultura SEP: Premiá. (1982) Impreso.

\_\_\_\_ *L'Étudiant. Notes d'un carabin*. París: C. Marpon et e Flammarion Éditeurs (1889) Impreso

\_\_\_\_ *México manicomio, novela histórica contemporánea (época de Venustiano Carranza)* Madrid: Espasa-Calpe (1927). Impreso.

\_\_\_\_ *Un año en Londres*. París: Imprenta de Ch. Bouret, 23 Rue Visconti (1885). Impreso.

Quirarte, Martín, *Francisco Bulnes. Páginas escogidas*. México, 1995, UNAM, Biblioteca del Estudiante Universitario número 89, 196 p.

Ramos, Samuel. *El perfil del hombre y la cultura en México*. México: Colección Austral (2001).

Reyes Heróles, Jesús. *El liberalismo mexicano*. México: Fondo de Cultura Económica. (1974).

Rodríguez Piña, Javier, (2000) "Sobre la presencia del conservadurismo francés en México durante la primera mitad del siglo XIX", en Lise Andriès y Laura Suárez de la Torre, *Impresiones de México y de Francia. Edición y transferencias culturales en el siglo XIX*, México, Instituto Mora/*Fondation Maison des Sciences de l'homme*, pp. 277-302.

Rodríguez Preciado, Salvador Iván. "Salvador Quevedo y Zubieta y la primera Psicología Social en México (1906-1935): ¿Rigor científico Vs. licencia poética? México: *Athenea Digital. Revista de Pensamiento e Investigación Social*, núm. 3. (2003) pp. 93-108.

Rojas, Rafael. *La escritura de la Independencia. El surgimiento de la opinión pública en México*. México: Centro de Investigaciones Económicas. (2003).

Romero, Matías. *Memorias del General Porfirio Díaz*. México: Biblioteca Histórica de *El Universal*. (1922).

Safranski, Rüdiger. *Romanticismo Una odisea del espíritu alemán*. Barcelona: Tusquets Editores.

Sánchez Becerril, Shanik. *La novela corta y el cuento romántico sentimentales de Florencio María del Castillo*. México: Universidad Veracruzana (2017).

- Sanchíz, Javier. "Familias novohispanas. Un sistema de redes" México: UNAM. Seminario de Genealogía Mexicana (2014).
- Schwartz, Lia. *Metáfora y sátira en la obra de Quevedo*. Madrid: Taurus Ediciones (1984)
- Seabold, Russell. "La filosofía de la ilustración y el primer romanticismo español" en Iriz Zavala et al, *Historia Crítica de la Literatura Española*. Barcelona: Editorial Crítica. (1982)
- Serna, Mercedes. "El arte y el materialismo. Convergencias y divergencias entre José Martí y Manuel Gutiérrez Nájera". PDF. On line.
- Shaw, Donald. "Palabras y conceptos: romanesco, románico, romancesco". en Iriz Zavala et al, *Historia Crítica de la Literatura Española*. Barcelona: Editorial Crítica. (1982)
- Suárez de la Torre, Laura. *Tejer redes, hacer negocios: la Librería Internacional Rosa (1818-1850), su presencia comercial e injerencia cultural en México*. Francia: Éditions De La Maison Des Sciences De L'homme. (2018)
- T. Pérez, José. *Bulnes a espaldas de Juárez*. Morelia: Talleres de la Escuela I.M. Porfirio Díaz, (1905).
- Treviño García, Blanca Estela (coordinadora) *Aproximaciones a la escritura autobiográfica*. México: Universidad Autónoma de México. (2016)
- Uriás Horcasitas, Beatriz. "Una pasión antirrevolucionaria: el conservadurismo hispanófilo mexicano (1920-1960)". *Revista mexicana de sociología*, 72 (4), 599-628. (2010)  
Recuperado el 19 de abril de 2023, de [http://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci\\_arttext&pid=S0188-25032010000400004&lng=es&tlng=es](http://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0188-25032010000400004&lng=es&tlng=es).
- Vaughan, Mary Kay. *Caudillos en América Latina, 1800-1850*. México: Editorial Siglo XXI (1997)
- Velasco, S. *Escritores Jaliscienses. Tomo 1*. Guadalajara: Universidad de Guadalajara (1982).
- Velázquez Delgado, Graciela. "La escuela de Medicina. Periódico dedicado a las ciencias como herramienta de actualización y divulgación, 1908" en Vega y Ortega Baez, *Salud, enfermedad, terapéutica e higiene en los impresos de la Ciudad de México, 1936-1970*. México: Asociación Interdisciplinaria para el Estudio de la Historia de México. (2021)
- Vidaurre, Carmen, *Propuestas narrativas jaliscienses*. México: Secretaría de Cultura de Jalisco. Colección Humanidades (2014)
- Vieyra Sánchez, Lilia. *Confines de amistad. Periodistas de agrupaciones diplomáticas y empresariales de México (1840-1974)*. México: Bonilla Artigas Editores (2021)

\_\_\_\_\_ “Las biografías sobre el presidente mexicano Manuel González (1823-1893)”  
México: Revista Historia Autónoma, 11 (2017), pp. 95-112.

Villegas Revueltas, Silvestre. “Un acuerdo entre caciques: la elección presidencial de Manuel González (1880)”, en Terrazas, Marcela. (editora) y Ávila, Alfredo (editor asociado), *Estudios de Historia Moderna y Contemporánea de México. Vol. 25.* México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 2003.

Viveros Anaya, Luz América. “Recuerdos de juventud de un imperialista exiliado: José Manuel Hidalgo”. México: Decires, Revista del Centro de Enseñanza para Extranjeros vol. 17, núm. 21. pp. 69-84. (2017).

Voloshinov, Valentín. *El marxismo y la filosofía del lenguaje.* Buenos Aires: Ediciones Godot (2009).

Ward, Henry George. *México en 1827.* México: Fondo de Cultura Económica. (1981)

White, Hayden. *El texto histórico como artefacto literario.* España: Paidós Ibérica S.A. (2003)

Wood, James. *Los mecanismos de la ficción.* Madrid: Gredos. (2009)

Wright de Kleinhans, Laureana. *Mujeres notables mexicanas.* México: Ediciones Corte y Confección (2020)

Zavala, Ana Laura. “De silencios, apropiaciones y desplazamientos: el decadentismo mexicano en la prensa finisecular”. México: *(an)ecdótica.* vol. VII, núm. 1, enero-junio (2023), pp. 29-53.

Zavala, Iris. *Historia Crítica de la Literatura Española.* Barcelona: Editorial Crítica (1982)

### **Bibliotecas y hemerotecas consultadas**

Biblioteca Nacional de México. Catálogo de la Biblioteca y Hemeroteca Nacional de México.

[Catálogo Biblioteca Nacional de México \(unam.mx\)](https://www.unam.mx)

Biblioteca Pública de Nueva York.

[The New York Public Library \(nypl.org\)](https://www.nypl.org)

Biblioteca de la Universidad de Houston, Texas.

[University of Houston Libraries \(uh.edu\)](https://www.uh.edu)

Biblioteca de la Universidad de Texas en Austin.

[The University of Texas at Austin \(utexas.edu\)](http://utexas.edu)

Biblioteca de la Universidad de Wisconsin.

[UW-Madison Libraries \(wisc.edu\)](http://wisc.edu)

Hemeroteca Digital de España

[www.hemerotecadigital.bne.es](http://www.hemerotecadigital.bne.es)

“Un año en Londres”. *El Guadalete*, 25 de diciembre de 1885. Año XXX. núm. 8824.

“Suplemento cultural”. *El Día*, 15 de junio de 1889.

“Sepultados”. *El Siglo Diez y Nueve*, sábado 18 de abril de 1896)

Hemeroteca Nacional de Francia

[www.galica.com](http://www.galica.com)

Repositorio digital del Tecnológico de Monterrey

[Víctimas del Chic-Primera Edición \(tec.mx\)](http://tec.mx)

